

LA TRAMA: 1898

(1987)

ÍNDICE

UNO

Hamburgo, 26 de setiembre de 1878

Kingston, Jamaica, 23 de diciembre de 1878

DOS

Chicago, 3 de mayo de 1886

Chicago, 4 de mayo de 1886

Chicago, 9 de noviembre de 1887

Chicago, 27 de noviembre de 1887

Chicago, 28 de noviembre de 1887

TRES

Paterson, 3 de diciembre de 1887

Paterson, 7 de mayo de 1888

New York, 25 de octubre de 1891

Pittsburgh, 25 de agosto de 1892

New York, 26 de agosto de 1892

New York, 27 de agosto de 1892

CUATRO

New York, 10 de enero de 1895

La Habana, 28 de abril de 1896

New York, 15 de diciembre de 1896

New York, 15 de enero de 1897

New York, 22 de enero de 1897

New York, 29 de enero de 1897

New York, 30 de enero de 1897

New York, 31 de enero de 1897

CINCO

New York, 1 de febrero de 1897

Paterson, 2 de febrero de 1897

Tampa, 7 de febrero de 1897

Jacksonville, 9 de febrero de 1897

La Habana, 28 de marzo de 1897

París, 22 de julio de 1897

seis

Tampa, 3 de agosto de 1897

La Habana, 10 de agosto de 1897

La Habana, 29 de noviembre de 1897

La Habana, 24 de enero de 1898

La Habana, 10 de febrero de 1898

La Habana, 11 de febrero de 1898

La Habana, 15 de febrero de 1898

Santiago de Cuba, 20 de julio de 1898

EPÍLOGOS

*Para Linda, Gina y Carlos,
que no me dejaron tranquilo hasta que escribí
esta historia tantas veces escuchada por ellos.*

U N O

HAMBURGO

26 de setiembre de 1878

¡América! ¡América! Marcus Stein nunca se había propuesto abandonar definitivamente Alemania, su patria, pero ahora que el barco estaba a punto de zarpar, sintió una borrosa sensación de alegría. O tal vez de alivio, porque dejaba tras de sí una tierra socialmente inhóspita, a la que los violentos brotes nacionalistas, impulsados por Bismarck, comenzaban a hacer insoportable para cualquier judío que no tuviera vergüenza de su origen diferente. Toda aquella nauseabunda farfolla por la *Kulturkampf*, o las interminables cantilenas destinadas a unir a sangre y fuego a los pueblos alemanes bajo la égida de Prusia, o la guerra terrible contra Francia, habían culminado con el intento de asesinato de Guillermo I, una pobre marioneta en las manos implacables de Bismarck, quien no encontró otra fórmula más sencilla de vengar el agravio cometido contra el Kaiser que decretar la expulsión de miles de presuntos revoltosos, fueran o no culpables de los desórdenes imputados.

Tal vez era lo mejor. A los veinte años el destierro no es un castigo, sino un premio benévolo e inesperado. Al menos le permitían llevarse su viejo violín y sus libros, casi todos de física y química, porque los textos políticos se los quemaron tras el violento registro efectuado por la Policía. ¿Qué más hacía falta para comenzar una nueva vida? Un poco de dinero. Apenas un puñado de dólares. Y unas fotografías de la familia, para no olvidar jamás las raíces, junto al retrato al óleo del abuelo, con su hermoso rostro, tan insolentemente semita, y aquellos ojos inteligentes que tuvieron que conformarse con ver patrones de moda en la oscuridad del gueto, porque en Frankfurt los judíos apenas podían ser otra cosa que sastres.

También llevaba ciertos contactos. Marcus Stein iba destinado a Paterson, en New Jersey, con una carta escrita por Frederick Spaak, un oscuro anarquista

alemán amigo de la familia, dirigida a Giuseppe Cerrutti, su correligionario italiano, fundador, años antes, en el sur de Francia, de una secta internacional, violenta y secreta, que se hacía llamar “Los Corazones de Roble”, y cuya célula principal se trasladó a Paterson cuando Cerrutti tuvo que huir a los Estados Unidos, víctima de la persecución de la Policía francesa. Paterson, a varias horas de Manhattan, era un centro industrial que comenzaba a ser importante, y un hervidero de conspiraciones anarquistas que a Marcus, desde Alemania, se le antojaban como elucubraciones delirantes, aunque no dudó ni por un momento de la existencia real de esta trama tupida de revolucionarios obedientes a las indicaciones de Cerrutti, tal y como Spaak le explicara el día en que tuvo la bondad de escribir la carta de recomendación.

La despedida de sus padres, ante la atenta mirada de dos policías, fue más dramática de lo que había previsto. Era el único hijo. Era la única esperanza. Y era, quizás, el adiós definitivo. Los tres se dieron un largo abrazo apretándose fuertemente por la nuca, como si el contacto de las mejillas empapadas en lágrimas fuera una especie de talismán contra la desesperación.

Desde cubierta, cuando miró hacia el muelle, Marcus Stein vio una mujer rota por el dolor y un hombre súbitamente envejecido que la sostenía en los brazos. Saludó con la mano y se alejó de la baranda para poner fin a la dolorosa escena. Ya en la bodega de segunda, tirado en su camastro, aún sin quitarse el abrigo, sacó del bolsillo la nota dirigida a Cerrutti y la leyó por milésima vez. Spaak le había advertido que el italiano tenía contactos con núcleos anarquistas en muchas ciudades. Paterson era un pequeño pueblo, tonto y aburrido, pero New York o Chicago podían ser el destino perfecto. Guardó la carta y desplegó los papeles que le habían entregado en el Consulado americano. La puerta de entrada era Castle Gardens. Un bello nombre para emprender una nueva vida.

KINGSTON, JAMAICA
23 de diciembre de 1878

Paola Henríquez descendió del coche, se arregló el cabello y comprobó en el espejo de la polvera que su rostro se veía razonablemente hermoso.

—¿Dónde está la oficina del cónsul americano? —le preguntó a un negro viejo, de rostro carcomido, que hacía las veces de portero.

—En el primero a la derecha —dijo el hombre sin inmutarse.

Paola subió las escaleras de madera con la agilidad que le permitían la maldita falda larga y aquellos botines cruelmente apretados. La puerta estaba abierta.

—Pase y siéntese —dijo un hombrecillo pequeño y frágil sin apenas mover los labios y sin ponerse de pie.

Paola eligió la silla de la derecha frente al escritorio.

—Perdone —dijo el cónsul, carraspeó con violencia y enseguida vació su garganta en una reluciente escupidera de cobre . Tengo un catarro espantoso.

Paola, sin gran convicción, ensayó una mirada de piedad. El cónsul tomó la carpeta con el expediente y comenzó a repasarla en silencio. Al cabo empezó a hablar:

—Así que su barco sale esta noche.

—Sí, señor.

—¿Y todavía no tiene el permiso de emigración?

—No, señor.

—¿Y por qué? —preguntó el cónsul con extrañeza.

—Lo ignoro. Lo solicité hace ocho semanas, cuando llegamos.

El plural, *llegamos*, le hizo refrescar mágicamente la memoria al diplomático.

—¡Ah! Usted arribó con los cubanos, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Fue una guerra terrible, ¿no? Menos mal que firmaron la paz, ¿no? Los españoles son duros de pelar.

Paola pensó que esa paz había sido una derrota para el bando cubano, pero no dijo nada.

—Sí, señor. Fue terrible. Fueron diez años horrorosos.

El cónsul, sorprendido, la miró fijamente y volvió a consultar los papeles.

—Pero aquí dice que usted tiene dieciocho años. ¿Comenzó a pelear contra España a los ocho años? —preguntó con un tono de incredulidad y burla.

Paola sonrió.

—No. Por supuesto que no. Me sumé a los rebeldes a los quince años. Hace sólo tres.

De pronto el hombrecillo se le quedó mirando como espantado.

—¿Y cómo habla usted inglés sin acento, como una americana?

Paola esperaba la pregunta y respondió amablemente.

—Porque mi madre era americana —hizo una pausa y en seguida agregó con énfasis—: Además era maestra de inglés y de música.

—¿Era? —preguntó el cónsul con la exacta dosis de solemnidad con que se pregunta si una persona ha muerto.

—Sí. Murió hace unos años. Al fallecer ella fue cuando yo decidí unirme a los mambises.

—¿Y su padre? —indagó el cónsul, interesándose por un relato que comenzaba a intrigarlo.

—Cuando estalló la guerra en 1868 se unió a los rebeldes. Entonces yo tenía siete años. Fue teniente a las órdenes del general Maceo. Lo mataron en combate en 1874.

—Perdone —dijo el cónsul y volvió a escupir, esta vez haciendo trepidar la vasija de metal—. Las guerras son implacables. De manera que es usted huérfana, ¿no?

—Sí, señor.

Al cónsul no le gustaba del todo que aquella jovenzuela siempre le respondiera con la fórmula casi militar de “sí, señor” o “no, señor”, pero se abstuvo de quejarse.

—¿Y no hay abuelos?

—No, señor. Mi abuelo pereció en el barco en que huía de Estados Unidos junto con su hija, mi madre —aclaró innecesariamente Paola.

—¿Huía? Paola sonrió como para aclarar cualquier malentendido.

—Huía de la guerra civil que se avecinaba. Quería salvar a su hija. Era un cuáquero pacifista, viudo y muy religioso.

—¿Qué le sucedió?

Paola advirtió que el cónsul preguntaba con cierta morbosa curiosidad, pero no le molestaba contarle la historia:

—Según mi madre, abordaron en Atlanta una goleta. Llevaba un cargamento de negros vendidos apresuradamente a ciertos hacendados cubanos. La guerra se veía venir.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó el cónsul.

—Mi madre llegó a Cuba el 3 de abril de 1860. No olvido esa fecha porque exactamente un año después nací yo.

—¿Y su abuelo murió en el barco? —preguntó el cónsul, como para cerciorarse de que no perdía el hilo del relato.

—Sí, él y varias docenas de esclavos. Fue una epidemia casi fulminante.

El cónsul —mientras Paola hablaba— revisaba un viejo libro.

—Aquí está —dijo triunfal—. “Dos de febrero de 1860. Jefferson Davis solicita del senado norteamericano garantías imposibles para el mantenimiento de la esclavitud en el sur de los Estados Unidos.” Su abuelo tenía buen olfato. Ése fue el disparador de la Guerra Civil —el cónsul cerró el tomo polvoriento y lo dejó sobre la mesa—. Esta cronología es bastante útil. Entonces, su madre llegó a Cuba sola y un año después nació usted, ¿no?

Evidentemente el anciano amaba los detalles íntimos. Paola notó que con cada fragmento de información aumentaba el apetito por las confidencias de aquel personaje.

—Sí, señor. Cuando llegó a Santiago de Cuba, en Oriente, conoció a mi padre, Ignacio Henríquez, que había ido al muelle a recoger a los esclavos para llevarlos a la hacienda.

—Es decir, su padre era un negrero, ¿no?

A Paola le molestó el tono de la pregunta, pero prefirió pasarlo por alto.

—No, señor. Era un empleado de don Manuel Zulueta. Ése era el negrero. Mi padre se limitaba a administrar el ingenio.

—Y entonces vino “el flechazo” entre sus padres...

El cónsul no era brusco, pero comenzaba a ser impertinente. Paola, resignada, optó por continuar aquella conversación absurda con tal de no poner en peligro su inminente partida a New York.

—Sí, se casaron en seguida y ella se fue a vivir con él a la hacienda. Yo nací un año después.

El viejo volvió a escupir. Esta vez ni siquiera pidió perdón. Impúdicamente, se limpió con la manga un flequillo de saliva atrapado en los bigotes.—¿Y dónde estudió usted?

Paola sintió que su paciencia comenzaba a agotarse.

—¿Es necesario responder todo esto para emigrar a los Estados Unidos? — contestó con cierta aspereza.

El viejo funcionario la miró con aire comprensivo.

—No, no es necesario, pero los viejos y los cónsules tenemos licencia para preguntar lo que nos da la gana. Yo soy ambas cosas.

Paola advirtió que no había hostilidad en sus palabras, sólo ganas de conversar.

—No estudié formalmente, pero mi madre me enseñó todo lo que sabía: piano, inglés, pintura, historia. Me hacía leer varias horas al día. Cuando se

enteró de que mi padre había muerto en la guerra, se dedicó en cuerpo y alma a educarme, por si un día a ella le ocurría lo mismo. Quería que yo estuviera bien preparada.

—Y eso fue lo que ocurrió —afirmó el cónsul asintiendo con un extraño movimiento de cabeza que se reflejó en el cuello falso de la camisa.

—Sí, señor. Antes que cumpliera los treinta años la tuberculosis la mató. Cuando agonizaba me pidió que me quedara en la hacienda, trabajando para los Zulueta, pero yo preferí unirme a los rebeldes.

—¿Y cómo la aceptaron en la guerrilla con apenas quince años?

A Paola le molestaba relatar una historia que se había visto obligada a repetir infinidad de veces, pero pensó que contarla una vez más no sería excesivamente aburrido.

—Al principio no me querían en el monte, pero cuando se dieron cuenta de que yo leía y escribía mejor que la mayor parte de los oficiales, acabaron aceptándome. Siempre hacía falta quien redactara los partes de guerra.

—¿Estaba usted en el Estado Mayor? —preguntó el cónsul con admiración.

Paola frunció el entrecejo, e hizo una pausa, como si fuera a responder algo desagradable.

—No, señor. Me asignaron a la columna del capitán Víctor Rey. Era algo así como su mensajero o su edecán —esto último fue dicho con una nota melancólica que el cónsul no logró descifrar porque hurgaba en los papeles del expediente.

—Aquí dice que usted fue herida en combate.

Paola se contrajo en la silla, como si temiera hablar de aquello.

—Sí, señor. La víspera del armisticio, el 9 de febrero, yo llevaba un mensaje para el capitán Víctor Rey, para mi capitán —Paola hizo una pausa, para subrayar con el silencio ese “mi” posesivo, y luego siguió el relato en un tono más bajo—, cuando en una zona descampada de hierba alta, un oficial español comenzó a perseguirme a caballo. Me golpeó con su sable en la espalda.

—¿Y por qué no la mató?

Paola se encogió de hombros y arqueó las cejas antes de responder a la pregunta.

—Probablemente porque antes de rematarme se dio cuenta de que yo era una mujer. Después de herirme se lanzó de su caballo y me dio la vuelta con el pie. Yo iba vestida con el uniforme de los rebeldes y él pudo pensar que era un hombre, pero cuando vio mi cara dijo algo así como “¡Dios mío!” y se marchó.

—¿Y cómo se salvó?

—Horas después me recogieron unos compañeros y me llevaron al campamento. Allí me cosieron y me pusieron en la herida un emplasto de tabaco y tela de araña que evitó las infecciones.

—¿La cosieron con anestesia? —preguntó el cónsul temiendo una respuesta terrible.

Paola hizo una larga pausa antes de responder.

—No. No había éter ni cloroformo. Simplemente me pusieron un paño en la boca y cuatro hombres me sujetaron. Al día siguiente se acabó la guerra.

Ahora el silencio le pertenecía al cónsul. Por un período largo y conmovido se quedó mirando el rostro de aquella bella muchacha, hasta llegar a la conclusión de que la cara y los ademanes no le pertenecían a esa violenta biografía.

—Bien. Voy a darle el permiso de emigración para que pueda usted embarcar esta noche rumbo a New York. Aquí tiene todas las instrucciones para cuando arribe a la aduana —dijo y le alargó un sobre amarillento.

Paola hizo un ademán para incorporarse.

—Una última cosa... —Paola se detuvo temiendo alguna imprudencia final—. New York es una ciudad peligrosa y usted es una chiquilla solitaria. Cuídese mucho.

El cónsul se puso de pie y le apretó la mano con afecto. Antes de abandonar la habitación, Paola oyó cómo otro compacto salivazo hacía blanco en la escupidera.

Paola Henríquez, a medio vestir, con el pecho desnudo, acabó de poner todas sus pertenencias en un baúl, corrió los visillos de la ventana y comprobó que el coche esperaba a la puerta del hotel.

Había tiempo de sobra. Se situó frente al espejo del tocador y escudriñó su rostro. No se veía del todo mal, pese a la noche de insomnio y llanto intermitente, coreado en la distancia por los tambores de alguna fiesta religiosa africana. La lozanía de sus dieciocho años, atestiguada por los senos duros y perfectos, era más poderosa que las lágrimas o que la tensión que le había causado la larga entrevista sostenida con el cónsul americano esa misma mañana.

En el borde del espejo, sujeta por el marco de madera, había colocado la fotografía de Víctor Rey. La tomó en sus manos y contempló por unos instantes el rostro varonil y los fieros bigotes de su amante, su primer y único amante, retratado con el ala del sombrero mambí de yarey doblada hacia arriba y la mano sobre el puño del machete. Era un hombre apuesto. Pero también era un hombre sin compasión. La tarde que la hirieron, ella no le llevaba un mensaje. O sí le llevaba un mensaje, pero de otra clase. Iba corriendo, ilusionada, a decirle que hacía dos meses que le faltaba la regla. Era cierto que él tenía a su mujer en La Habana, una cuidada señorita de la aristocracia capitalina, inmensamente rica, como él, y era verdad que le había advertido que al fin de la guerra regresaría a sus brazos, pero el embarazo podía cambiar esta decisión. ¿No era acaso Víctor Rey quien solía decir que todos los compromisos eran revocables?

Sólo que no hubo embarazo. O hubo y se perdió con el golpe terrible del sable sobre la espalda. Veinticuatro horas más tarde, cuando llegó la paz, ella estaba en el hospital del campamento —un bohío de madera con piso de tierra y

techo de yaguas—, tirada sobre una colchoneta llena de chinches, medio muerta de dolor tras la horrorosa sutura: ciento dos puntos entre el hombro y la cadera, mientras un irrestañable hilo de sangre se le escapaba entre las piernas. Había abortado. Había abortado todo: el hijo, la pareja, los sueños de amor. Allí mismo, sin atender a su estado, ni a su fiebre, ni a su desesperación, el joven capitán se acercó al camastro y le explicó, con esa cruel perspicacia con que solía analizar las relaciones humanas, que el amor no era sólo el producto de la voluntad de dos seres, sino también era la magia del entorno y la circunstancia en que se conocían. Para Víctor el amor por ella era también el amor por la guerra, o por ella como parte de esa guerra. Y aunque la quería, “y tú no puedes imaginarte cuánto”, estaba dispuesto a regresar rápidamente a La Habana y a su mujer, acogiéndose a las medidas de gracia pactadas con el gobierno español, y toda la ternura y los besos compartidos en la hamaca debían relegarse a una grata e irrepitible experiencia de la que ambos, con el tiempo —aseguraba Víctor—, acabarían por congratularse.

Ella no le dijo nada. Lo miró desde el suelo con un profundo rencor y se juró a sí misma escapar de aquel país y de aquellas guerras para no correr el riesgo, nunca más, de volver a verlo. Poco después surgió la oportunidad de emigrar a Jamaica, con pasajes y salvoconductos brindados por el gobierno español de la Isla, y a Paola y a otros cubanos les pareció magnífico huir al extranjero para luego reembarcar hacia Estados Unidos, meta anhelada por todos los desposeídos y derrotados del mundo.

Paola ladeó su cuerpo, observó por milésima vez la fea cicatriz de la espalda y creyó advertir que continuaba la lenta mejoría. Apretó los labios, volvió a mirar el retrato de Víctor Rey, lo rasgó en pedazos y lo tiró al suelo. Cuidadosamente terminó de vestirse y desde la ventana verificó que el coche la esperaba a la puerta del hotel. Abrió el maletín de mano y comprobó que todos los papeles estaban en regla. Otra vez volvió a leer las instrucciones del Consulado. Entraría en los Estados Unidos por New York. Exactamente por

Castle Gardens, un sitio que ya era una leyenda para los emigrantes. Un bello nombre para emprender una nueva vida.

D O S

CHICAGO

3 de mayo de 1886

—¿Te duele? —le preguntó Marcus aplicando una compresa fría al moretón del brazo.

—Un poco—respondió Paola limitando el gesto de dolor a un imperceptible parpadeo, mientras abría con la mano izquierda los botones de la blusa.

—¡Estos policías son unos *hurensöhne!* —afirmó Marcus con desprecio.

—Siempre usas el alemán para insultarlos —comentó Paola con una levísima sonrisa mientras lograba quedar desnuda de la cintura hacia arriba.

—Es mi lengua —Marcus Stein hizo una pausa—. Es la lengua del desprecio. Se hiere mejor en alemán —pese al polvo, el sudor y la total ausencia de clima erótico, comprobó una vez más la belleza de aquellos pechos pequeños y morenos—. Date la vuelta —le dijo.

—No fue la Policía —en medio de la espalda, sobre la vieja cicatriz, asomaba un hematoma largo y estrecho, como de látigo.

—Entonces fueron los Pinkerton —hubo odio en la primera sílaba de *Pinkerton*—. Te golpearon exactamente sobre la cicatriz.

Había en la frase una extraña mezcla de conmiseración y sorpresa.

—Los rayos caen siempre en el mismo lugar. Eso se sabe —se advertía una incierta melancolía en las palabras de Paola, pero también la nota de humor con que solía ponerse a salvo de las situaciones dramáticas.

—Hoy apareciste en el periódico.

—Me lo dijeron los muchachos del muelle Saint Paul —Paola volvió a ponerse la blusa. El brazo le dolía menos.

—“Una mulata, con una bandera roja al frente de las manifestaciones.” — Marcus había subrayado la cita con un trazo invisible dibujado en el aire.

—Era la mujer de Parsons. Yo estaba junto a ella y, cuando la golpearon, cogí la bandera. Por eso creyeron que era yo.

—Tú no eres mulata —Marcus de frente, le había puesto las dos manos en la cara, suavemente, con ternura—. Eres, ¿cómo dicen ustedes los cubanos? “trigueña”.

Paola tenía los ojos y cabellos oscuros, la piel morena, era pequeña y bien formada. No debía de pesar mucho más de 100 libras. A sus veinticinco años, cumplidos en Chicago, el 3 de abril, a un mes exacto de los hechos, era la única cubana, tal vez la única no alemana, próxima a los líderes del Sindicato Obrero Central. Su juventud, su formación política, y —sobre todo— su leyenda de insurgente, le habían abierto las puertas del secretísimo círculo de Albert Parsons y August Spies, los fogosos dirigentes anarquistas.

—Hubo cuatro muertos —los ojos de Paola se aguaron súbitamente—. Todo empezó con los estibadores de madera. No sé cuántos eran. Tal vez cinco, seis mil. No sé. Spies comenzó a arengarlos pero en seguida llegó la Policía. Serían unos doscientos. Los Pinkerton llegaron después. Estaban furiosos porque algunos de los nuestros les habían tirado piedras a los rompehuelgas.

—¿En la “McCormick”? —Marcus se había puesto tenso. Le ocurría cada vez que mencionaba a la conflictiva fábrica de maquinaria agrícola.

—A pocas calles, nadie sabe por qué, empezaron a disparar. Deben de haber herido a más de veinte obreros.

—¡Cuatro muertos! *¡Hurensöhne!*

Marcus Stein estaba furioso. Dio un largo respiro, como buscando calmarse, y se sentó en el deshilachado butacón, junto a la mesa de lectura. El pequeño apartamento, al sur de Chicago, oscuro y poco ventilado, le pareció más opresivo que de costumbre.

—Cyrus McCormick es el causante de todo esto —Paola, mientras hablaba, calentaba agua para llenar la bañera—. Declaró un lock-out innecesario. Su perro de presa es el capitán Blonfield.

Marcus abrió, mecánicamente, el folleto que Johann Most le dedicara en 1883, cuando se reunió en Chicago la plana mayor de la Asociación Internacional del Pueblo Trabajador, la temida y semiclandestina Internacional Negra de los Anarquistas: “A. M.S., hermano en la fe y los ideales”, Johann Most. El título del folleto era curioso: *La ciencia de la guerra revolucionaria. Manual de instrucciones para el uso y fabricación de nitroglicerina y dinamita, algodón de pólvora, fulminato de mercurio, bombas, espoletas, venenos, etc., etc.* Pero el panfleto no cumplía todo lo que prometía. Marcus, por sus conocimientos de física y química, por su pericia en las labores mecánicas y —sobre todo— por su casi neurótica minuciosidad, podría ser un experto en explosivos mucho más serio que el *dilettante* Herr Most. En todo caso, aquella reunión de “unidad” le había servido, precisamente, para desligarse del grupo. Mantenía, sí, lazos amistosos, pero no militancia, porque había llegado a la conclusión de que era imposible realizar ninguna tarea seria con payasos e iluminados.

—Voy a salir —Marcus, como siempre, se puso la chaqueta negra, comprobó si las gafas estaban en el bolsillo superior, y guardó el manual en uno de los bolsillos laterales.

—Vas a ver a Louis, ¿no?

—Sí. Quiere leer este texto, un poco para reírse. Louis sabe de estas cosas mucho más que Most.

—Ven, échame agua y quítame el jabón.

Marcus nunca había entendido qué extraña perversión arquitectónica europea aconsejó al constructor de su humilde vivienda situar la bañera en la cocina, pero esta vez le pareció muy cómodo llevar los baldes de agua del fuego en que se calentaban hasta el cuerpo desnudo de Paola. La vio cerrar los ojos bajo el chorro, como disfrutando, y notó que sus pezones se endurecían al contacto con el agua. La halló hermosa, delicada, y volvió a preguntarse otra vez, sin decir palabra, qué sentido tenía haber introducido a Paola en medio de tanta violencia, sólo para luego alejarse él mismo de la línea de batalla.

—No vengas tarde —dijo Paola. Marcus se inclinó sobre la bañera y recibió un leve beso en los labios.

La noche encapotada era el marco perfecto para el ajetreo de la ciudad. Toda la Policía estaba alerta y recorría Chicago a pie y a caballo. El alcalde Carter H. Harrison, un buen hombre, atemorizado por los incidentes de la “McCormick”, se había trasladado al atardecer a la Comisaría de la calle Desplaines, donde el capitán Ward le informó que las unidades policíacas de choque se encontraban listas para entrar en acción, los hospitales avisados, las farmacias abastecidas y los bomberos voluntarios en sus puestos de trabajo. Ward había pensado hasta en los más mínimos detalles.

A Marcus Stein el trayecto hasta la imprenta donde se tiraba el *Arbeiter-Zeitung* no le pareció tan largo como de costumbre. Entretenido en sus meditaciones, ni siquiera reparó en el negro borracho que le pidió unas monedas, ni en la joven y desinhibida pareja que parecía ignorar el alumbrado de gas que ese sector de la ciudad había inaugurado recientemente a bombo y platillo, y a cuya luz los diez pisos del “Home Life Insurance Building” parecían el monumento funerario fundamental de alguna civilización gigante y enloquecida. La contradictoria personalidad de Paola, su devota dedicación a una causa en la que no creía del todo, pero a la que se aferraba, como si fuera más importante luchar que las propias razones de la lucha, se le antojaban como expresiones de una femineidad diferente a cuantas él había conocido.

Marcus Stein llegó a la entrada del viejo edificio donde imprimían el *Arbeiter-Zeitung*. Era una especie de galpón, fabricado de ladrillos, fantasmagóricamente iluminado por dos miserables faroles. Le extrañó el inusual movimiento y la ausencia del viejo Walden, siempre alerta a quienes entraban o salían de la imprenta. Luego descubriría que esa tarde, como otros compañeros, había sido herido.

Le fue relativamente fácil dar con Louis Lingg. Aquella cabeza intensamente rubia, y aquellas ropas ridículas y enormes, las mismas con las que había

desembarcado en New York poco tiempo antes, lo convertían en un inevitable foco de atención. Pero aun con la cabeza cubierta y con otras ropas menos “alemanas”, también era imposible ignorarlo por su incontrolable gesticulación, por su tono de arenga, por su constante estado de sobresalto, como quien siempre vive a la espera inmediata de sucesos tremendos y trascendentales.

Marcus no sabía exactamente qué aspectos del carácter de Louis le habían resultado atractivos. En general rechazaba las personalidades exuberantes y los temperamentos apasionados, pero había en este joven inmigrante unos rasgos de sinceridad, de fiera autenticidad, que de alguna forma le recordaron su propia naturaleza. O tal vez como creía haber sido unos años antes, en 1878, cuando él mismo, entonces con veinte años, había llegado a New York, tras una espantosa travesía que duró numerosos días por la cantidad de puertos en los que el navío fue deteniéndose.

—Te traje el folleto —Marcus advirtió que Louis no lo había entendido. Repitió la oración más despacio. El inglés de Louis todavía era muy deficiente, pero los dos, para practicar, habían establecido el compromiso de hablar solamente inglés. :

—Mira lo que acabamos de imprimir —Louis le extendió un papel mientras guardaba el librejo en el bolsillo de su chaqueta.

Era una proclama de Spies.

¡Venganza!

¡A las armas, trabajadores!

Los amos han enviado a sus perros contra ustedes: la policía. Esta tarde en “McCormick” han matado a seis de nuestros hermanos. Los asesinaron porque se atrevieron a desobedecer la voluntad de los patronos. Los asesinaron porque se atrevieron a pedir la disminución de la jornada de trabajo.

Marcus Stein no siguió leyendo. Se imaginó el resto de la redacción tan similar a otras tantas proclamas, mil veces escritas y mil veces inútiles, aunque a veces resultaban sangrientas.

—¿Y qué van a hacer? —Marcus se mostró preocupado.

—Ellos —Louis subrayó *ellos* con desprecio— han citado para mañana en la tarde a un mitin de protesta en Haymarket, en la calle Randolph.

—¿Y tú qué vas a hacer? —Marcus sabía que ese *ellos* significaba que Louis tenía sus propios planes, diferentes a los elaborados por los líderes del sindicato.

—Ven conmigo —Louis comenzó a caminar sin esperar la respuesta de Marcus.

Se movieron rápidamente entre una hilera de ágiles cajistas que paraban los tipos de imprenta a una pasmosa velocidad. Llegaron a una pequeña oficina, mugrienta y destartalada, lejos de las miradas de todos, cuya puerta Louis abrió de un ligero empujón. Prendió un candil de luz brillante y abrió el cajón del escritorio polvoriento. Sacó un objeto cilíndrico, como de seis pulgadas. Era un niple.

—Lo fabriqué yo mismo. Estos hijos de puta no van a quedar sin castigo. Han matado a cuatro de los nuestros. Al viejo Walden lo hirieron de bala. Tropezó y se cayó. Un policía le disparó a bocajarro, sin motivo.

—A Paola la golpearon —Marcus buscaba tiempo para pensar en el asunto de la bomba y habló de su mujer para alargar la conversación.

—Me lo dijeron. ¿Cómo está? —había afecto en las palabras de Louis.

—No fue nada grave, pero coincidió con otra vieja herida.

—De Cuba —Louis siempre decía Cubar con esa “r” añadida que delataba su absoluta ignorancia sobre aquel país remoto, insignificante y turbulento.

—¿Qué vas a hacer con esa bomba, Louis?

—Arrojarla. Tirársela a esos miserables si me atacan. Yo no aguanto más. No siempre es necesario aceptar en silencio las humillaciones de los fuertes.

Marcus se percató de que Louis hablaba totalmente en serio. Mortalmente en serio. Se dio cuenta de que no sería fácil disuadirlo y de que no encontraría argumentos razonables para desarmarlo, porque su vida, como la de tantos anarquistas, corría peligro, porque esta vez la maldita Policía estaba disparando a matar.

—Préstame el niple, yo lo necesito —mintió Marcus.

Louis lo miró con extrañeza. Marcus asumió un tono de peligro y complicidad.

—Cerca de casa hay unos tipos que trabajan como esquiroles para la Pinkerton. Es posible que intenten lincharnos. Lo comentaron en la barbería.

Louis asintió con la cabeza y le alargó el artefacto. Ya no parecía sorprendido. En seguida añadió:

—Es dinamita. Tuve que fabricarla yo mismo. Nitroglicerina en tierra de infusorios y un excelente detonador de fulminato de mercurio. El detonador es muy poderoso. Bastaría para volarle la cabeza a cualquiera. Tengo otros disponibles. La mecha es de pólvora negra. Tiene seis segundos desde el momento en que la enciendes. Va unida a este pedernal. Sólo tienes que girar esta ruedecilla —Louis le insufló un mecanismo rudimentario, parecido a los encendedores que los marinos utilizan en la cubierta de los barcos, con la mecha insertada en su centro, exactamente donde haría blanco la chispa del pedernal.

—Dame también los dos detonadores. Tal vez tenga que fabricar otras bombas de mano. Sé dónde conseguir dinamita. Si nos atacan los liquidaré a todos —Marcus advirtió que su voz sonaba falsa, por eso se sorprendió de que Louis le entregara dócilmente los detonadores.

Marcus Stein se guardó la bomba en el bolsillo de la chaqueta y los detonadores en el pantalón. Le dijo algo insustancial a Louis Lingg y comenzó a desandar el trayecto hasta su casa con el pretexto de que Paola lo esperaba.

Aquella noche borrascosa de mayo no logró arrancarle de la conciencia la última y más fiera mirada de Louis. Esa vez había logrado desarmarlo, pero Louis —la frase era de Paola— “tenía retratada la catástrofe en sus ojos azules”.

CHICAGO

4 de mayo de 1886

Paola, menos dolorida que la noche anterior, se levantó al amanecer. Era una costumbre que le quedaba de la manigua cubana, cuando el sol brillante taladraba la maraña de árboles y pájaros para sacarla de su hamaca. Luego vendría, como en una ceremonia de obligatorio cumplimiento, el olor penetrante del café, tomado extraordinariamente dulce, e invariablemente asociado a otra antigua memoria, de cuando era niña, la de la vieja esclava del ingenio, que solía escapar de la casa del amo para llevarle a su cama un sorbo de café y levantarla con historias africanas muy raras y bonitas de dioses y animales, o con una ingenua estrofa que el pudor de adulto tal vez le había borrado de la conciencia. Paola miró el cuerpo apenas vestido de Marcus. Había sido sorprendente y afortunado encontrarlo. Los dos habían coincidido en 1878 en Castle Gardens, New York, el puerto por donde entraban cientos de miles de inmigrantes todos los años, y desde entonces habían permanecido unidos como si una súbita relación amorosa fuera el mejor antídoto contra el exilio y el desarraigo.

Cuando el café estuvo a punto, Paola le acercó una taza a Marcus. Encima de la mesa de noche, con las gafas sobre las páginas entreabiertas, continuaba el último libro que habían leído y discutido juntos, *Our Country*, de Josiah Strong, un texto chovinista y grosero que planteaba sin ambages la pretendida superioridad de la raza anglosajona.

Marcus, como judío, sospechaba de lo alemán, pero como alemán no podía admitir que Estados Unidos, esa nación pujante, desovada por los ingleses, bárbara y como silvestre, estuviera destinada a regir los destinos del mundo, a menos que se produjese en ella un estallido social que trasladase el poder de las clases dominantes a las clases trabajadoras, lo cual no era improbable tras el

clima de huelgas y revueltas provocado por la codicia de millonarios como Jay Gould.

Marcus Stein, por su cuerpo sin relieve, “sin una sola deformación muscular producida por el deporte”, como se jactaba él mismo con su sentido del humor autodenigratorio, no podía ser considerado un hombre guapo. Su rostro, sin embargo, era atractivo, quizá por la mandíbula ligeramente angulosa, o por los ojos entre verdes y pardos, un tanto felinos, o por las prematuras canas que comenzaban a asomar en su cabello castaño, pese a que sólo tenía veintisiete años. Pero Paola no se enamoró de él por ninguna de esas razones, y ni siquiera por su inteligencia, o por su locuacidad, apoyada en una armónica gesticulación a la que concurrían las manos, los ojos y unas cejas espesas e inquietas que daban a cada sentimiento su exacta dimensión. Paola se sintió atraída porque cuando lo conoció *necesitaba* amar. Necesitaba un poco de ternura y el abrazo compasivo y apasionado que perdió la tarde en que dejó de ver a Víctor Rey. Y el acoplamiento —claro— no fue fácil. En Castle Gardens, hablaron varias horas durante los dos días de internamiento y prometieron verse poco después en Manhattan, en la casa de Rosario Mantilla, una viuda casi ciega a la que Paola iba recomendada por otros compañeros de lucha.

—Tómame el café —le dijo Paola sentándose en el borde de la cama.

Marcus abrió los ojos, se desperezó con unas prolongadas contorsiones y puso una mano sobre los muslos de Paola.

—Tengo que contarte la conversación que ayer tuve con Louis. Cuando llegué estabas dormida y no quise despertarte.

—En realidad te sentí llegar, pero no abrí los ojos para que a esa hora no me contaras la conversación con Louis —dijo Paola con malicia.

—La cosa es seria. Louis está fabricando bombas. Ayer logré quitarle la primera y dos detonadores, pero no tardará en hacer otras.

—Ya te dije que tiene la catástrofe en la mirada. Se te enfría el café.

Marcus comenzó a sorberlo lentamente.

—Hay una atmósfera de locura en el periódico. La proclama de Spies va a provocar más conflictos.

—¿Qué hiciste con la bomba?

—La tengo ahí, en la chaqueta. Luego saldré para abandonarla en algún sitio. Primero la desactivaré.

—Ten cuidado —Paola se puso seria.

—No hay peligro. Es fácil quitarle el detonador. Es muy elemental.

Marcus encendió la pipa.

—No sé cómo te gusta el tabaco en las mañanas —dijo Paola.

—Ya te lo he dicho. Aprendí en el colegio. A los catorce años los profesores nos enseñaban a fumar. Estaban convencidos de que era bueno para los pulmones. Tengo mis dudas —el humo fue ocupando todo el espacio construido por una pausa larga y ceremoniosa—, pero me gusta.

Marcus se puso las gafas y con el dedo índice de la mano derecha las ajustó en el puente de la nariz. Lo hacía siempre que iba a revelar alguna bien pensada reflexión.

—Todo esto es una insensatez. Es posible que el estado norteamericano se desplome antes del siglo XX, pero me aterroriza pensar que hombres como Spies o Parsons serán los nuevos líderes.

—A mí también, pero no creo que eso suceda. Todo ese fuego apasionado es cosa de inmigrantes, y los inmigrantes tardamos poco en americanizarnos. Ya no soy la misma de hace ocho años.

—Pero tú sigues ayudando a la organización.

—Sí, porque son mis amigos, porque me dan pena, porque lo que piden es justo, porque yo también me canso de trabajar seis días y medio todas las semanas en ese maldito taller de costura, por tres miserables dólares con cincuenta centavos, pero sé que no llegaremos a ningún sitio.

Marcus comenzó a vestirse. Notó que el fango se había secado en los botines y pensó que no podía pasar de esa mañana sin limpiarlos.

—Además, tampoco sé si quiero llegar a un sitio diferente. Luchar por cambiar violentamente la sociedad cada vez me interesa menos.

Marcus la tomó por los hombros, la miró de frente, a los ojos, con lujuria, y cambió repentinamente el curso de la conversación.

—Me gustas mucho. Necesito una formal promesa tuya.

—¿Cuál? —Paola anticipó alguna excitante obscenidad.

—Que esta noche, cuando yo llegue, me esperes en la cama desnuda.

Paola enrojeció ligeramente y sintió la cálida humedad que invariablemente le provocaban las desvergonzadas proposiciones de Marcus.

Marcus decidió dar un paseo, aprovechando que la escuela alemana en la que impartía clases había decidido cerrar sus puertas como consecuencia de los disturbios y como muestra de solidaridad con los padres detenidos de algunos alumnos. Fue precisamente el italiano Cerrutti, utilizando sus infinitas relaciones dentro del círculo de los anarquistas, quien le había conseguido la plaza como profesor de ciencias en el Gimnasium Alemán, pese a que el joven inmigrante le había explicado, con toda honestidad, que sus contactos y sus vinculaciones con los “libertarios” eran producto del azar y de una distante simpatía, más que de estricta militancia, puesto que él, en realidad, nunca llegó a afiliarse a los grupos izquierdistas alemanes, y si fue expulsado de su patria, más se debió a la locura represiva de Bismarck y al antisemitismo de la Policía de Frankfurt —siempre a la caza de estudiantes socialistas, anarquistas y judíos revoltosos— que a su insignificante actuación en las algaradas estudiantiles de marzo de 1877. Cerrutti, no obstante, simpatizó casi inmediatamente con el recién llegado, y no vaciló en proporcionarle, en Chicago, un mejor destino que el que se ofrecía en los telares de Paterson. De ahí que a los escasos dos meses de haber arribado a Castle Gardens, Marcus Stein y Paola Henríquez llegaron por tren a Chicago, con un baúl lleno de ropa vieja y unos cuantos sueños rotos firmemente asentados en la dolorida memoria.

Marcus oyó un ruido como de gritos y pisadas que provenía de la Calle 35, y se dirigió allí con más curiosidad que ánimo de sumarse. En la medida en que se aproximaba, el escándalo creciente le indicaba que podía tratarse de una muchedumbre. Y así era. Varios centenares de obreros, entre los que ondeaban desordenadamente banderas rojas y negras, corrían despavoridos ante una columna de la Policía que los atacaba con largos bastones y los revólveres desenfundados. Una mujer, de unos treinta y tantos años, tropezó y cayó a varios metros de Marcus. Un guardia la golpeó con fuerza en la cabeza, al pasar junto a ella, y el rostro de la víctima se cubrió de sangre. Marcus se le acercó, horrorizado, con el pañuelo en la mano, y trabajosamente la ayudó a incorporarse. Entraron, dando tumbos, en un zaguán. En bohemio, que Marcus apenas entendía, la mujer le contó, entre gritos y sollozos, que los estaban machacando en toda la ciudad, y que la Policía actuaba como loca disparando y dando golpes, mientras los perros de la Pinkerton se cebaban en cualquiera, hombre, mujer o niño que estuviese cerca de los piquetes de huelguistas que deambulaban por el sector sur de Chicago.

Marcus la dejó recostada en el portal, al percatarse de que el golpe había sido más aparatoso que efectivo, y salió de nuevo a la calle, desierta tras la brutal represión.

Al anoecer, tras comprobar que la Policía tenía el control total de la ciudad, el alcalde Harrison decidió autorizar el mitin convocado por los anarquistas en el Haymarket de la calle Randolph, pero se hizo asegurar que una fuerte dotación de agentes impediría cualquier género de desorden, mientras los hombres de la Agencia Pinkerton permanecían acuartelados muy cerca de la calle Desplaines. Era a Harrison, precisamente, a quien le gustaba repetir que el americano más grande del siglo no era Lincoln, sino Allan Pinkerton, el hábil creador de la agencia de detectives más poderosa del país, sin cuya ayuda “Ebersold —el jefe de la Policía de Chicago— no sería otra cosa

más que un idiota notoriamente incapaz de enfrentarse a unos cuantos vagabundos alemanes”.

Desde la mañana hasta la noche Marcus Stein estuvo deambulando por la ciudad, nervioso y confundido, mientras se repetían las mismas imágenes de violencia, el ir y venir de carruajes atestados de policías o de heridos, la llamada enérgica a las puertas de las farmacias y la curiosa aparición de rumores descabellados que hablaban de envenenamientos masivos en los barrios obreros, incendios que no existían y atentados que nunca se produjeron.

A eso de las diez de la noche, convencido de que el mitin de Haymarket Square había sido prohibido, Marcus enfiló por la calle Randolph hasta desembocar en la plaza y comprobar que sus predicciones habían sido erróneas. Pese a la lluvia, que comenzaba a caer, unos cuantos centenares de trabajadores oían en actitud pacífica el discurso, más bien moderado, que Samuel Fielden pronunciaba desde el pescante de un coche. Marcus Stein se alegró de que la atmósfera estuviera calmada y se situó a la izquierda de la improvisada tribuna, junto a un negro gigantesco que se cubría la cabeza con un viejo sombrero.

Desde esa posición, Marcus pudo ver y oír perfectamente bien cuando el capitán Ward, con dos de los suyos —de un destacamento de casi doscientos que aguardaban al final de la plaza— se acercaron a Fielden y le exigieron que pusiera fin a la reunión y que los participantes se dispersasen. Fielden respondió que tenía permiso del alcalde —quien acababa de abandonar el mitin— y que no estaba dispuesto a ceder sus derechos por una arbitrariedad de la Policía.

Ward retrocedió y les dio orden a sus hombres de que alistarán sus bastones y revólveres.

“No, otra vez, no”, pensó Marcus Stein y apretó sus brazos contra la chaqueta, recordando, súbitamente, el niple que le había quitado a Louis la noche anterior y sus palabras de que no era necesario aceptar siempre en silencio las humillaciones de los fuertes. Le vinieron a la memoria, de pronto, la

cara ensangrentada de la mujer golpeada en su presencia, y —sin saber por qué— los relatos del abuelo alemán, superviviente de aquel terrible gueto judío de Frankfurt, construido para cien personas, pero habitado por diez mil, y del que sus antepasados sólo podían salir unas horas, los domingos, entre las burlas y los golpes de los gentiles, desfilando bajo aquel cuadro infamante, que nunca vio, pero que conocía de memoria, en el que una judía copulaba con un cerdo. Recordó su injusta detención en Alemania, la requisa de sus papeles, las bofetadas de la Policía y luego las convulsiones de la madre epiléptica la madrugada en que dos soldados le entregaron la orden de deportación. Recordó, como un relámpago, la cicatriz de Paola, y sobre ella, la huella de un latigazo injusto. Vio al capitán que se acercaba con sus hombres, bastón y revólver en mano. Vio cómo el odio tejía su trama invisible desde mil ojos asustados. “No, otra vez, no, no”, musitó sin que nadie pudiera oírlo, sacó sigilosamente el niple del bolsillo. Ward y los suyos se acercaban. Accionó la rueda del pedernal. Contó mentalmente, uno, dos, tres, cuatro y lanzó la bomba mientras gritaba, con todas sus fuerzas, *hurensöhne!*

CHICAGO

9 de noviembre de 1887

Louis Lingg se sorprendió mucho cuando le dijeron que una joven embarazada quería visitarlo en su celda de condenado a muerte. Había recibido algunas cartas de mujeres chifladas proponiéndole matrimonio, pero ninguna se había atrevido a llegar hasta su calabozo. El nombre tampoco le decía nada especial, porque en su corta permanencia en tierra americana no recordaba haber conocido a nadie apellidado Brown.

La primera hipótesis que formuló —escamado, como estaba, de los ardides de la Prensa— era que se trataba de otro intento de hacerle confesar que él mismo, o alguien conocido por él, arrojó la bomba de Haymarket el 4 de mayo, pero una y mil veces había repetido que era totalmente inocente de ese atentado —lo que probaba su presencia en la imprenta a la hora de los hechos—, y que no tenía la menor idea de quién podía haber sido el autor del acto terrorista.

Louis Lingg había sido apresado la madrugada del 5 de mayo de 1886 junto a otros centenares de anarquistas, pero a mediados de mes un Gran Jurado limitó la formulación de cargos a él y a otros siete acusados: Samuel Fielden, August Spies, Michael Schwab, Albert R. Parsons, Adolph Fischer, Oscar Neebe y George Engel. El juicio no pasó de ser una indigna farsa legal, con un jurado y un juez visiblemente hostiles que respondían a la ola general de indignación antianarquista y antiextranjera que parecía barrer a la nación americana tras los sucesos de Chicago, de manera que la condena a la horca de siete de los detenidos —Neebe fue sentenciado a 15 años de cárcel— fue lo que Louis Lingg había advertido a sus compañeros que ocurriría desde el día mismo de su arresto, predicción que se supo ominosamente certera cuando el Tribunal Supremo de la nación se desentendió de la apelación declarando no tener competencia en el caso.

Pero quizá para Louis mucho más doloroso que la esperable arbitrariedad de los tribunales burgueses, había sido el derrumbe moral de Fielden y Schwab, quienes pidieron clemencia al gobernador Oglesby, asumiendo tácitamente la responsabilidad de un delito que no habían cometido. En cambio, Spies, Engel, y sobre todos Parsons, el único americano del grupo, habían mostrado una tremenda entereza durante el proceso.

No obstante la fatiga y la tensión —faltaban apenas dos días para la fecha de ejecución y el patíbulo había sido cuidadosamente erigido—, Louis Lingg autorizó de mala gana la visita de la misteriosa señora Brown, pero ni siquiera se puso de pie cuando el guardia abrió la reja y una mujer menuda, morena, notablemente embarazada —quizá de unos seis meses— entró en la celda y se dirigió a él con una voz cálida y familiar.

—Louis, me alegro de que me hayas recibido.

Era Paola Henríquez, la esposa de su amigo Marcus Stein. La cubana que venía de aquella guerra lejana y tropical de ese país “¿cómo se llama ese país?”

—¡Eres tú! exclamó Louis.

El guardián los dejó solos y cerró la puerta.

—Marcus no pudo entrar. Sólo permiten que lo hagan mujeres y familiares. Di un nombre falso.

Louis entendió que el apellido Brown era una elemental medida de protección contra la represión policíaca.

—Te agradezco que hayas venido. No tengo a nadie en este país. Toda mi familia quedó en Alemania— la voz de Louis sonaba firme, pero Paola notó que necesitaba compasión.

—Tengo que decirte algo muy importante— Paola se sentó en el borde del camastro y apartó sus ojos de los de Louis en un gesto culpable. No pudo advertir que el rostro de su amigo se tensó de pronto, como si esperara una sacudida.

—La madrugada que me detuvieron —Louis la interrumpió— me ocuparon el folleto de Most que Marcus me había prestado. El agente de Pinkerton que me interrogó, un tipo observador, insistió mucho en que le dijera a quién pertenecían las iniciales M.S. Acabé por decirle que eran de un tal “Manuel Strauss”, pero no me creyó.

—Fue Marcus quien lanzó la bomba —Paola lo dijo rápido, con los ojos cerrados, como para desprenderse de unas palabras amargas.

Louis se quedó callado durante casi un minuto. Se puso de pie y caminó hasta el ventanuco de la celda, desde donde se veía perfectamente el patíbulo. Paola observó la luz en el bello rostro del joven alemán contrastada con la penumbra de la celda, y asoció la imagen a una reproducción tipográfica de Caravaggio que *Harpers* había incluido en uno de sus últimos números. Luego siguió hablando aún sin mirarlo de frente:

—Marcus me ha pedido que te lo diga —Louis volvió a observar el patíbulo—. Está deshecho. No se atrevió a presentarse a las autoridades, pero se siente responsable de vuestras muertes.

—Él no es responsable de nuestras muertes —la interrumpió, Louis con firmeza, dándose la vuelta—. Los culpables son los jueces y los jurados que nos persiguen por un delito que ellos saben que no hemos cometido. Nos condenan para dar un escarmiento a los anarquistas y a los extranjeros. ¿No ves que sentenciaron a siete de nosotros a la horca? Exactamente uno por cada policía muerto en la explosión. ¿No ves el clima de odio que hay en todo el país? ¿No lees la Prensa? Quieren exterminarnos.

—Si tú le comunicas al gobernador quién es el verdadero autor suspenderán la sentencia— insistió Paola, aparentemente calmada, pero íntimamente temerosa de que Louis aceptara su proposición.

Louis inesperadamente, como para organizar sus pensamientos, cambió el curso de la conversación.

—¿Qué tiempo tienes? —señaló con la cabeza al vientre de Paola.

—Creo que seis meses.

—¿Cómo le van a poner? —Louis trataba, inútilmente, de alejarse de la esperanza de vivir que comenzaba a acariciar.

—No sabemos —Paola sonrió levemente—. Esperaremos a que nazca para darle un nombre.

—¿Por qué lanzó la bomba? —Louis volvió al tema de frente, con ansiedad.

—Él mismo no sabe. Aquella madrugada regresó a casa muy tarde, desplomado. Estuvo varias horas en silencio. Luego me contó lo que había ocurrido. Durante todo el día había visto escenas de violencia y palizas a los obreros. Había visto a hombres y mujeres corriendo delante de la Policía que los golpeaba con bastones y les disparaba a dar. Me dijo que poco a poco se fue llenando de ira. Tenía en el bolsillo de la chaqueta una bomba que tú le habías dado. Por la noche, en el mitin de Haymarket, la Policía ordenó una carga y Marcus, casi instintivamente, arrojó el niple. Ni siquiera sabe por qué lo hizo.

—Nadie lo vio, ¿verdad?

—Un negro que estaba junto a él, pero lo hirieron. Marcus lo arrastró bajo un coche, para protegerlo, y luego un guardia lo remató. Asesinaron al único testigo que tenían. Dice Marcus que en medio de la noche pudo distinguir la mirada solidaria del negro. Le sonrió y murió allí mismo. Fue la única persona que advirtió que había sido él quien lanzó el explosivo.

Louis hizo otra larga, larguísima pausa. Paola, nerviosa, apretaba las manos.

—Dile a Marcus que yo también entiendo y simpatizo con lo que hizo. Dile que esa bomba había sido fabricada exactamente para lanzársela a esos bribones, o a unos bribones parecidos a éstos, dile que me siento orgulloso de su acto y de su gesto. Dile que nunca hubo más justicia en el mundo que durante el instante del estallido de esa bomba. Dile que no debe llorar, que la violencia es la madre de la historia. Dile...

Louis no pudo seguir. La emoción, creciente tras cada oración, como en cascada, lo había conmovido hondamente. Contuvo un sollozo a punto de

brotar y apretó los labios. Paola lo abrazó entristecida, mientras le acariciaba la cabeza rubia clavada en su hombro. Poco después, aliviados reanudaron el diálogo.

—No vas a delatarlo, ¿verdad? —ahora había miedo en las palabras de Paola.

—No, ¿para qué? —Louis respiró profundamente—. Ya estaba resignado a morir. Además, es igual que muera yo o que muera Marcus. Es igual que hayan desaparecido esos siete policías o que hubieran sido otros siete totalmente diferentes. Los hombres no importan. Lo que importa son las ideas, la historia. ¿Qué más da que la lápida que conmemore el 4 de mayo diga Louis Lingg o Marcus Stein? Además, yo no tengo a nadie en el mundo y Marcus te tiene a ti y a ese niño que viene.

—¿Se lo vas a contar a los otros compañeros? —el temor volvió a asomarse a las palabras de Paola, esta vez acompañado del movimiento de las cejas con que siempre subrayaba sus palabras de súplica.

Louis se quedó pensativo.

—Creo que no. Es preferible que todo continúe igual. Los tres condenados conmigo están resignados. Yo creo que hasta anhelan inmolarsse por la causa. Parsons pudo escapar y se presentó voluntariamente, Engel hasta ha escrito una hermosa proclama. ¿Para qué cambiar las cosas? Ya todo está dispuesto. Los jueces han hecho su sucio trabajo, la Prensa no ha cesado de señalarnos como culpables, los ciudadanos *decentes* —recalcó Louis con ironía— quieren nuestras cabezas, el patíbulo está listo ¿por qué defraudar a tanta gente?

—¿No tienes a nadie? —Paola pensaba en alguna amiga, alguna novia.

Louis la miró extrañado y sonrió levemente.

—¿Una mujer? —preguntó.

—Si—contestó Paola.

Louis hizo una larga pausa.

—No. Nunca he tenido tiempo.

Paola sintió una pena infinita por Louis Lingg. Iba a morir por un delito que no había cometido. Tenía veintiún años, veintidós a lo sumo, y jamás había amado a una mujer. Su vida había sido ese extraño universo de los panfletos y las interminables discusiones en habitaciones llenas de humo y delirio, de utopías y fantasías justicieras, sostenidas con dosis de violencia que nunca era tanta como para cambiar las cosas, ni tan poca como para que los adversarios pudieran ignorarla. Paola, frente a Louis, sintió que su propia vida, tan marcada por los conflictos y la lucha, no tenía sentido ante la proximidad de la muerte y la urgencia de un balance final.

—Se me olvidaba —Paola sacó algo de su seno.

—¿Qué es? —preguntó Louis.

—No sé. Marcus me hizo prometerle que no lo abriría. Supongo que será una nota personal, un objeto con algún significado para ustedes. Me dijo que no me lo mostraras —Paola se encogió de hombros.

Louis guardó el sobre en su camisa.

Paola se puso de pie para despedirse. Abrazó largamente a Louis y volvió a acariciarle la cabeza rubia con ambas manos, mirándolo tiernamente a los ojos.

—¿Alguna vez te han besado los labios?

Louis dijo que no con la cabeza. Paola, con ternura, lo besó en la boca. No encontró otra expresión de compasión y afecto más profunda. Poco después, cuando los pasos de Paola se perdieron en el pasillo, Louis abrió el sobre. Eran los dos detonadores de fulminato de mercurio que Marcus nunca utilizó. Louis se aproximó a la ventana, miró hacia el patíbulo y sonrió con malicia.

La víspera de la ejecución se voló la cabeza. Siempre supo que no lo colgarían.

CHICAGO

27 de noviembre de 1887

Esa noche, cuando Paola sintió que llamaban a la puerta, creyó que era Jenny, la vecina del primero, una solterona irascible que había cambiado totalmente su trato hacia ella cuando descubrió que estaba embarazada. Marcus solía decir que Jenny estaba haciendo «una barriga vicaria», y luego añadía, con crueldad que, dada su apariencia, era la única a su alcance, observación totalmente inexacta, porque la tal Jenny, según Paola fue averiguando en el curso de la creciente amistad, tenía una extensa historia personal al sur del ombligo, como ella afirmaba jocosamente.

Esa noche, cuando Paola sintió que llamaban a la puerta, creyó que era Jenny, la vecina del primero, una solterona irascible que había cambiado totalmente su trato hacia ella cuando descubrió que estaba embarazada. Marcus solía decir que Jenny estaba haciendo “una barriga vicaria”, y luego añadía, con crueldad que, dada su apariencia, era la única a su alcance, observación totalmente inexacta, porque la tal Jenny, según Paola fue averiguando en el curso de la creciente amistad, tenía una extensa historia personal “al sur del ombligo”, como ella afirmaba jocosamente.

Pero no era Jenny. Tras la mirilla, y a la azulada luz de la bombilla de gas, había un hombre pequeño, rubicundo, tocado con un sombrero negro, redondo, de ala estrecha, y un maletín de cuero en la mano. A Paola no le pareció peligroso, pero antes de abrirle, prefirió preguntarle quién era y qué quería.

—Byron Connors, de la Agencia Pinkerton de detectives —contestó con una voz poderosa, absolutamente inapropiada para su apariencia.

Paola sintió que el corazón le daba un vuelco. Marcus, que leía en el viejo butacón, se puso de pie y le hizo a Paola unas señas con las manos, indicándole que él se encargaría del asunto.

—Adelante —dijo Marcus abriendo la puerta.

—Gracias —contestó el detective Connors, mientras recorría con la vista el mínimo apartamento, atestado de libros, hasta dar con un pretexto para romper el hielo amablemente—. ¿Cuál de los dos es el que toca el violín? —preguntó con una sonrisa.

—Yo soy el violinista —dijo Marcus ensayando también un tono distendido—, pero *amateur*.

—Yo tenía buen oído y solía tocar el violín, pero no porque me gustara. El aficionado era mi padre. Cuando me fui de casa los vecinos y yo descansamos para siempre —Connors insistía en el tono cortés.

Marcus advirtió que aquel detective de la Agencia Pinkerton no encajaba en el estereotipo.

—¿Y a qué se debe su visita? —Marcus le indicó que se sentara en el butacón. Paola sin perder palabra, se acercó al fogón, en el que todavía crepitaban los carbones, descolgó la manga de colar café y puso el agua a hervir.

—Voy a ser rápido. Los familiares de Mathias J. Degan, uno de los siete policías muertos el 4 de mayo, apoyados económicamente por un magnate que no quiere dar su nombre, han contratado a la Agencia Pinkerton para que investigue quién fue la persona que lanzó la bomba, y la Agencia me ha encargado a mí para que me ocupe de este asunto durante el tiempo que sea necesario.

—Muy bien, lo felicito —dijo Marcus con molesta ironía—. ¿Y nosotros qué tenemos que ver con todo esto?

—Todavía no sé —respondió Connors en un tono más enérgico que el utilizado hasta entonces, pero sin otro signo de hostilidad que una mirada largamente sostenida a los ojos de Marcus.

—Aquí tiene un poco de café —terció Paola.

Por un momento el ruido de las cucharitas disolviendo el azúcar pudo oírse casi escandalosamente.

—¿Dónde estaba usted la noche del cuatro de mayo de 1886? —Connors hizo la pregunta clave como si no tuviera importancia, mientras miraba un cuaderno de notas, extraído del maletín de cuero junto con la pluma y el tintero.

—Estaba aquí, en mi casa, con mi mujer —afirmó Marcus sin un asomo de vacilación, y luego preguntó a su vez—: ¿A qué viene esa pregunta ahora? Hace dos semanas ahorcaron a tres infelices, ¿todavía quieren más víctimas inocentes?

Paola se sorprendió de la tremenda habilidad de Marcus y concluyó que sólo las verdades podían ser sostenidas con tanta firmeza, lo que probaba la tesis de Marcus de que ante cada hecho no sólo coexistían diversas verdades, sino que algunas podían ser complementarias y hasta conflictivas.

—Señor Stein —dijo Connors achicando los ojos, como para cargarlos de incredulidad—, yo no quiero víctimas inocentes. Yo quiero al culpable de los siete policías muertos y los cincuenta y nueve heridos. A mi me repugnó tanto como a usted la condena a los anarquistas, y si acepté este trabajo es para corregir esa monstruosa injusticia. Y la única forma de subsanarla es encontrando al verdadero responsable. Al asesino que lanzó la bomba.

La palabra *asesino* y el aguijón del café aceleraron los latidos del corazón de Paola.

—¿Y si la bomba la lanzó alguno de ustedes mismos para provocar, como lo han logrado, la destrucción del sindicalismo menos dócil? —preguntó Marcus maliciosamente.

—Lo creo posible —dijo Connors para sorpresa de Marcus y Paola—. Al capitán Schaack, por ejemplo, su odio a los anarquistas pudo haberlo llevado a contratar a un *agent provocateur*. No lo descarto.

—¿Un poco más de café? —preguntó Paola, visiblemente nerviosa.

—No, gracias —dijo Connors.

Marcus, con un gesto amable, también lo rechazó, y en seguida continuó indagando:

—¿Y por qué ha venido a vernos a nosotros, precisamente esta noche?

—Verá —Connors se arrellanó en el asiento, como preparándose para una larga respuesta—. Dos días antes de la ejecución de los anarquistas, alguien, una mujer, aparentemente apellidada Brown, estuvo en la celda de Louis Lingg. Es probable que esa persona le diera a Lingg el explosivo con que se voló la cabeza la víspera del ahorcamiento. Deben haber sido dos potentes cápsulas de fulminato de mercurio. Lingg se las puso entre los dientes y les dio fuego. Los pedazos de cráneo se clavaron en las paredes...

—Bien, ¿y qué tenemos nosotros que ver con eso? —interrumpió Marcus para ahorrarle a Paola los terribles detalles de la muerte de Louis.

—Déjeme terminar, por favor —indicó Connors, sorbiendo el último trago de café—. En la celda había un papel arrugado, en alemán, con problemas de física como los que en las escuelas suelen ponerse a los muchachos, y ese papel tenía el nombre del alumno que los había respondido: Ephraim Mendelsson. No puede usted figurarse el trabajo que me costó dar con este joven. Eso ocurrió hoy por la tarde. Ya había visitado dieciséis escuelas alemanas. No podía imaginarme que hubiera tantas escuelas alemanas en Chicago. Ephraim Mendelsson resultó ser un chico encantador, de unos trece años, y sin vacilar me dijo que ese papel era una tarea escolar para la clase de usted. Por cierto, lo tiene como un profesor ejemplar, muy simpático y que jamás les pega. Ahora quiero hacerle una pregunta directa y franca —Connors cambió el tono de su voz y clavó sus pupilas en los ojos de Marcus, como buscando desarmarlo con la mirada—. ¿Cómo llegó ese papel a la celda de Louis Lingg?

—No tengo la menor idea —dijo Marcus moviendo la cabeza en sentido negativo—, pero como suelo tirar los exámenes y ejercicios al cesto de la basura, es probable que alguien lo haya cogido.

Paola volvió a sorprenderse del aplomo de Marcus.

—Y también es probable que los dos detonadores de fulminato llegaran hasta el calabozo de Louis Lingg envueltos en ese papel. ¿Conocía usted a Lingg?

—Como todo el mundo, a través de la Prensa. El retrato que le hizo el *Chicago Herald* no lo favorece mucho.

—¿Conoce usted a la señora Brown?

—No sé si conozco a alguna señora Brown, pero, por supuesto, no a la que visitó a Lingg la víspera de su muerte.

—Es curioso —dijo Connors, dirigiéndose ahora a Paola— la señora Brown estaba encinta, como usted. El guarda que la acompañó hasta la celda la recuerda perfectamente. ¿Podría presentarse mañana en la cárcel? Quiero descartar la absurda posibilidad de que usted y la señora Brown sean la misma persona. El embarazo puede no ser otra cosa que una simple coincidencia — Connors hizo una pausa—. Como también las iniciales de este folleto — rápidamente Byron Connors extrajo de la maleta el panfleto de Most que el día 3 de mayo le había prestado Marcus a Louis—. El señor Lingg me dijo que pertenecía a un tal Manuel Strauss, pero no he podido comprobar si existe esa persona. Es curioso —Connors hizo el primer ademán de despedida—; la dedicatoria tiene sus iniciales, señor Stein.

Cuando Paola cerró la puerta y le dio la espalda, Marcus, pese a la poca luz, vio dos hilos de lágrimas en sus mejillas, mezclados en la comisura de sus labios con un duro gesto de contrariedad.

—Se acabó, Marcus. Se acabó ahora, precisamente ahora que voy a tener un hijo.

Paola se desplomó sollozando en el butacón del que hacía unos instantes se había levantado el detective Connors.

—Nada se ha terminado, Paola. No tienen nada. Sólo un papel con el nombre de un alumno mío y un folleto dedicado por Johann Most a un tal M.S. No tienen nada.

—Me tienen a mí, que fui a ver a Louis Lingg la víspera de su suicidio, y que utilicé un falso nombre para entrar.

—Eso sólo prueba que conocíamos a Lingg. Yo puedo decir que mentí, porque odiaba a Lingg, quizá porque él y tú habíais tenido algo que ver — Marcus articulaba los gestos y las inflexiones de la voz como para dar a entender que ésas no eran coartadas definitivas, sino simples propuestas sometidas al juicio de Paola.

—Por favor, no digas más locuras. No compliques más las cosas. Han ejecutado a tres hombres y condenado a otros cuatro sin la menor evidencia. ¿Por qué demonios hiciste que le llevara a Louis los malditos explosivos?

Marcus le había contestado a Paola esa pregunta una docena de veces, pero nunca el tono de reproche de ella había sido tan amargo.

—Porque sabía que ser ahorcado era para él una terrible humillación. Louis había vivido de una forma violenta y querría morir de igual manera. ¿No recuerdas el relato del juicio? Increpó a los jueces y al jurado. Se burló de la justicia burguesa. Pidió la muerte a gritos, pero yo sabía que no quería morir dócilmente cuando lo decidieran sus enemigos. Por eso me pareció que lo más piadoso sería procurarle la muerte que él seguramente preferiría. Louis iba a ser ejecutado por un acto que yo cometí. ¿Qué menos podía hacer que conseguir que desapareciera como un rebelde, desafiante, sin testigos morbosos? ¿Sabes lo que ocurre cuando te ahorcan? Demoras casi tres minutos en morir. Los esfínteres se relajan y mueres danzando entre tu propia mierda y orines. Yo he visto ahorcados en Alemania, con la lengua enorme fuera de la boca, troceada por los dientes. Lo que ocurrió fue lo mejor. Un chispazo súbito, más rápido que el dolor.

—¿Qué vamos a hacer, Marcus? —sollozó Paola.

Marcus permaneció callado, pero Paola se contestó a sí misma, resuelta, poniéndose de pie con un gesto enérgico.

—Yo sé lo que vamos a hacer. Nos marchamos. Esta noche nos vamos. Yo no estaré aquí mañana cuando vuelva el señor Connors para acompañarle a la prisión. Yo no voy a ir a ésa ni a ninguna cárcel. Mi hijo, ¿me oyes bien, Marcus?, mi hijo no va a nacer en una celda y nunca, *nunca* dejaré que intente convertirse en revolucionario, en rebelde, en anarquista, o en cualquiera de esas palabrotas que me han hecho sufrir desde que era niña. Esta noche nos vamos, y esta noche, por lo menos para mí, se acabó todo. Quiero paz, ¿oíste?, quiero paz, ¡carajo!, que no puedo más.

CHICAGO

28 de noviembre de 1887

Byron Connors se acercó al espejo de su despacho y se alisó esos malditos cabellos que solían encrespársele a los lados de la cabeza. Se miró los dientes, como en un rictus, y celebró, otra vez, íntimamente, la magnífica herencia paterna que le mantenía la dentadura sin caries y todas las piezas en su sitio. Era quizás el único detective de más de cincuenta años —exactamente cincuenta y cinco—que conservaba todas las muelas.

Volvió a su escritorio y se sentó a esperar tranquilamente la anunciada visita del inspector Andrew Silverman, jefe de la oficina de la Pinkerton en Chicago, y su viejo amigo desde aquellos días remotos de la guerra mexicana cuando ambos se enrolaron, siendo apenas unos chiquillos en plena adolescencia, en la aventura de hacer crecer a los Estados Unidos matando mexicanos. Desde entonces Connors pudo comprobar dos cosas curiosas con relación a Silverman. La primera era su casi absoluta falta de imaginación. “Es el único hombre que tiene que abrir una botella de vino para saber lo que contiene”, le gustaba bromear. Y la segunda era que, pese a esa fatal limitación de su inteligencia, Silverman —alto, apuesto y con acento de Nueva Inglaterra— siempre se las había arreglado para ser su superior, circunstancia que probaba de una manera definitiva que la imaginación es un atributo menor sin ninguna incidencia en el destino final de los hombres.

—Adelante —dijo Connors, tras escuchar el toque inconfundiblemente nervioso de los nudillos de Silverman.

—Todos los inviernos me acuerdo de los mexicanos y de sus madres —dijo sin estar realmente enojado. Mientras cerraba la puerta.

A Silverman lo habían herido en una batalla cerca de El Paso.

Byron Connors temió que comenzara otra de aquellas infinitas rememoraciones de la guerra, pero Silverman en seguida disipó sus temores.

—Maloney y Cooper fueron hoy en la mañana al apartamento de Stein y su mujer. Anoche mismo huyeron.

El rostro de Connors palideció.

—¿Por qué los mandaste si habíamos quedado en que ese caso era mío?

—Porque no quiero perder los diez mil dólares de recompensa y pensé que se te escaparían, como ocurrió —dijo Silverman enfadado.

Byron Connors lo miró con una mezcla complicada de cariño y desprecio. A lo largo de su vida casi siempre había profesado a Silverman uno de los dos sentimientos, pero a veces, como ahora, se le confundían.

—¿Y qué encontraron tus perspicaces agentes? —preguntó con ironía, matiz que Silverman no fue capaz de percibir.

—Nada importante. Un reguero de libros. Ropa vieja. Un atril para partituras. Los ayudó a empacar una vecina, una tal Jenny, a quien le dijeron que marchaban a California súbitamente, debido a la gravedad de un pariente rico. Jenny nos dijo que sospechó que le mentían, pero tampoco tenía una explicación mejor. Consiguieron un coche y partieron con rumbo desconocido. Hiciste mal en ponerlos sobre aviso.

Byron Connors se acercó al candil con el puro entre los dientes. Lo prendió y exhaló una larga bocanada. Luego lo tomó entre los dedos, lo miró con placer y rompió a hablar de nuevo:

—No se me escaparon, Andrew. Están perfectamente localizados. Anoche durmieron en la calle Morgan, número 25, en la casa de un compañero de cátedra del señor Stein, pero te ruego que no mandes a ninguno de esos imbéciles a investigar. Ahora no tiene sentido atraparlos. ¿Qué podemos probar? ¿Que Paola Henríquez visitó a Louis Lingg en su celda de condenado a muerte y que se hizo pasar por una tal señora Brown? ¿Que Louis Lingg y Marcus Stein se conocían, pese a que Stein asegura que eso es falso? Lo más que podremos demostrar es que ambos cometen perjurio, pero no que están relacionados con la bomba del 4 de mayo, y ni siquiera con los explosivos que

utilizó Lingg para suicidarse. Recuerda que la recompensa está condicionada a la entrega del culpable de la explosión.

—¿Cómo sabes el paradero de Stein y de su mujer? —preguntó Silverman, un tanto asombrado.

—Porque dejé al agente Flesher encargado de vigilarlos toda la noche. Presumía que si Paola Henríquez y la señora Brown eran la misma persona, ella y su marido tratarían de huir. Y eso es lo que ha ocurrido exactamente. Sospecho que Stein y su mujer son parte de una vasta conspiración anarquista, con ramificaciones en todo el país, y es preferible seguirlos y descubrir a todos los personajes de la trama.

Silverman, boquiabierto por la sorpresa, se las arregló para defender sus intereses sin ningún recato:

—De acuerdo, pero no olvides que los diez mil dólares tendrás que compartirlos conmigo. Cinco mil para cada uno.

Cuando Silverman, renqueando, abandonó su despacho, Connors se ratificó en su vieja sospecha de que la inteligencia y la imaginación tenían poco peso en el curso de los acontecimientos humanos. Para vivir y medrar bastaban ciertos instintos primarios, un poco de codicia y una total ausencia de escrúpulos. El caso de Andrew Silverman lo probaba hasta la saciedad.

T R E S

PATERSON

3 de diciembre de 1887

Giuseppe Cerrutti vivía en una amplia casa de madera pintada de blanco, cuyo único rasgo exterior de distinción eran las marchitas macetas que colgaban de las ventanas del segundo piso. Marcus calculó que entre la cerca de madera y la entrada de la casa podía haber perfectamente más de cien metros de hierba amarillenta y seca, advirtiendo que las dimensiones de la casa y del terreno que la circundaba por alguna razón desconocida se habían reducido en su memoria.

A Cerrutti, en cambio, lo recordaba con toda precisión sentado en su biblioteca. Su alta y corpulenta humanidad, de pecho y vientre prominentes, la barba blanca bien perfilada, la tez rojiza, más propia de un alemán que de un italiano de Nápoles, la risa sonora, se habían quedado cómodamente instaladas en el recuerdo, pese a que sólo conversaron una vez —cuando Cerrutti lo encaminó hacia Chicago— por un período que acaso fue de varias horas, pero que a Marcus Stein le pareció casi fugaz.

Paola agradeció el brazo aún fuerte del anciano cuando la ayudó a descender del carruaje. A las naturales incomodidades del largo viaje, primero en tren, y más tarde en coche de caballos, se acababa de sumar una extraña punzada en el bajo vientre y unas súbitas náuseas que atribuyó, en primera instancia, a su estómago vacío, luego al insomnio que padecía desde la visita de Byron Connors, y por último a su embarazo de siete meses.

—Giuseppe, coloca dentro el equipaje —Cerrutti se dirigió a un muchacho delgado, de apenas doce años.

Paola, notando la enorme diferencia de edad entre los dos Giuseppe, pensó que a su anfitrión le resultaría halagüeña la pregunta:

—¿Es su hijo?

—No. Italia es un país en el que la gente no se pone de acuerdo para nada, excepto para llamarse Giuseppe o Giovanni. Es algo así como una inevitable maldición onomástica. El muchacho es hijo de los Brescia, un matrimonio amigo. Viene siempre a ayudarme y hacerme compañía.

El recorrido por los vulgares pasillos, con paredes desnudas y unos cuantos objetos de labranza dejado al desgaire, hizo pensar a Paola que la casa del *signore* Cerrutti no se parecía en absoluto a la descripción que Marcus le había hecho... hasta que llegaron a la biblioteca. Tras aquellas dos insignificantes puertas de pino blanco, surgía de pronto, sin la menor relación con el entorno, una especie de monstruoso salón francés de unos setenta metros, con espejos biselados, candelabros, lámparas de araña, tapices que reproducían escenas de caza, cortinas de terciopelo, muebles de estilo, chimenea, paredes tapizadas en tela, estanterías de libros de diversos tamaños, perfectamente bien encuadernados, y lo más espectacular, un fresco en el falso techo en el que aparecía Augusto Compte con hábito de monje, dándole entrada en el cielo a dos docenas de santos revolucionarios, entre los que destacaban Bolívar y Toussaint Louverture, vestidos con túnica romana y leyendo cada uno un tomo de la Enciclopedia de D'Alambert y Diderot.

—Siéntese, señora, y póngase cómoda —dijo Cerrutti haciendo un gesto con la mano.

Marcus no esperó la invitación para sentarse.

—¿Cómo ha podido hacer esto *aquí*? —preguntó Paola con una mezcla de sorpresa e incredulidad de la que tampoco estaba ausente la admiración.

—Paterson está lleno de artesanos italianos. Fue como un gran juego. Como una fiesta colectiva. El autor del fresco, Benvenuto Madrazo, fue despidiéndose de Europa pintando murales. Acababa de decorar la capilla de Santa Rita en Barcelona, donde tomaría el barco rumbo a América, y pensó que cuando emigrara nunca más tocaría un pincel, pero a la semana de llegar a Paterson le

pedí que rematara este salón con un homenaje a Augusto Compte y su panteón de revolucionarios. Está seguro de que es su mejor obra.

—Pero, ¿por qué ha hecho *esto* en este rincón rural de los Estados Unidos?

—Paola no podía reprimir su curiosidad.

Cerrutti sonrió con gesto de tolerancia, como quien admite resignado una inofensiva impertinencia.

—Señora, todas las personas que emigran llevan en su memoria la casa en que crecieron y sin darse cuenta la reproducen, la imitan, intentan recrearla. Yo nací en un “palazzo” napolitano, pero no tengo dinero para fabricarlo de nuevo, así que he de conformarme con un salón vagamente parecido al que tuve en mi infancia. Esta es también una expresión de lealtad a mis raíces europeas. Una forma de continuar allá, en un mundo al que estéticamente amo con tanta fuerza como lo desprecio éticamente —Cerrutti hizo una larga pausa, señaló hacia el techo y siguió—. Por supuesto, el fresco de mi casa era diferente. En vez de Compte, había un San Pedro con las llaves en la mano, rodeado de ángeles y querubines que revoloteaban, muy distintos a los revolucionarios que Compte santificó en su obra.

—¿Quién es el negro?—preguntó Marcus.

—Toussaint Louverture, el haitiano. Un personaje excepcional. Derrotó a las tropas de Napoleón cuando nadie soñaba que eso era posible. Siempre me extrañó que Compte, tan francés, lo incluyera entre sus preferidos.

Paola no dijo nada. Había recordado súbitamente a “los franceses”, sus convecinos de Santiago, una familia criolla blanca, de origen haitiano, que setenta años y tres generaciones más tarde continuaban hablando con horror de la revolución haitiana de la que sus abuelos huyeron hacia Cuba.

—Lamento mucho haberlo molestado —Marcus creyó que era el momento de entrar en materia. Miró al suelo mientras hablaba, reforzando sus palabras con un gesto de humildad.

—El chico me trajo ayer su telegrama. Supongo que será algo realmente serio —dijo Cerrutti.

Paola, sorprendida, sintió otro apretón rítmico en las entrañas.

—Estoy metido en un gran lío —Marcus se puso de pie mecánicamente, colocó las manos en los bolsillos y dio unos pasos hasta la puerta de madera y cristal que conectaba con un pequeño patiecillo interior. Desde aquí advirtió que las líneas clásicas de aquel absurdo salón se prolongaban exteriormente en un mínimo patio de ambiente europeo, en el que los setos, meticulosamente recortados, acaso pretendían evocar los jardines de Versalles que tantas veces había visto reproducidos.

—Eso puede no ser malo. A lo largo de toda mi vida yo no he hecho otra cosa que meterme en líos —dijo Cerrutti con una sonrisa de simpatía.

Paola recordó que Marcus le había contado algunos increíbles detalles de la vida de Cerrutti, como su fuga de una isla-cárcel en un barril de madera, sus dramáticas experiencias en una mina de oro de la Patagonia, la campaña junto a Garibaldi, y aquella extraña organización secreta llamada “Los Corazones de Roble” que parecía estar vinculada a cada hecho notable y sangriento que ocurría en Europa.

—Pero tal vez me he excedido —insistió Marcus.

—Bien, ¿qué ha hecho usted? —preguntó Cerrutti no sin cierta displicencia y a la espera de alguna confesión poco importante.

—Arrojé la bomba de Chicago.

Marcus y Cerrutti se quedaron un momento mirándose fijamente.

Por fin el italiano, en un tono colérico, inesperado por Marcus y por Paola, le dijo:

—¡Cómo es posible que a usted se le haya ocurrido hacer una barbaridad semejante aquí, aquí mismo, en los Estados Unidos!

—Realmente no se me ocurrió. Fue algo que sucedió súbitamente. No lo planeé.

Cerrutti apenas lo oyó.

—Pero, ¿no se da cuenta de que esos métodos sólo tienen sentido en la vieja y podrida Europa, donde una burguesía repugnante y una aristocracia que se niega a morir sólo entienden mediante el uso de la fuerza? Estados Unidos es otra cosa, señor Stein. Este es el mundo de las oportunidades. Esta es una sociedad imperfecta, pero abierta, en la que los sindicatos y el parlamento funcionan. Aquí es posible la justicia, señor Stein. Aquí gobierna un presidente, Cleveland, al que le parecieron excesivos los seis porteros de la Casa Blanca y echó a cuatro. ¿No ha visto usted abrazados a negros y blancos que ayer pelearon en bandos diferentes?

—Señor Cerrutti, yo sé todo eso que usted me está diciendo y lamento con toda mi alma haber hecho lo que hice, pero yo no he venido desde Chicago, con mi mujer embarazada de siete meses, perseguido por la Policía, a escuchar un discurso sobre la grandeza de la Unión Americana.

—¿Qué quiere de mí, señor Stein? Por favor, sea breve.

El tono adoptado por Cerrutti era de extrema severidad y presagiaba una cerrada negativa a cualquier petición.

—Necesito esconderme en New York. Necesito cambiar de identidad por cierto tiempo. Usted tiene amigos allí.

—Yo no quiero vincularme a ese asunto. Ha hecho usted muy mal en contarme su crimen —gritó Cerrutti.

—Usted no me va a delatar. Tal vez no me ayude, pero sé que no me delatará.

—No lo ayudaré. A mí no me importa mezclarme en crímenes si la causa es justa y honrada, pero soy incapaz de mezclarme en estupideces.

—¡Ay! —Paola dio un breve grito y se llevó las manos al vientre. Tengo unas contracciones horribles —dijo mordiéndose los labios.

Cerrutti la miró espantado. Paola estaba pálida y sudada.

—Creo que he roto aguas.

De pronto se hizo silencio y los tres se miraron sorprendidos.

—Tiéndase en ese sofá, ahí mismo —dijo Cerrutti—. ¡Giuseppe —gritó—, Giuseppe, corre a buscar al doctor Riva!

El doctor Riva, cuando terminó de partear a Paola, le pidió a Marcus un paño para secarse las manos y a continuación le preguntó al joven Giuseppe si le había dado de comer y beber al caballo.

Marcus, nervioso, quiso saber las posibilidades que tenía de vivir el sietemesino que acababa de nacer y el estado general de Paola, quien se había quedado completamente dormida en medio del salón, en la cama improvisada con mantas y almohadones que el propio Cerrutti había allegado mientras recorría la casa dando voces durante los primeros momentos del parto.

—El niño tal vez viva. Aunque pesa muy poco tiene bastante movimiento. Su mujer no debe tener problemas. ¿Cómo lo van a llamar?

Marcus le dijo que se llamaría Louis, como un amigo que perdieron, y quiso saber por qué se había adelantado el parto. El doctor Riva aventuró que tal vez el viaje, o las emociones “o vaya usted a saber, porque en estas cosas es imposible asegurar nada”. Discretamente, pero sin poder evitar su ansiedad, Marcus también intentó averiguar la experiencia profesional de aquel italiano alto, vivaz y de labios carnosos, que se movía con una desusada rapidez para sus años.

—He parteado más de dos mil hembras —dijo una especie de resoplido, y en seguida agregó—: y digo hembras, porque en la nómina incluyo las yeguas de la caballería francesa de la última guerra contra Alemania, en la que me enrolé como despedida de ese continente enloquecido, más perras dálmatas, gatas, cabras y hasta una coneja. En mi pueblo no había más médico o veterinario que yo. Pero además, es igual. No hay mejor escuela para aprender a partear, que de noche, a la intemperie y bajo la lluvia, darle la vuelta a un ternero que no puede salir del vientre de la madre porque viene en mala posición.

—Pero habrá alguna diferencia, ¿no? —dijo Marcus, un tanto molesto por la analogía.

—Que las muJeres no se comen la placenta. Es una tragedia. Si se comieran la placenta no morirían tantas a consecuencia del parto.

Paola gimió levemente y Marcus se acercó a ella y comenzó a acariciarle la cabeza con ternura. Junto a ambos, arropada, la pequeña criatura comenzó a llorar. No pesaría más de cinco libras y Marcus pensó, con cierta melancolía, que el aspecto felpudo y oscuro del recién nacido sólo le inspiraba compasión, pero no amor. Se le ocurrió que aquel ser, llegado dos meses antes de plazo, todavía no era un hijo amado, sino una pequeña masa de carne, con la que, si no moría, iría relacionándose en la medida en que cobrara una apariencia realmente humana, y supuso, entonces, que su paternidad tal vez fuera también sietemesina y quizá necesitara un plazo natural para desarrollarse en toda la plenitud que ingenuamente él había anticipado.

—¿Cómo está el niño? —preguntó Paola con angustia.

Marcus no quiso ilusionarla.

—No sabemos. Hay grandes posibilidades de que muera, pero porque es sietemesino, no porque parezca enfermo.

Paola comenzó a llorar silenciosamente, y sólo se contuvo cuando colocó al pequeño junto al pecho y pudo darle de mamar. Notó al momento la inusitada fuerza prensil de sus manitas y eso le pareció un síntoma vagamente esperanzador.

En un rincón Giuseppe Cerrutti giró la cabeza discretamente para que nadie viera que tenía los ojos húmedos. Ni siquiera se levantó a despedir al doctor Riva que desandaba sigilosamente los pasillos de la casa.

Charlie Flesher se incorporó trabajosamente de su escondrijo. Byron Connors le había pedido que no le perdiera pie ni pisada a los Stein, pero ninguno de los dos había calculado que tendría que pasar varias horas a la

intemperie, en aquel maldito invierno que comenzaba con saña. Había elegido como atalaya un tenue promontorio desde el que se podía divisar con total claridad la casa de Giuseppe Cerrutti y el coche en el que horas antes habían llegado los Stein. A lo largo de todo ese día aburrido e interminable — parcialmente aliviado por la lectura de una novela que le recomendó su jefe, escrita por un tipo medio chiflado, un tal Mark Twain, que se hacía llamar Samuel Clemens, o Samuel Finn, porque siempre confundía los nombres—, sólo había visto llegar y salir, al galope, a una persona que llevaba un maletín como los que utilizaban los médicos.

Dada la hora avanzada y la amenaza de nevada, lo prudente sería dirigirse al centro de la ciudad, al “Hotel Central”, para dormir con cierta comodidad y continuar la pesquisa al día siguiente.

En la mañana, antes de regresar a su puesto de observación, le enviaría a Connors noticias cablegráficas sobre lo que parecía constituir la primera evidencia seria de que los Stein y el atentado de Chicago formaban parte de una vasta conspiración internacional, porque no en balde estaba mezclado en ello Giuseppe Cerrutti, cuyo nombre aparecía inscrito en el buzón de mensajes con letras góticas, personaje perfectamente identificado en los archivos de la Agencia Pinkerton, aunque hasta el momento era la primera vez que podía establecerse un vínculo entre los sucesos de Chicago y el tenebroso italiano avecindado en Paterson.

Pero también habría tiempo para divertirse. Es cierto que la Agencia Pinkerton despedía a sus agentes cuando participaban en escándalos de faldas, pero nadie podía enterarse si esa noche él celebraba su primer éxito importante con una o con las dos gemelas Temprano, unas ardientes mexicanas que regentaban un bar en las afueras de Paterson, y cuya dirección le había dado algún tiempo antes Larry Collins, otro agente de Pinkerton, nacido un Union City, pero criado a pocas calles de las famosas hermanas Temprano. “Si algún día vas a Paterson tienes que acostarte con ellas. Si puedes te las tiras juntas. Es

como follar con un espejo delante, porque son idénticas”. Luego le advirtió que el marido de una de ellas “o de las dos, porque estas condenadas lo comparten todo”, era un alcohólico escandaloso e inofensivo que de vez en cuando aparecía por el lugar, pero nada debía temer “porque el tipo, a fin de cuentas vive de eso”.

Charlie Flesher, tras lavarse insistentemente la entrepierna, cambiar de ropa y comprobar que las cinco balas continuaban dentro del “Colt”, se acercó a la recepción del hotel y preguntó al administrador y único empleado —un hombre calvo y bajito— por la calle cuyo nombre tenía anotado.

—Usted también quiere saludar a las Temprano, ¿no? —le respondió el tipo con absoluta indiscreción y un obsceno gesto de la mano que le sacó los colores a Flesher.

—No, voy a ver a un amigo, ¿quiénes son las Temprano? —mintió el detective sin ninguna convicción.

—Son dos putas mexicanas, dos gemelas, que mantienen a raya la lascivia de los varones de este pueblo.

Flesher observó en la expresión del administrador del hotel un brillo de simpatía hacia las Temprano.

—¿Usted las conoce? —ahora era Flesher el que se acogía al tono cómplice e impertinente.

—Claro. Mi mujer las adora.

Flesher no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¿Su mujer también las conoce?

—No, por supuesto, pero nosotros llevamos casi treinta años casados y de vez en cuando, usted entiende, se fatiga la imaginación y surge la inapetencia. Follar entonces se vuelve como mear, y mi esposa se desespera.

A Flesher le pareció una extrema vulgaridad la confesión de aquel desconocido, y le sorprendió que lo mismo dijera “lascivia de los varones” que

“follar se vuelve como mear”, pero simultáneamente le simpatizó la candorosa franqueza de su declaración.

—Y entonces visita a las Temprano y revitaliza su erotismo, ¿no?

—Exacto. Mi mujer no las llama “putas” sino “restauradoras”. Dice que recupero la capacidad de sostener mis erecciones gracias a ellas. Por eso las adora.

Flesher comenzó a caminar por las calles de Paterson, llenas de barro, sin sacudirse del todo la curiosidad que le causaba aquel personaje parlanchín y desinhibido. En el fuerte, durante la Guerra Civil, había conocido tipos tan locuaces y vulgares como este raro espécimen, pero en la atmósfera del cuartel y entre adolescentes —entonces él apenas tenía dieciséis años— jamás le parecieron inapropiadas esas obscenidades.

No fue difícil dar con la casa de las Temprano. Era prácticamente la única en aquella larga y desangelada calle, y afuera, como señal del origen de sus moradoras, o como discreto reclamo publicitario, había un enorme tinajón de barro en el que perfectamente podía caber un hombre agachado.

Flesher llamó a la puerta con dos toques de nudillo. El frío arreciaba y la espera le resultó un tanto larga. Por fin, en un inglés destrozado por inflexiones mexicanas, una voz de mujer le respondió.

—¿Qué desea?

—Ver a las hermanas Temprano.

—Es muy tarde, vuelva mañana.

—Mañana no voy a estar en Paterson.

—Lo siento.

—Ábrame, por favor, vengo de parte de Larry Collins.

—¡De Larry! —se oyeron dos voces al unísono mientras se abría la puerta.

Charlie Flesher, pese a la penumbra, pudo ver con toda nitidez a las hermanas Temprano. Eran exactas, “como dos gotas de semen” le había advertido Larry Collins. Y así era, en efecto.

—¿Cómo está ese hijo de puta? —preguntó la más próxima a la puerta.

—Me dicen sus nombres o las numero —dijo Flesher con una sonrisa.

—Yo soy Lupe y mi hermana es Carmela —volvió a decir la misma.

A Flesher le inquietó por un momento el extraordinario parecido de Lupe y Carmela, como si tener que elegir entre las dos fuera inevitablemente un acto injusto, pero pensó que la situación se resolvería espontáneamente.

—Larry me habló maravillas de ustedes. Me dijo que si alguna vez venía a Paterson no podía dejar de visitarlas.

—Larry creció a pocos pasos de aquí —dijo la que probablemente se llamaba Carmela.

—Fue nuestro primer amor —añadió Lupe—. Ese canalla comenzó a meternos mano cuando no habíamos cumplido los diez años.

Flesher, sin que se lo indicaran, se sentó junto a la chimenea en el centro de un viejo sofá de tres plazas.

—¿Hay algo de beber? —preguntó.

—Hay whisky de centeno, tequila y ron, pero vamos a hablar claro antes de seguir, ¿qué quieres?

—Quiero follar —Flesher se sorprendió de su rápida respuesta.

—Muy bien. Eso cuesta un dólar más los tragos. Diez centavos por trago.

Flesher ahora se sorprendió del tono aséptico y profesional de la que hablaba.

—¿Cuántas veces puedo follar por ese dólar? —preguntó como si discutiera el precio de una camisa.

—Una vez, salvo que Carmela o yo, la que elijas, disfrute tanto que quiera repetirlo. En ese caso el segundo va por la casa.

—¿Y si me quiero acostar con las dos? —preguntó Flesher rápidamente, no sin temor a que lo consideraran un tipo perverso.

—Las dos costamos tres dólares. Es más caro que de una en una, pero el placer también es más intenso —contestó Carmela con la mayor naturalidad.

Flesher pensó que las Temprano tenían la tarifa perfectamente estudiada y se maravilló de que aquellas hermanas tan orientadas hacia el comercio se contentaran con ejercer la prostitución en un tugurio de Paterson.

—De acuerdo. Me acostaré con las dos.

Carmela, mecánicamente, sin esperar instrucciones de Lupe —que parecía ser la más fuerte de la pareja— fue en busca de la bebida. Lupe, melosa, en un cambio radical de actitud, se inclinó sobre las botas de Flesher para ayudarlo a descalzarse.

—Nos tomamos un trago aquí y luego nos vamos a la habitación.

A Flesher le pareció perfecto el proyecto. Carmela llegó junto a él con la bebida. Tres vasos de bourbon de Tennessee. Comenzaron a tomar.

—¿De dónde eres? —le preguntó Lupe melosamente junto al oído mientras su mano le acariciaba el vientre.

—De New York —suspiró Flesher.

—¡Un yanqui! —musitó Carmela con coquetería en su otro oído.

Flesher, de un trago apresurado, terminó el bourbon y puso el vaso en el suelo. Pasó sus brazos sobre los hombros de las Temprano y metió sus manos en los pechos de las dos mujeres. Cerró los ojos y comenzó a acariciar suavemente ambos pezones con curiosidad, buscando más que el placer de las prostitutas, o su propio placer, las diferencias o similitudes entre los dos senos que tenía entre sus manos. En seguida notó que el pezón de la que parecía ser Lupe en ese momento —ya las había confundido irremisiblemente— respondía a las caricias, pero, en cambio, era Carmela la que, a juzgar por el suave ronroneo, mostraba unos más claros síntomas de estar disfrutando.

Pronto los tres estaban totalmente desnudos y enzarzados en abrazos que se trenzaban y destrenzaban con cada iniciativa erótica. Flesher, totalmente excitado, sentía la mano de Lupe sobre su miembro erecto, o la de Carmela, o la de las dos, mientras él, a su vez, intentaba satisfacerlas simultáneamente, pero sin poder sustraerse a la mezquina curiosidad de comparar ambas anatomías a cada caricia.

Fue extraña, por ejemplo, la sensación de introducir al unísono sus dedos en las vaginas de las Temprano y comprobar la asombrosa simetría que guardaban, como si la Naturaleza se hubiera esforzado en dotarlas de la misma abundante humedad, y hasta de una misma rugosa protuberancia en lo profundo del sexo, hallazgo al que sólo era posible acceder con un impulso enérgico y quizá doloroso de las manos.

A poco Flesher, Carmela y Lupe, abrazados, se dirigieron a la alcoba pisando en el trayecto un reguero de ropas, botas y hasta el revólver dentro de su cartuchera. Flesher, una vez en la cama, muy excitado, comenzó a pensar por cuál de las dos hermanas se decidiría primero. Quizá por la que parecía ser Lupe. Quizá por Carmela, que no dejaba de mordisquearle el cuello. Eligió a Lupe y se puso sobre ella, dispuesto a penetrarla.

De pronto se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡No, otra vez no! —dijo Carmela.

—¿Quién es? —preguntó Flesher asustado.

—No es nadie —dijo Carmela—. Es sólo John, el imbécil de mi marido. Hacía diez días que no venía.

Flesher se sentó en el borde de la cama y contempló, desalentado, cómo su virilidad se recogía a una pasmosa velocidad.

—No le abras —dijo Lupe.

—Sería peor. Estaría toda la noche dando gritos. Tú no te muevas de la habitación —le dijo a Flesher.

Por la puerta entreabierta, Flesher vio entrar a un gigantón de enormes brazos y manos, probablemente escocés por su aspecto y por la entonación con que blasfemaba.

—¡Sois unas putas! ¡Sois unas putas y las voy a matar! ¡Un día las voy a matar!

—¡Imbécil! —le gritó Carmela—. Claro que somos unas putas. ¿De qué has vivido tú todos estos años si no es de nosotras, de nuestra putería?

Dando tumbos, el gigantón llegó al medio del salón y observó las ropas revueltas de Flesher y las Temprano.

—¿Quién está ahí? ¿Quién se está acostando hoy con mi mujer y con la hermana de mi mujer? —gritó con una mezcla de burla y fingido enfado.

—¡Vete, animal! —le gritó Carmela—. Ven mañana cuando estés sobrio a buscar tu dinero.

El borracho, de pronto, vio en el suelo un reflejo metálico y se agachó a cogerlo. Era el revólver. Flesher observó con temor lo ocurrido y salió de la habitación.

—Deje eso, por favor —dijo tratando de aparentar firmeza, lo cual resultaba difícil estando desnudo y con el pene y los testículos humillantemente incrustados en el hueso púbico.

El gigantón lo miró con una combinación de sorpresa y desprecio.

—¿Y quién es este nuevo *cliente*? —preguntó con sorna.

—Un amigo de Larry Collins —informó Lupe innecesariamente.

—El revólver está cargado, por favor, déjelo —insistió Flesher.

—¿Está cargado? —dijo John—. Pues mejor —levantó la mano e hizo un disparo contra el techo.

Lupe y Carmela comenzaron a correr y a gritar. Flesher, sin pensarlo, se abalanzó sobre el borracho con el objeto de desarmarlo, pero resbaló en el camino y cayó a sus pies. El gigantón, con una mano, lo cogió fuertemente por los pelos, mientras con la otra le apretaba el revólver contra la sien.

—Así que eres valiente, tipejo de mierda —le dijo con odio—. ¿A cuál de las dos te ibas a tirar primero? ¿Sabes que Lupe nunca quiso follar conmigo? Decía que yo era el marido de su hermana.

Flesher notaba cómo a cada frase crecía el rencor de aquel tipo que le tenía dolorosamente asido por el cuello.

—Déjalo ya —dijo Carmela aproximándosele con cautela.

—¿Que lo deje ya? No. A este tipo le voy a dar una lección para que aprenda a ser valiente.

Carmela se le acercó aún más.

—Por favor, te ruego que lo sueltes.

—¡Quítate, puta! —gritó el borracho mientras le lanzaba una patada que golpeó a la mujer en el vientre—. Ahora verás.

Flesher creyó que el cuero cabelludo se le separaba del cráneo y sintió un agudo dolor que le recorrió toda la espina dorsal mientras avanzaba hacia la calle a gatas, impulsado por los gritos y las patadas. Estaba nevando, pero no percibió el frío. La más absoluta soledad le esperaba fuera.

Las dos mujeres, también desnudas, corrieron tras él y el gigantón.

—Ahora vas a aprender lo que es acostarse con mi mujer —le gritó el borracho mientras oprimía el cañón del revólver contra la cabeza de Flesher.

Flesher, mientras esperaba la bala criminal, pensó que para el hijo de un pastor anglicano que había elegido trabajar como detective, era una cruel ironía morir como un rufián, asesinado por un chulo borracho en las puertas de un prostíbulo. Y pensó —también— que era una lástima que Byron Connors nunca pudiera enterarse de sus averiguaciones, del paradero de los Stein ni de las vinculaciones entre el terrorista alemán y el anarquista italiano Giuseppe Cerrutti, pero se resignó al estampido absurdo e inevitable, cuando de pronto desapareció el dolor de la piel de la cabeza, y sintió segundos después, en el mismo sitio, un chorro caliente y la voz de Carmela que gritaba.

—¡Canalla! Lo estás meando. Así no se humilla a nadie. Eso no se le hace a un hombre. ¡Mátalo, pero no le mees!

—¿Que lo mate? ¿Prefieres que lo mate antes de que lo mee?— rugió con ira el borracho.

Flesher ni siquiera logró decir que, dadas las circunstancias, no tenía ningún inconveniente en que lo siguiera meando. La bala le entró por el occipital y le hizo estallar el cráneo como cuando se coloca dinamita en una cueva.

PATERSON

7 de mayo de 1888

No le fue fácil a Cerrutti convivir algo más de cinco meses con el matrimonio Stein, pero al menos tuvo el consuelo de ver cómo una criatura debilucha y frágil, nacida para morir sin remedio, alcanzaba el peso y la robustez de un niño normal, sin otro sostén que el pecho de la madre, perpetuamente colocado en su boca, y sin otro arrullo que un desgarrado “traga, mi amor, traga”, lastimeramente repetido por Paola desde la mañana a la noche, como una Madonna que se hubiera vuelto irremediabilmente loca.

Para alguien como Cerrutti, tan acostumbrado a reflexionar sobre la muerte ajena —su función política y social o su utilidad, llegado el caso— el espectáculo de dar vida y lograr sustentarla resultó una entrañable experiencia que le trajo el recuerdo de escenas largamente olvidadas de su propia infancia, en Nápoles y luego en París. Volvió a su memoria la mujer que en su juventud le dio primero la alegría de un hijo, y luego la demoledora tristeza de verlos morir juntos, durante el terrible invierno de 1848, víctimas, como tantos millones de europeos, de aquella maldita epidemia de tisis que comenzaba siempre con una tos seca y dolorosa, y terminaba con fiebres altísimas y esputos sanguinolentos, como si la Naturaleza, también tenaz contrarrevolucionaria, hubiera querido castigar los excesos cometidos en la revolución.

Cerrutti en seguida se dio cuenta de que no podía echar de la casa al joven matrimonio y al recién nacido. Poco después llegó a la convicción de que debía ayudarlos. Sin embargo, reconocer que les había cobrado afecto le tomó más tiempo, porque no era sencillo excusarle a Marcus el imperdonable atentado terrorista de Chicago, aunque el viejo anarquista italiano había llegado a admitir la impremeditación de los hechos y el estado de sobresalto en que se encontraba Marcus Stein la noche del 4 de mayo de 1886.

En cualquier caso, lo más urgente era evitar que nadie supiese de la permanencia de los Stein en su casa. El doctor Riva y la familia Brescia se comprometieron a guardar el secreto mientras el joven Giuseppe, para no llamar la atención, recibió instrucciones de hacer la compra a tres diferentes tenderos.

Había que extremar las precauciones, puesto que tanto a Cerrutti como a Marcus les había resultado sospechosa la presencia en Paterson de un agente de la Agencia Pinkerton, un tal Flesher, que, según la Prensa, resultó muerto de un balazo con su propio revólver cuando intentaba violar a dos hermanas de origen mexicano, quienes atestiguaron en el juicio que sólo pudo salvarlas del deshonor la hidalguía del esposo de una de ellas, que logró desarmar al malhechor y darle su merecido. Aunque entre los papeles del tal Flesher no se encontró ninguna explicación de su presencia en Paterson, y por más que la Agencia Pinkerton prefirió callar para no verse mezclada en tan turbio asunto, resultaba demasiada coincidencia la aparición de un detective precisamente el día en que los Stein arribaron a Paterson.

Había, pues, que extremar la prudencia, y nada más urgente y elemental que cambiar la documentación e identidad del matrimonio. De esto, a solicitud de Cerrutti y sin preguntar las razones, se ocupó Bruno Agnelli, un fornido tuerto, excelente grabador de origen italiano, capaz de reproducir con total fidelidad el más complicado documento “y hasta billetes de banco si fuera necesario”, como Cerrutti aseguraba con un guiño. Marcus Stein, que no podía ocultar su acento alemán, o su condición de circunciso, pasó a llamarse Günther Cohen, nacido en Baviera en 1858, y recién llegado a los Estados Unidos, mientras Paola Henríquez se transformó en Mary Pastor, un apellido que con sólo desplazar la sílaba tónica pasaba del mundo hispano al anglosajón, con la misma facilidad con que podía expresarse en ambas lenguas la recién estrenada irlandesa que lo usurpaba.

Tampoco para Cerrutti fue difícil conseguirle un destino a la pareja. Primero pensó en escribirle a New York a su amigo Giacomo Mori, antiguo camarada de lucha y subdirector del Central Evening High School de la Calle 63, donde siempre necesitaban de quienes pudieran enseñar en alemán a los nuevos inmigrantes, pero en seguida cayó en cuenta de que los sabuesos de la Pinkerton inevitablemente comenzarían por buscar a Marcus en un ambiente similar al que precisamente abandonó en Chicago.

De manera que optó por dirigirse a Carlo Bontempo, regente de la imprenta “Louis Weiss and Co.”, una empresa que se había especializado en imprimir textos en alemán, francés y español, y en la que probablemente hiciera falta un corrector de pruebas que supiera perfectamente alguna de estas lenguas además del indispensable inglés.

La respuesta de Bontempo no se hizo esperar. En efecto, había abundante trabajo para quien fuera capaz de corregir en alemán las galeradas de la imprenta, pero más interesante aún le resultaban a la empresa los conocimientos musicales —anotados en el detallado curriculum que le enviara Cerrutti— de “Herr Günther Cohen”, dado que estaban a punto de iniciar la sistemática publicación de partituras y necesitarían a una persona capaz de dirigir ese proyecto.

Tanto Paola como Marcus vieron los cielos abiertos. Con una nueva identidad y perdidos en medio de los tres millones de habitantes de New York, entre los cuales más del veinte por ciento no había cumplido los cinco años en Estados Unidos, era muy difícil que los detectives de Pinkerton los encontraran. Con los años el episodio de Chicago acabaría por borrarse de la memoria de todos —comenzando por la de ellos mismos— y podrían llevar la vida sosegada que los dos deseaban.

Para Paola, aun antes de abandonar Paterson, la aventura de New York y la perspectiva de comenzar una nueva vida se convirtieron en motivo de desazón, pero no porque rechazara este cambio fundamental de su destino, sino porque

lo anhelaba con tanta fuerza que temía que no se realizase a tiempo, o surgieran contrariedades que lo malograrán.

En los últimos días, tan pronto Cerrutti recibió la respuesta de Bontempo, Paola comenzó a sentirse exactamente igual que diez años antes, cuando en Jamaica abordó el barco que la llevaría a New York, y en el que viajó dispuesta a olvidar la dolorosa experiencia de la guerra cubana y el fracaso de su relación con Víctor Rey. Pero a diferencia de entonces, ya no estaba sola en el mundo. Ahora tenía algo y alguien por quien luchar: el pequeño Louis, sobreviviente de todas las calamidades, se había convertido en un niño hermoso y juguetón, capaz, con una sonrisa, de hacerle olvidar su cicatriz en la espalda, el sangriento episodio de Chicago y las continuas estrecheces por las que había tenido que pasar desde que abandonó la casa de los Zulueta para sumarse a las tropas rebeldes en la campaña cubana.

Con el nacimiento de Louis, Paola había descubierto que su relación con Marcus, pese a ser amorosa y satisfactoria en todos los órdenes, nunca había logrado eliminarle esa sensación de soledad y desamparo que comenzó a sentir el día en que su madre murió. Marcus era alguien a quien quería y en quien advertía un sentimiento similar, pero era un extraño. Diez años después de haberse unido seguía siendo un extraño. Tal vez el hecho de que su origen alemán fuera tan diferente al suyo, o tal vez la circunstancia de que se comunicaran en inglés, una lengua que ella dominaba a la perfección, pero que seguía resultándole ajena, entre otras cosas porque había aprendido a hacer el amor en español, oyendo y diciendo palabras españolas, habían impedido que lo percibiera como parte de sí misma. Sin embargo, con el pequeño fue distinto desde el principio. Louis no era un ser diferente a ella misma, sino su prolongación. Un retoño y, al mismo tiempo, una raíz que le aportaba la beatífica sensación de no estar sola en el género humano, sino acompañada de por lo menos otra criatura de su estirpe. Otra criatura que era, también, un gran éxito sobre la adversidad, porque hasta el momento del parto su vida no había

sido más que una sucesión de fracasos. En cambio, Louis, tan difícilmente logrado, era su primer triunfo sobre una vida —la suya— que no le había escatimado contrariedades. Por eso cuando el coche estuvo listo para partir rumbo a New York, Paola sintió cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

Esa mañana Giuseppe Cerrutti estaba visiblemente emocionado. Tomó al niño entre sus manazas y lo alzó en vilo. “Vas a ser un gigante —le dijo—, vas a cambiar el mundo”. Paola y Marcus abrazaron conmovidos al viejo anarquista. El inesperado nacimiento de Louis en aquella extraña casa, de alguna forma misteriosa había galvanizado la relación entre los tres adultos, como si con el niño hubiera nacido también una familia cuya cabeza indiscutible era el italiano, sutileza que el propio Cerrutti desveló la víspera de la partida, cuando le confesó a Paola que no sólo había parido un hijo, sino “también había parido un abuelo”.

Cuando el coche se alejó, el viejo caserón y su increíble biblioteca parecieron mucho más desolados y vacíos que la tarde en que los Stein llamaron a la puerta. Por lo menos, eso fue lo que pensó Giuseppe Cerrutti cuando pasó la llave y notó con desconsuelo que el fuerte olor a gente atareada y a niño recién nacido comenzaba a disiparse.

NEW YORK

25 de octubre de 1891

Paola, con Louis de la mano, bien abrigado, porque el otoño se presentaba frío, no advirtió el “buenas tardes, señora Cohen” con que la saludó Dagmar, la joven vecina del tercer piso, cuando se cruzaron en la escalera, y ni siquiera se percató del cariñoso pellizco con que hizo reír a su hijo. Tampoco se había dado cuenta del larguísimo trayecto recorrido a pie entre el Bellevue Hospital, frente al East River, y su casa de la Calle 14 y la Décima Avenida. Cuando franqueó la puerta encontró a Marcus, sonriente, como siempre, y con algo en la mano que parecía un regalo.

—Toma, es para ti.

Paola desempacó un folleto. Marcus, amoroso, cargó al niño y le dio dos vueltas por el aire. Antes de dejarlo en el suelo lo besó en la frente.

—¿Qué es? —preguntó Paola, nerviosa, sin leer el título y ni buscar el nombre del autor.

—Son versos. Pensé que te gustarían. Es el primer ejemplar que salió de la imprenta.

—¿Quién es este “José Martí”?

—Un cubano compatriota tuyo. Lo conocí hoy en la imprenta, cuando vino a buscar sus libros. Me pareció un tipo importante. Entre quienes lo conocen tiene fama de sabio.

—No le habrás dicho que tu mujer era cubana, ¿no?

—Por supuesto que no. Le dije que yo era un judío alemán y que tú eras irlandesa, pero que hablabas español y te interesaban las cosas de Cuba. Se puso muy feliz cuando oyó esto.

—No me interesan las cosas de Cuba.

—Pero por lo menos hablas español, ¿no?

—Cada vez menos.

Marcus, suavemente, tomó el libro de las manos de Paola y comenzó a leer en voz alta con su español cargado de consonantes guturales:

—*Yo soy un hombre sincero / de donde crece la palma / y antes de morirme quiero / echar mis versos del alma.* —Hizo una pausa—. Les llama *Versos sencillos*, pero a veces no lo son tanto. Oye éste qué curioso: *Yo pienso cuando me alegro / como un escolar sencillo / en el canario amarillo / que tiene el ojo tan negro.*

—No son tan sencillos, ¿por qué te pareció *importante* el autor?

—No sé. Tenía algo así como la mirada limpia y hablaba en un tono muy bajo, pero convincente.

—¿Qué edad tiene?

—Unos cuarenta años, o quizá menos, pero es difícil saberlo, porque se está quedando calvo. A lo mejor es mucho mayor. Un joven que lo acompañaba, un tal Gonzalo, lo llamaba “maestro”.

—Hoy llevé a Louis al médico—dijo Paola cambiando abruptamente el tema de la conversación. Su expresión se tornó sombría.

Marcus advirtió que algo serio ocurría.

—Yo tenía razón, tenía razón —dijo Paola y se desplomó en un butacón sollozando.

Marcus llevó a Louis a su cama y regresó junto a Paola. Se puso de rodillas y le tomó las manos.

—¿Qué tiene?

Paola no podía dejar de llorar.

—Por favor, Paola, cálmate, ¿qué es lo que tiene el niño?

Paola, al cabo de un minuto, más serena, logró explicarse.

—El médico no está seguro, pero cree que es epilepsia.

Volvió a llorar de nuevo, ahora abrazada a Marcus con una mezcla de desesperación y ternura. Luego pudo seguir:

—Cree que tiene el “petit-mal”. Es una forma benévola de la epilepsia.

Marcus, sin decirlo, admitió que estaba equivocado cuando se mofó de la preocupación de Paola ante las esporádicas *ausencias* de Louis. Alguna vez lo había visto quedarse como inconsciente durante algunos segundos, pero en seguida se recuperaba y volvía a ser el niño juguetón y travieso que andaba por toda la casa derramando botes o desorganizando libros y papeles.

—¿Tiene cura? —preguntó Marcus.

—Dice el médico que a veces desaparece solo, pero no hay forma de predecir lo que ocurrirá ni medicina alguna que sea realmente eficaz.

—¿Puede agravarse? —preguntó Marcus mirando hacia la ventana para que Paola no notara sus lágrimas.

—A veces aparece el *gran mal*, y en vez de momentos de inconsciencia se presentan convulsiones.

Paola volvió a sollozar intensamente.

—¿Qué más puede ocurrirle?

—Puede herirse durante los ataques o pueden aparecer lesiones en el cerebro, pero es imposible pronosticar lo que ocurrirá. También puede llevar una vida normal.

Marcus preguntaba mecánicamente, disimulando cierta sensación de culpabilidad. En realidad nada le era tan familiar como la epilepsia, porque su madre la había padecido y él mismo había vivido siempre temeroso de haberla heredado.

Esa noche, insomne, herido por los recuerdos, no se sorprendió de ver a Paola dormida en la butaca, con Louis apretado contra su pecho, en la misma postura en que pocos años antes, en la casa de Cerrutti, la había visto insuflarle mágicamente la vida a aquel tembloroso montoncito de carne, hasta convertirlo en el niño inquieto y hermoso, con ojos grandes y embusteros, que unas veces, al sol, parecían verdes pero que en su habitación se tornaba del color de la miel.

PITTSBURG

25 de agosto de 1892

Byron Connors cerró los ojos tan pronto el tren comenzó a moverse rumbo a New York. Los dos meses anteriores habían sido los más duros de toda su vida de detective. El ajetreo, la tensión y los peligros por los que acababa de pasar ni siquiera podían compararse con los sucesos ocurridos seis años antes, en mayo de 1886, cuando aquel maldito anarquista lanzó la bomba en Haymarket.

Había sido una verdadera pena perder de vista al matrimonio Stein esfumado mágicamente del planeta —y más aún tras la muerte misteriosa de Charlie Flesher, aparentemente ultimado en una riña prostibularia, pero seguramente víctima de la conspiración anarquista, aunque, en verdad, no se pudo encontrar ningún vínculo patente entre las hermanas Temprano, John McIntosh —el marido homicida— y la Internacional Negra, a no ser una vulgar caricatura de *La trompeta de Cholula*, encontrada en el escaparate de las Temprano, en la que se veía a Benito Juárez, con un falo enorme, sodomizando a Maximiliano de Habsburgo, obra, sin duda, de la mente enfermiza de algún anarquista mexicano.

Naturalmente, tras el escándalo de la muerte de Flesher, la Agencia Pinkerton decidió apartarse del caso y dar por cerrado el incidente de Haymarket, porque el buen nombre de la compañía valía mucho más que los diez mil dólares ofrecidos como recompensa por el arresto del “terrorista de Chicago”, y porque lo que le sobraba a la Agencia Pinkerton eran, precisamente, casos nuevos en los que abundaban el dinero y la fama. Como —por ejemplo— el que ahora acababa de resolverse en Pittsburgh.

Tres meses antes, el maldito sindicato de la industria Carnegie Steel, rojo y anarquista, como todos, había convocado una huelga salvaje en demanda de unos salarios imposibles, y la empresa, por medio de su gerente Henry Clay Frick, un severo caballero de barba y bigote, no tuvo otro remedio que recurrir a

los expertos en cuestiones laborales de la Agencia Pinkerton. En realidad fue un honor que le asignaran a él la tarea de coordinar la operación, porque sólo en manos verdaderamente expertas se colocaba el destino de 322 hombres, de los cuales 288 eran experimentados rompehuelgas —había algunos que llevaban más de cuarenta huelgas despedazadas— y el resto, personal de seguridad, guardaespaldas fornidos y valientes, exsoldados, y hasta veteranos de Wounded Knee. Incluso pudo contarse con la ayuda de Burt Holmes, quien aportó a la Agencia el raro prestigio de haber ajusticiado a Toro Sentado cuando se le aplicó la Ley de Fuga.

Sin duda fue muy útil el auxilio de todo este equipo de especialistas, porque de lo contrario la masacre del 5 de julio hubiera podido ser aún peor de lo que fue. Esa mañana, cuando dio la orden a sus gentes de abordar las lanchas blindadas para atravesar el Monongahela rumbo a la acería, no podía sospechar que esos miserables huelguistas estuvieran emboscados en la ribera, nada menos que con cañones capaces de lanzar proyectiles de 8 pulgadas, rifles “Winchester” de repetición, nitroglicerina, bombas caseras de fragmentación y hasta chorros de aceite hirviendo, como si esos canallas no hubieran tenido noticia del fin de la Edad Media.

Pero en verdad, aunque nunca se lo dijo a Mr. Frick —gerente a cargo de la empresa, porque Mr. Carnegie, el propietario, como buen filántropo, aprovechó la crisis para regalarse unas vacaciones en Inglaterra—, la aventura y la batalla campal sirvieron para devolverle un poco de emoción a su vida aplastada y rutinaria. Es cierto que la huelga se saldó con una docena de muertos y setenta heridos, y es verdad que al final de la refriega tuvo que tocar retirada, pero sólo para reorganizar sus huestes y esperar el auxilio de los ocho mil soldados que el gobernador de Pennsylvania envió como refuerzo para aplastar minuciosamente a los rebeldes.

Todo se complicó, sin embargo, cuando poco después hizo otra vez su aparición la maldita Internacional Negra. El 23 de julio Mr. Frick estaba

calmadamente conversando con su vicepresidente, el señor Leishman, cuando el anarquista Alexander Berkman irrumpió en su despacho, pistola en mano, y le disparó a la cara, aunque un involuntario movimiento de la cabeza consiguió que la bala sólo le interesara la parte izquierda del cuello. El criminal volvió a disparar y el segundo proyectil se alojó en la parte derecha, pero afortunadamente sin lesionarle la yugular. Leishman sin arredrarse, se lanzó sobre Berkman y el revólver salió despedido. Entonces Frick, herido, y Leishman, creyendo que Berkman estaba desarmado, intentaron detener al agresor, pero este loco peligroso llevaba un puñal escondido y logró asestarle siete cuchilladas a Frick antes que dos detectives de la Pinkerton pudieran someterlo.

Increíblemente, Mr. Frick sobrevivió al atentado, pero a la semana siguiente, cuando lo visitó en el hospital, ya no parecía el mismo apuesto caballero del Este que él había conocido cuando llegó a Pennsylvania, sino un débil anciano de voz apagada y sonrisa apenas perceptible. Sin embargo, y a pesar de su estado, Mr. Frick conservaba la presencia de ánimo y la dureza de espíritu que lo habían hecho famoso dentro de la “Carnegie Steel”. Sin otras pausas que las que marcaba su respiración agitada, fue explicando que, según informes de fuentes policíacas generalmente acertadas, el 27 de agosto tendría lugar en New York una reunión de anarquistas convocada por Johann Most, en la que comparecerían los cómplices de Berkman, por lo cual sería muy conveniente que un agente especialmente adiestrado y con experiencia en los vericuetos de ese peligroso submundo se infiltrase en la reunión para obtener las pistas completas de la trama.

“Era razonable, pues —pensó Byron Connors—, que con tanta responsabilidad sobre su cabeza sintiera como si una mano invisible le tirara de los músculos del cuello y de los hombros”. Había sido un verano tremendo para un hombre de su edad, pero, secretamente, se había divertido bastante.

“Tal vez —pensó— New York no le depararía peor suerte”. Al poco rato el rítmico traqueteo del tren lo dejó profundamente dormido.

NEW YORK

26 de agosto de 1892

Con un gesto de contrariedad Paola advirtió que ni el lento anochecer —con ese sol neoyorquino que en verano no se acaba nunca— ni las ventanas abiertas, ni el abaniquo incesante, lograban aliviar el sofocante calor de Manhattan.

En la sala, desde su sillón —una mecedora incómoda y pequeña que en Cuba aprendió a llamar “comadrita”— podía ver cómo Louis, acostado en la cama, miraba con curiosidad la foto de Ignacio Henríquez, vestido de rebelde mambí, junto a Antonio Maceo, el apuesto general mulato a cuyas órdenes su padre peleó y murió en aquella guerra remota y amarga de su niñez.

Más de una vez, incluso, había pensado deshacerse del retrato, como para enterrar aún más profundamente sus viejas heridas, pero con el nacimiento de Louis llegó a la conclusión de que a su hijo le haría bien conocer a su abuelo, aunque sólo fuera a través de una fotografía borrosa, porque, como Marcus solía decir, “los seres humanos necesitan raíces para dar frutos”. En realidad Marcus, tierno y juguetón, había resultado un amigo perfecto para Louis, y hasta admitía ser más hábil como padre que como marido, conclusión a la que él mismo había llegado tras advertir, con humildad, que a los seres humanos no los adiestran para ser buenos esposos o buenos amantes, sino para ser buenos o malos padres.

Todos los días, por ejemplo, Marcus le traía a Louis algún pequeño regalo. Un objeto de madera, un soldado de plomo, algún tipo de imprenta deteriorado por el uso. Algo extraño, sorprendente y distinto que mantuviera en alerta la curiosidad y la gratitud de una inquieta criatura de cuatro años, y cuya entrega siempre iba precedida, primero, por un alegre toque de nudillos en la puerta, y luego por cierta alharaca de ruidos y aspavientos.

No fue raro, pues, que Louis volviera sonriente la cabeza hacia la puerta de la calle cuando los nudillos del padre golpearon rítmicamente anunciando su

llegada. Esta vez traía dos regalos. Una tira cómica de dibujos, recortada de un periódico en la que un *niño amarillo* hacía travesuras, y un pequeño barquito de madera para hacerlo flotar en la misma tina metálica en forma de gran zapato donde su madre solía bañarlo. Louis antes de quedarse dormido, colocó la tira bajo la almohada y, con todo cuidado, dejó flotando el barco en los cuatro centímetros de agua que su madre accedió a verter en la diminuta bañera.

Después de cenar, ya ambos acostados, Paola notó que Marcus deseaba comunicarle alguna cosa importante o incómoda:

—¿Qué ocurre? ¿Qué quieres decirme?

En general, Marcus prefería ir al grano directamente, pero a veces optaba por provocar la iniciativa de Paola. Era lo que llamaba “jugar con las negras”, en una alusión ajedrecística que su mujer no entendió hasta que le explicaron las reglas del juego.

—Es una invitación que tenemos para mañana en la noche. Me gustaría que fueras conmigo.

—Sabes que no me gusta dejar solo a Louis. Se puede herir.

—Hace meses que no tiene ningún síntoma. No puedes pasarte la vida pendiente de la enfermedad del niño.

—Siempre dices “la enfermedad”. ¿Por qué no usas las palabras *ataque epiléptico*? —Paola silabeó la frase como un instrumento de hostilidad.

Marcus se puso de pie y se dirigió a la ventana. Había dejado en el marco la pipa y el mechero. Prendió lentamente el tabaco, como para organizar sus pensamientos. No existía duda de que las relaciones con su mujer habían entrado en una fase crítica tras el diagnóstico de epilepsia que pesaba sobre Louis, y especialmente tras su confesión de que *la enfermedad* probablemente era de carácter hereditario, porque su madre la había sufrido severamente.

Paola volvió a la carga con la pregunta inútil:

—¿Por qué nunca me contaste lo de tu madre?

—Ya te lo he dicho. Porque no creí que fuera necesario, y porque no me gusta hablar de eso.

Marcus le dio una larga chupada a la pipa. Desde la ventana de la habitación se podía ver la pequeña escuela privada de Olga Zvabo, una húngara que impartía clases en alemán a los niños recién llegados de Europa. Marcus, inevitablemente, recordó su primer día de colegio en aquel Frankfurt brumoso de su dolorida memoria, cuando llegó al salón de clases acompañado de su madre, y allí mismo, el inoportuno ataque que la derribó, con baba y convulsiones, en medio del horror y los gritos de los niños. Y rememoró, cerrando los ojos, aquella sensación de vergüenza infinita que le provocó el espectáculo, transformado luego en un callado rencor contra su madre, alimentado por las crueles burlas de sus compañeros.

—Todo el mundo tiene zonas oscuras —dijo Marcus—. A ti, por ejemplo, no te gusta hablar de Víctor Rey.

Paola pestañeó casi imperceptiblemente. Víctor Rey era su zona oscura, su herida abierta. Marcus lo sabía. Por eso lo trajo a la conversación, como una agria represalia y como una señal inequívoca de que el diálogo tenía que volver al punto de partida.

—¿En qué consiste la reunión de mañana? —preguntó Paola con desgana, sin el menor interés por conocer la respuesta.

—Es un compromiso de Bontempo, el regente de la imprenta. Se va a reunir un grupo de anarquistas en el Masonic Temple para escuchar a Johann Most. Most va a ratificar en público los ataques que le hizo a Alexander Berkman por el intento de asesinato de Frick, el gente de la “Carnegie Steel”.

—¿Y por qué Most ha atacado a Berkman que está en la cárcel y no puede defenderse? —preguntó Paola—. Al fin y al cabo ese ruso sólo ha hecho lo que Most ha predicado siempre. ¿No era él quien proponía terminar con el capitalismo matando a sus cabecillas? —Paola se sorprendió a sí misma utilizando un lenguaje que de pronto se le antojó ajeno o impostado.

—Parece que el odio a Berkman no es solamente una cuestión política. Según Bontempo hay un lío de faldas en el medio. Una muchacha judía, también rusa, que creo que se llama Emma Goldman. Parece que es muy bella. Era amante de ambos. No me extrañaría nada que eso motivase los ataques. En realidad Most no parece un tipo respetable. En Alemania lo conocen bien, porque fue diputado al Reichstag en 1870. Cuando lo vi en Chicago me pareció un demagogo exhibicionista, aunque tuvo la cortesía de dedicarme un folleto. El maldito folleto que luego le ocuparon a Louis Lingg. Recuerdo que Most dio una conferencia con un rifle en la mano incitando irresponsablemente a la revuelta.

—¿Es guapo?—preguntó Paola, comenzando a interesarse en lo que Marcus le estaba relatando.

Marcus se quedó pensativo, como si la exactitud de la respuesta fuera una prueba fundamental de su honradez intelectual.

—No, Johann tiene la cara llena de cicatrices y ya debe andar por los cuarenta y cinco años. Sin embargo, las mujeres lo encuentran atractivo por su fogosidad y por sus arrebatos líricos. Ya está gordo y foto. Un periodista escribió que tiene “cara de sargento enamorado”.

—¿Y Berkman? —volvió a preguntar Paola, refiriéndose tácitamente a la apariencia física del ruso.

—Berkman tiene veinte años menos. El *New York Times* de hoy trae un dibujo de él bastante bueno. Es un tipo alto, fuerte, y muy bien parecido. Es judío, pero al mismo tiempo es un aristócrata ruso. La tal Emma Goldman lo llama *Sacha* y ha declarado que es el hombre más puro que ha conocido nunca.

—Ya leí que la Policía le había sacado de la boca dos cápsulas de fulminato de mercurio. Quería volarse la cabeza como Louis Lingg —dijo Paola con un gesto entre compasivo y desesperanzado.

Marcus se sentó al borde de la cama junto a Paola y comenzó a acariciarle los cabellos. El sosegado giro de la conversación les había devuelto la ternura.

—Vamos, ámate a acompañarme mañana. Va a ser una noche interesante. Estoy cansado de revisar pruebas o de corregir partituras doce horas al día. Irán también la mujer de Bontempo y otros compañeros del taller.

—¿Y no será peligroso? —dijo Paola, admitiendo dócilmente, con el tono de voz, la posibilidad de asistir.

—¿Qué peligro va a haber? Ya nadie se acuerda de los sucesos de Chicago. Me he dejado crecer la barba. Tú y yo somos los esposos Cohen y tu nombre de soltera es Mary Pastor. Ya nadie nos persigue.

—Yo no quiero volver a mezclarme en cuestiones políticas. No quiero que mi hijo tenga nada que ver con ese mundo.

—No hay nada de eso, Paola. Es una simple velada en la que Johann Most va a hablar ante un auditorio curioso que le reprocha sus ataques a un compañero en desgracia.

—¿Y con quién dejo al niño? —preguntó Paola.

—Tal vez con Dagmar, la vecina del tercero. Por las noches estudia inglés y no creo que le moleste traerse sus libros aquí y pasarse un par de horas con Louis.

NEW YORK

27 de agosto de 1892

Byron Connors se sentía entusiasmado. En este viaje a New York se había prometido dos emociones fuertes: pasar como periodista en el acto de los anarquistas en que hablaría Johann Most y cenar golosamente en el pequeño comedor que Madame Griffou había instalado en su acogedor hotel del número 21 de la Calle 9.

Lo primero parece que ocurriría sin tropiezos. Una rápida visita, en la tarde, al Masonic Temple, le sirvió para verificar que esa noche en el salón de actos, a las ocho en punto, Johann Most le hablaría a sus partidarios y detractores. La concurrencia se había calculado en unas 250 personas, y Most hablaría desde un escenario en el que ya habían colocado una tribuna, una pequeña mesa y una silla.

Connors pensó que sentándose atrás, junto a la puerta central, podría ver con más facilidad quiénes entraban a la conferencia y cómo se manifestaban durante el debate.

La hipótesis del señor Frick, y en general de la Agencia Pinkerton, era que Alexander Berkman no había actuado en solitario contra el gerente de la “Carnegie Steel”, sino que era parte de un gran complot anarquista, que tal vez se pudiera desvelar analizando la concurrencia a la conferencia convocada por Herr Most y la posición de los cabecillas. En principio, todo aquel que defendiera el atentado de Berkman podía ser sospechoso de haber participado en el complot. Y también en principio, por un elemental instinto policíaco — pensaba Connors—, todo aquel que lo atacara, muy bien podría estar fabricando una coartada para ocultar su complicidad en los hechos criminales ocurridos en la “Carnegie”.

A eso de las seis de la tarde Byron Connors regresó al hotel para cenar y cambiarse de ropa. Pese al calor pegajoso decidió utilizar de nuevo la chaqueta

negra, limitándose a reemplazar la camisa y los calcetines. Tomó su libreta de apuntes, comprobó que el seguro del pequeño revólver “Derringer” estaba en su sitio, “porque con estos anarcocolocos nunca se sabe”, y dedicó unos diez minutos a repasar las fotografías y dibujos de los principales anarquistas de New York, colección que también le había servido al súbdito italiano Cesare Lombroso para formular en el *Monist* su muy razonable teoría sobre la criminalidad innata de ciertos sujetos aquejados por “pagliocefalia exagerada, asimetría facial y —especialmente— zigomas desproporcionados con senos frontales enormes”.

Después vino la cena. Valía la pena someterse a los rigores de la cama desvencijada, y hasta hacerse de la vista larga ante las cucarachas y los pequeños ratones, con tal de probar la exquisita comida de Madame Griffou, una aristócrata francesa huida a New York tras la victoriosa entrada de los alemanes en el París de 1870.

No fue necesario tomar un coche para desplazarse hasta el sitio de la conferencia. Quince minutos de caminata a paso medio resultaron suficientes para llegar al acto con bastante antelación y para contribuir a una sana digestión, extremo que a Byron Connors siempre le pareció de vital importancia en cualquier investigación policíaca.

Cuando el detective llegó al vestíbulo del Templo Masónico le sorprendieron varias cosas. En primer lugar, el crecido número de asistentes quince minutos antes de que comenzara la función. En segundo, la espesa humareda provocada por medio centenar de habanos, pese a que los grandes ventanales del local estaban totalmente abiertos a la inútil búsqueda de alguna brisa que refrescara el ambiente. En tercer lugar —y esto era lo más grave— los organizadores les habían quitado la clausura a dos puertas laterales, con lo cual el público fluía desde diversos ángulos, haciéndose prácticamente imposible el metódico examen de los asistentes.

Marcus y Paola se alegraron de coincidir con Bontempo y su mujer antes de entrar en el recinto. Así tendrían la oportunidad de sentarse juntos y comentar las incidencias del debate. Penetraron por una puerta lateral y se situaron a cinco filas del escenario. Paola, con agrado, fue recorriendo el hermoso salón con la mirada, observando en voz alta la paradoja de que los masones, gente al fin y al cabo creyente en un orden superior, prestaran sus salones a los anarquistas, generalmente ateos confesos y militantes.

—No lo prestan —aclaró Bontempo—, lo alquilan. Hubo que pagar cincuenta dólares. En nuestro taller recogimos diez.

Cuando el salón estuvo prácticamente lleno, Paola preguntó si Emma Goldman se encontraba en la sala.

—Es aquélla —señaló Bontempo con un movimiento de la barbilla—. La que tiene el bolso grande sobre la falda.

Paola observó a la joven sentada en primera fila. Era más bella de lo que se había figurado. Los grandes ojos azules y el cabello rubio y rizado, en cascada sobre la nuca, le daban un aspecto realmente atrayente. Paola notó que Emma Goldman estaba nerviosa y que sus manos apretaban el bolso con fuerza.

A las ocho en punto se redujo la iluminación de gas del patio de butacas y aumentó la del escenario. Lentamente, el cortinaje se fue abriendo y apareció Johann Most, vestido de negro y con el cabello desarreglado. Teatralmente, con toda parsimonia, giró la cabeza de izquierda a derecha, como para contemplar a los asistentes uno a uno, y recorrió los pocos pasos que lo separaban de la tribuna. En su mano derecha llevaba una antorcha apagada que depositó discretamente sobre la tribuna. Byron Connors, sentado atrás, anotó en su libreta “mirada de loco” y se dispuso a escuchar a Herr Most.

El anarquista alemán clavó los dedos en la mesa y en un inglés lleno de implacables agresiones germánicas, primero en voz baja y luego *in crescendo*, comenzó a elaborar su discurso remontándose a las sublevaciones de esclavos

durante la República y el Imperio romanos, la rebelión de los Graco y —ya en un tono abiertamente dramático— invocó al espíritu de Espartaco para que saliera de la tumba y acaudillara la insurgencia definitiva contra la esclavitud moderna. Hizo una larga pausa y miró a su izquierda. El chico que controlaba el alumbrado redujo, aún más, el suministro de gas y el salón quedó prácticamente a oscuras. Most sacó un mechero y encendió la tea. Su rostro iluminado por el fuego fue adquiriendo una expresión demoníaca. Majestuosamente, comenzó a bajar los tres escalones que lo separaban del público con intención de mezclarse entre la gente. Pocos segundos después, mientras se movía con la antorcha en la mano, comenzó a hablar nuevamente: “Pero yo no he venido a contar las ansias de justicia de los Graco, ni las hazañas de Espartaco. Tampoco he venido a proclamar el derecho a la rebelión frente a los tiranos. He venido a hablar de Alexander Berkman”.

El silencio se hizo más denso. Most, con la antorcha en la mano, se desplazaba ágilmente entre la concurrencia y a cada uno de sus movimientos las cabezas de los asistentes giraban como imantadas por la dirección de la luz. Desde su quinta fila, con el torso volteado en dirección al orador, Marcus seguía el teatral discurso con un gesto de ironía. A Paola, en cambio, el espectáculo le parecía sumamente interesante, no por lo que decía el legendario revolucionario alemán, sino por la fantástica escenografía utilizada.

“¿Y por qué esta antorcha? —se preguntó Most—. Porque los anarquistas verdaderos tienen que saber distinguir claramente entre la luz y la sombra. Entre lo que es verdad y lo que es mentira. Entre el análisis riguroso de la realidad objetiva y el análisis superficial y subjetivo. Alexander Berkman no supo elegir. No supo, como yo esta noche, estar cerca de la luz”.

Estas últimas palabras las dijo exactamente junto a Byron Connors, quien ensayó una ligera sonrisa mientras su mirada se clavaba en la notable cicatriz que Most tenía en el pómulo derecho. Desde el otro extremo del salón, Paola

tuvo la sensación de ver un rostro familiar. Most continuó caminando entre el público mientras arreciaban sus ataques a Alexander Berkman.

“Sí, es cierto que yo he defendido el magnicidio para acabar con la injusticia, pero atacar al señor Frick, o intentar inútilmente asesinarlo —pues hay quienes fracasan hasta como asesinos—, no tenía sentido, porque Frick no era más que un peón perfectamente reemplazable por otro sirviente de Andrew Carnegie”.

Paola, de pronto, cayó en cuenta de a quién pertenecía aquel rostro de la última fila y sintió cómo se aceleraban los latidos de su corazón.

—Marcus —dijo en voz muy baja, sin volver la cara—, allí atrás está el detective de la Pinkerton.

Marcus abrió desmesuradamente los ojos y acercó su cabeza a la de Paola para poder conversar en un tono casi inaudible.

—¿Estás segura? ¿El que nos visitó en Chicago? —notó que le temblaban las piernas.

—El mismo. Estoy completamente segura.

—¿Nos ha visto? —Marcus sintió que un sudor frío comenzaba a empaparle las manos, los pies, la espalda.

—No sé. No hemos cruzado las miradas. Tenemos que irnos de aquí.

—Ahora es imposible. Sería demasiado evidente.

—No podemos dejar que nos detenga —dijo Paola mordiéndose los labios.

—Sí, es cierto, yo he predicado la violencia contra quienes explotaban a los obreros, pero la violencia debe utilizarse sólo cuando estamos seguros de que podemos ganar y en el momento adecuado. Cuando Alexander Berkman intentó matar al señor Frick la huelga de la “Carnegie” había perdido todo su vigor y la empresa había aceptado reducir la jornada de trabajo, aumentar los salarios y reconocer a los representantes sindicales. ¿Qué sentido podía tener asesinar al señor Frick en ese momento?»

Inesperadamente, con cierto ruido al mover la silla, alguien se puso de pie en la primera fila.

—Cállate, miserable—gritó una voz femenina.

El chico del alumbrado iluminó de nuevo todo el salón. Era Emma Goldman quien había gritado. Johann Most se quedó petrificado en la parte posterior del recinto.

—No es verdad que ataques a Alexander Berkman, a mi *Sacha*, por cuestiones estratégicas. Lo desacreditas por celos, miserable —la voz de Emma temblaba de cólera.

Otros se sumaron a la protesta.

—Es cierto, Most. Berkman no ha hecho otra cosa que lo que tú indicaste.

—Farsante —vociferó alguien desde el lado izquierdo.

Byron Connors, con la libreta de apuntes en la mano, intentó identificarlo. Podía ser Bruce Lamotte, un italiano muy bien conocido en la Agencia. Paola alzó los hombros y clavó el mentón en el pecho, como escondiendo la cabeza. Marcus comenzó a pasarse el pañuelo por la cara, eliminando unas gotas de sudor que ya era real.

—Y tus celos —exclamó Emma Goldman con fiereza— se basan en que *Sacha* es veinte años más joven que tú y veinte veces mejor amante, ¿me oyes? ¡Veinte veces mejor amante! Por eso lo odias, Johann, porque yo te lo dije.

—Eso es falso —respondió Most con un alarido—. Yo le tenía simpatía y no me importaba que también fuera tu amante.

—Mentira —contestó Emma con fuerza—. En la cama te excitaba que te contara cómo hacía el amor con *Sacha*, pero luego lo odiabas más.

—Canalla, perverso —gritó una voz con acento centroeuropeo desde el centro del salón.

Emma Goldman volvió a la carga con más brío.

—El único error de *Sacha* es haber creído en ti. Fue a cumplir una misión y a morir pensando en ti y en tus escritos. Y tú lo has traicionado por celos.

—Yo no he traicionado a nadie —protestó con vehemencia Most, dando unos pasos en dirección a Emma Goldman, con la humeante antorcha en la mano, aunque ya apagada.

—Sí, y para los traidores no hay otra respuesta que el látigo con que se castiga a los perros.

Antes de terminar la frase, Emma Goldman había extraído del bolso un largo látigo de cuero negro y lo blandía en el aire.

—Toma, miserable —el primer latigazo hizo blanco en el rostro de Most, quien soltó la tea, e intentó protegerse. Casi todos los asistentes se pusieron de pie con intención de salir. Varias sillas resultaron volcadas y se multiplicaron los gritos e insultos. Most hizo un ademán como de extraer un arma. Pese al forcejeo y la confusión, Emma Goldman logró restallar el látigo otras dos veces, antes que un fornido austríaco situado a su derecha lograra desarmarla. Paola y Marcus, cogidos de la mano, sin esperar a los Bontempo, salieron a la calle por una puerta lateral, perdidos en medio de la multitud. A Byron Connors la muchedumbre lo arrastró literalmente a la salida por la puerta central. Una vez en la calle, el veterano detective se dio cuenta que había perdido la libreta de apuntes. Movi6 la cabeza con cierto desconsuelo y mientras caminaba comenzó a pensar que los anarquistas tal vez eran más locos aún de lo que siempre había sospechado.

C U A T R O

NEW YORK

10 de enero de 1895

Paola, nerviosa, logró al fin identificar la cabecita de Louis entre la riada de muchachos que abandonaban la escuela. Era su primer día de clase, varios meses después de iniciado el curso, porque no lo admitieron hasta que la institución añadió unas plazas especiales ante la avalancha de inmigrantes que literalmente inundaban el sistema escolar de New York.

El director, al principio, no quería aceptarlo alegando razones de edad. “Siete años son muy pocos, señora Cohen, puede esperar hasta el próximo curso”. Pero el corazón del educador se ablandó con la sorpresa de que Louis no sólo hablaba inglés correctamente, sino que además era capaz de expresarse en alemán y un poco en español, idioma en el que podía cantar las canciones infantiles que su madre le enseñara.

Paola respiró aliviada, porque para ella era fundamental que Louis comenzara en la escuela. Con los años, aquellos breves y casi imperceptibles ataques epilépticos, se habían ido espaciando, y nunca se le había presentado una verdadera crisis con convulsiones o incontinencia de orina. Por otra parte, ella necesitaba urgentemente comenzar a trabajar. El sueldo de Marcus se había reducido sensiblemente desde hacía tres años, cuando, por prudencia, abandonó su empleo en la imprenta Weiss, al día siguiente del reencuentro con el detective de la Agencia Pinkerton. A partir de entonces se había visto obligado a aceptar otros trabajos peor remunerados.

Tal vez esa huida precipitada no había sido necesaria, pero entonces ella misma convino en que lo más sensato parecía ser mudarse de casa y empleo, sin dejar rastros, porque nunca sabrían si aquel maldito policía estaba en el acto de los anarquistas siguiéndolos a ellos, o si la casualidad había vuelto a vincularlos.

Marcus consiguió un nuevo trabajo en la “Western Union” por las mañanas. Allí traducía los cables del alemán al inglés y viceversa, y por las tardes acudía al almacén de la “Editorial Appleton” sin otro objeto que apilar cajas y preparar embarques de libros para distintos sitios del país.

Pero el dinero no alcanzaba. El nuevo apartamento de la Avenida A, ciertamente era más luminoso, también Louis podía bajar a Tompkins Square a perseguir inútilmente a las ardillas, pero resultaba siete dólares más caro que la anterior vivienda, y no había más alternativa que conseguir otros ingresos.

Como siempre, el señor Cerrutti se portó espléndidamente. Con la crisis económica de 1893, la bolsa en quiebra, el gobierno de Cleveland acosado por las huelgas y todavía aterrorizado por las marchas de desempleados sobre Washington, no era fácil que una mujer consiguiera trabajo. Sin embargo, bastó una nota del viejo italiano para que “Fine Piano”, una empresa dedicada a la venta de instrumentos musicales, le diera empleo a Paola Cohen. El regente, Domenico Crisanto, era hijo de un compañero de luchas del señor Cerrutti, y desde niño se había acostumbrado a escuchar con devoción y respeto cualquier sugerencia que estuviera relacionada con el legendario anarquista de Paterson.

El trabajo de Paola consistiría en afinar los pianos adquiridos en la casa, y dar lecciones a domicilio a quienes lo solicitasen. Era un poco incómodo trasladarse por la ciudad durante toda la jornada, pero ese primer día de labor —iniciado al dejar a Louis en la escuela— había traído una inesperada recompensa: en la Avenida de Broadway, frente al Madison Square, había visto, por fin, el vehículo automóvil que un tal Mr. Ford pusiera en circulación unos meses antes.

Cuando Louis, corriendo, abrazó a Paola, fue de esto, precisamente, de lo que hablaron primero:

—¿A que no sabes lo que vi hoy?

—¿Qué viste? —preguntó el niño.

—¡Un automóvil! —dijo Paola riendo—. Un coche que camina sin caballos y corre más que una persona.

—Yo quiero verlo —dijo Louis alborozado.

—Ya no está —contestó Paola—. Pero ahora tienes que decirme cómo fue tu primer día de clase.

Louis le contó que había muchos niños, que cuando entraron les fueron revisando la cabeza, y regañaron a los que tenían piojos. Luego, en el patio, izaron la bandera y cantaron con la mano en el pecho una canción que él no se sabía. El maestro se la enseñó. Paola, mientras lo escuchaba hablar con su libreta bajo el brazo y las manos friolentas metidas en los bolsillos, se dio cuenta que ése no sólo era el primer día escolar para Louis, sino algo mucho más importante: era su primer día de americano de verdad, mezclado con el resto de la sociedad y lejos del extraño microcosmos de su hogar. La escuela era la fragua, el horno en el que Louis podría adoptar un perfil propio y definitivo, arraigando para siempre en una tierra a la que pudiera sentir como suya, sensación que a ella y a Marcus les había vedado la juventud transcurrida en Cuba y Alemania respectivamente.

Casi al anochecer, cuando descendieron del coche, se dio cuenta que estaba conmovida. Era tal vez el orgullo de saber que su hijo había dado un paso importante en esa difícil batalla de los inmigrantes por sentirse en tierra propia, pero simultáneamente había un poco de dolor al comprobar que el pequeño Louis no sólo entraba en un mundo nuevo y prometedor, sino también comenzaba a abandonar el círculo íntimo de la casa. Marcus, con el periódico bajo el brazo, llegó a la hora de costumbre y con el consabido regalo para Louis. Esta vez se trataba de un pequeño caleidoscopio fabricado en China, que de inmediato captó la atención del pequeño. Paola lo abrazó con más fuerza de lo habitual, pero Marcus no pareció advertirlo.

—Ha sido un día estupendo. A Louis le ha encantado la escuela —dijo ella deseosa de comenzar a relatar sus experiencias.

—¿Lo recibieron bien los niños? —preguntó Marcus con cierta preocupación.

—Perfectamente. Siempre pensé que el primer día sería muy difícil, pero no ha sido así.

—¿Y cómo te fue a ti con el asunto de la música?

—Muy bien. Las semanas que estuve practicando no fueron suficientes, pero las clases que doy son muy elementales. Tuve unas dificultades tremendas para intentar afinar un viejo piano *Monelli* en un bar de Harlem, pero lo logré. Los parroquianos miraban asombrados cómo una mujer blanca hacía allí ese trabajo.

—Hoy he vuelto a tropezar con el detective de la Pinkerton —dijo Marcus bruscamente, pero sin muestras de temor.

El semblante de Paola se transformó.

—No te asustes. Está aquí, en el periódico —dijo Marcus con una sonrisa, y extendió sobre la mesa un ejemplar de *The Herald* en el que aparecía un dibujo a línea de Byron Connors ilustrando una información a tres columnas:

“IMPIDEN QUE UNA EXPEDICIÓN DE INSURRECTOS CUBANOS
SALGA DE UN PUERTO DE LA FLORIDA”

“Fernandina, Florida. Las autoridades federales detuvieron tres buques cargados con armas y municiones que se aprestaban a salir rumbo a Cuba desde la isla de Fernandina, un pequeño puerto cerca de la ciudad floridana de Jacksonville. Los tres buques llamados el *Amadis*, el *Baracoa* y el *Lafonde*, llevaban un arsenal destinado a dar inicio a la insurrección en Cuba. El responsable máximo de la expedición parece ser el señor José Martí, un emigrado cubano, radicado en New York desde 1880.

“Los preparativos de la expedición fueron descubiertos hace algún tiempo por los detectives de la Agencia Pinkerton, organización que en

los Estados Unidos presta sus servicios de vigilancia al gobierno español. Al frente de la operación estuvo el veterano detective Byron Connors, quien hace unos años adquirió cierta notoriedad cuando los trágicos sucesos de la “Carnegie Steel”. Este corresponsal ha podido saber que la Agencia Pinkerton cuenta con una unidad especial de espionaje dirigida por Byron Connors y dedicada a seguir de cerca las actividades de los separatistas cubanos, extremo que el señor Connors se negó tajantemente a comentar. El señor José Martí tampoco ha podido ser localizado, pero su abogado, Horatio J. Rubens, confía en que las armas decomisadas por las autoridades federales invocando la ley de neutralidad, les serán devueltas a los cubanos tan pronto se demuestre la legítima propiedad de las mismas”.

—¿Qué te parece? —preguntó Marcus con un gesto de condena.

—Que esos tipos de la Pinkerton siempre están en el lado equivocado de la historia —dijo Paola.

—No creas. La gente no lo percibe así. Para casi todo el mundo romper huelgas o detener revolucionarios son actos heroicos. Nada aterroriza más a este país que el desorden.

—Me dan pena los cubanos —dijo Paola en un tono lastimero—. El otro día había un grupo frente al periódico *The Hours* pidiendo dinero para la libertad de Cuba. Llevaban unos brazaletes con una estrella. Eran muy jóvenes. Me detuve a hablar con uno de ellos y me dijo “que se acercaba de nuevo la hora de la guerra”. Han fundado una organización a la que llaman algo así como Partido o Movimiento Revolucionario Cubano. Recogen entre los emigrados y simpatizantes. Parece que en Cayo Hueso y en Tampa hay muchos tabaqueros que contribuyen. Seguramente de ahí salió el dinero para comprar las armas.

—¿Le dijiste que tú eras cubana?

—No. ¿Para qué? Le di un dólar. Era un chiquillo. Se asombró de que le diera tanto.

—¿No hablaron nada más?

—Sí. Le pregunté si él pensaba ir a pelear. Se puso colorado y me dijo “claro, señora, en el primer barco”. No tendría más de dieciséis o diecisiete años. Le di un beso en la frente y le dije que se cuidara mucho.

—¿Qué recuerdas de Cuba? —preguntó Marcus sorprendido por la expresión nostálgica de Paola.

—Pocas cosas. Las calles empedradas de Santiago de Cuba, adonde iba de la mano de mi padre o de mi madre. El aroma de los mangos y del azúcar. Las yaguas con las que me deslizaba por los declives del terreno, las canciones de los negros en el ingenio, el sabor de la raspadura, una especie de pastilla de azúcar sin refinar. Poca cosa.

—¿Y no te acuerdas de la guerra?

—Sí, me acuerdo de la guerra, pero no quiero acordarme de la guerra. No quiero soñar con la guerra.

—¿Será porque la asocias con Víctor Rey? —indagó Marcus con la precisa dosis de curiosidad y celos con que a la mujer se le pregunta por un viejo amante.

—No sé. Yo era prácticamente una niña cuando lo conocí. Me llevaba diez años. Ese primer amor marca. Yo no he podido nunca desprenderme del resentimiento que me causó la forma y el lugar en que me abandonó. Yo estaba herida, con una fiebre altísima, acababa de sufrir un aborto, y él no tuvo compasión. Allí, en el campamento, me informó que se acogía a la paz pactada con los españoles y regresaba a La Habana. Yo no tenía ni forma ni ánimo para argumentar o retenerlo. Se fue y me dejó allí mismo, sola, sin preocuparse de si me iba a morir esa noche o si la herida de la espalda se gangrenaría. No me preguntó por el aborto. Él sospechaba que yo estaba embarazada. Y supo que cuando me hirieron, la víspera del armisticio, perdí la criatura. Y todo ocurrió

porque regresaba, precisamente, de una misión que él me había encomendado, y volvía ilusionada al campamento a confirmarle que estaba encinta. Fue un canalla. Por eso prefiero no pensar en la guerra. Para mí él es la guerra.

Marcus notó que los labios de Paola temblaban de emoción y decidió ahorrarle el mal rato, cambiando abruptamente el curso de la conversación.

—Ya Louis está dormido —dijo y comenzó a pasarle la mano por los hombros a Paola, descendiendo suavemente hasta los senos.

Paola sintió la contracción de sus pezones, pero tal vez hubiera preferido iniciar el amor con un poco de ternura. Algo así como un leve beso en las mejillas o en los labios que la ayudara a sacudirse de la memoria la incómoda presencia de Víctor Rey.

—Hoy no, Marcus —dijo Paola—. Hablar de estas cosas me destroza.

LA HABANA
28 de abril de 1896

Víctor Rey entró en la catedral por la puerta del centro. Observó que a esa hora, casi las once de la mañana, no habría más de diez personas. Tres o cuatro eran viejas beatas blancas y el resto negras de edad indefinida. Intentando silenciar la resonancia de los tacones, se dirigió a un banco delantero, muy cerca del altar mayor. Se persignó piadosamente y comenzó a rezar de rodillas.

Poco después, por una puerta lateral, entró un joven de unos veinte años, también elegantemente vestido, y recorrió con la vista el interior de la iglesia. Luego, con un paso tal vez demasiado apresurado para la solemnidad del lugar, se encaminó hacia el sitio donde oraba Víctor Rey.

—Todo salió bien —murmuró junto a él sin mirarlo a la cara—. Antes de siete minutos estallará la bomba. Oirás la explosión.

—Estupendo —dijo Rey en el mismo tono de voz, aunque le hubiese gustado gritar a todo pulmón—. Mientras ese hijo de puta viva no hay nada que hacer.

—El soldado me dejó subir hasta la azotea. Le di el dinero prometido. Weyler tiene su excusado junto al despacho. Como estaba previsto, deslicé la bomba por el respiradero y dejé la mecha ardiendo hace exactamente —miró el reloj— trece minutos.

—Vete ahora mismo. El coche está afuera. Armando te llevará al muelle. Cruzarán la bahía en bote hasta el pueblo de Regla. Forrestal te estará esperando.

—¿El mulato?

—Sí —dijo Rey. Le hubiera gustado añadir que “«el mulato” era de los hombres más valientes que había conocido, pero no tenía tiempo—. Te esconderá en una casa de seguridad en la calle San José. Esta misma noche, al

amanecer, saldrás para Cayo Hueso con Matías el pescador. Allí se ocuparán de ti los muchachos.

El joven hizo la señal de la cruz, se incorporó y desanduvo el camino a grandes zancadas.

Exactamente a las once y dos minutos se produjo la explosión. Fue una violenta sacudida que estremeció la catedral rompiendo el pequeño vitral que adornaba el centro de la fachada barroca bajo el rosetón.

Víctor Rey no gritó, como la mayor parte de los feligreses, pero como todo el mundo, se puso de pie y preguntó “¿qué fue eso?”. Un cura, invisible hasta ese momento tras el confesionario, salió corriendo hacia la plaza, y tras él los pocos fieles que a esa hora solían congregarse, más unos cuantos mendigos, casi todos viejos negros libertos que al finalizar la esclavitud, hacía apenas diez años, se habían convertido en pordioseros desamparados.

—Fue un cañonazo en el Palacio del Cabo —gritó un negro mientras se dirigía a la calle Mercaderes sujetando sobre su cabeza un tablero con dulces.

—No exactamente —pensó con cierto regocijo Víctor—. Fue una bomba en el Palacio de los Capitanes Generales, exactamente donde caga Valeriano Weyler, y a menos de 150 metros de esta iglesia”.

Víctor Rey observó el bullicio en la Plaza de la Catedral y a decenas de personas que corrían hacia el lugar de la explosión. Prudentemente, sin mostrar el menor nerviosismo, tomó la calle San Ignacio hacia Tejadillo, para evitar el cuartel de Empedrado.

Luego, por Tejadillo arriba, se encaminaría a su cita. Cruzaría Egido hasta llegar al “Hotel Inglaterra”, en el Paseo del Prado, residencia de su flamante amigo Fitzhugh E. Lee, recién llegado Cónsul General de los Estados Unidos en La Habana. Tomarían unas copas en la planta baja del hotel, en el “Café El Louvre”, que ya en este momento sería un hervidero de noticias reales y fantásticas sobre el atentado contra Weyler.

Afortunadamente ese día de abril las lluvias no fueron crueles. Ni el atentado, ni la cita en la catedral, ni ahora su recorrido a pie habrían sido posibles si los aguaceros de aquella estación hubieran persistido. Dado el enorme trabajo con que los muchachos de Cayo Hueso habían conseguido la cordita, un explosivo que apenas tenía tres o cuatro años en el mercado, no hubiera tenido sentido arriesgar el artefacto a la inclemencia del agua.

Mientras caminaba, Víctor Rey se felicitaba por el éxito de la operación. Era muy difícil que Weyler sobreviviera al atentado. Aun cuando el viejo general no estuviera en el excusado, la onda expansiva debía derribar el tabique que separaba el retrete del despacho, matando en el acto al militar.

Siempre pensó que en ese momento padecería algún remordimiento — porque Weyler era un formidable adversario de los que marchaba al frente en las batallas—, pero en realidad no ocurrió así. La certeza de que se trataba de un hombre extraordinariamente cruel, las noticias de los desmanes que alentaba en su tropa contra los cubanos, inocentes o culpables de colaborar con los insurrectos, le habían inhibido cualquier sentimiento de piedad.

Pero, además, las consideraciones políticas no dejaban espacio a otras actitudes más débiles. En febrero del año anterior, en 1895, había estallado de nuevo en Cuba la insurrección separatista, y España, rechazando los planes apaciguadores del general Martínez Campos, había mandado a la Isla al único hombre lo suficientemente duro e implacable como para poder dominar la situación a sangre y fuego: el general Valeriano Weyler. Matarlo no era un acto terrorista ni un asesinato alocado, sino una fría decisión, surgida del más desapasionado análisis de la situación bélica. Ni Gómez, ni Maceo, ni Calixto García, pese a ser unos consumados jefes insurrectos, podían derrotar a un enemigo dispuesto a exterminar a toda la población, si ello era necesario para acabar con la insurgencia.

“En realidad —pensó Víctor—, la estrategia de revivir en 1895 la guerra irregular que se peleó entre 1868 y 1878, y en la que él había participado con

todo el entusiasmo juvenil, había sido un grave error de los independentistas cubanos. Los tiempos eran otros. España pasaba por un período de estabilidad. Había consolidado su monarquía, se habían curado las heridas de las guerras carlistas y manda en Madrid un político inteligente, Cánovas del Castillo, admirador del general Weyler, todo lo cual indicaba que la metrópoli podía volcar su fuerza contra los cubanos sin ningún tipo de limitación.

“Los tiempos —continuó meditando Víctor Rey— eran otros. Ya las revoluciones no se hacían con ejércitos de guerrilleros, sino golpeando con dinamita en los centros clave del poder y eliminando a los adversarios más peligrosos. Por eso esta vez no se había echado al monte. Por eso, y porque ya tenía unas libras de más y cuarenta y siete años, de los cuales los últimos tres los había pasado casi en total inactividad, sufriendo la lenta y espantosa agonía de su mujer, aquejada de una extraña parálisis progresiva que la fue inmovilizando hasta matarla por asfixia”.

Fitzhugh Lee estaba sentado ante una mesa apartada en el “Café El Louvre” pero a Víctor Rey le fue fácil localizarlo, porque aquella humanidad de 190 centímetros y doscientas cincuenta libras, enfundada en un traje de dril tan blanco como su cabello y su bigote, era absolutamente inocultable.

—¿Lleva mucho rato esperando, general? —preguntó Rey con su inglés envilecido por el acento jamaicano de la esclava nodriza que le enseñó esa lengua.

—Exactamente cuatro coñacs —respondió Lee sonriente.

—¿Ya sabe los sucesos, general? —dijo Rey dispuesto a transmitir la confianza.

—Si—contestó el general—. Oí la explosión y hace un par de minutos me vino a informar un edecán del general Weyler.

—Pobre hombre —dijo Rey—. Era un tipo duro, pero había que admirar su entereza. ¿Sabía usted que enviaba la mitad de su paga a España para comprar

y salvar caballos destinados al matadero? Amaba más a los caballos que a las personas.

—Los ama —dijo lacónicamente el general.

—¿No murió? —Rey palideció.

—Ni un rasguño. Se había levantado de la mesa y buscaba unos papeles en su armario. La puerta abierta del mueble lo protegió de la explosión. Parece que sólo tiene un poco de sordera.

—¡Menos mal! —mintió Rey con una mueca que delataba la falsedad de la expresión.

—No me irá usted a decir que se alegra de que Weyler no haya muerto, ¿no?

—Usted conoce mis sentimientos, general —volvió a mentir Rey—. Pertenezco a un partido autonómico que busca una pacífica transmisión de la autoridad en Cuba. A estas alturas de mi vida aborrezco la violencia.

—Yo no —dijo Lee, hizo una pausa y terminó su quinto coñac—. Además, usted todavía está muy joven para aborrecer la violencia y para decir esa frase de “a estas alturas de mi vida”. Yo descubrí en Virginia, al frente de un regimiento, que sólo se conoce a los hombres en medio de la batalla. A mí me mataron tres caballos peleando y no creo que jamás vuelva a ser tan feliz como en aquellos días.

Víctor Rey también pidió coñac. Le irritaba el tono paternal, pero le simpatizaba aquel personaje intenso. Quizá porque sabía de sus hazañas durante la Guerra Civil norteamericana, en la que había alcanzado el grado de general peleando junto a los sureños. O quizá porque el hecho de ser sobrino de Robert E. Lee lo rodeaba de un halo legendario, pero lo cierto es que le atraía.

—Hoy tuve carta de su tío —dijo Lee extrayendo de la chaqueta un sobre azulado, que agitó ante los ojos de Rey.

“Raimundo Rey, buen cabrón”, pensó Víctor, pero nada dijo. Siempre había tenido una pésima opinión de su tío, y no lamentó en absoluto cuando se marchó a los Estados Unidos diez años antes.

—Me habla maravillas de usted —dijo Lee—. Cuando me nombraron Cónsul General lo primero que me dijo fue: “conozca usted a mi sobrino. Es un tipo estupendo y le encantará tratarlo. Fue un gran soldado durante la guerra del 68”.

“Estupendo porque me dejé quitar sin chistar parte de la herencia”, pensó Víctor.

—¿Cómo hizo fortuna su familia? —preguntó Lee.

—Como todos. Vendiendo negros y comprando blancos. Así se ha hecho el dinero en Cuba, general.

—Y en Estados Unidos, joven —dijo el general, anotando mentalmente el feliz resumen de la actividad comercial de los cubanos—. Igual que ustedes: vendiendo negros y comprando blancos. Mi familia llegó a tener 300 esclavos. Doscientos de ellos, por cierto, pelearon junto a nosotros contra los yanquis.

—¿No habrá muerto Weyler y querrán ocultarlo? —preguntó Rey con ansiedad.

—No. Estoy seguro de que no. Pero dígame, Víctor, ¿cómo es que usted es conde de Santa Marta?

—También compraron el título. Fue mi abuelo. Todo en esta Isla se compra y se vende, general, todo. La nobleza, la información, los cargos públicos.

—Me figuro que por eso las autoridades no lo molestan, ¿verdad?

—Exactamente. Saben que soy rico. Cuando me piden dinero lo doy. No tengo amigos *laborantes*, como les llaman a los conspiradores, y estoy casi totalmente dedicado a la lectura y a vivir de la renta. Los parásitos no somos peligrosos.

—Pero usted fue capitán en la guerra anterior —argumentó Lee.

—Y usted fue general sureño, y sin embargo ahora es diplomático del gobierno del yanqui Cleveland.

—Si, pero Cleveland es un yanqui distinto. En primer lugar, es demócrata y no republicano como era Lincoln. En segundo lugar —sonrió—, es más grueso que yo, y ya se sabe que los gordos somos gentes de buen carácter. En tercer lugar, es un hombre de acción. Fue sheriff y es el primer presidente que ha ahorcado a dos bandidos con sus propias manos. Yo fui a su boda en la Casa Blanca. Ahora está muy enfermo.

—¿Qué tiene? —preguntó Rey distraídamente, mientras pensaba en la maldita suerte de Weyler.

—Tiene cáncer, pero nadie lo sabe. Es un secreto. Tiene cáncer en la mandíbula.

A Rey le extrañó que el Cónsul supiera un secreto de ese calibre, pero tuvo la discreción de no preguntarle cómo se había enterado.

—¿Se va a mudar a una casa particular? —dijo Rey.

—No. Seguiré aquí —contestó Lee—. Es muy cómodo tener las habitaciones arriba y este café abajo. En una semana he descubierto que “El Louvre” es el corazón de las intrigas políticas en este país. Por cierto, ¿conoce a aquel hombre? —dijo y señaló discretamente con la barbilla hacia un atildado caballero, extraordinariamente flaco y con un enorme bigote.

—Sí —respondió Rey con un gesto de desdén—. Es Luis Calvo, el integrista. Nació aquí, pero es más español que el Rey de España.

—No crea —afirmó Lee con cierto brillo irónico en la mirada—. Cinco minutos antes de llegar usted, en esa misma silla, me estaba explicando su convicción de que Cuba debía pasar de manos españolas a manos americanas.

“Buen hijo de puta”, pensó Rey, pero recordó, como un relámpago, a las tropas del general Agramonte, en el 68, enfrentándose a tiros a las columnas españolas, con una especie de bandera americana cosida a la chamarreta.

—Sí. Ahora los españoles comienzan a ser anexionistas. Quieren ser gringos. El caso es no ser cubano —dijo Rey.

—Amigo Rey, ser cubano no tiene sentido. Aquí hay demasiados negros para fundar una república organizada.

—Sí, es cierto —dijo Rey, aun cuando hubiera deseado rebatir ese argumento y explicarle a Lee que el problema, en realidad, no era de los negros, sino de los blancos, empeñados en definir la sociedad desde su exclusivo punto de vista.

—Con los negros se puede fundar una plantación de azúcar o hasta una orquesta, pero no una república. ¿Ha visto usted cómo cantan y bailan a todas horas? En Virginia era igual. Si alguna vez los cubanos se independizan de España van a tener que importar europeos y norteamericanos para blanquear al país.

—Sí, me figuro que sí —dijo Rey distraídamente, mientras notaba cómo el fracaso del atentado a Weyler comenzaba a convertirse en una molesta obsesión.

—Lo mejor sería traer irlandeses. No sería fácil cruzarlos con las criollas blancas, pero tan pronto se emborrachan se enloquecen con las negras. Les encantan. Un centenar de irlandeses borrachos es capaz de blanquear en diez años la provincia de Matanzas. ¿A usted le gustan las negras?

—¿Cómo dice? —reaccionó Víctor sobresaltado por la pregunta.

—Que si le gustan las negras.

—Las he visto muy hermosas.

—Deben ser de origen ibo. Las ibo tienen unas tetas maravillosas, pero lo más impresionante son sus voces. Son muy inteligentes. Mi madre enseñó a leer a una ibo de seis años en una semana. A los ocho años escribía versos perfectos.

—¿Qué piensa usted de la guerra, general? —preguntó Rey consternado.

—Que Weyler la gana, amigo Rey. Y la va a ganar porque será tan despiadado como Sherman en Georgia. ¿Sabía usted que Weyler estuvo destacado en Washington como *attaché* militar? Ahí aprendió que las guerras se ganan matando. El Norte nos ganó porque fue más brutal, más despiadado. Mataba más que el Sur.

—¿Y los Estados Unidos lo permitirán sin reaccionar?

—Probablemente. El gran capital no quiere intervenir. Ya usted sabe cómo son los intereses económicos. El objetivo es *don't rock the boat*.

—Bien, general, tengo que irme —dijo Víctor, acompañando las palabras con un ademán de retirada.

—Venga a verme con frecuencia, amigo Rey. Recuerde que aun su horrible acento jamaicano es infinitamente mejor que el de estos pobres españoles. Parece que el español de la Península incapacita a sus hablantes para pronunciar bien otras lenguas. Las zetas y las ges se les enquistan en las cuerdas vocales. Venga a verme —repitió Lee con una enorme sonrisa y poniéndose en pie.

NEW YORK

15 de diciembre de 1896

Marcus, que había tardado dos años en descubrir la muerte de su padre, siempre pensó que algún día, de la misma forma, recibiría de Alemania la noticia de la desaparición de su madre; pero jamás se preparó para enfrentarse a la comunicación de “una lenta agonía”, y menos aún para una carta en la que ella le decía “quiero verte antes de morir”.

Durante años, después de los sucesos de Chicago, Marcus había dejado de escribirle a su familia, y cuando reanudó la correspondencia tuvo buen cuidado de pedir que les remitieran las cartas a nombre de Mr. Cohen, justificando el cambio de nombre con un nada convincente argumento de carácter legal que sus padres no creyeron, pero sin concederle demasiada importancia al asunto.

Calculó que desde la fecha de partida, el viaje por mar y el recorrido entre Hamburgo y Frankfurt, el trayecto no tomaría menos de un mes y medio, y preguntó por telegrama si su madre viviría para entonces. El cable de respuesta fue tan lacónico como inapelable: “Ven. Viviré hasta que llegues”.

Paola, por supuesto, no podía acompañarlo. A él en sus trabajos le permitían ausentarse, pero los compromisos de Paola con su casa de música, el altísimo costo del pasaje, aun en tercera clase, y sobre todo la escuela de Louis, hacían impensable que ella viajara al Viejo Continente.

Por otra parte, era muy importante que uno de los dos pudiera atender la intrigante visita que anunciaba Cerrutti para los primeros días de enero. Según una larga carta enviada desde Paterson, un misterioso viajero procedente de Cuba, que se hacía llamar *Trama*, llegaría a New York con el objeto de conseguir cierta no aclarada ayuda de los compañeros anarquistas de los Estados Unidos y Europa.

El cubano, por ahora solamente identificado con ese extraño sobrenombre, se había puesto en contacto con Cerrutti por medio de una célula anarquista

clandestina que funcionaba en Key West, fundada por un tal Enrique Creci, cubano de origen italiano, fallecido poco antes del próximo arribo a Estados Unidos de *Trama*, pero cuya familia había formado parte en Europa de “Los Corazones de Roble”.

Cerrutti quería recibir al tal *Trama* en New York, en presencia de Paola, pero sin aclararle al viajero el origen cubano de su amiga, con el objeto de tener una mejor idea de la seriedad del visitante y de la viabilidad de sus proyectos, dado que sus conocimientos de la cuestión cubana eran punto menos que rudimentarios, y no quería verse atrapado en alguna estupidez temeraria propia de revolucionarios novatos.

Paola sería presentada como la inofensiva señora Cohen y aparentemente no tendría otra responsabilidad que traducir a *Trama* al inglés, puesto que Cerrutti daba por sentado que el cubano no hablaría otra lengua que el castellano.

En un principio Paola no quiso mezclarse en el asunto, pero la gratitud hacia Cerrutti y el cariño que con los años le había tomado al viejo italiano pudieron más que su resistencia a volver a vincularse con los asuntos cubanos, aunque juró que esa mediación sería excepcional prometiéndose que no reincidiría nunca más.

La noche que Marcus decidió la fecha del viaje fue cuando realmente cayó en cuenta de que por primera vez en dieciocho años se separaba de aquella mujer a la que fortuitamente había conocido en Castle Gardens la tarde en que coincidieron en la oficina de Inmigración.

—Partiré la semana próxima. El vapor sale el martes desde New York. Toca Boston, Le Havre y Hamburgo. Hay uno que sólo hace escala en Rotterdam, pero el pasaje cuesta mucho más caro.

—Viajar en invierno es una pesadilla. Los camarotes de segunda estarán helados, pero en cubierta todavía es peor —dijo Paola con expresión preocupada.

—¿Sabes? Me aterra el regreso. Me da pena volver casi veinte años más tarde y sin mucho más de lo que me llevé. Ellos piensan que todo emigrado a América tiene que enriquecerse y prosperar. ¿Cómo decirles que en todos estos años no he pasado de ser un oscuro empleado sin pena ni gloria?

—No lo digas. Miénteles —dijo Paola con una total certidumbre. Si lo que tu madre quiere es una historia de éxitos, cuéntasela. Esa verdad, la verdad de nuestra vida, no tiene sentido. Dile que Louis es un chico saludable. Dile que posees una pequeña imprenta y que piensas cambiar muy pronto el coche de caballos por un automóvil. Hasta dile que yo soy muy bella y muy rica —Paola rió con picardía.

—Rica no, pero sí bella —dijo Marcus tomando a Paola de las manos y examinando con cierta lujuria su cuerpo bien formado—. Es cierto, no vale la pena decirle la verdad. Mi madre pronto morirá y es preferible no amargarle lo poco que le queda de vida.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó Paola con afecto y mirando directamente a los ojos de Marcus.

—No creo que tarde menos de tres meses. Es mucho tiempo, pero quiero hacerlo. Mi madre pensará que lo hago por ella, pero no es cierto. Lo hago por mí. Siempre tuve la sensación de que no la quería, de que la rechazaba.

Paola notó que a Marcus continuaba afectándole su pasado.

—¿Por la epilepsia? —preguntó.

—Probablemente. La veía como a una persona distinta. Temía que le diera un ataque en presencia de mis amigos. Recuerdo que de niño alguna vez llegué a desear que se muriera para no tener que volver a pasar por esas situaciones embarazosas.

—¿Y ella lo notaba?

—No lo creo que lo notara, pero casi siempre tras los ataques adoptaba una actitud servil, como para que mi padre y yo la perdonáramos. Lloraba mucho y pedía excusas. Era terrible verla humillarse. A veces hasta se ponía de rodillas. Sólo una vez reaccionó de una manera completamente diferente. Cuando volvió en sí, después de unas terribles convulsiones, y vio que se había destrozado los labios, se volvió como loca y comenzó a tirar los cuadros y a romper los muebles mientras maldecía. Yo tendría entonces unos ocho años. Recuerdo que me asusté mucho porque estaba solo. Mi padre se había ido a la sinagoga. Cuando regresó, ella estaba extenuada llorando sobre un sofá y yo permanecía escondido bajo la cama.

—No la querías, ¿verdad? —preguntó Paola con esa mezcla de comprensión y curiosidad con la que suelen componerse las preguntas morbosas.

—Todo resultaba contradictorio. Era muy dulce, muy cariñosa, me leía cuentos. Me acariciaba, pero a mí no me gustaba que me tocara. Era más poderosa la imagen de las convulsiones, los ojos en blanco y la saliva saliendo como espumarajo que su expresión habitual. Recuerdo que siempre que la miraba a la cara, en mi imaginación superponía sus rasgos durante los ataques.

—¿Y esto te ocurre también con Louis? —preguntó Paola con temor.

—No, por supuesto. Ni hoy me ocurriría con mi madre. Louis afortunadamente no tiene ese tipo terrible de epilepsia, pero lo que yo siento hacia él es una gran ternura y tal vez hasta veo su enfermedad como una forma de rectificar los injustos sentimientos que tuve hacia mi madre.

—Los niños son así, crueles, egoístas. Es natural que rechacen a cualquiera que ponga en peligro su felicidad. La piedad y la compasión son productos de la madurez. Son más reflexiones que sentimientos espontáneos. Es absurdo que sientas remordimientos.

Paola se daba cuenta de que a más de tres décadas, Marcus continuaba con las heridas infantiles abiertas. Rápidamente buscó en su memoria algún

agravio, algún oculto dolor personal con el que pudiera consolar a su marido, pero en seguida se percató de la inutilidad de cualquier comparación.

—Creo que también había un oscuro factor judío en todo esto —dijo Marcus sombríamente.

—Eso nunca me lo habías dicho.

—Sí, desde los cinco o los seis años yo ya sabía que era diferente. Otros niños me lo habían hecho saber con sus burlas. Eso no me gustaba y de alguna manera comencé a asociar la epilepsia de mi madre con nuestra situación de judíos. Creo que llegué a pensar que si nosotros no hubiéramos sido judíos, ella no habría sido epiléptica, o algo así. Todo era muy confuso.

—¿Por qué no le pediste ayuda a tu padre?

—No. Jamás hablé de esto con nadie. Tú eres la primera persona a quien le cuento estas cosas. Además, las puedo expresar ahora, cuando nada significan y todo está perfectamente superado, pero antes hubiera sido imposible.

—Es importante este viaje, ¿verdad?

—Mucho. Necesito estar junto a mi madre en sus últimos días, acariciarle la cabeza, dejar que ella me acaricie a mí y darle un poco de la ternura que siempre reprimí. Creo que así me libraré de todos los fantasmas.

Paola, discretamente, apagó la luz de la habitación. Sabía que a Marcus no le gustaba que lo viese conmovido. Esa noche invirtieron la posición que solían adoptar para dormir. Marcus reclinó la cabeza en el hombro de su mujer, encogió el cuerpo y se quedó profundamente dormido.

NEW YORK

15 de enero de 1897

El señor Cerrutti, embozado en su capa anacrónica, llegó como a las seis de la tarde cargado de regalos para Louis. Traía un pequeño tren, una edición recién aparecida de Perrault, otra ilustrada de *Tom Sawyer*, un sorprendente muñeco de cuerda, capaz de girar la cabeza, y dos ejércitos de soldados de plomo que remedaban a franceses y alemanes, con los que esperaba explicarle al chiquillo la guerra franco-prusiana de 1870.

Para Louis era una fiesta encontrarse con aquel hombrón risueño y barbudo al que llamaba *abuelo* y al que sólo veía en contadas pero inolvidables ocasiones, puesto que invariablemente recibía una multitud de juguetes que luego guardaba en el baúl de madera que su padre le había construido.

Paola también sintió una alegría de ver al italiano, porque Cerrutti, fuera de Marcus y de su hijo, era tal vez la única persona que genuinamente había conseguido apoderarse de su afecto tras la ya remota salida de Cuba. Aquel viejo cordial e imaginativo, generoso y culto, dueño y señor de mil secretos y de cien mil intrigas, era el personaje más fascinante que había conocido, con la excepción quizá del general Roloff, un polaco genial y aventurero a quien trató fugazmente en la selva cubana cuando ella era poco más que una niña perdida en medio de la guerra.

—Está usted empapado. Quítese ahora mismo esa capa y siéntese junto a la chimenea —le ordenó Paola en un tono cariñoso.

—Hace un frío espantoso. Es probable que hoy caiga la peor nevada del año —dijo Cerrutti mientras hacía exactamente lo que Paola le había indicado.

—¿A qué hora viene el *misterioso* visitante? —Paola acentuó irónicamente lo de *misterioso*, pero Cerrutti no pareció notarlo.

—¡Ah, el misterioso *Trama*! Si es puntual debe llegar a las nueve. ¿Son puntuales los cubanos? —preguntó Cerrutti.

—No lo eran mientras yo vivía en la Isla. A lo mejor han cambiado. Louis, no te metas los soldados en la boca —le riñó Paola al pequeño.

—Déjelo —terció Cerrutti—. Se está comiendo a un soldado alemán. Es bueno que las personas aprendan desde la infancia que la única solución posible al militarismo prusiano es que cada uno, cuando pueda, se coma un soldado alemán.

—No me lo estoy comiendo —dijo Louis avergonzado—. Lo sostenía en la boca porque tenía las dos manos ocupadas.

—Te va a gustar *Tom Sawyer* —dijo Cerrutti—. Lo escribió un tipo formidable que se llama Mark Twain.

—¿Habrás cenado *Trama*? —preguntó Paola preocupada.

—Él no sé —rió Cerrutti—, pero yo no puedo irme de su casa sin volver a probar los frijoles negros y el arroz. Por cierto, ¿cuándo vuelve Marcus de Alemania?

—¡Ah! Le gusta la cocina cubana —dijo Paola con un guiño de malicia—. Eso me complace —hizo una pausa—. Marcus estará fuera por lo menos tres meses.

—Eso de la “cocina cubana” es un poco pretencioso, Paola. Me gustan los frijoles y el arroz, que es un plato, por cierto, de esclavos, si no miente un formidable historiador erudito, un tal Leví, o Levy, que acabo de leer.

Paola pensó que era inútil intentar probarle a Cerrutti que sí existía una cocina cubana, amplia, rica y apetitosa, y prefirió solicitar su ayuda.

—Venga, siéntese conmigo a escoger los frijoles buenos. Más de la mitad están secos. A veces vienen llenos de piedrecitas.

No era difícil conversar con Cerrutti. Su afición a la comida, a los buenos vinos, a la historia, en realidad su afición a la vida misma, lo convertían en un extraordinario interlocutor capaz de saciar la curiosidad o el interés de cualquiera que se le acercase.

—Vamos a repasar el guión, amigo Cerrutti: yo soy la señora Cohen y hablo español porque viví un tiempo en Sudamérica. Se supone que no sé nada de Cuba, y mi única función esta noche es traducir al señor *Trama* y prestar mi casa para la entrevista, evitando así que este caballero tenga que desplazarse a Paterson. ¿Está bien?

—Exacto. Hable poco y enmascare un tanto el acento cubano.

—¿Y quién es este *Trama*?

—Ya le escribí a su marido sobre esto. En realidad no sé mucho. Es alguien que viene de Cuba y que allí, al parecer, dirige una célula anarquista o algo similar. Salió en un bote clandestinamente rumbo a Cayo Hueso, y tiene urgencia de reunirse conmigo.

—Voy a acostar a Louis. Son casi las nueve y es preferible que no esté levantado cuando llegue la visita.

No sin cierta resistencia por parte del niño, Paola consiguió guiar a Louis hacia su habitación, previa escala en Cerrutti “para darle un beso al abuelo”, y tras admitir que esa noche los libros y los juguetes debían dormir junto al pequeño. Precisamente mientras lo arrojaba sonó la aldaba de la puerta.

—Yo abro —dijo Cerrutti incorporándose sin dar tiempo a que Paola se adelantara.

—¿Es usted el señor Cerrutti? —preguntó con fuerte acento, pero en un buen inglés, sin traspasar el umbral, un caballero bien vestido, de unos cuarenta y tantos años.

—No sabía que hablara inglés —le respondió Cerrutti con una sonrisa mientras le extendía la mano.

—Inglés o algo parecido. Me lo enseñó una nodriza jamaicana —dijo el visitante.

Cuando flanqueó la puerta Paola ya estaba en el salón, pero todavía no había visto al visitante. La voz, no obstante, le pareció lejanamente familiar, reflexión de la que súbitamente fue arrancada al cruzarse su mirada con la de

Víctor Rey. Los dos permanecieron en silencio por un instante que se fue prolongando de forma incomprensible para Cerrutti.

—Señora Cohen, éste es el señor *Trama*. Felizmente, habla inglés —dijo Cerrutti, intentando romper la tensa situación.

—Sí, se lo enseñó su nodriza jamaicana —añadió Paola acompañando la frase con un gesto melancólico.

—Y a ella su madre americana —dijo Rey con un gesto que quiso ser cortés.

—Bien. Veo que se conocen, lo cual de cierta manera facilita la cosa.

—Con permiso —dijo Paola y se retiró hacia el cuarto de baño. Necesitaba unos minutos para calmarse. Su corazón latía violentamente y las manos le sudaban. En unos segundos comenzaron a desfilan por su memoria todos los recuerdos que la unían y la separaban de aquel fantasma de su juventud. La guerra en la manigua, las noches en la hamaca, su voz cálida, que de sólo escucharla la excitaba, la cicatriz en la espalda, la criatura que escapaba de sus entrañas, el olor del café carretero calentado con un tizón encendido, el de su semen, siempre asociado al de la lluvia sobre el barro en las calles polvorientas de Santiago, y al dulzor de la brisa cuando barría el ingenio. Allí estaba, más viejo, más grueso, con canas en las sienes y mucho menos cabello, pero con esa mirada inteligente y amable perfectamente intacta. Allí estaba, sorprendido y sorprendente, en la noche más fría de aquel terrible invierno con que había comenzado 1897.

Fue una extraña conversación en la que Paola se mantuvo casi todo el tiempo callada mientras Víctor Rey respondía minuciosamente a las mil preguntas de Cerrutti. La situación de las tropas insurrectas parecía desesperada. Pocas semanas antes, el 7 de diciembre, había muerto en combate Antonio Maceo, el general cubano, creando con su desaparición un enorme grado de desmoralización entre los mambises. Pero tampoco era cierta —aclaró Rey— la versión que Cerrutti había leído en el *Saturday Review* de unos meses

atrás, en la que un tal Winston Churchill, joven periodista británico, voluntario del ejército español en la provincia de Las Villas, afirmaba que los rebeldes cubanos eran poco más que una horda de negros indisciplinados y cobardes.

Ni eran indisciplinados ni eran cobardes. Había, era cierto, muchos negros entre los alzados, pero no faltaban los blancos y ni siquiera los chinos recién llegados a la Isla como sustitutos de los esclavos, y a quienes los rebeldes ya habían conseguido integrar en batallones independientes que luchaban con un inexplicable denuedo, puesto que el patriotismo era inconcebible en quienes apenas hablaban la lengua de la tierra de adopción.

Cerrutti le explicó que esa apreciación podía no ser exacta, puesto que a veces el propio carácter de la guerra era el que creaba el patriotismo y no a la inversa. En todo caso, la situación era francamente desesperada. El Ejército español había trasladado más de doscientos mil soldados a Cuba y el general Weyler se proponía terminar con la insurrección sin reparar en el costo de vidas humanas, no sólo entre sus hombres o los del enemigo, sino también entre la población civil.

La táctica más eficaz empleada por el general —a quien los cubanos llamaban despectivamente “el mono con patillas” era la *reconcentración* y consistía en eliminar cualquier vestigio de ayuda a los rebeldes mediante el radical expediente de “reconcentrar” en las ciudades a todos los campesinos que estuvieran en la proximidad del teatro de operaciones. Estas medidas habían creado un verdadero caos en las ciudades, y miles de vagabundos y pordioseros, desnutridos y famélicos, vagaban por las calles prácticamente sin ropa, sin techo y sin alimentos. Esta situación multiplicaba el efecto devastador de las epidemias y ya había pueblos en los que la actividad más lucrativa consistía en apilar y quemar cadáveres de las víctimas del vómito negro.

A Cerrutti le extrañaba cómo esas medidas represivas no aumentaban el clima popular de insurrección, pero entendió perfectamente cuando Rey le explicó que el terror que Weyler había logrado infundir a la población era capaz

de paralizar todos los instintos naturales de rebeldía, más o menos como les ocurre a los individuos cuando se enfrentan a un enemigo feroz e inapelable.

Mientras Víctor hablaba, repartiendo rítmica y atentamente los contactos visuales con sus dos interlocutores, Paola revivía sus propias experiencias juveniles e intervenía alguna vez para preguntar por algún cabecilla cuyo nombre no había olvidado.

—Quintín Banderas sigue operando cerca de La Habana. Ese negro es el hombre más valiente que yo he conocido jamás —dijo Víctor.

Y luego se explayaba en relatar las mil anécdotas del general Banderas, quien no vacilaba en desnudar a sus guerreros, todos negros, y dar con ellos, gritando a todo pulmón, una carga de machete sobre los bisoños y acobardados soldaditos españoles prácticamente acabados de desembarcar en la Isla.

—¿Y por qué no se une usted a los insurrectos?—preguntó Cerrutti.

—Porque ya no creo en ese tipo de guerra. Contra Weyler y su táctica de “reconcentración” no hay posibilidad de ganar. El general Gómez, que comenzó la guerra con quince o veinte mil hombres, hoy tiene menos de tres mil. Pronto serán dos mil quinientos y llegará el día de la derrota. Es inevitable.

—Bien. Eso lo entiendo —dijo Cerrutti—. ¿Pero qué es exactamente lo que usted propone? Vamos al grano: ¿para qué ha venido a verme?

—Para dos cosas, señor Cerrutti. Para dos cosas muy delicadas y vitales. La primera es sacar de Cuba a Valeriano Weyler. Ya que no pudimos matarlo, tenemos que conseguir que España lo traslade. Eso no es imposible, porque la oposición a Weyler es muy grande dentro y fuera de España. Este militar es una fuente de descrédito para España, usted lo ha visto en los periódicos todos los días, y sólo hay una persona que lo sostiene en su cargo: Cánovas del Castillo, el presidente del gobierno español.

—¿Y usted qué propone, amigo Rey? —preguntó Cerrutti.

—Matarlo. A Cánovas hay que matarlo porque no existe fuerza humana ni campaña propagandística que logre convencerlo de que traslade a Weyler.

—Bien. No parece descabellado —afirmó Cerrutti con un gesto que subrayaba el carácter analítico de sus palabras—. ¿Y por qué no lo matan los cubanos?

—Por dos razones —dijo Rey—. La primera es que los jefes cubanos no entienden estos métodos de lucha. Máximo Gómez es capaz de fusilar al que le proponga una cosa de este tipo. Y la segunda razón es que no debe verse la mano cubana en el atentado, porque de lo contrario España caería con todo su peso sobre los insurrectos. Tampoco es la primera vez que ocurre algo así. En el 70 los negreros cubanos hicieron asesinar en Madrid al general Prim, el hombre fuerte del país, para impedir que decretara la libertad de los esclavos de la Isla. Con esa muerte demoraron dieciséis años más la abolición.

—Entonces lo que usted quiere es que yo consiga un patriota no cubano para liquidar a Cánovas del Castillo.

—Exacto. Y no español. Entre los anarquistas españoles hay demasiados policías infiltrados. Tiene que ser un francés o un italiano.

—Francés, tal vez. Los anarquistas franceses están todavía bajo el impacto de Ravachol. Han hecho hasta una canción popular *La Ravachole* y han acuñado un verbo nuevo *ravacholiser*, que quiere decir algo así como “matar a un enemigo burgués” —afirmó Cerrutti sonriendo con malicia.

Paola recordó el “caso Ravachol”, quien con sus bombas había sembrado el terror en París unos años antes. Marcus y ella habían discutido apasionadamente el suceso, quizá por el componente judío del joven francés, renegado de su religión y de su verdadero apellido, Koenigstein.

—Cualquier anarquista de la escuela del alemán Max Stirner puede servirnos. Cualquiera que considere el magnicidio como la solución más económica para los problemas políticos de los pueblos —dijo Víctor.

—De acuerdo. Pensaré en este asunto detenidamente. Nada puedo prometerle, salvo que lo tomaré en cuenta. No deja de ser una ironía que haya sido un religioso español, el padre Mariana, quien primero haya formulado la

doctrina del derecho popular al magnicidio, pero ahora vamos al segundo aspecto de su visita. ¿Qué más quiere de mí?

Rey se arrellanó en la silla para organizar sus pensamientos y adoptar el tono didáctico que le gustaba imprimir a sus palabras:

—Necesito grandes cantidades de explosivos, detonadores y armas cortas. Voy a ensayar la lucha terrorista en La Habana y la eliminación de los jefes españoles. Ya es muy difícil matar a Weyler, puesto que tras el atentado se cuida extraordinariamente, pero si se ejecuta selectivamente a unos cuantos integristas españoles o a sus cómplices cubanos, es probable que el gobierno colonial entre en crisis. Yo tengo en La Habana la gente para ese trabajo, pero necesitamos los instrumentos, las armas, y no quiero apelar a las fuentes cubanas de la emigración que organizan el suministro de equipos a los insurrectos.

—¿Por qué? —indagó Cerrutti.

—Porque están infiltrados por los agentes españoles o por la Agencia Pinkerton, que trabaja para el gobierno de Madrid. Pero, además, le repito que nunca entenderían esta estrategia. Los cubanos en 1897 están empeñados en repetir la táctica de la guerra que comenzó en 1868 y que terminó diez años después con nuestra derrota.

Paola, con cierta melancólica ironía, recordó exactamente el día de aquella derrota, tirada de bruces sobre el camastro y con la herida de la espalda quemándole la piel.

—¿Dónde se está quedando usted? —preguntó Cerrutti dispuesto a anotar la dirección en una libreta.

—En el “Hotel Saint Denis” de la calle Broadway, no lejos de Union Square. Me he hospedado bajo el nombre de Ernesto Trama.

—¿Por qué elegiste *Trama* para tu nombre de guerra? —preguntó Paola con genuina curiosidad.

—Básicamente, porque entiendo que la historia casi siempre es el resultado de hechos imprevisibles que se van encadenando arbitrariamente. Y a mí me gusta, por el contrario, tratar de urdir ese tejido histórico propiciando ciertos hechos u obstaculizando otros que están a punto de ocurrir. Tal vez me guste hacer la historia mucho más que vivirla.

A Cerrutti se le figuró un tanto presuntuosa la explicación de Víctor Rey, pero no hizo ningún comentario por temor a parecer desatento. En todo caso, el tal Rey daba la imagen de un hombre serio e ideológicamente bien formado, características que no solían abundar entre los revolucionarios del Nuevo Mundo y que bastaban para hacerlo acreedor a la ayuda que pedía. “No obstante —pensó el italiano—, iba a ser mucho más sencillo conseguirle las armas y los explosivos que reclutar a un anarquista europeo para algo tan difícil y delicado como eliminar a un jefe de estado del prestigio intelectual y político de Antonio Cánovas del Castillo, cuya reputación de gran estadista rebasaba las fronteras españolas”.

—¿Y cómo piensa usted introducir las armas y los explosivos en Cuba? —preguntó Cerrutti.

—Tenemos una célula en Regla, un pueblo situado en la bahía de La Habana. Son pescadores. Gente humilde con la que siempre puede contarse. Ellos me sacaron clandestinamente de Cuba y me llevaron a Cayo Hueso.

Paola, distraída, sin prestar atención a las palabras de Víctor, se acercó a la ventana de la sala y miró hacia la calle. Caía una intensa nevada y el viento silbaba con fuerza.

—Me temo que tendrán que dormir aquí esta noche. No hay ningún cochero en la calle— dijo Paola, y enseguida ratificó—: No hay un alma en la calle.

—Podemos dormir en la sala —dijo Cerrutti aceptando la invitación.

—No. Yo puedo dormir con Louis si ustedes dos no tienen inconveniente en compartir mi cama. Es bastante ancha.

—Por mí no hay problema —dijo Víctor, aunque inadvertidamente reparó con cierto temor en la voluminosa figura de Cerrutti.

Esa noche, cuando Víctor Rey cerró los ojos, no pudo conciliar el sueño. Era verdad que los ronquidos de Cerrutti no ayudaban excesivamente a su descanso, pero el factor más inquietante era el sorprendente reencuentro con Paola. En realidad nunca la había olvidado, pero alguna vez, cuando pensaba en ella, suponía que el tiempo transcurrido la habría deformado irremisiblemente, reflexión que, aun sabiéndola mezquina, contribuía a hacer menos ingrata la nostalgia.

Sólo que se había equivocado. A sus 36 o 37 años —Víctor no podía calcular exactamente—, Paola había alcanzado un atractivo del que carecía a los dieciocho cuando dejaron de verse. La cintura, efectivamente, ya no era tan estrecha, pero las caderas más anchas y los senos más abultados le daban otro equilibrio y un aire de sensualidad mucho más provocador que el de su primera juventud.

Por otra parte, sus ojos hermosos, ahora más profundamente instalados en el rostro, habían ganado en expresividad, debido, probablemente, a las moderadas ojeras que ya parecía tener de forma permanente.

¿Cómo había sido la relación con Paola? ¿Cómo había empezado? Una tarde cualquiera, veinte años antes, había llegado a su campamento de capitán mambí una chiquilla asustada que apenas rebasaba la adolescencia. Vestía grandes ropas de hombre y era difícil adivinar que bajo aquella larga camisa de algodón se ocultara un cuerpo delicioso. Era la hija de un compañero muerto, el teniente o capitán Henríquez, y se alzaba porque su madre, una extraña señora americana de origen irlandés, acababa de morir en la hacienda de los Zulueta. Al principio estuvo tentado de no aceptarla en el campamento y devolverla escoltada a su lugar de origen; pero quizás hubo un gesto seductor de la chiquilla, o tal vez una convincente mirada de súplica, lo cierto es que

súbitamente había decidido admitirla en la tropa, previa y obligada consulta al general Maceo.

Militarmente no fue una decisión equivocada. Paola resultó una habilísima mensajera, capaz de cruzar las líneas enemigas como si no existiesen. Podía caminar 30 o 40 kilómetros todos los días sin dar muestra de cansancio. Montaba a caballo admirablemente y más de una vez la había visto disparar sin miedo con rifle o revólver. Sólo la asustaban —recordó Víctor— las cargas de machete, y con toda lealtad advirtió desde el principio que no se sentía capaz de asestar un machetazo a nadie.

En realidad era difícil saber cómo fue surgiendo la atracción entre ambos. Quizá todo comenzó una tarde de abril en la que Paola regresó al campamento con un mensaje del general Roloff. Llovía de una manera atroz, como sólo puede llover en la selvas tropicales, y traía la ropa pegada al cuerpo. Estaba completamente sucia de barro y llevaba dos días de caminata a través de la montaña. La lluvia, los oscuros pezones asomados a la tela, los pantalones de dril manchados de tierra en el sexo, o quizás hasta su olor a sudor, fuertemente impregnado en las ropas pese al aguacero, tuvieron un efecto erotizante. Y luego, bajo la vieja ceiba, vino el primer beso, las primeras caricias, el primer tacto de los dedos sobre su sexo, y —por fin— la desfloración de aquella vagina angosta y virginal, tan deseosa como atemorizada.

Después vinieron unos entrañables meses de riesgo y locura, de terror a la muerte, siempre próxima, y de una casi total felicidad, sólo empañada por la certeza de que aquellas relaciones nada más durarían lo que durase la guerra, se ganara o se perdiera, porque a él lo esperaba en La Habana su mujer, una bella y rica criolla, que le escribía encendidas cartas de amor que a veces conseguían llegar a su destino.

Pero tal vez Paola concibió falsas esperanzas. Probablemente sus ilusiones se debieron al embarazo, porque eso precisamente fue lo que quiso decir aquella noche en que afirmó: “siempre te quedarás conmigo porque yo te voy a

dar lo que tu mujer nunca te ha dado: un hijo”. Pero casi de inmediato vino el fin de la guerra. El general Gómez, en nombre de los cubanos, y el general Martínez Campos, como representante de los españoles, pactaron la paz en el pueblo del Zanjón. Y la paz coincidió, precisamente, con la herida de Paola en el último día de la guerra —un sablazo que le abrió la carne de la espalda en diagonal—, y coincidió con el aborto que le provocó la caída, y la infección que luego sobrevino, felizmente curada con el emplasto de tabaco mascado y tela de araña con que se atendían estas cosas en el campamento.

No fue fácil la despedida. Paola tal vez pensó que el breve discurso pronunciado ante su camastro de enferma era una prueba de malquerencia, pero —Víctor recordó— no había sido ésa su intención, sino otra totalmente distinta: ocultar sus emociones e impedir a toda costa que unos minutos de debilidad destruyeran para siempre el compromiso establecido con su esposa.

Después se había preguntado mil veces por el destino de Paola. Sólo pudo averiguar que había embarcado rumbo a Jamaica, y de ahí a los Estados Unidos, pero sin poder precisar cuándo. Alguien, años más tarde, le había traído el rumor de su matrimonio con un europeo, pero los detalles eran tan vagos que no le dio crédito a la noticia, aunque no podía evitar una absurda sensación de desagrado cada vez que imaginaba a Paola en brazos de otro hombre, porque —al fin y al cabo— era él quien le había enseñado a amar.

NEW YORK

22 de enero de 1897

Theodore Roosevelt terminó de devorar sus huevos con jamón en el restaurante “Mike Lyons” de Bowery. Cortésmente, como siempre, le pidió la cuenta a Maurice, el viejo camarero y —también como siempre— tuvo que explicarle que no podía admitir ser invitado por la casa, precisamente porque él era el Jefe de la Junta de Policía de New York, y si había aceptado ese cargo era, entre otras razones, para acabar con los chantajes y los abusos de los agentes contra los comerciantes honrados.

Todas las noches debía repetirle el discurso a Maurice, alegando a veces argumentos de más peso, hasta lograr convencerlo de la necesidad que tenía New York de contar con una Policía limpia y más allá de toda sospecha. Pero lo imposible, sin embargo, era hacerle admitir a aquel francés testarudo, que a esas horas —las diez en punto—, ese mismo honrado funcionario público se comiese unos huevos con jamón, plato que según el camarero, sólo podía ser ingerido en las mañanas sin que peligrasen la digestión y hasta la vida.

“Probablemente —pensaba Roosevelt— Maurice tenía razón”. Pero su nuevo trabajo lo había obligado a invertir el horario, puesto que era de noche cuando se cometía la mayor parte de los delitos y cuando sus subordinados se mostraban más negligentes.

En realidad no se quejaba. Tras los aburridos años pasados como *Comisionado del Servicio Social*, era un reto interesante poner en orden la caótica policía de New York. Y como Harún al-Rachid, el personaje de *Las mil y una noches*, podía pasar la madrugada conversando con prostitutas, sorprendiendo guardias dormidos o incluso patrullando las zonas calientes, actividades siempre más placenteras que estimular el flujo de papeles entre burócratas atontados.

En todo caso, Roosevelt estaba seguro de que ese trabajo era algo provisional que podía servirle para continuar atrayendo la atención pública sobre su persona. En noviembre del año anterior McKinley había derrotado al loco Bryan y los republicanos estaban otra vez en el poder. Ahora sólo era cuestión de esperar a que el nuevo presidente tomara posesión y le asignara algún cargo de relevancia nacional, con más prestigio que la Jefatura de la Junta de la Policía de New York. Por lo menos en esa dirección estaban trabajando Cabot Lodge y Tom Platt, con lealtad y capacidad de intriga. Probablemente le sería ofrecida la cartera de la Marina, o al menos la subsecretaría, porque al fin y al cabo, era el único republicano importante que se había dedicado seriamente a estudiar la historia naval de los Estados Unidos, como probaba la tesis de grado que escribiera en Harvard.

Pero, mientras llegaban tiempos mejores, lo más indicado era cumplir a cabalidad con la tarea que se le había encomendado. Esa noche el señor Conlin, Comisario de Policía, le había concertado una entrevista con un tal Byron Connors, detective de la Agencia Pinkerton que había ganado cierta notoriedad enfrentándose a los anarquistas en Pennsylvania y a los revoltosos donde quiera que su agencia resultaba contratada.

Cuando Byron Connors se fue aproximando a la Jefatura Central de la Policía, en Mulberry Street, sintió cómo se renovaba su desprecio profesional hacia ese cuerpo de supuestos colegas. Aquellos guardias toscos y torpemente vestidos, casi todos brutales y analfabetos, que no podían mantener el orden o la disciplina sin recurrir al terror, y la jefatura de Mulberry Street era precisamente el centro de ese terror. Ahí, en los calabozos infectados de ratones y cucarachas, la Policía de New York corregía a palos y patadas la ineficacia de sus agentes.

Pero, lamentablemente, no se podía prescindir de ellos. Los tiempos habían cambiado y ya la Agencia Pinkerton no podía actuar con total autonomía.

Ahora sólo quedaba rogar a Dios que la torpeza de esos tipos no echara por tierra la cuidadosa investigación que él mismo, personalmente, había llevado a cabo sobre las actividades delictivas de los cubanos en los Estados Unidos. Esos tenaces violadores de la Ley de Neutralidad que no escatimaban esfuerzos para hacer llegar a Cuba expediciones de insurrectos o avituallamientos para mantener encendida la “hoguera de la guerra civil”, como justamente calificaba ese conflicto el señor Dupuy de Lome, excelentísimo embajador de España en los Estados Unidos.

Cuando Byron Connors llegó a la antesala de Theodore Roosevelt lo que más le impresionó fue que el joven y flamante Jefe de la Junta de la Policía de New York tuviera una secretaria en lugar de un secretario. Una señorita completa, atractiva, “con tetas y todo” —como le habían advertido—, algo realmente sorprendente en un funcionario que le gustaba disfrutar de buena reputación.

Luego, cuando estuvo frente a Roosevelt, Byron no pudo evitar un comentario personal que tal vez no le gustara del todo a su interlocutor:

—Tiene usted los dientes más pequeños de lo que pintan las caricaturas — dijo tratando de ser amable.

—Sí —contestó Roosevelt—. Suelen dibujarme con unos dientes y unos colmillos enormes, pero eso es cosa de la malvada Prensa amarilla.

Byron Connors pensó que si él fuera dibujante no serían los dientes lo que destacaría de aquel curioso personaje, sino su pronunciada miopía y los gruesos cristales con que intentaba corregirla.

—¡La Prensa amarilla! En cierta forma, de lo que he venido a hablarle es de un cliente de nuestra Agencia Pinkerton, que sufre de los ataques del peor periodismo.

—En ese sentido —dijo Roosevelt poniéndose algo tenso—, nada puedo hacer. Ya usted sabe que éste es un país libre y con Prensa libre.

—No, por supuesto, no es a eso a lo que he venido. Sé que usted, desgraciadamente, no tiene forma humana de controlar al sensacionalista Hearst o al húngaro Pulitzer, pero sí hay una zona en la que podemos colaborar.

—Usted dirá —contestó Roosevelt con cierta impaciente sequedad mientras se arreglaba los puños de la insólita camisa rosada con que solía escandalizar el gusto más conservador de sus amigos republicanos.

—Mi misión en estos tiempos es vigilar de cerca las actividades de los exiliados cubanos en los Estados Unidos para impedir que violen la Ley de Neutralidad enviando hombres, armas y explosivos a los insurrectos de la Isla.

—¿Y por qué está usted tan interesado en que no se viole precisamente esa ley? —preguntó Roosevelt con ironía.

—Esa y todas las leyes —dijo Connors percibiendo las intenciones de Roosevelt.

—Vamos a hablar claro —dijo Roosevelt quitándose las gafas y restregándose los cansados ojos con las manos—. Usted trabaja para el gobierno español, ¿no?

—Yo trabajo para la Agencia Pinkerton, señor Roosevelt, y mi compañía, haciendo uso de los derechos y las prerrogativas que le concede la ley, ha pactado ciertos arreglos con la legación de España en los Estados Unidos.

—Ha pactado que la Agencia Pinkerton cuide los intereses de España en los Estados Unidos y vigile y delate las actividades de unas personas que están luchando por la independencia de su país, ¿no es eso?

—Ni usted ni yo, señor Roosevelt, somos quiénes para juzgar las actividades de los cubanos o la conducta de España. A usted y a mí nos pagan, sencillamente, para hacer cumplir la ley, y la ley dice que es ilegal cualquier acto realizado desde territorio norteamericano encaminado a derribar un gobierno extranjero con el que no existe un estado de guerra. Nosotros no

estamos en guerra con España, y los cubanos utilizan el suelo norteamericano para derrocar a un gobierno legítimo, gústenos o no.

—Y bien... —dijo Roosevelt con un gesto en el que Connors advirtió que los aspectos teóricos de la conversación habían terminado abruptamente.

—Verá, mis hombres y yo hemos descubierto la llegada clandestina a Key West de un siniestro anarquista cubano que se hace llamar *Trama*. Todavía no sabemos su verdadera identidad, pero hemos detectado que desde mediados de este mes se aloja en el “Hotel Saint Denis” de New York.

—¿Y usted quiere que yo lo detenga? —preguntó Roosevelt inexpresivamente.

—No ahora —respondió Connors achicando los ojos en un gesto de malicia—. Más adelante, cuando haya hecho todos los contactos con sus cómplices y con los suministradores de armas. Lo tenemos estrechamente vigilado.

—¿Cómo logró dar con él? —preguntó Roosevelt.

—Key West es un hervidero de espionaje. Hay centenares de cubanos que simpatizan con los insurrectos, pero también hay unos cuantos españoles que trabajan en las factorías de tabaco. Por ahí nos vino la pista. Uno de nuestros informantes descubrió que ciertos pescadores habían desembarcado en el cayo al tal *Trama*. Les preguntamos a las autoridades españolas de la Isla si conocían ese nombre o sobrenombre y nos contestaron negativamente.

—¿Y por qué cree que se trata de un *peje gordo*? —indagó Roosevelt con cierta incredulidad.

—Porque mi olfato de viejo detective no suele fallar en estas cosas. Con los años he aprendido a intuir la categoría de los sospechosos, y puedo asegurarle que el tal *Trama* es un tipo importante.

Cuando Byron Connors salió del despacho, Roosevelt le hizo una seña a la secretaria para que lo acompañara hasta la puerta, cortesía que creó en Connors una oscura sensación de inconformidad. Luego, despojándose de nuevo de las

gafas para descansar sus pequeños ojos azules, Roosevelt se quedó pensando en que era una lástima que ese interesante personaje con el que acababa de conversar estuviera situado en el lugar erróneo de la historia, porque nadie en el partido republicano había defendido con más ardor que él, Roosevelt, el fin de la dominación española sobre la Isla de Cuba.

NEW YORK

29 de enero de 1897

Paola quedó sorprendida de las varias e imprevisibles reacciones emocionales que le produjo el encuentro con Víctor. La primera, era que habían sido inútiles los años de resentimiento tenazmente cultivados en sus diarias meditaciones. El enemigo ideal, aquel rostro y aquella voz constantemente evocados con desdén en su memoria, y a veces hasta con un sentimiento parecido al odio, se había desvanecido al encarnar en la persona real, previo el necesario ajuste producido por el desgaste del tiempo transcurrido.

Víctor, lógicamente, era ya menos atractivo. El vientre ligeramente abultado, los brazos y hombros más delgados, la lentitud en el andar, le restaban aquella ágil prestancia varonil que veinte años antes la había cautivado. Prácticamente ya no montaba nunca a caballo, y siempre — confesó— prefería utilizar el coche antes que los propios pies, pero conservaba, sin embargo, algunas virtudes que Paola redescubrió a la mañana siguiente del encuentro. Por ejemplo, de su esposa, muerta hacía algunos años, víctima de una enfermedad larga y dolorosa, habló con una enorme ternura. Emocionado, con la voz trémula, contó cómo una parálisis progresiva la fue arqueando sobre la cama en el sentido contrario al giro natural de las articulaciones, dejándola sin la menor posibilidad de valerse por sí misma. Durante tres años tuvo que alimentarla, cuidarla y lavarla, porque la pobre mujer ni siquiera podía controlar sus esfínteres. Dos fotografías guardaba con él, y esa mañana se las mostró. En una, muy vieja, impresa en sepia, aparecía la bella criolla que había sido en su juventud. Paola recordó haber visto esa foto en la manigua, una tarde en que, furtivamente, había revisado las alforjas de Víctor, en busca, por supuesto, de la imagen de la rival, pero ni entonces ni ahora hizo el menor comentario. La otra foto, tomada unos instantes después de muerta por un estudiante de medicina de la Universidad de San Carlos, mostraba una especie

de esqueleto retorcido, todavía con los ojos atterradoramente abiertos, visión que causó en Paola un profundo sentimiento de compasión.

Ante aquel emotivo relato, sobriamente contado por Víctor, Paola sintió una gran pena por la mujer a la que secreta e injustamente detestara en su juventud, pero simultáneamente no pudo evitar un poco de vergüenza por sus pasados resentimientos. Lo que no podía precisar, sin embargo, era lo que Víctor buscaba al poner el acento sobre su mujer en las horas iniciales del inesperado reencuentro. En primer término, Paola pensó que se trataba de un obvio mensaje de ya-tú-no-me-interesas, pero esa razonable deducción se estrellaba contra la mirada de Víctor, sobre todo, por los períodos embarazosamente largos con que la sostenía.

No obstante, quizás el aspecto que más le gustó de Víctor, aun por encima de su conversación inteligente, y todavía más que la compasiva ternura que solía poner en sus afectos personales, fue la alegría que vio en sus ojos cuando conoció al pequeño Louis la mañana en que coincidieron para desayunar tras la obligada estancia en el apartamento. Paola creyó recordar que la ausencia de un hijo era la causa principal de distanciamiento entre Víctor y su mujer. Y le pareció que alguna vez, ilusionados, habían jugado con la posibilidad de que ella quedara embarazada, exactamente hasta el momento en que ocurrió, y entonces la actitud de Víctor cambió radicalmente, como si la existencia de un hijo lo obligara a tomar decisiones de las que prefería evadirse. Sin embargo, ella nunca pudo alejar de su cabeza la sospecha de que la ruptura definitiva entre ambos no sólo se debió al fin de la guerra y a su necesidad de volver a la mujer legítima, sino a la circunstancia de que las hostilidades terminaran precisamente cuando ella perdía la criatura que llevaba en su vientre. Aquel golpe de sable en la espalda le había cortado algo más que la carne. Había mutilado su relación con Víctor justamente en el momento en que sólo un hijo hubiera podido salvar el vínculo entre los dos.

“Por eso —pensó Paola— cuando Víctor vio al pequeño Louis, lo levantó en alto, lo besó en la mejilla y dijo algo tan encantadoramente necio como que se trataba del niño con la mirada más inteligente que jamás he conocido”. Esa misma mañana, todavía atrapados por una tormenta de nieve que parecía que nunca iba a remitir, Víctor propuso que, tan pronto amainara la nevada, llevaran a Louis a patinar sobre la pista de hielo que existía en el Parque Central, porque para un individuo que toda su vida había vivido en el calor tropical, nada podía resultar más apasionante que el espectáculo de contemplar a las parejas deslizarse sobre el hielo. Cerrutti, por supuesto, dijo que con él no podían contar para semejante menester, porque ése, definitivamente, no era su “karma”, y porque, desgraciadamente, a lo largo de su vida ya había visto suficiente hielo.

Mientras Louis, feliz, intentaba dominar los patines de hielo, Paola y Víctor prefirieron permanecer en un banco desde el que se divisaba perfectamente la pista de patinaje. Era la primera vez que hablaban a solas y el menos perspicaz hubiera notado en los dos cierto nerviosismo adolescente.

—¿Cómo es Marcus? —preguntó Víctor casi a bocajarro. A Paola no le sorprendió la pregunta. La esperaba y estaba dispuesta para responder.

—Inteligente, muy culto, sensible, un padre ejemplar —había cierta complacencia en su mirada y un curioso regodeo en los adjetivos que iba acumulando.

Víctor se mantuvo inexpresivo, pero acompañó la frase siguiente con un gesto de satisfacción.

—Me alegro. Tú merecías algo así. Siempre tuve curiosidad por saber qué había sido de tu vida.

—Pero nunca te preocupaste por averiguarlo —le reprochó Paola sin acritud.

—Es cierto. Me limité a preguntarles a algunos amigos comunes, pero era como si te hubieras esfumado.

—En realidad me esfumé. Quería desaparecer, olvidarme del pasado cubano, de la guerra, de todo —Paola, frunció el entrecejo con tristeza.

—Y de mí.

—Y de ti. También quería olvidarme de ti.

—¿Lo lograste? —preguntó Víctor, combinando en la pregunta las dosis exactas de vanidad y ternura.

—Sí, creo que lo logré. Al principio no fue fácil. Te habías apoderado de mi memoria. Tu nombre y tu rostro me estuvieron persiguiendo durante varios años, pero poco a poco te fuiste desvaneciendo.

—Tuviste más suerte que yo —Víctor tomó una rama seca y distraídamente escribió “Paola” sobre la nieve.

—No me irás a decir que no me olvidaste en seguida —dijo Paola con una mirada de enojo y escepticismo.

—No te olvidé. O te olvidaba a veces, pero eras una especie de obsesión recurrente que volvía a mi memoria sin que pudiera evitarlo.

—¿Cuándo volvía a tu memoria? —el escepticismo y la incredulidad se habían trasladado de la voz de Paola a un elocuente movimiento de las cejas.

—Cuando tenía alguna crisis —contestó Víctor como si le estuvieran creyendo a pie juntillas.

—¿Y cuándo tenías crisis? —preguntó Paola sin abandonar el tono educadamente insolente.

—¿Cuándo? Creo que siempre. Primero a los 30. Me vi en La Habana, rico, ocioso y aburrido. Entonces extrañé los años de la guerra.

—¿Y no te consolaba tu mujer? —el escepticismo de Paola había dado paso a una curiosidad tal vez malsana.

—Mi mujer me consolaba a veces. A veces era parte del problema y a veces era la solución del problema.

—El problema eras tú, no ella.

—Exacto. El problema era yo. El problema era la total inutilidad de mi vida.

—¿Por qué inutilidad?

Víctor pensó responderle que porque la vida era inútil, pero le pareció que era una respuesta hueca, impropia de sus años y más aún de la madurez irónica de Paola.

—Porque no hacía nada constructivo. Leer y conversar en “El Louvre” con los amigos.

—¿Qué es “El Louvre”?

—Un café al que van todos los chismosos de La Habana. Le llaman “El Louvre” porque ya conoces los delirios de los cubanos. Matanzas, que es una especie de infecta aldea, se hace llamar la Atenas de Cuba.

A Paola le hizo gracia la observación, pero le pareció injusta. Víctor siguió hablando.

—Aunque me doy cuenta de que aquí no es distinto. Llamarle Philadelphia o Cincinnati a una ciudad americana es también una delirante vocación de clasicismo. Creo que Washington es una ciudad llena de templos y construcciones romanas y griegas. Esa es también una expresión del delirio.

—Así es. Pero Washington no es Estados Unidos. Washington es como una feria —afirmó Paola recordando su fugaz estancia en esa ciudad, tres años atrás. Y entonces, casi sin transición, se atrevió a preguntar:

—¿Tuviste otras mujeres?

Víctor meditó la respuesta.

—Sí y no. Me acosté con otras mujeres, pero no las tuve, ni ellas me tuvieron a mí. Fue sólo una especie de vínculo genital. Una simple unión entre sus mucosas y las mías.

Paola pensó que veinte años después, Víctor Rey continuaba recurriendo a ese extraño y original lenguaje que en su juventud la había deslumbrado, pero que a esas alturas de su vida le parecía excesivo.

—¿Y tu mujer se enteró alguna vez de esa *unión de mucosas*? —preguntó Paola con ironía.

—Se enteró, pero no le dio importancia.

—Me habías dicho que era una mujer celosa.

—Fue dejando de serlo. Creo que su cariño evolucionó de una forma curiosa. Mientras menos me quería como hombre, más me quería como persona. Hasta que se enfermó. En los últimos años apenas hacíamos el amor, pero nos queríamos mucho.

—¿Y así fue hasta su muerte?

—No, cuando descubrió que estaba enferma comenzó a recuperar su interés por el sexo. Me pedía que le hiciera el amor cuando apenas podía moverse.

—¿Y tú la complacías?

—No podía. No me sentía estimulado. Temía hacerle daño.

—¿Y ella qué hacía?

—Ella sonreía maliciosamente. Creo que disfrutaba viéndome fracasar como amante. Era una especie de venganza contra mí.

—No, tal vez contra ella misma. Quizá quería comprobar su verdadero estado físico y su apariencia midiendo tus reacciones.

—Puede ser, pero era horrible. A veces, cuando ensuciaba las sábanas, y tenía que lavarla y cambiarle las ropas, en seguida me pedía que le hiciera el amor, pero yo no podía.

Paola notó que Víctor se entristecía y prefirió desviar la conversación.

—¿Qué te ha parecido Cerrutti?

—Un personaje extraordinario —contestó Víctor—. Ya me hizo llegar una nota. Mañana lunes me entrevistaré con uno de sus contactos, un tal Filippo Bono. Parece que tiene disponibles abundantes armas y explosivos.

—¿Sabes que yo parí a Louis en su casa?

—Me lo dijo. Es increíble, ¿no? También me dijo que ustedes habían llegado a su casa porque tenían cierto problema, pero no me aclaró cuál.

—Nada importante —mintió Paola—. Marcus se había quedado sin trabajo.

—Ya no hay gente como Cerrutti —afirmó Víctor moviendo la cabeza.

No fue fácil conseguir que Louis aceptara dejar de patinar. Amenazó con llorar y hasta dijo una palabrota. Solamente lo consoló saber que la noche siguiente Víctor, su nuevo amigo, iría a cenar a la casa y le llevaría un regalo. Cualquiera que los hubiera visto subir a un carruaje, habría pensado que se trataba de una familia feliz y convencional dedicada al ocio y a las diversiones ingenuas en aquella tarde seca, helada y luminosa.

NEW YORK

30 de enero de 1897

Víctor Rey decidió dar un largo paseo a pie para llegar a la cena de Paola. Nunca supuso que el frío y la nieve pudieran gustarle tanto tras toda una vida sometido a los rigores del trópico. También pensó, aunque sin preocuparse excesivamente, que convenía entrar en almacenes, salir por puertas diferentes y ponerse a salvo de cualquier persecución secreta de la que pudiera estar siendo objeto. Cuando abandonó Cuba había dejado en marcha todas las medidas de seguridad. Las autoridades españolas de la Isla le expidieron un salvoconducto para que pudiera trasladarse a su finca de Camagüey, a ochocientos kilómetros de La Habana, de manera que nadie se extrañaría de su ausencia durante el tiempo que durara su estancia en New York. Antes de irse clandestinamente, había tenido buen cuidado de visitar a sus amigos y a algunos velados enemigos, para hacerles saber de su viaje a Camagüey, donde los rebeldes, sin atender a su condición de ex capitán mambí, le habían quemado una parte importante de su plantación azucarera. Incluso el cónsul Lee —preocupado por su viaje— le había sugerido que tuviera mucho cuidado, no sólo de los militares españoles, sino del propio general Máximo Gómez, quien en ese momento operaba en Las Villas, a unos trescientos kilómetros de donde quedaba la finca. “Ese Gómez es un diablo —había añadido Lee con admiración—, creo que es el más grande estratega que he visto desde que murió mi tío Robert”.

Luego vino la salida de Regla en un pequeño bote de remos y el *rendez-vous* en altamar con un velero pescador que en poco más de veinte horas consiguió llegar a Cayo Hueso. En realidad la célula anarquista de Cayo Hueso había hecho admirablemente bien su trabajo. Discretos y abnegados, habían creado una magnífica organización de apoyo a su pequeño grupo de luchadores urbanos. El contacto con Cerrutti también resultó providencial. No tanto porque el italiano lograra algo tan difícil como la remoción de Weyler mediante la

eliminación de Cánovas del Castillo —proyecto realmente dudoso—, sino porque sus relaciones con los traficantes de armas y explosivos era absoluta y eficazmente real. Esa tarde, por ejemplo, Filippo Bono se presentó en el hotel a la hora convenida y le ofreció un cargamento de doscientos revólveres, cien mil tiros y nada menos que seiscientas libras de “excelente dinamita desviada de su destino, los yacimientos de oro en Klondike, Alaska”.

A Víctor le entusiasmó mucho la conversación con Bono, un tipo de aspecto insignificante, pero hábil y con sentido del humor, y prometieron verse la semana entrante para cerrar el trato. El costo total del cargamento ascendía a nueve mil pesos, de los cuales Víctor abonaría la mitad al inspeccionar la mercancía en un almacén abandonado de la Calle 90, y el resto al efectuarse la entrega en una dirección de Cayo Hueso. Bono no pudo garantizarle que en el futuro fuera posible conseguir ametralladoras “Maxim”, como Víctor sugería, pero le habló con admiración de unos cañones neumáticos fabricados precisamente por un ingeniero cubano, un tal Villalón, destinados a los rebeldes que peleaban en la Isla. Víctor, sin explicarle sus razones, le dijo que prefería no entrar en contacto con su compatriota e insistió en limitar la adquisición de los equipos al trato que acababan de establecer entre ellos.

Los dos regalos escogidos para Louis eran diametralmente opuestos. Como Paola le había dicho que el niño había heredado el oído de su padre para la música, Víctor le compró una pequeña arpa brasilera, en la que la partitura se colocaba bajo las cuerdas y sólo había que seguir un código de puntos para obtener la melodía. El otro era un arco, una diana y media docena de flechas con punta de caucho para evitar desastres irreparables.

El recibimiento que le hizo Louis fue ejemplarmente cariñoso, aunque Víctor advirtió que el tiempo transcurrido entre el beso que el niño le diera en la mejilla y el momento de abrir los regalos apenas pasó de pocos segundos.

Paola esa noche estaba más hermosa que de costumbre. Se había soltado la negra cabellera, limpia y lustrosa, y se había puesto un vestido entallado en el que la cintura y los senos armonizaban perfectamente.

Tras cenar un menú criollo de tasajo, boniato y plátanos fritos, acompañado por una botella de vino tinto que Víctor había traído, Louis marchó a la cama con su arco y sus flechas, negociando con su madre la posibilidad de llevar el arpa el día siguiente al colegio, con el objeto de que “Mr. Lane, el maestro de música, tocara una pieza”.

Relajados y a media luz, “para que Louis pueda dormirse sin problemas”, Paola se sentó en el sofá y le dejó a Víctor la mecedora tropical que un año antes, con gran alborozo, había encontrado en un mercado de segunda mano. Víctor sacó un puro y lo prendió. El diálogo pronto se hizo íntimo y en ese tono de voz y de modulación en el que sólo suele hablarse de sexo, aunque las palabras contengan un mensaje totalmente diferente.

—¿Cuándo vuelve tu marido?

—Todavía faltan varias semanas.

Víctor se dio cuenta de que ese “todavía” estaba cargado de significación. Volvió a preguntar.

—¿Lo quieres mucho?

Paola se quedó pensativa, como estudiando la respuesta.

—Sí. Lo quiero mucho. Es un hombre excepcional.

—¿Te gusta mucho?

Paola tardó más en responder.

—Sí, me gusta. No sé si mucho, pero me gusta.

—¿Son felices?

Víctor advirtió que esta vez el silencio de Paola se prolongó por un largo período.

—Razonablemente felices —contestó al fin.

—¿Qué es ser razonablemente feliz? —preguntó Víctor.

—Es no temer una traición ni una deslealtad. Es no sufrir. Es reír de vez en cuando.

—¿Sólo eso?

—Y más cosas. Es saber que te quieren y que no te van a abandonar.

—Que no te van a abandonar herida, ¿verdad? —añadió Víctor, para no dejar duda de que había entendido el sentido final de las palabras de Paola.

—Exacto, que no te van a abandonar herida sobre un camastro.

—Pero el amor es más que eso —dijo Víctor, volvió a encender el puro y exhaló unas bocanadas de humo sobre la punta enrojecida del habano.

Paola se puso tensa y notó que sus manos comenzaban a sudar. Víctor siguió hablando.

—El amor conlleva pasión, deseo sexual, una fuerte atracción física.

Paola advirtió que las palabras *pasión* y *deseo sexual*, pronunciadas por Víctor en castellano, tenían para ella un significado y una intensidad diferentes a los mismos vocablos recitados por Marcus en su inglés impregnado de inflexiones germanas.

—¿Y por qué crees que yo no siento eso por Marcus?

Víctor notó que Paola se había puesto a la defensiva.

—Sencillamente, porque no me lo has dicho. Me has dicho que lo amas, que lo quieres, que te gusta, pero eso no es suficiente. No me has dicho que te satisface plenamente en la cama.

—Pues me satisface —Paola notó que aumentaba su nerviosismo.

—Me alegro. Tú eres una mujer que necesita eso.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te conozco.

—Tú ya ni te acuerdas de cómo hago yo el amor —dijo Paola con un deje de melancolía.

Víctor se fue acercando a ella. Paola no pudo controlar la súbita humedad que brotó en sus manos.

—Sí me acuerdo —dijo Víctor aproximándose aún más y reduciendo el tono de su voz, hasta hacerlo tenue, pero cálidamente perceptible . Me acuerdo de tu figura desnuda en la tierra. De tus nalgas blancas, contrastando con la piel tostada de los brazos y del rostro. Recuerdo exactamente la sensación que me producía penetrarte hasta dentro, hasta donde me decías que dolía, pero que siguiera, y recuerdo con total precisión el roce rítmico de tu sexo.

Paola revivió súbitamente, temblando, la tensa obscenidad con que Víctor solía iniciar los lances amorosos, y cómo aquella forma brusca de hacer el amor la asustaba y la excitaba a un tiempo.

La boca de Víctor ya estaba junto al oído de Paola. La rozó con los labios. Comenzaron a besarse suavemente, luego con más fuerza. La acarició con delicadeza. Pronto su mano descendió lentamente.

Paola se retiró con violencia.

—No, por favor, Víctor, no.

Víctor advirtió que no era una negativa sincera y rotunda sino una especie de contradictoria súplica. Volvió a insistir y logró besarla de nuevo, pero a los pocos instantes Paola volvió a retirarse.

—*Aquí* no —dijo finalmente mientras jadeaba.

—Muy bien —dijo Víctor—. Veámonos en mi hotel mañana en la tarde, cuando termines de trabajar.

—Tengo que recoger al niño en la escuela y cuidarlo.

—Alguien puede cuidártelo.

—No sé, no es fácil.

Al fin se despidieron con unas palabras atolondradas y un largo apretón de ambas manos.

A eso de las once, cuando Víctor Rey consiguió un coche para regresar al hotel, se sintió como nunca se había sentido en muchos años. Tan distraído estaba, que no reparó en el carruaje que había en la esquina de la casa, ni en el aterido caballero que puntualmente había tomado nota del momento de su

llegada, y que ahora, cuando se disponía a seguirlo, apuntaba el minuto exacto en el que el tal *Trama* abandonaba el apartamento de la misteriosa señora Cohen.

NEW YORK

31 de enero de 1897

Paola decidió caminar hasta el “Hotel Saint Denis”. Esa tarde su última discípula de piano era una niña polaca que carecía de talento. Vivía frente al Stuyvesant Square, a veinte minutos de camino de donde se alojaba Víctor Rey. Con un razonable pretexto laboral, torpe y prolijamente explicado, había conseguido que una vecina recogiera a Louis a la salida de la escuela y lo acompañara hasta su regreso.

Pese al frío, Paola notó que sudaba. Se sentía terriblemente nerviosa. Sólo había conocido a dos hombres en su vida, y con el segundo, con Marcus, llevaba unida dieciocho años. Lo amaba, lo respetaba, hasta podía afirmar que había vivido grandes momentos de felicidad junto a él, pero no quería privarse de amar otra vez, “aunque fuera la última”, a Víctor Rey.

Para Paola no era fácil explicarse la persistencia de la atracción que sentía por Víctor Rey. Había algo en su voz, o en la manera en que la enseñó a hacer el amor, alternando la suavidad y la caricia brusca, la palabra tierna y la obscenidad, que la había marcado para siempre. Eso no quería decir que se propusiera reconquistar a su primer amante, sino que estaba segura de que podía revivir esas viejas experiencias sin causarle daño a nadie. Al fin y al cabo Marcus estaba en Alemania, y para cuando regresara a New York, seguramente Víctor Rey ya se habría embarcado rumbo a Cuba. No habría dolor. Nadie sufriría, pero ella podría “poner otra vez en marcha el desvencijado corazón”, como Víctor solía decir.

Y quizás era ese aspecto de la relación con Víctor, y no la estricta cuestión física, lo que más la empujaba hacia sus brazos: “poner otra vez en marcha el desvencijado corazón”, porque ya había olvidado las emociones profundas que se sienten cuando se está enamorado. Era cierto que su unión con Marcus había resultado reconfortante, y que pese a las persecuciones y las vicisitudes, habían

conseguido la estabilidad y el mínimo suficiente para llevar una existencia pobremente decorosa, pero eso no lo era todo en la vida. Como tampoco lo era *todo* la manera rutinaria y desapasionada con que ella y Marcus hacían el amor desde cierto tiempo atrás.

En todo caso, Paola estaba decidida a reservarse la historia de sus relaciones con Víctor como un maravilloso e inocente secreto, sin caer en la ingenuidad de las confesiones honestas, siempre cargadas de esas culpas y perdones que suelen arruinar para siempre la convivencia de cualquier pareja. “Sólo la mentira nos hace felices”, le oyó decir muchos años antes a Víctor Rey, en lo que parecía ser una muestra de cinismo, pero que sólo era, en realidad, un *dictum* tan melancólico como acertado.

Por otra parte, Marcus, pese a ser tenazmente monógamo, le había hablado mil veces de la necesidad humana de que el amor carnal fuera múltiple y sin ataduras, aunque Paola sabía que ésas eran construcciones verbales producidas por ideologías aprendidas en los libros, lo que la llevaba a desconfiar de los experimentos de *amor libre* que algunos anarquistas proponían. Instintivamente la realidad le había enseñado que no había *sustituto* para la institución de la pareja, aunque tal vez pudiera existir *alivio*, siempre que la aventura no terminase en un folletón dramático.

Víctor esperó a Paola en el pequeño “lobby” del hotel. Más de cuatro veces se levantó del sillón cuando escuchó ruido de carruajes, y otras tantas regresó nervioso a su asiento. Por fin, en la penumbra de las seis de la tarde, le pareció ver que Paola llegaba caminando.

—Te esperaba en coche —dijo Víctor mientras la abrazaba.

—Preferí caminar. Tengo una alumna de piano que no vive lejos de aquí.

Mientras Paola aguardaba, Víctor le explicó al conserje que se trataba de un familiar allegado y le dio un dólar de propina. Luego subieron los dos a la habitación: un recinto en el tercer piso, mayor que los cuartos convencionales y

sin baño, como todos, aunque dividido por una mampara tras la cual había un recipiente con agua y una vasija de porcelana destinados al aseo. A Víctor le hubiera gustado contar con una cama mayor, pero todas las del hotel eran igualmente raquíticas.

Paola se despojó del abrigo ayudada por Víctor y lo colgó cuidadosamente en el armario. No había previsto, y le preocupaba, cuál sería la secuencia de los hechos, pero cuando Víctor, a su espalda, trató de besarla en la nuca, le pidió que esperara un poco. Quería serenarse. Al esfuerzo de su corazón, agitado por el nerviosismo, se le había sumado la larga caminata y los peldaños de la escalera.

Se sentaron en un pequeño sofá de dos plazas, frente a una mesilla en la que había dos copas y una botella de vino.

Sin esperar a que ella lo pidiera, Víctor llenó las copas de vino.

—¿Te acordabas de mí? —indagó poniéndole a Paola la copa en la mano.

Paola pensó detenidamente la respuesta. Sorbió un poco de vino y comenzó a matizar sus palabras:

—Sí, me acordaba de ti, pero de dos maneras diferentes.

A Víctor le pareció inquietante la forma y el gesto con que Paola pronunció la palabra dos. Levantó la copa y brindó.

—Por ti.

—Cuando pensaba en ti, racionalmente, en calma, te recordaba con enojo. Me parecía que me habías traicionado de la manera más vil.

—Nunca te oculté que yo era un hombre casado y que nuestras relaciones durarían lo que durara la guerra —dijo Víctor con suavidad, pero con un claro tono defensivo.

—Es cierto, pero yo estaba segura de que me amabas y de que ese amor acabaría por ser más fuerte que las formalidades que te unían a tu mujer.

Víctor prefirió permanecer callado. Paola continuó:

—Yo no quería creer en lo que decían tus palabras. Siempre pensé que después de la paz buscarías la forma de llevarme contigo a La Habana. No esperaba que dejaras a tu mujer, pero tampoco que me abandonararas.

—Eras muy joven —dijo Víctor con cierto tono de nostalgia, y en seguida agregó—: éramos muy jóvenes.

—Es cierto.

Víctor tomó la mano derecha de Paola entre las suyas.

—¿Y de qué otra manera te acordabas de mí?

Paola le apretó las manos a Víctor, las soltó y bebió lentamente un poco de vino. Cuando volvió a dejar la copa sobre la mesa, lo miró directamente a los ojos, con una expresión en la que había tanto de desafío como de íntima revelación:

—Me acordaba de ti en mis fantasías de mujer casada.

Víctor sintió que de nuevo la atmósfera comenzaba a cargarse de sensualidad.

—¿Qué fantasías?

—Todas las fantasías. Románticas, eróticas. Imaginaba que me besabas, o que estabas en la cama conmigo. Me estimulaba mucho pensar en la tarde en que hicimos el amor en el río. Creo que desde entonces, invariablemente, asocio el placer y el agua.

Víctor también recordaba nítidamente el episodio. Él volvía con sus hombres de una escaramuza. La buscó, y le dijeron que Paola estaba lejos, en el río, lavando unas prendas. Cuando dio con ella, en la soledad del monte, casi al oscurecer, la desnudó e hicieron el amor en el agua, con aquella inolvidable y extraña sensación que se tradujo en los más fuertes espasmos y exclamaciones que jamás escuchó de los labios de Paola.

—Yo tampoco lo he olvidado —dijo.

El rostro de Paola enrojeció, como si fuera a hacer una confidencia aún más embarazosa.

—Y pensaba en ti, en tu rostro, cuando hacía el amor con Marcus.

—¿Pensabas *siempre* en mí? —Víctor pronunció siempre de una manera especial.

Paola se puso de pie y caminó hasta la ventana. Otra vez nevaba.

—No. No seas vanidoso. Pensé mucho al principio, luego menos, y ahora sólo lo hago como un recurso cuando no logro concentrarme a la hora de hacer el amor.

Víctor se incorporó y avanzó también hasta la ventana. Tomó el rostro de Paola entre las manos y comenzó a besarla. La acarició, acercó su boca al oído y musitó en voz muy queda sus más inmediatos deseos:

—Tenía unas ganas enormes de volver a acariciarte los senos. Y de poder, otra vez, recrearme en tu sexo.

Paola, jadeante, volvió a separarse.

—Hacía tiempo que deseaba volver a oír esas palabras en español. Extrañaba tus obscenidades y la forma lujuriosa en que las dices. No fue fácil aprender a amar en inglés. Es casi lo mismo, pero suena diferente.

Víctor volvió a acercarse y comenzó a desnudarla. Paola, esta vez dócilmente, aunque temblando, contemplaba cómo Víctor le desabrochaba los botones de la blusa e iniciaba la laboriosa tarea de quitarle la ropa. A Víctor le sorprendió gratamente la belleza de aquella mujer de casi cuarenta años. A Paola no pareció importarle excesivamente la incipiente decadencia física de su primer amante. Al fin y al cabo, no estaba muy lejos de los cincuenta años.

Cuando llamaron a la habitación, Víctor y Paola, sobresaltados, se dieron cuenta de que se habían quedado dormidos, exhaustos tras hacer el amor repetidas veces. Eran las once y cuarto de la noche, como comprobó Víctor cuando logró encontrar el reloj.

Entreabrió la puerta.

—¿Qué desea? —dijo con mala cara al chico que tenía delante.

—Un caballero le ha traído este sobre con urgencia. Me dijo que se lo entregara en seguida.

—¿Quién es el caballero?

—No sé. Casi no le vi la cara. Era un señor con gafas gruesas. Me llamó desde el coche y me dijo que le diera este sobre a un señor llamado Ernesto Trama que se encontraba hospedado en el hotel.

—¿Habla el inglés como yo, con acento?

—No me pareció, señor. Hablaba como todos los neoyorquinos.

—¿Dejó algunas señas?

—No, señor. Se fue muy rápido.

Víctor, sobresaltado, prendió el candil de la habitación y rasgó el sobre. Paola se vestía a toda prisa e imaginaba la excusa que tendría que darle a la señora que había accedido a “cuidar a Louis por un rato”.

La expresión de Víctor cambió de repente.

—¿Qué te ocurre? ¿Qué dice eso? —preguntó Paola mientras se anudaba los cordones de los botines.

—Léela tú misma —dijo Víctor y le extendió la carta con un gesto de total desaliento.

Paola se sentó en el sofá y leyó:

Señor Trama:

Es probable que jamás conozca quién es el autor de este anónimo, pero es bueno que sepa que la libertad de Cuba tiene muchos amigos en este país, amigos que no vamos a contemplar con los brazos cruzados cómo una corrupta monarquía europea destruye lo que debe ser una república americana y asesina sin misericordia a sus mejores hijos.

El objeto de esta carta es comunicarle que la Agencia Pinkerton está sobre sus pasos desde que usted desembarcó en Key West. Saben que está hospedado en el “Hotel Saint Denis”, que visita la casa de los señores Cohen y que el día 4 de febrero está citado con un italiano anarquista llamado Philipppo Bono para adquirir armas y explosivos. Bono

ha sido detenido. El día señalado lo apresarán a usted en el depósito de armas y a los esposos Cohen en su apartamento. Ya hay, permanentemente, dos hombres de la Agencia Pinkerton vigilando el almacén. Bono no ha hablado. Todavía no conocen la verdadera identidad de usted ni cómo estableció contacto con Bono. Si lo capturaran tenga la caballerosidad de no mencionar jamás esta carta.

“Viva Cuba Libre”

Paola, primero, sintió un sudor helado, y luego, súbitamente, unas ganas incontrolables de vomitar. Corrió tras la mampara y lo hizo. Víctor, pese al nerviosismo, alcanzó a sostenerle la frente con ternura, mientras pensaba en las salidas de aquella ratonera.

C I N C O

NEW YORK

1 de febrero de 1897

Louis ofreció cierta resistencia a levantarse más temprano que de costumbre, pero Paola no se detuvo a acariciarlo como otras veces. Le gritó que se pusiera la ropa inmediatamente y se tomara la leche que humeaba sobre la mesa del comedor.

Pocos minutos más tarde los dos abordaban un coche que los llevaría al *ferry* que realizaba la travesía entre Manhattan y New Jersey. De ahí a Paterson sería un trayecto de unas dos horas, debido a las numerosas detenciones de la locomotora.

—¿Le ocurre algo, señora? —preguntó el cochero.

Paola respondió que “nada”, pero pensó que debía tener muy mal aspecto, si un cochero que jamás la había visto era capaz de advertir la desfiguración de su rostro, producto del llanto y de la madrugada insomne. La noche anterior, tras la lectura de la carta, y tras sus súbitas náuseas, no pudo evitar en un primer momento recriminarle amargamente a Víctor, a voz en cuello, que cada vez que aparecía en su vida era para crearle unas espantosas dificultades, pero tan pronto consiguió calmarse entendió que lo más importante era huir a toda prisa de New York para salvarse ella misma de la cárcel y a Louis de la más absoluta indefensión.

Víctor no podía entender por qué Paola se sentía tan amenazada, puesto que, a la postre, ella siempre podría probar su inocencia en el asunto de las armas, adjudicándole a él todas las responsabilidades penales, lo cual ni siquiera resultaría tan grave, dada la escasa seriedad con que las violaciones de la Ley de Neutralidad se ventilaban en los tribunales norteamericanos.

Y fue en ese punto cuando Paola, desconsolada, le contó la historia de la bomba de Haymarket, y le explicó que su apellido de casada no era Cohen, sino

Stein y que desde hacía más de diez años venían huyendo, precisamente, de los perros de presa de la Agencia Pinkerton.

A Paola le pareció curiosa la reacción de Víctor. Primero se mostró asombradísimo, y luego, como quien ordena muy rápidamente sus pensamientos, esbozó un plan de acción. Tenían cuatro días para actuar. Sólo podían contar con Cerrutti, quien no había sido mencionado en la carta, tal vez porque nada más se vieron la noche de su llegada a New York, y seguramente porque Bono se mantenía en silencio. Paola, consecuentemente, debía partir rumbo a Paterson y llevar consigo a Louis. Él se reuniría con ellos allí, un poco más tarde, y juntos decidirían qué rumbo deberían tomar y cómo podían avisarle a Marcus del contratiempo. Cuando Paola le preguntó por qué no marchaban los tres inmediatamente a Paterson, le extrañó oír de Víctor que todavía le quedaba algo por hacer en New York, pero no continuó indagando porque pensó que la situación no estaba para detenerse en explicaciones superfluas.

Bien temprano, con el abrigo, el sombrero calado y el revólver cargado dentro del maletín, Víctor Rey salió del hotel.

—¿A pasear tan temprano? —le dijo amablemente el conserje con esa obsequiosidad perruna de quien está acostumbrado a que jamás respondan sus preguntas.

—No, a trabajar —contestó Víctor y también sonrió cortésmente.

No le fue difícil conseguir un coche.

—Lléveme al Parque Central, pero primero deme unas cuantas vueltas por la ciudad. Quiero conocerla a fondo.

En realidad quería evadirse de posibles pesquisas.

—¿Es su primera visita a New York? —preguntó el cochero.

Víctor le notó un fuerte aliento alcohólico a esas horas de la mañana.

—Sí, es mi primera visita —respondió lacónico.

Hora y media más tarde el hombre se volvió y preguntó:

—¿Ya voy rumbo al Parque Central?

Víctor comprobó que nadie lo seguía.

—Sí, creo que sí.

Una vez a la entrada del parque, abonó el trayecto, y comenzó a caminar a paso rápido. Zigzagueó, cambió de rumbo varias veces y por fin se dirigió hacia una verja lateral desde la cual se divisaba el “First Plaza Hotel”, al sur del Parque Central.

El nombre le resultaba familiar porque en La Habana se había publicado una extensa noticia sobre la primera construcción “totalmente a prueba de fuego del mundo”. En todo caso, su propósito era muy claro: evadirse provisionalmente de la persecución de la Pinkerton y averiguar ciertos datos que le hacían falta con urgencia. Como, por ejemplo, el nombre y la dirección de alguna sastrería capaz de hacer trabajos urgentes.

El gerente del “First Plaza Hotel” no tuvo inconveniente en alquilarle una habitación, aun cuando no tenía identificación alguna que probara que él era un venezolano llamado “Alberto Santi”. Y no la tenía, porque casi todas sus pertenencias “habían sido robadas en los muelles de New York”, lo que también explicaba la urgencia con que necesitaba de un sastre que lo sacara del apuro:

—Hay uno magnífico entre la 26 y la 27 de la Quinta Avenida. La sastrería se llama “Vonhaus” y hacen trabajos en el acto, pero cobran el doble de la tarifa.

—¿Cualquier tipo de trabajo?

—Cualquiera. En tres días confeccionaron toda la ropa para la presentación de *Aida* porque a la compañía, un grupo italiano, también le habían robado el equipaje.

Solicitó varios planos de New York y sus alrededores, verificó cómo se llegaba al embarcadero del *ferry* y cómo un viajero podía transportarse con su coche tirado por un caballo. Le dio una generosa propina al gerente, se registró

con el nombre de Alberto Santi y subió a la habitación. Por cuarta vez, maniáticamente, comprobó que el dinero estaba en el maletín. Bajó de nuevo y pidió otro coche.

—Lléveme a la Quinta Avenida entre la 26 y la 27.

Una vez allí el sastre alemán resultó ser tan eficiente como se lo habían descrito.

—¿Para cuándo quiere la sotana, Herr Santi? —preguntó.

—Para hoy en la tarde, antes de las seis.

—¡Pero eso es imposible!

—No para quien fue capaz de hacer el vestuario de *Aida* en tres días.

Al alemán se le iluminó el rostro de orgullo.

—Muy bien, venga a las seis menos cuarto.

Antes de salir, Víctor preguntó dónde había una cordelería cerca. Le informaron, acudió y adquirió un rollo de cuerda muy fuerte, que guardó en el maletín. Luego se dirigió al famoso restaurante “Delmónico”, precisamente en la esquina de la Quinta y la 26, y se dispuso a comer sin sobresalto. Después, en la tarde, volvería al hotel del Parque Central a dormir un par de horas porque esa noche iba a ser muy agitada.

El plan podía parecer loco o desesperado, pero Víctor estaba convencido de que tenía algunas posibilidades de éxito. Esa noche vestiría como un sacerdote y se presentaría en el depósito de armas vigilado por los dos agentes de la Pinkerton, con el objeto de llevarse el material que Filippo Bono hubiera podido almacenar antes de su captura. Era arriesgado, pero él no podía regresar a Cuba con las manos vacías, sin haber conseguido las armas y los explosivos que su grupo necesitaba.

Por supuesto, todo este asunto del robo de las armas y explosivos complicaría la ya delicada situación de Paola y de su familia —especialmente si se establecía un vínculo con los sucesos de Haymarket— pero siempre había pensado que las cuestiones políticas tenían mucha más importancia que las

emocionales. Además planeaba proponerle a Paola algo que en principio podía parecerle descabellado, pero que ya no lo era tanto dadas las circunstancias: que ella y Louis lo acompañaran a Cuba. Con su ayuda económica, Marcus podía permanecer en Alemania o reintegrarse a los Estados Unidos con otra identidad. Cualquier hombre maduro e inteligente sería capaz de entender una situación como la que se planteaba.

Paola acarició con ternura la cabeza de Louis. El sobresalto de la noche anterior, la despertada casi de madrugada, el frío intenso y el trepidar monótono del tren, todo combinado, ejercieron sobre el niño un efecto casi anestésico.

Dos meses antes, en diciembre, Louis había cumplido diez años y no había duda de que no iba a ser muy alto ni tendría unos rasgos especialmente agraciados, pero era locuaz, inteligente, fundamentalmente bueno y capaz de sostener una conversación como si fuese notablemente mayor.

Paola volvió a pensar que Louis era lo único suyo que realmente tenía en la vida. A sus 38 años, con su marido inoportunamente de viaje en Alemania, con un fantasma del pasado instalado de nuevo en su existencia, otra vez prófuga de la justicia, sintió hacia Louis aquella extraña relación con el género humano que sólo percibía a través de la vinculación con su hijo. Aquel niño, sin más justificaciones teóricas, era la razón para seguir viviendo, para no entregarse a la Policía, o a los sabuesos de la Pinkerton, o para no tirarse del puente de Brooklyn, esa enorme masa de hierro que ya llevaba trece suicidas y apenas lo habían inaugurado poco antes del nacimiento de su hijo.

No podía ocultarse, sin embargo, que el reencuentro con Víctor, tan desafortunado por la persecución de que era objeto, también había tenido sus aspectos gratos. Aquella tarde solitaria pasada en el hotel, antes de que llegara la terrible carta, había sido exactamente como la presintiera: muy satisfactoria en el aspecto físico y más reconfortable aún en lo emocional. Hacía años que no

reía tanto. Y fue grato traer a la memoria a los viejos camaradas de armas, saber cuál había sido el destino de cada uno y qué les había deparado la fortuna tras la paz de 1878.

¿Qué le quedaba a ella, realmente, de cubana? Desde niña, quizá porque su madre, americana, le hablaba siempre en inglés, se había sabido diferente al resto de los muchachos del batey donde vivía. Luego, en la manigua, mientras peleaba o acompañaba a los mambises, por primera vez descubrió la grata sensación de *pertenecer* a algo. “Ésta es tu tribu”, le había dicho Víctor en algún momento cuando discutieron la cuestión muchos años antes. En aquel entonces no lo sabía con toda certeza, pero más tarde, instalados en Chicago, llegó a la conclusión, aparentemente sin fisuras, de que Víctor estaba equivocado y *aquella*, la cubana, no era su tribu.

Su tribu era, precisamente, la de los sin tribu. Pertenecía al grupo marginal de los que no forman parte de los grupos básicos. Casi veinte años después de haber llegado a los Estados Unidos, aun cuando podía hablar el inglés sin un solo rasgo foráneo, se sabía distinta, y se sabía diferente a su marido. Sólo Louis parecía estar encajando en el molde americano, sin graves dificultades, pero ya había advertido que al niño le molestaba el acento alemán de su padre, aunque intentaba que no se le notara la vergüenza que le producían aquellas uves velares tan pronunciadas.

Víctor llegó a la sastrería pocos minutos antes del cierre, se puso la sotana y comprobó que le quedaba perfecta. Hizo empaquetar la ropa usada, pagó los veinte dólares que le pidieron y, vestido de sacerdote, con su maletín en la mano, salió a buscar un coche. Serían las siete de la noche, pero ya había oscurecido totalmente.

—Lléveme a la Quinta y la 93.

El cochero le preguntó si estaba seguro del sitio. Víctor le explicó que sí, que sabía que se trataba de un lugar de casuchas inmundas, pero que un sacerdote no escogía a los feligreses enfermos ni la zona en que vivían.

El trayecto demoró exactamente una hora y treinta y cinco minutos, tiempo que Víctor empleó en preguntarle con gran curiosidad al cochero por las diferentes edificaciones y elevados por los que pasaba, o el precio aproximado de un coche de alquiler, incluido el caballo. “No menos de trescientos cincuenta dólares”, dijo el hombre. Cuando llegaron a la esquina de la Quinta y la 93 no se veía un alma y Víctor le pidió al conductor que lo acompañase para intentar localizar a la mujer enferma que precisaba su auxilio. Una vez se acercaron los dos a la puerta de un semiderruido rancho de madera, una sombra oscura emergió por un costado.

—¿A quién buscan? —preguntó.

—Busco a una señora que está agonizando. He sido llamado para administrarle los sacramentos —Víctor señaló con la barbilla hacia su maletín.

—Aquí no hay nadie que esté agonizando —dijo el hombre aproximándose un poco más.

—Tiene que ser aquí. ¿No hay nadie que pueda informarme?

—Mi compañero está dentro, pero estoy seguro de que le han dado una dirección equivocada. Puede ser en la Tercera, cerca del cuartel.

—¿Por qué no le preguntamos a su compañero? —insistió Víctor—. Quizás él sepa.

El hombre, resignado, llamó a la puerta. Se oyeron pasos.

—¿Conoces por aquí a alguien que esté enfermo?

Se entreabrió la puerta y se asomó una cara embozada en una especie de capa oscura. Llevaba en las manos un candil. Víctor se dirigió al nuevo personaje antes que respondiera.

—Me alegra que tenga usted luz, porque voy a comprobar la dirección.

Colocó el maletín en el suelo y comenzó a hurgar. Sus manos apretaron las cachas del revólver. Los dos guardias de la Pinkerton y el cochero, se situaron en semicírculo a varios pasos, esperando a que “el sacerdote” diera con el papel de la dirección. De pronto Víctor extrajo el revólver y apuntó hacia el grupo.

—No se muevan o disparo.

Uno de los guardias, instintivamente, se llevó la mano a la cintura. Víctor amartilló el revólver e insistió con mayor firmeza:

—Si se mueve, lo mato.

Se acercó al hombre, lo desarmó y tiró el revólver en el maletín. Hizo lo mismo con el otro guardia.

Una vez dentro de la casa, les exigió a los dos guardias que se acostaran en el piso y al cochero que los atara fuertemente con la cuerda que tenía en el maletín. Ni siquiera fue necesario preguntarles dónde estaban las armas y explosivos, porque las cajas se encontraban en medio del mugriento almacén. Evidentemente no podría llevarlo todo, pero cabía hacer una selección

—Ahora cúbrales la boca. Tenga cuidado que puedan respirar.

El cochero, temblando, hizo lo que le pedían. Luego acompañó a Víctor hasta el vehículo, y en seguida regresó al patio, dándole palmadas al caballo para que no se asustara. Más tarde, sumisamente, colocó dentro del coche varias cajas de explosivos y otras de armas cortas. No era lo que Víctor esperaba, pero tal vez fuese suficiente para convertir las apacibles noches de La Habana en una fiesta de explosiones. Por último, en el almacén, Víctor obligó al cochero a desnudarse y a intercambiar sus ropas con él. Finalmente colocó un fusil sobre sus hombros, le ató los brazos a los extremos y lo amordazó con firmeza.

—Es un cepo de campaña. No podrá evadirse, pero mañana, cuando venga el cambio de guardia, lo encontrarán. Lamento hacerle pasar este mal rato. En el bolsillo de la sotana hay cuatrocientos dólares. Le alcanzarán para reemplazar el coche, la ropa y el caballo.

PATERSON

2 de febrero de 1897

A Cerrutti y a Paola los alarmó el coche que trabajosamente enfilaba hacia la casa. Fue Louis quien primero se percató de la identidad del cochero.

—¡Es Víctor! —gritó con estridencia—. ¡Es Víctor quien viene conduciendo!

Cerrutti se apresuró a recibirlo con más muestras de preocupación que de alegría. Paola —en cambio— se quedó dentro de la casa, contemplando desde el ventanal cómo Víctor se bajaba del coche y hacía ciertas contorsiones con el cuello y la cintura, con el claro propósito de aliviar el extremo cansancio muscular que el viaje le había producido.

—¿Cómo dio con la casa? —preguntó Cerrutti acompañando la indagación con una media sonrisa de bienvenida.

—Perdiéndome veinte veces y preguntando otras tantas —respondió Víctor—. Lo más difícil fue embarcar el coche en el *ferry*. Sólo tienen barco de carga en la mañana y estaba lleno. Nunca pensé que fuera tan problemático pasar de Manhattan a New Jersey. Tuve que sobornar al empleado.

—Siempre hay que sobornarlo. La verdad es que sobra espacio, pero mienten para conseguir propina.

Víctor Rey repasó con la vista la casa grande y blanca de Cerrutti y reparó en el granero.

—Tal vez podamos esconder el coche en el granero. No es bueno que lo vean.

Cerrutti no preguntó sobre el origen del carruaje alquilado, pero se le hizo obvio que se trataba de un vehículo robado.

—¿Qué hay en las cajas? —preguntó.

—Explosivos, detonadores, revólveres, unos cuantos rifles y balas —respondió Víctor.

—Sí. Es mejor ocultarlo. Además, el frío es intenso y esta noche puede nevar. Vaya usted entrando en la casa, Paola y Louis lo esperan. Yo le daré de beber al caballo y dejaré todo en el granero.

A Paola le pareció casi lastimoso el aspecto de Víctor. La barba, la ropa sucia y algo pequeña robada al cochero, y la cabellera desordenada, lo asemejaban a una especie de pordiosero o de loco de pueblo.

—Te prepararé un baño —fueron sus primeras palabras.

Louis, más efusivo, se acercó a Víctor y le dio un beso en la mejilla, pero no reprimió cierta mueca de asco ante el hedor que despedía su nuevo amigo.

—¿Qué sabe Cerrutti? —preguntó Víctor con preocupación.

—Lo sabe casi todo, el resto lo intuye —respondió Paola.

—¿Incluyendo nuestro asunto personal? —la pausa y la entonación de Víctor indicaban la inoportuna cercanía de Louis.

—No me ha hecho ningún comentario, pero creo que se ha dado cuenta de *todo* —insistió Paola, subrayando la última palabra.

—¿De dónde sacaste el coche y el caballo? —preguntó Louis.

Víctor sonrió por toda respuesta.

Los fuertes pasos de Cerrutti retumbaron en el piso de madera.

—Ya está. El animal tenía una sed atroz. Es mejor que las cajas se queden en el granero. Le he pasado un candado —dijo Cerrutti blandiendo en la mano derecha una gran llave negra.

—Voy a prepararle un baño a Víctor —dijo Paola.

—Lo necesita—aprobó Cerrutti.

A Víctor le pareció curioso pasar de las ropas estrechas del cochero a los enormes pantalones de Cerrutti, pero la limpieza de aquellas nuevas prendas siempre sería preferible al aspecto ridículo que le conferían las otras.

Y así, disfrazado de Cerrutti, pero impecable, llegó al comedor. Le sorprendieron la mesa bien puesta, las copas de cristal tallado y los buenos cubiertos.

—Menos mal que usted no ha perdido el buen gusto europeo —dijo en tono de halago al italiano.

—El café lo tomaremos en la biblioteca para que veas algo realmente increíble —señaló Paola.

—Ahí nací yo —terció Louis.

—Me lo habían dicho —Víctor miraba al niño con simpatía—. Sé que naciste bajo un mural en el que están pintados todos los “santos” revolucionarios.

—¿Cómo conseguiste las “cajas”? el acento puesto en la palabra “cajas” revelaba que Paola no quería alarmar a su hijo.

Cerrutti comenzó a lasquear un buen pedazo de carne.

—Fue toda una odisea. Me vestí de cura, conseguí un coche de alquiler y lo demás es fácil de imaginar —dijo Víctor con una especie de extraño pudor.

—¿Hubo heridos?—preguntó Cerrutti con preocupación.

—Absolutamente nadie. Todo resultó sorprendentemente sencillo. Creo que el factor sorpresa que produjo mi traje de cura me ayudó muchísimo.

—¿Y tu ropa? —preguntó Paola.

En el “Hotel Saint Denis”. La dejé toda para no despertar sospechas. Sólo me llevé el dinero, el revólver y los papeles personales.

—¿Nada más? —preguntó mecánicamente Paola.

—Bueno, y un libro. Se trata de una novela cubana sobre el tema de la esclavitud. Se llama *Sab*. La escribió Gertrudis Gómez, una amiga de mi familia. No entendía mucho de negros ni de esclavos, pero escribía muy bien. Mi madre solía llamarla *Tula*.

Poco antes de terminar la cena, Paola se levantó a hacer el café. Con las tazas humeantes, mientras caminaba por el pasillo, los llamó a voces.

—Ahora todos a la biblioteca. No, todos no —rectificó—. Tú, Louis, a la cama.

A Víctor, como a los anteriores visitantes, le pareció increíble aquel rincón europeo en medio de la ruralía norteamericana, y tuvo que escuchar, como

todos, la reiterada explicación que Cerrutti solía brindar, casi siempre con las mismas palabras y con las mismas pausas en el exacto lugar de las oraciones:

—La vida del emigrante, amigo, no es más que un desesperado intento por salvar su pasado y reconstruir su mundo. ¿Qué es eso de *Nueva Inglaterra* sino un esfuerzo de la memoria por reconstruir el pasado? El caso de los españoles es maravilloso. Cuando llegan a cierto punto de Mesoamérica le llaman Castilla de Oro, pero cuando se desplazan al Norte, al nuevo hogar, tras haberse aclimatado en México, lo llaman *Nuevo México*. El hombre necesita continuidad, raíces. El hogar, para ser realmente familiar, necesita ser conocido y reconocido.

—¿Qué vamos a hacer? —interrumpió Paola con cierta brusquedad—. Aquí no podemos quedarnos.

Hubo un largo silencio en que los tres se miraron a los ojos como esperando que alguno rompiera a hablar y aportara una solución mágica. Cerrutti fue quien primero se aventuró:

—Aquí hay varios asuntos mezclados que conviene separar. El señor Trama, el capitán Víctor Rey —Cerrutti acentuó el nombre y apellido sin un propósito evidente—, aunque precipitadamente, ha resuelto los motivos de su viaje. Ya tiene las armas y explosivos que deseaba, y ya ha hecho contacto conmigo para el improbable proyecto de hacer asesinar a Cánovas del Castillo, el premier español, y conseguir con ello la salida de Cuba de Valeriano Weyler. Eso, aunque de forma muy provisional, también está en marcha.

—¿Cómo que está en marcha? —preguntó Víctor desconcertado.

—En efecto. En Paterson mismo hice los contactos. Tal vez no sean los anarquistas franceses, sino los italianos, los que lleven a cabo la tarea, pero supongo que usted no tendrá prejuicios, ¿no?

A Víctor le pareció un poco fantasiosa la revelación y pidió más detalles.

—Lo siento —dijo Cerrutti—. La clave del éxito en estas cosas es la discreción. ¿Por qué va a saber usted algo peligroso que nada añade a su lucha?

—Bien, en cualquier caso es una buena noticia —se resignó Víctor—. Pero ahora tengo que volver a Cuba con las armas y no puedo hacerlo a través de Cayo Hueso, porque seguramente allí me estarán esperando los detectives de la Pinkerton.

—Ése tal vez sea un problema menor —opinó Cerrutti—. Lo más grave es qué va a ocurrir con el supuesto matrimonio Cohen, cuando se averigüe que en realidad se trata del matrimonio Stein, una sospechosa pareja que escapó de Chicago durante los sucesos de Haymarket.

Mentalmente, Paola le agradeció a Cerrutti el preciso resumen de su situación. Hacerlo ella misma se le antojaba como una oscura expresión de egoísmo. Cerrutti volvió a la carga:

—Lo más indicado, entonces, tal vez sea volver a empezar. Que Paola y Marcus cambien nuevamente de identidad y de domicilio.

Paola sintió como unas incontenibles ganas de defenderse e intervino bruscamente en la conversación.

—¿Cambiar otra vez de identidad? ¿Cuántas veces voy a cambiar de identidad a lo largo de mi vida? En Cuba, hasta los 18 años, fui una rara especie, mitad gringa y mitad cubana, con el alma partida en dos. Luego, en Estados Unidos, he sido alemana, judía, irlandesa, cualquier cosa. Ya estoy cansada de vivir una doble, una triple vida, escondiéndome, disfrazándome de personas diferentes.

Hizo una larga pausa, miró fijamente a Víctor y a Cerrutti, y rompió a llorar. Ninguno de los dos hombres creyó útil u oportuno acercarse a consolarla. Fue Víctor, entonces, el que calmadamente comenzó a hablar:

—Yo tengo otra solución —se detuvo momentáneamente y luego continuó—: Louis y Paola pueden venir conmigo a Cuba, clandestinamente, e instalarse en La Habana. Yo tengo suficientes recursos para que nada les falte. También puedo explicar la presencia de ellos en mi casa.

—¿Y Marcus? —preguntó Cerrutti con un deje levemente irónico.

Víctor se encogió de hombros como desentendiéndose del asunto.

—Yo no puedo hacer algo así a Marcus —dijo Paola controlando los sollozos—. Marcus es mi marido, el padre de mi hijo y el hombre a quien quiero. No voy a abandonarlo.

—Si me permiten opinar sobre un asunto tan delicado —medió Cerrutti—, debo decir que es absurdo decidir por Marcus lo que éste quiere hacer con su familia y con su destino. Él, ahora, no tiene en la mano todos los detalles para hacerse un juicio justo. Ni siquiera sospecha la relación que existe entre ustedes, y ustedes no pueden predecir cuál va a ser su reacción.

Paola sintió como un latigazo las palabras *la relación que existe entre ustedes* y se sorprendió de la brutal franqueza de Cerrutti, actitud que parecía implicar una carga de simpatía hacia Marcus.

—Creo que tiene razón —dijo Víctor—. Lo mejor será avisarle y que Marcus tome el camino más conveniente. Yo tengo que regresar a Cuba. Si Paola quiere acompañarme, ella y el niño son bienvenidos a mi vida.

—Tú eres el culpable de cuanto ocurre —dijo Paola con rabia—. Tú y la maldita casualidad.

—No, Paola. Yo no soy culpable de nada —dijo Víctor serenamente. Admito que “la maldita casualidad” haya vuelto a reunirnos, pero no tengo nada de que arrepentirme.

—Las recriminaciones son estériles —intervino Cerrutti acompañando las palabras con un gesto que repetía fielmente el sentido de la frase—. Lo que hay que encontrar rápidamente son soluciones, porque probablemente la Policía llegará hasta aquí.

—¿Qué le hace pensar eso? —preguntó Víctor preocupado.

—Muy sencillo. El paso del coche en el *ferry*. No es usual que los coches de alquiler pasen a New Jersey de madrugada. Tampoco es frecuente el color leonado del caballo. La Policía investigará y lo más probable es que la pesquisa los traiga a esta casa.

—¿No querrá usted venir a Cuba conmigo? —preguntó Víctor con amabilidad, pero sin la menor convicción.

Cerrutti lo miró divertido durante unos instantes.

—No. Yo no me moveré de aquí. Estoy muy viejo para intentar otra cosa que escribir mis memorias. Tampoco es seguro que la Policía dé con la pista. La experiencia me ha enseñado que suelen ser asombrosamente torpes. Además, es una institución dotada de pésima memoria. Si en los seis primeros meses no consiguen sus objetivos, los olvidan.

—¿Cómo podré llegar a Cuba sin pasar por Key West? —preguntó Víctor nerviosamente, interrumpiendo las disquisiciones de Cerrutti.

Paola, abstraída, sorbió unas gotas de café helado que quedaban en la taza.

—Hay barcos desde Tampa —dijo Cerrutti—. Las armas y los explosivos pueden ir camuflados como un embarque comercial. Yo tengo quien se ocupe de hacer esto con eficiencia.

—¿Quién?—preguntó Víctor.

—León. Es un joven de origen polaco, de impronunciable apellido y extraña personalidad, pero de confianza. Regularmente vive en Cleveland, pero hace pocas semanas llegó a esta casa enviado por Antón Zwolinski, viejo amigo mío y de los Bresci, otros vecinos de Paterson. Zwolinski es presidente de un círculo de estudios anarquistas en Cleveland. León está deseoso de colaborar y conoce a los anarquistas cubanos de Key West. Mañana a la hora del desayuno podemos ponernos de acuerdo con él.

A Louis no fue difícil levantarlo, pese a que la noche anterior no había dormido lo suficiente. Después de la larga velada en la biblioteca, cuando Paola, en la madrugada, llegó a la habitación, de puntillas, para no molestarlo, lo encontró sentado en su cama y con los ojos llorosos. Quería saber cuándo venía su padre. Había oído que pensaban llevarlo a Cuba. ¿Era cierto? ¿Iría también su padre a Cuba? ¿No volvería más a su colegio? Paola trató de calmarlo como

pudo, pero ella misma se fue sintiendo desmoralizada en la medida en que las medias verdades se le convertían en medias mentiras, sagazmente descifradas por el niño. Al fin, emocionalmente agotados, se durmieron fuertemente abrazados, como si los dos temieran una próxima desgracia. A la mañana siguiente, cuando bajaron a desayunar, en el semblante de uno y otro se notaba el sufrimiento.

—Señora Cohen, este joven es mi amigo León. Ya se lo presenté a nuestro invitado, el señor Trama.

Era evidente que Cerrutti no quería dar demasiadas pistas sobre nadie. No había revelado el apellido de León, a Víctor lo llamaba por su nombre de guerra y a ella se refería como la “señora Cohen”.

—Encantada —dijo Paola, esbozando una sonrisa apenas amable.

—Como le decía al señor Trama —continuó León en un tono bajo, difícilmente audible—, ustedes pueden tomar el tren esta noche rumbo a Tampa. Tienen que hacer varios transbordos, pero es lo mejor. Yo me ocuparé de que las cajas lleguen en otro tren, consignadas como maquinaria agrícola, a un nombre diferente.

—¿A qué nombre? —preguntó Víctor.

—Miguel Ibor —contestó Cerrutti—. Esta noche, antes de embarcar, además de unos cuantos trajes y camisas de cuello, usted tendrá que identificarse con el nombre de Miguel Ibor, pero para ello ya he ordenado que le fabriquen la documentación adecuada. Los Ibor son gente conocida en Tampa y en la aduana de despachos creerán que es usted uno de la familia. Miguel Ibor es un catalán anarquista a quien conocí hace mucho tiempo. Fue él quien me contó que sus primos lejanos, los Martínez Ibor, habían fundado un pequeño imperio tabaquero en Tampa.

—Yo firmaré los documentos de embarque como Fred C. Nieman —aclaró León.

Paola, por primera vez, tomó conciencia de la presencia física, real, del tal León. Aunque hablaba el inglés correctamente, ciertos giros denunciaban su origen centroeuropeo. Ese ligero acento, la situación, el contenido de la conversación, fueron un poderoso estímulo para su atribulada memoria. El recuerdo de Louis Lingg se apoderó de su mente de forma repentina.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó a León incontinentemente.

—Veinticuatro años —contestó el joven con extrañeza.

Aparentaba más. “Tal vez —pensó Paola— porque las personas de cabellos oscuros parecen mayores. O tal vez por la parsimonia con que mueve sus manos de obrero cansado”.

Víctor devolvió la conversación a su cauce natural:

—Bien: el problema es cómo transportar las armas de Tampa a Cuba.

La pregunta iba dirigida a Cerrutti. El italiano se encogió de hombros. León volvió a intervenir.

—Tal vez yo pueda conseguir con los anarquistas de Key West que un barco las recoja en Tampa.

—Yo debo ir en ese barco —afirmó Víctor—. En La Habana nadie sabe que estoy en el extranjero. Las autoridades españolas y mis amigos creen que estoy en mi ingenio azucarero, en la provincia de Camagüey. Debo entrar en Cuba exactamente como salí de ella: clandestinamente.

TAMPA

7 de febrero de 1897

“Quizá —pensó Paola— lo único grato del viaje en tren entre New Jersey y Tampa, con sus incalculables paradas, y los mil cambios inevitables, fue la posibilidad de invertir la secuencia de las estaciones: del frío inclemente del Norte al otoño templado de Atlanta, y de ahí a la casi veraniega y muy aceptable temperatura de Tampa”.

Chester Wilson, gerente del “Hotel Cherokee”, no se sorprendió de otros tres huéspedes apellidados Ibor, porque —al fin y al cabo— todo el vecindario había surgido como consecuencia de la industria tabaquera montada dos décadas antes por Martínez Ibor, un catalán procedente de Cuba.

Tampoco le extrañó que tomaran dos amplias habitaciones —aunque la mucama le advirtió que en una de ellas dormía el padre solo—, ni que el aparente cabeza de familia diera propinas con largueza y afirmara que su estancia en la ciudad se debía al deseo de entablar relaciones comerciales con otros tabaqueros, ajenos a sus parientes, para incrementar las exportaciones de tabaco al norte de la Unión.

Sin embargo, sí le pareció rara la reacción del señor Ibor cuando él le hizo saber que, como una cortesía del hotel, había tomado la iniciativa de llamar a Blas Fernández, un cubano fabricante de tabaco, a quien, para expandir sus ventas, seguramente le interesaría entrar en contacto con el flamante huésped:

—¿A qué hora lo citó? —preguntó molesto Víctor Rey.

—Le dije que sobre las diez de la noche, después de cenar usted suele quedarse en el “lobby” leyendo la Prensa.

Ante la amable imprudencia de Mr. Wilson, Víctor pensó, primero, en pedirle que enviara un botones a la fábrica para cancelar la cita, pero en seguida se percató de que podía resultar sospechoso. Era preferible recibir al tal Fernández, conversar vagamente con él y dar tiempo hasta que llegaran las

“maquinarias” de New Jersey y la embarcación de Cayo Hueso. No podrían faltar demasiados días.

Esa noche, a las diez en punto, entró Blas Fernández en el “Hotel Cherokee”. Víctor lo vio llegar desde su mecedora en madera y mimbre y se puso de pie para saludarlo cortésmente. Fue un apretón cordial y un fácil prelude para entrar en negocios. Evidentemente, Fernández, pese a su apellido hispano y sus ademanes cubanos, tenía una clara mentalidad de *businessman* norteamericano.

Desde la escalera —tras acostar a Louis, que se sometió a regañadientes—, Paola vio a Víctor conversando con un desconocido y se acercó a acompañarlos.

—Mi esposa —dijo Víctor por toda presentación, evitando mencionar nombre alguno.

Blas Fernández se puso de pie, le dio la mano y se quedó mirándola con cierta curiosidad.

—Encantado. Su cara me parece conocida.

Paola se sintió inquieta ante la observación, pero tras escrutar el rostro de su interlocutor, quedó convencida de que nunca lo había visto.

Blas Fernández volvió a la carga:

—¿Es usted de Santiago de Cuba?

Paola se quedó en silencio sin saber qué responder. Víctor intervino con el mayor aplomo:

—Mi mujer se ha criado en los Estados Unidos. Debe de confundirla con otra persona.

—No sé. Me recuerda a alguien de mi infancia en Santiago. Soy muy buen fisonomista, pero a veces me equivoco.

Paola respiró aliviada. Blas Fernández retomó el hilo de su argumentación y explicó al “matrimonio” cómo la industria del tabaco persistiría en Tampa

aunque la guerra de Cuba —que ya llevaba dos años sangrientos y terribles— destrozara todas las vegas de la Isla.

—El problema no es sólo la hoja. Hay buena hoja y buena *tripa* en Virginia y en toda Centroamérica. El problema es cómo torcer esa hoja correctamente, y eso lo hacen mejor que nadie los tabaqueros cubanos que hoy viven en Tampa.

Blas Fernández extrajo un puro y lo prendió.

—De manera que para un inversionista cualquiera que desee multiplicar sus ahorros, no hay mejor negocio que la comercialización del tabaco tampeño, producto destinado a apoderarse del gran mercado americano, cosa que yo, como patriota cubano, lamento profundamente, porque en circunstancias normales esas exportaciones y esos negocios debían beneficiar a la Isla de Cuba y no a los americanos.

Hizo una larga pausa, miró primero a Paola, luego a Víctor y con incontrolable orgullo reveló su secreto mejor guardado.

—Figúrese, señor, que fui yo mismo quien escondió entre las hojas torcidas de un puro enviado a la Isla, la orden de levantamiento en armas dada el 24 de febrero de 1895 por José Martí y el general Gómez.

Conforme Blas Fernández iba hablando, y su timbre de voz y su gesticulación se iban haciendo más familiares, Paola comenzó a recordar algunas olvidadas escenas de su adolescencia cubana, y le pareció, de pronto, ubicar al hombre que tenía delante. Efectivamente, lo había visto una vez, cuando él también era muy joven, durante el velorio de su madre, en la hacienda de los Zulueta.

—¿Cuál es su segundo apellido? —preguntó Paola con cierta excitación.

—O'Halloran —contestó sorprendido Fernández—, ¿Por qué?

—Por nada —mintió Paola.

Vivian O'Halloran, la madre de Blas Fernández, quizá por la procedencia extranjera, o por afinidad espiritual, o por la casualidad de haber coincidido en Santiago de Cuba durante un corto período, había sido amiga de su madre. Y

por eso Blas Fernández, adolescente, acompañando a su madre, acudió al velorio de “la americana viuda de Henríquez”, y ahí se habían visto, fugazmente, entre lágrimas, en aquella espantosa ceremonia que comenzó con un desfile de personas aparentemente apesadumbradas, y terminó tres días después al agotarse la comida y la bebida en el batey.

Cuando Blas Fernández —casi a las doce de la noche— les dio sendas tarjetas y se marchó del hotel, Víctor, por la expresión de Paola, se dio cuenta de que el visitante había sido reconocido:

—¿De dónde lo conoces?

—De Cuba. Lo vi una vez, en el entierro de mi madre. Su madre y la mía fueron amigas. Es una increíble casualidad volver a encontrarlo. Y más increíble aún que me haya reconocido.

—Tú no has cambiado mucho —le dijo Víctor con cierta expresión de deseo, y en seguida agregó en un tono más íntimo—: ¿Por qué no vas a mi habitación esta noche?

Paola no le contestó con palabras. Se limitó a mover la cabeza negativamente. Víctor no hizo más protesta que un gesto de resignación. Comenzaba a temer que la creciente hostilidad de Paola no fuera una actitud pasajera, sino el resultado de unos rencores más profundos.

Cuando a Blas Fernández le anunciaron la visita de Mrs. Ibor, la señora a quien había conocido la noche anterior, decidió acudir personalmente a buscarla en la oficina de recepción, tratamiento que reservaba para las personas importantes. Luego, en el trayecto de regreso, mientras atravesaban la inmensa nave repleta de mesas, en las que hábiles tabaqueros torcían las hojas y colocaban la vitola a los habanos, le fue explicando amablemente a la recién llegada los pormenores de la industria:

—El éxito de los tabacos tampeños tiene un poco que ver con cierta morbosidad enfermiza. ¡Las ventas se duplicaron cuando anunciamos que las

hojas se enrollaban sobre los muslos de las mulatas cubanas tabaqueras! —dijo y rió con picardía. Luego añadió—: Y era falso. Aquí, en realidad, trabajan pocas mujeres. Eso ocurría en Cuba, durante la esclavitud, hasta hace apenas diez años.

A Paola le llamó la atención el relativo silencio de las docenas de hombres, apostados tras las mesas, y preguntó la razón de ese mutismo.

—Están acostumbrados. Trabajan en silencio porque generalmente hay un lector sentado en aquella silla alta —Fernández señaló al centro del salón, a una especie de plataforma, sobre la que había, efectivamente, un taburete.

—¿Les lee en voz alta? —preguntó Paola sorprendida.

—Sí. Les lee todo. Los periódicos, las últimas novelas, obras de teatro.

—¿Y cómo pueden atender el trabajo y la lectura?

—El trabajo es totalmente mecánico. Lo hacen mejor cuando se olvidan de que lo están haciendo. He comprobado, por ejemplo, que si la lectura es interesante el rendimiento es mayor. Cuando oyeron *Los tres mosqueteros* la productividad aumentó un diez por ciento. Incluso disminuyen las ausencias injustificadas, porque todos quieren saber lo que ocurre en el próximo capítulo. Sin embargo, cuando el lector tuvo la desdichada ocurrencia de seleccionar *Los meses duros*, una aburridísima novela de un pésimo escritor llamado J. Díaz, por poco tengo que cerrar la fábrica.

Al entrar en la oficina a Paola le sorprendió el ambiente marinero de la decoración y en especial una gran sirena de madera, que en sus buenos tiempos debió haber sido el mascarón de proa de un barco de cierto calado. Fernández no le dio tiempo a formular la consabida pregunta.

—Pertenece a un barco de mi abuelo. El barco tuvo una triste historia. Comenzó trayendo negros de África y terminó sus días con un cargamento de chinos gestionado por el socio de mi padre, un colombiano apellidado Tanco.

Paola, una vez cómodamente sentada, creyó prudente inyectarle a la conversación un tono grave desde sus inicios para ganarse la complicidad de

aquel personaje tan risueño y expansivo. Primero le explicó que, efectivamente, se habían conocido en la hacienda de los Zulueta, cerca de Santiago de Cuba, mientras ella velaba el cadáver de su madre en compañía de otras decenas de curiosos. Blas Fernández chasqueó los dedos, exclamó la palabra “exacto” y la dejó continuar. Poco después de la muerte de su madre, ella se había sumado a los rebeldes y había permanecido con las tropas “mambisas” en calidad de correo, hasta la Paz del Zanjón de 1878. Más tarde marchó a New York, vía Jamaica, se casó con un inmigrante alemán y con él tenía un hijo, el pequeño Louis que le acompañaba en el hotel.

—Entonces el señor Ibor no es su marido.

—No es mi marido. Ni tampoco es el señor Ibor, pero yo prefiero mantener una total discreción sobre quién es él y qué hace aquí. Sólo puedo decirle que se trata de un patriota cubano que realiza una misión muy secreta y delicada.

—¿Pertenece al Partido Revolucionario Cubano? —preguntó Fernández.

—No lo creo. Su grupo es algo diferente y actúa de forma diferente. Pero no me haga más preguntas sobre él. Yo no puedo ni quiero decirle más.

Blas Fernández, acostumbrado a los sigilos de los conspiradores, hizo un gesto de humilde aceptación de la prudencia impuesta por su visitante, y le preguntó con la mayor cordialidad:

—Bien, ¿y qué la trae entonces por aquí?

—Algo muy personal. Verá: el señor Ibor, o como se llame el hombre al que acompaño, va a seguir viaje rumbo a un destino al que yo no quiero marchar. Necesito quedarme aquí por un tiempo, y esperar a mi esposo, que está en Europa, para volver a reunirnos.

—¿Y qué le impide quedarse aquí?

—Necesito un trabajo y alguien que me ayude a proteger mi identidad.

—¿Cuál identidad? —preguntó Fernández con sorna.

—Alguien que ni siquiera sepa cuál es la identidad que está protegiendo — dijo Paola con firmeza clavándole los ojos a su interlocutor.

Blas Fernández, por primera vez, observó que la señora Ibor, o la Paola Henríquez de su infancia, o como diablos hoy se llamara, tenía un hermoso rostro y una admirable figura para tratarse de una mujer de casi cuarenta años.

—¿Y usted quiere que yo le dé trabajo?

—Sí. Usted me inspira confianza. Sólo a una persona muy íntegra se le confía la tarea de enviar el mensaje con que se inicia una guerra —dijo Paola alentando la evidente vanidad de su interlocutor.

Blas Fernández respiró hondo, con orgullo, sabedor de que aquella delicada misión, sin riesgo, pero gloriosa, lo había situado en la historia, y quién sabe si en alguna novela de aventuras como las que solían leerles a sus operarios.

—Creo que lo hicieron como una muestra de simpatía. José Martí me tenía mucho afecto y quiso demostrármelo.

Paola recordó, como en un relámpago, aquel libro de versos del tal José Martí, que diez años antes Marcus había traído de la imprenta, pero no quiso desviar la conversación. Volvió a la carga:

—Sólo necesito trabajar tres meses para dar tiempo a que mi esposo se reúna con nosotros —ahora su tono era implorante, mucho menos enérgico que el empleado hasta ese momento.

Blas Fernández se incorporó. Prendió un largo puro y se quedó mirando por la ventana diez o doce segundos.

—¿Y qué sabe usted hacer? —preguntó.

—Por supuesto, no sé torcer tabaco, ni prensarlo, pero puedo aprender.

—Sabe inglés, supongo.

—Como el español... Mejor que el español —rectificó.

—Nunca hemos tenido una mujer como lectora en la tabaquería, pero muchos operarios me han dicho que les gustaría practicar el inglés oyendo a alguien que lea en ese idioma.

—O que les traduzca del inglés al español, porque hay muchos libros interesantes que no se consiguen en castellano —dijo Paola con ansiedad, advirtiendo que su petición había sido recibida positivamente.

—¿Por ejemplo? —preguntó Fernández con autoridad.

—Por ejemplo *La locura de Almayer*, un libro espléndido de un desconocido, un tal Conrad. Apareció hace un par de años en inglés, pero dudo que se traduzca al español.

—Yo no puedo pagarle más de diez dólares a la semana, y si trabaja el turno de la noche tal vez doce, pero ésos son los límites de nuestro salario — Fernández se alejó rápidamente del tema literario, disciplina que le resultaba totalmente misteriosa.

—¿Basta con esa suma para alquilar una vivienda y alimentarnos mi hijo y yo?

—Si, en West Tampa, en un barrio humilde. Alcanza. No le sobrá nada, pero tampoco le faltará nada esencial. Sólo que hay algo que no entiendo.

Blas Fernández hizo una pausa y miró a los ojos de Paola, como quien va a formular alguna pregunta escabrosa. Paola lo autorizó a hacerla con un ademán de las manos.

—El señor Ibor parece que tiene mucho dinero. ¿Por qué no le pide un préstamo o un obsequio y se evita tantos problemas?

—Porque no quiero deberle nada al señor Ibor. Es una cuestión estrictamente personal.

—Como usted quiera. En fin: puede contar con mi ayuda y con el empleo en el momento que desee.

Blas Fernández le extendió la mano y Paola advirtió que retuvo la suya por un tiempo inusualmente prolongado. Sin embargo, prefirió atribuirlo a la simpatía personal que evidente y espontáneamente ambos se profesaban.

A Víctor Rey se le aceleró el pulso cuando oyó que una voz desconocida, a la entrada del hotel, preguntaba en inglés por el señor Ibor, a pocos pasos de donde él se mecía cómodamente en su sillón de madera.

—Soy yo —dijo poniéndose de pie y observando con curiosidad los rasgos asiáticos de su visitante.

—Mi nombre es Alfonso Fritot. Tengo para usted un mensaje de Fred Nieman.

Víctor recordó que Nieman era el nombre elegido por León para enviarle las armas y los explosivos a Tampa. Apresuradamente, le pidió a Fritot que lo acompañara a su habitación. Una vez dentro, Fritot le relató lo ocurrido en Paterson tras la precipitada salida de ellos. A los dos días de haber abandonado la casa de Cerrutti, se presentaron los agentes del Servicio Secreto norteamericano acompañados por un detective de la Agencia Pinkerton, encargado por el gobierno español de perseguir a los exiliados cubanos.

Pretendieron detener a Cerrutti para interrogarlo en la Comisaría. El viejo italiano primero se negó, y luego accedió tras meditarlo, pero pidió permiso para cambiarse de ropa. Entró en su habitación y a los pocos momentos se oyó un disparo. Dejó una breve nota escrita, en italiano, que decía, más o menos: “Me llevo mis secretos a la tumba, y con ellos la pasión por un mundo más justo”. También tuvo tiempo de prenderle fuego a un cofre lleno de vieja correspondencia.

—¿Cómo se enteró el señor Nieman de todo esto? —preguntó Víctor pese a que en su mente tenía clavada la mirada franca de Cerrutti y su sonrisa asombrosamente amable.

—Parece que en la casa, de visita, cuando llegó la Policía, estaba un joven vecino de apellido Bresci, también italiano. Bresci vio el registro minucioso que hicieron. Contempló cómo hallaron el telegrama que usted envió con la noticia de que estaba bien y hospedado en el “Hotel Cherokee”. De momento parece

que no asociaron el telegrama de “Mr. Ibor” al hombre que buscaban, un tal *Trama*, pero es probable que no tarden en localizarlo.

—¿Usted vive aquí, en Tampa?

—No. Yo vivo en Jacksonville, en la otra costa de la Florida. León hizo contacto conmigo y me pidió que viniera a verlo y le explicara todo esto. Por razones de seguridad él va a permanecer al margen. Las cajas que usted espera no llegarán nunca a Tampa. León ha creído más conveniente remitirlas a nombre de Mr. Ibor a la estación de consigna de Jacksonville. Ya deben de estar esperándole y es peligroso que no las reclame. A los siete días suelen abrir la mercancía y un mes después la ponen en subasta.

Víctor miró con preocupación a su interlocutor. En su mente se agolparon las escenas del robo de las armas, la llegada, sudoroso pese al frío, a la casa de Cerrutti, y luego la huida en aquellos trenes imperturbables e iguales.

—Yo necesito trasladar esas cajas a Cuba —le dijo al asiático imperiosamente.

—Eso está previsto. Hay un barco disponible y un capitán dispuesto a llevarlo.

—¿Cuánto me costará? —preguntó Víctor preocupado.

Alfonso Fritot lo miró con cierta sorpresa, o tal vez con conmiseración, y respondió benevolente:

—Lo que cueste el carbón y lo que ganan los seis marineros. Poca cosa. No creo que todo exceda de trescientos pesos.

Luego le explicó que el capitán era un irlandés llamado John O’Brian, pero al que todos conocían como Johnny Dinamita por los numerosos viajes que había hecho a Cuba transportando explosivos para los rebeldes. Era un tipo magnífico, pero nada más que cuando estaba sobrio, fenómeno sólo observable durante su trabajo de marino, dado que asociaba mecánicamente la tierra firme y el whisky barato de cinco centavos el vaso.

Evidentemente no había tiempo que perder. Debían partir cuanto antes de Tampa y trasladarse a Jacksonville, pues de lo contrario se corría el riesgo de que los malditos hombres de la Pinkerton dieran con ellos.

Antes de despedirse, Alfonso Fritot le dio sus señas en Jacksonville y le dijo que los esperaba lo más pronto posible.

Paola llegó al hotel hacia las seis, poco antes de la cena, cansada de recorrer West Tampa en un carruaje de alquiler. Se había detenido durante dos largas horas en la estación de correos para escribirle y enviarle a Marcus una larguísima carta. Luego seleccionó como vivienda una pequeña casa de madera, blanca y nueva, con grandes ventanales de guillotina al frente y al fondo, de manera que la ventilación cruzada pudiera mantener a raya el calor legendario de la ciudad floridana. Aunque lamentaba haber tenido que abandonar New York después de tantos años, no podía evitar un ambiguo sentimiento de felicidad tras recuperar la luminosidad perdida desde su emigración de Cuba. Incluso, tal vez para Louis fuera más saludable crecer en el ambiente casi rural de Tampa, cerca de playas cálidas, y en donde la vida transcurría al aire libre, en la calle o en los amplios portales con balaustres de madera, típicos de la variante más pobre de la arquitectura sureña.

En cierta forma ya se había resignado a emprender, por cuarta vez, una vida distinta, y tenía la secreta esperanza de que a Marcus tampoco le fuera difícil adaptarse a un nuevo hogar y quién sabe si a una nueva profesión.

Por otra parte, sus lazos con Víctor se estaban volviendo incomprensibles, incluso para ella misma. No lo deseaba físicamente. De una forma injusta, que ella era la primera en admitir, lo culpaba de sus desdichas con la misma intensidad que cuando la abandonó veinte años antes, pero ahora por opuestas razones: porque insistía en no abandonarla.

Sin embargo, sus sentimientos no estaban claros. De alguna manera las relaciones con Víctor habían afectado sus vínculos con Marcus, y no podía

percibir a su marido de la misma forma que antes del reencuentro con su antiguo amante, especialmente desde hacía varios días, cuando advirtió que su menstruación, implacablemente regular y precisa cada cuatro lunas, no se había presentado, con lo cual resultaba muy probable que estuviera en estado de Víctor Rey, el hombre al que contradictoriamente la unían la atracción y el rencor. No obstante, el posible embarazo todavía no la inquietaba exageradamente, porque a lo largo de su vida le había ocurrido el mismo percance tres o cuatro veces, y en todos los casos un aborto espontáneo había puesto fin a la preñez.

Por supuesto, en su carta a Marcus sólo le contaba la parte superficial de la historia. La inevitable huida de New York y el no planeado arribo a Tampa, donde lo esperaría junto a Louis, para emprender una nueva vida, segura de que la separación, lejos de disolver el vínculo afectivo, contribuiría a consolidarlo, porque nada fortalecía más el amor de la pareja que los paréntesis de lejanía. En la misiva no mencionaba a Víctor Rey, refiriéndose en todo momento a *Trama*, el misterioso hombre llegado de Cuba, culpable de todas las calamidades, convencida, como estaba, de que personalmente, cara a cara, podría defender con mayor habilidad el engaño perpetrado, porque siempre es más fácil perdonar unos ojos llorosos y un semblante humillado que unos papeles escritos con caligrafía perfecta e insensiblemente fluida.

Paola, con sólo mirar a Víctor, advirtió que algo extraordinariamente grave ocurría.

—¿Qué sucede? —preguntó angustiada y presintiendo lo peor.

Víctor se mantuvo callado por unos instantes, como ordenando sus pensamientos y la secuencia de las horribles noticias. Antes de su llegada había decidido comenzar por notificarle la muerte de Cerrutti, para luego seguir con la advertencia de que la Policía, o quienes demonio fueran esos tipos de la Agencia Pinkerton, les perseguían de cerca, y concluir con el inmediato

proyecto de marchar a Jacksonville, donde tomarían el barco rumbo a Cuba, única salida en las desgraciadas circunstancias del momento. Nada imaginaba de la decisión de Paola de quedarse en Tampa a esperar a Marcus, y mucho menos de que ya le hubiera enviado una carta a su marido explicándole los detalles del plan.

—Ocurren cosas gravísimas —Víctor asumió un semblante terrible, construido con dos exactas mitades de dolor y desmoralización—. Cerrutti ha muerto.

—¿Cómo? —casi gritó Paola.

—Se suicidó de un balazo en la cabeza.

Paola se echó a llorar sobre la cama repitiendo “no, no, no, él no”, mientras se apretaba las sienes con las manos, como para que no se escapara el recuerdo de aquel anciano vital y generoso, aquel “abuelo” al que había parido la noche en que a Louis se le ocurrió romper aguas en la extraña biblioteca construida por el italiano en su casa de las afueras de Paterson.

Víctor siguió su relato sin otra perturbación que un leve temblor en la voz y quizás una cadencia algo más lenta de la que le era habitual.

—Me seguían la pista.

Calló, esperó unos segundos y por fin explicó lo apremiante de la situación:

—Probablemente vendrán tras nosotros a Tampa. Tenemos que marcharnos. Ya he hecho los arreglos. En Jacksonville nos están esperando para trasladarnos a Cuba. Creo que tú y Louis tienen que venir, porque si te descubren no podrás evitar que salgan todos los problemas del pasado.

Víctor, por delicadeza, no quiso mencionar la palabra *Chicago*, pero Paola entendió perfectamente que se refería a la atroz carnicería de 1886, recuerdo que en otros momentos solía deprimirla terriblemente, pero que ahora, en medio de la nueva catástrofe, no era más que otra cala insignificante en una biografía, la suya, perseguida con saña por incontrollables hechos de violencia.

—¡No quiero ir! —alcanzó a gritar entre sollozos.

—Tienes que ir —le dijo Víctor en un tono tierno que conseguía traslucir una orden imperiosa—. Tienes que ir porque es la única forma de evitarle a Louis unos problemas tremendos. Tenemos que marcharnos porque es la menos mala de todas las soluciones.

Paola se quedó consternada durante un buen rato, con la cara oculta por el almohadón de la cama. Víctor, junto a ella, sintió la necesidad de acariciarle la cabeza, pero no lo hizo por temor a verse rechazado.

JACKSONVILLE
9 de febrero de 1897

Llegaron al anochecer y con tiempo lluvioso. Paola protegía la cabeza de su hijo con su propio chal, mientras Víctor golpeaba con furia la puerta de Alfonso Fritot en el número cuatro de la calle Unión. El carruaje que los traía de la estación ni siquiera se detuvo a esperar que les abrieran. El cochero, un negro viejo, se marchó rápido mascullando alguna imprecación contra la lluvia. Un exasperado “voy”, “voy” contestaba a la insistencia de los nudillos de Víctor. Una vez en la sala, Fritot se excusó:

—Con la lluvia, al principio, no los oí.

Paola, chorreando agua, se sentó junto a Louis en una mecedora y se mantuvo en silencio, como absorta, en una actitud de derrota que su anfitrión advirtió inmediatamente, aunque sin saber a qué atribuirlo.

—¿Sabe usted si llegaron las cajas? —preguntó Víctor con ansiedad.

—Llegaron. Lo comprobó uno de mis hombres. No podemos esperar. Mañana a primera hora debe recogerlas y en la noche pueden salir rumbo a Cuba. ¿A qué parte de la Isla quieren ir?

—A La Habana —contestó Víctor con el mayor aplomo.

—Eso es imposible. Hundirían el barco si nos aproximamos —alegó Fritot moviendo la cabeza con un violento ademán.

—No lo es. ¿Qué tamaño tiene el barco?

—Unos cincuenta pies. Viajarán en *The Three Friends*. El dueño, uno de los tres dueños —rectificó Fritot—, Napoleón Broward, me ha dicho que está listo y que es capaz de soportar el mal tiempo de esta época. Hay un *norte* a punto de comenzar.

—¿Puede llevar un bote salvavidas de remos?

—Si, a veces lo lleva, ¿por qué?

—Porque si se acerca a La Habana, yo puedo conseguir que algunos de mis hombres, pescadores de Regla, recojan el material del buque madre, sin que éste tenga que acercarse a la costa.

Fritot hizo una pausa, la del jugador que va a revelar una carta escondida:

—De eso también quería hablarle, de “sus hombres”. ¿Quiénes son sus hombres?

—¿Y para qué desea usted saberlo? —preguntó Víctor con cierta insolencia.

Paola se dio cuenta de que Louis tiritaba de frío y se acercó más para darle calor.

—Porque así me lo han preguntado —contestó Fritot abriendo los brazos.

—¿Quién se lo ha preguntado? —volvió a inquirir Víctor Rey.

—El general Emilio Núñez. Es él quien está encargado de abastecer a todas las fuerzas rebeldes y de coordinar las expediciones de hombres y armas. *The Three Friends* es uno de los barcos que usualmente utilizamos y ahora lo vamos a poner en peligro por una aventura misteriosa y desconocida.

—Sólo puedo decirle que esas armas y explosivos van a ser utilizados por la libertad de Cuba, con tanta o con mayor eficacia que las que *Emilito* hace llegar a la Isla.

El diminutivo “Emilito” había sido elegido para darle confianza a Fritot, demostrándole que se conocían.

—¿El general Núñez lo conoce a usted, señor Trama?

—Digamos que me conoció con otro nombre durante la Guerra de los Diez Años. Fuimos compañeros de armas, pero por ahora no puedo decirle más.

A Fritot comenzó a gustarle aquel compatriota de ademanes educados que pedía favores con el gesto altivo que corresponde a quien los otorga.

—Bien. No voy a hacer más preguntas. Esta noche pueden quedarse a dormir en mi casa. Mañana, si todo sale como esperamos, dormirán en el barco.

Paola, ausente de la conversación, notó, sin embargo, que el color de Louis no era el de siempre. Esa observación tuvo el valor de rescatarla de su penosa indiferencia, pero sólo para comenzar a preocuparla hondamente.

Bajo un cielo plomizo, a ratos violeta, extrañamente iluminado por relámpagos, pero todavía seco, Víctor ayudó a introducir en el barco las últimas cajas, fácilmente extraídas de la oficina de los ferrocarriles.

A su lado, apretados en el estrecho muelle, Paola y Louis contemplaban la escena en silencio, como si los tres representasen una nueva y patética versión de la Sagrada Familia.

Johnny *Dinamita* desde la baranda del barco le gritó algo que no se pudo escuchar por el trallazo terrible de un trueno.

—¿Qué dice? —preguntó Víctor con las manos en bocina.

—Que ya pueden subir —respondió la boca punttilosamente desdentada del irlandés.

Louis comenzó a llorar abrazado a la falda de su madre.

—Vamos, vamos —trató de calmarlo Paola.

—No quiero, no quiero ir —se opuso el pequeño.

—Tienes que ir, tenemos que ir —le dijo Paola apretándole ambos brazos y mirándolo a los ojos con fiereza.

—Yo quiero ver a mi papá —gimió Louis—. ¿Dónde esté mi papá?

Paola sintió que se le partía el corazón de un latigazo inesperado y cruel, pero reaccionó sin sensiblerías.

—¡Que tienes que ir conmigo! ¡Vamos! —dijo autoritariamente y se separó un par de metros, como invitando al niño a recorrer dócilmente esa mínima distancia.

Louis se le quedó mirando con rabia y lágrimas. Giró la cabeza a la punta del muelle por el que había llegado, y comenzó a correr en sentido contrario a

su madre, como para huir de aquel barco que tal vez lo separaría para siempre del padre distante.

Paola se quedó paralizada unos momentos antes de emprender la persecución del niño, gritando su nombre con la furia de una loca: “Louis”, “Louis, ven acá, por Dios”. Uno de los tacones de sus botines se trabó entre los tablones del muelle y la hizo caer. Víctor no perdió tiempo en intentar ayudarla y corrió tras el niño. Al cabo de unos minutos, con el chiquillo pateando y golpeándole el pecho, regresó junto al barco. Johnny *Dinamita* no creyó prudente hacer otro comentario que el de una humilde invitación a zarpar:

—Por favor, suban con cuidado.

Una vez en el barco, Paola y Louis siguieron al capitán en silencio hasta el único camarote decente de la embarcación, un diminuto dormitorio con dos literas injuriosas.

Ahora era Louis, instalado en la de abajo, con el bastidor de hierro de la cama a dos palmos de la cara, quien no pronunciaba palabra alguna, como si el rencor le hubiera arrancado la lengua, o como si intuyera que el silencio, en el momento propicio del odio, puede ser la más lacerante de las venganzas.

Paola se sentó junto a él y comenzó a apretarle la cabeza con ternura, pero sin dejar de sentir la total inutilidad de sus gestos amorosos. ¿Cómo explicarle que huían para salvarlo a él de la soledad, la amargura y el estigma de ser el hijo de un par de asesinos? ¿Cómo hacerle entender que una serie de fortuitos errores y una improbable sucesión de imponderables habían torcido sus vidas, y que en este momento la salida menos cruel del laberinto era precipitarse a Cuba, aquella Isla de la que ella había escapado hacía casi veinte años con la arraigada convicción de que jamás regresaría?

Una vez soltadas las amarras, el barco comenzó a bordear las costas de la Florida. Harían una mínima escala en Key West y luego seguirían rambo al norte de la Isla. Esa Habana tan cerca y tan lejos de los Estados Unidos. Esa

Habana que, como un dios pagano, se alimentaba con las devociones de los exiliados.

Tardó exactamente cuarenta y seis horas en bordear la costa de La Florida hasta Key West, evadiendo barcos intrusos, tomando recónditos canales y enfrentando un viento feroz y pertinaz. Durante esos dos días la lluvia no cesó un minuto, pero las olas no fueron demasiado inclementes. Sólo lo suficiente para que Víctor, Paola y Louis vomitaran las sardinas y el agua dulce que Johnny *Dinamita* les suministraba tras cada acceso de mareo.

Sin embargo, cuando llegaron a Key West —Johnny ya decía “Cayo Hueso” en español—, el mar y la noche parecieron tranquilizarse mágicamente. En un punto convenido, con las luces apagadas, *The Three Friends* se acercó a un viejo muelle de madera en el que esperaban varias cajas de carbón, bidones de agua potable, pescado en salazón y, junto a las provisiones, un raquítico niño que apenas rebasaba los doce años.

—Johnny, dice mi padre que no te fíes de la calma. Cree que habrá mal tiempo.

—Dile a tu padre que es sólo un trayecto de cien millas. No vamos lejos. Volveré mañana antes de las doce de la noche.

El chico, sin insistir, se perdió en medio de la noche. Mientras Johnny prendía su pipa, un artefacto largo y extravagante de procedencia desconocida, dos de los marineros descendieron al muelle e introdujeron la carga en el barco. Un tercero, el que parecía mayor de toda la tripulación, quizá por su calva reluciente, revisó las cuerdas que mantenían sujeto al bote salvavidas, una especie de chalupa barrigona de unos catorce pies de largo por cuatro de ancho.

Veinte minutos más tarde comenzó la travesía del golfo. En el camarote, Paola notó con alivio cómo el barco se deslizaba sin bandazos, impulsado por el ronroneo constante del motor. Fue en ese momento cuando observó en un rincón una talla de madera que representaba a la Virgen de la Caridad, patrona

de Cuba, salvadora de unos pescadores, según la leyenda, a quienes se les apareció en medio de una tormenta tropical.

Hacía años que la había olvidado. Era una Virgen mulata, como correspondía al pueblo cubano, y en la niñez, de la mano de su madre, Paola había aprendido a rezarle. ¿Cómo se le rezaba a la Virgen? Trató de recordar la Salve, pero a su memoria sólo acudía el monótono sonsonete del Padre Nuestro. Entonces pensó que tal vez había sido un error olvidar las tradiciones infantiles, y especialmente no haberle transmitido a Louis unas creencias religiosas capaces de confortarlo en períodos de infortunio. Como ahora, en este maldito momento cuando el peligro y la soledad se daban cita.

Pero era inútil orar. En su juventud no le había sido fácil desprenderse de la fe, y a esas alturas de la vida le sería más difícil aún recuperarla. Acudir a Dios en el trance en el que se encontraba, podía ser una muestra de oportunismo metafísico, o una prueba de la debilidad de su carácter, pero nunca una vía razonable para resolver sus infinitos problemas.

A las tres horas de navegación, cuando no se divisaba más luz que la de los esporádicos relámpagos, un trueno horrísono pareció sacudir la embarcación. Fue algo así como el primer acorde de una monstruosa sinfonía. En menos de diez minutos un torrente de agua se precipitaba sobre el barco, mientras olas de seis y siete metros lo lanzaban a derecha e izquierda, como si se tratase de una brizna de paja.

Todos los objetos, dentro y fuera del camarote, volaron o se deslizaron bruscamente. Dando tumbos, como pudo, Johnny *Dinamita*, sin intentar la inútil cortesía de llamar a la puerta, consiguió entrar en la angosta cabina. Traía dos salvavidas de corcho y una cuerda.

—Póngale uno al niño y colóquese usted el otro. Luego amárrelos para que estén juntos —ordenó con su voz ronca de whisky y tabaco, mientras abría los ojos desmesuradamente.

—¿Vamos a naufragar? —preguntó Paola con terror, gritando con todas sus fuerzas, mientras un chorro de agua penetraba por la puertecilla entreabierta.

—No lo sé —contestó Johnny *Dinamita*. Pero temo que el barco se parta. La chalupa está lista por si esto ocurre, pero seguramente tendremos que alcanzarla nadando. La otra cuerda —señaló a una rueda de grueso cordel que llevaba en la mano izquierda— es para atarse a la chalupa.

Johnny, de pronto, miró a Louis y exclamó, asombrado y con estupor:

—¿Qué le ocurre?

Louis tenía los ojos en blanco y la boca torcida. De pronto comenzó a temblar con unas fortísimas sacudidas. Su cabeza golpeó con fuerza contra la punta de hierro del bastidor de la litera de su madre. Dos veces. Tres. En unos segundos toda la cara estaba cubierta de sangre, mientras un colgajo de piel de más de seis pulgadas pendía sobre el principio de la frente. Paola dio un alarido sobrecogedor y se abalanzó sobre su hijo, en el momento que otro bandazo, en sentido contrario, la tiró contra la pared opuesta del camarote: “Hijo mío”, volvió a gritar incorporándose, mientras Louis, con la lengua fuera de la boca y los ojos girando en las órbitas, saltaba sobre el camastro estremecido por las convulsiones.

Al fin Paola, haciendo un descomunal esfuerzo, consiguió sujetar la cabeza del muchacho para impedir que continuara golpeándose, al tiempo que con una mueca de dolor le introducía una de sus propias manos en la boca, con el objeto de evitar que se cercenara la ya sangrante lengua. Con la otra mano, mientras la tormenta agitaba el barco sin compasión, intentaba inútilmente colocar en su sitio, en la zona frontal de la cabeza, el girón de piel desgarrado por el hierro de la litera.

El ataque epiléptico no debió de durar más de treinta segundos, pero a Paola le pareció una eternidad. Cuando cesó, Louis no podía controlar los ojos, como tampoco en el peor momento pudo controlar los esfínteres. El agua, la

sangre, la orina y el excremento del niño se juntaron sin piedad sobre la colchoneta.

Johnny *Dinamita* había desaparecido, pero regresó con Víctor Rey, con Mr. *Trama*, como le llamaba, y un botiquín de urgencia en la mano.

—La tormenta amaina —gritó—. Creo que estamos salvados.

Paola miró la cabeza herida de su hijo, y le pareció un sarcasmo la palabra *salvados*, aunque percibió que el rigor de las olas se reducía con la misma rapidez con que había surgido.

—Por favor, ayúdenme —imploró desesperada.

Víctor Rey tomó al niño por los pies y Johnny *Dinamita* por debajo de los hombros. Entre los dos lo depositaron en el piso del camarote, ignorando los dos dedos de agua que lo cubrían. Otro bandazo, el último de los grandes, le hizo perder a Paola el equilibrio, golpeándose con fuerza en una cadera. Asombrosamente, a los pocos minutos el mar volvió a estar en calma.

—¡Maldito trópico! —gruñó Johnny *Dinamita*—. Tenemos que coser a este niño antes de que se desangre.

Una gran mancha roja y mil salpicaduras habían embadurnado de muerte el pequeño camarote.

Nerviosamente, el marino irlandés sacó del cajón de madera una tintura de color pardusco.

—Le va a doler —dijo— pero es necesario. Es un desinfectante.

Levantando y colocando la piel desgarrada con dos dedos, mientras Paola se mordía los labios y miraba al techo de la habitación, Johnny *Dinamita* empapó en yodo la herida, directamente desde el frasco, con un borbotón oscuro y prolongado que le arrancó al niño un grito tremendo. Luego le pidió a Víctor, demudado e indefenso, que vertiera el resto sobre sus manos de improvisado cirujano, y sobre la aguja y el hilo que iba a emplear para la sutura.

—¿No hay cloroformo? —preguntó Paola.

—No hay nada, coño —gritó Johnny *Dinamita*, indignado consigo mismo por no poder aliviar el dolor terrible del niño que yacía en el suelo de su barco.

Y comenzó a coser lentamente, cortando los cabellos antes de cada tosca puntada, limitando al mínimo la natural brusquedad de aquellos dedos deformados tensando cuerdas marineras a la intemperie, mientras Víctor cubría la boca de la criatura, y Paola advertía que estaba a punto de desvanecerse, sensación que la llenó de paz, porque el desmayo sería una especie de muerte piadosa y pequeña ante tanta adversidad.

En la madrugada había pasado el *norte*, esas malditas borrascas de invierno que sacuden al trópico, y sólo quedaba, como infausta secuela, uno que otro relámpago silencioso que brillaba en el mar como la linterna errática de un gigantesco centinela. A lo lejos, muy a lo lejos, desde proa, podían adivinarse las pocas luces encendidas en la ciudad, y entre ellas la inequívoca Farola del Morro. Víctor, junto al timón, guiado por Johnny *Dinamita*, sugirió detener la embarcación y bajar la chalupa. Él y otro marinero —el que escogiera el capitán— remarían hasta Regla, buscarían a los pescadores y regresarían para recoger a Paola, el niño y las cajas.

—No hay tiempo —dijo Johnny *Dinamita* sin dejar de morder el extremo de su pipa—. Antes de dos horas habrá suficiente luz para que la marina española nos hunda a cañonazos. Perdimos demasiado tiempo durante la tempestad.

—Bien: entonces necesitaré dos marineros para que puedan regresar con la chalupa —dijo Víctor, resignado ante el argumento irrefutable del irlandés.

Víctor llamó con sus nudillos en la puerta del camarote de Paola. Un débil “entre” le franqueó el paso. El espectáculo era espantoso: la frente de Louis se había hinchado y ennegrecido grotescamente, y los ojos del niño casi se habían perdido en lo profundo de los arcos superciliares. Bajo las cejas, sin embargo, estaba absolutamente blanco, como exangüe, y todo el cuerpo le temblaba por causa de una altísima fiebre. A su lado, con una de las manitas del niño entre

las suyas, Paola, desgrefñada, con una impresionante mirada de loca, con voz lejana, cansada, sin la menor vitalidad, dijo algo terrible:

—Se va a morir.

Víctor la miró compasivamente y maldijo, para sus adentros, la fatalidad del reencuentro y las consecuencias acarreadas por una miserable tarde de amor y nostalgia en un hotel neoyorquino.

—Vamos. En tierra firme podrán atenderlo mejor.

Paola obedeció automáticamente, sin abandonar la mirada vidriosa, como quien cumple un deber ritual absolutamente desprovisto de cualquier clase de racionalidad.

Entre los dos fue muy fácil cargar al niño, subirlo a cubierta y luego, suavemente, pasarlo a los marineros que lo tendieron en la popa de la chalupa, sobre unas mantas de yute que aminoraron la aspereza de la madera carcomida por el sol, el tiempo y los caracoles microscópicos.

Luego siguieron las cajas, en seguida Paola, quien se situó junto a su hijo, y por último Víctor, que llevaba a su espalda un fusil “Máuser” y en la cintura un “Colt” del 44, imprudentemente niquelado por algún coleccionista fantasioso.

En silencio, los dos marineros comenzaron a remar. El plan —si así se le podía llamar a aquella impensada actuación— era extraordinariamente sencillo. Los marineros dejarían a los pasajeros y la carga en alguna cala de la costa, en la proximidad de Cojímar, lo más cerca posible del objetivo, y Víctor atravesaría por tierra la lengüeta que separaba la playa del poblado de Regla para darles aviso a sus amigos.

En poco menos de una hora, ayudados por la dirección del viento y de la marea, la chalupa alcanzó un tupido mangle cubierto de vegetación y, desgraciadamente, recubierto de mosquitos y guasasas, una mosca diminuta y martirizante que vuela en enjambre y no cesa de zumbir desde que nace hasta que muere.

En un claro de la vegetación, sobre unos troncos podridos, Víctor improvisó un lecho para el pequeño Louis y apiló sus cajas de armas y explosivos. Despidió a los marineros con un apretón de mano y se dispuso a la más difícil tarea de conseguir que Paola abandonara su desesperado letargo.

—Volveré pronto —dijo ansioso, sin lograr que su mirada se cruzara con el semblante cabizbajo de Paola—. Regresaré con un médico.

Paola irguió la cabeza y lo miró de frente, pero sin expresión, como si el mecanismo de su afectividad se hubiese roto en mil pedazos irreparables.

—Louis se va a morir —de los ojos de Paola brotaron dos lágrimas que traicionaban la atroz impasibilidad de su rostro—. Sé que se va a morir.

—No se va a morir —gritó Víctor sin convicción.

—Es todo lo que tengo en el mundo y se va a morir —repitió Paola con la más desmoralizante seriedad.

Para despedirse, Víctor se acercó, la besó en la frente, y le apretó las manos. Fue un gesto inútil que no encontró la menor reciprocidad.

Dar con la casa del mulato Armando Forrestal, a pocos pasos de la línea costera, habría sido imposible, de no ser porque su barco, un velero pescador de apenas veinte pies, insolentemente llamado *El Invencible*, yacía varado sobre grandes burros de madera, para ser calefateado con cuerda y alquitrán, como solía ocurrir todos los años por aquellas fechas de mar tempestuoso.

La pequeña casa de madera sobre pilotes, a la que se accedía por una escalera de tablas, estaba, como siempre, abierta de par en par. Víctor subió resuelto los escalones, pero no tuvo necesidad de despertar al amigo. Tras la puerta, con el machete en alto, lo esperaba acechante:

—¿Armando? —preguntó Víctor, todavía no acostumbrado a la penumbra.

—¡Víctor! —exclamó Armando Forrestal tras bajar el arma gratamente sorprendido.

Víctor le explicó que no había tiempo que perder. Hacía falta, en primer término, un médico de confianza, y luego, cuatro mulas cargadoras para trasladar al chico, las armas y los explosivos con que había desembarcado.

A Forrestal le sorprendió que el herido fuese un niño de diez años, pero se mantuvo en silencio.

Rápidamente se puso todo en movimiento.

Pedro Coyula, el de la calle Santuario, un furioso independentista, fue quien consiguió al médico. Se trataba del doctor Leal, un excéntrico personaje que en su juventud, antes de ir a estudiar a París, había conmocionado a las buenas familias de Regla cuando sobrevivió a un salto desde una azotea, provisto de un paraguas destinado a aminorar la caída. No era un buen médico, pero durante la Guerra de los Diez Años se había especializado en heridas de bala y contusiones, por lo que todos convinieron en que podía ser útil.

La recua no apareció hasta un poco más tarde, conseguida con urgencia por Forrestal del mulero que las alquilaba, pero al fin los cuatro pudieron ponerse en marcha a lomo de las cansadas cabalgaduras.

Cuando llegaron al punto de destino se quedaron sobrecogidos de terror. Paola, con una extraña sonrisa, sentada sobre un tronco, mecía el cuerpo sin vida de su hijo apretándolo contra su pecho. Los dos tenían la cara cubierta de mosquitos y guasasas, pero a Paola no parecía importarle.

—Mi hijo murió —dijo con una absoluta indiferencia a la que contradecía el fuerte abrazo con el que lo juntaba a su pecho—. Me miró y preguntó por su padre —siguió diciendo—. Y entonces se murió.

Víctor Rey se arrodilló junto a Paola, trató de zafarle las manos que atenazaban el cadáver del niño, pero no pudo. Un llanto amargo se apoderó de sus ojos. Un llanto incontrolable y largo que los estremeció a todos de pena, incluso al mulato Forrestal, aquel hombre que tantas veces había visto de cerca la muerte, pero que por primera vez veía llorar a su capitán y amigo.

28 de marzo de 1897

Los criados de Víctor Rey —siete incluyendo al cochero—, se alegraron del regreso del señorito tras la larga estancia en Camagüey, pero se sintieron sorprendidos por la inesperada compañía con que llegaba. Aquella silenciosa mujer, desvitalizada y triste, con aspecto de enferma, no parecía la mejor sustituta para una esposa muerta en circunstancias dramáticas. Bien es verdad que la recién llegada tenía unos rasgos hermosos, y que debía de ser bastante más joven que el amo, pero sus respuestas monosilábicas, su total inexpresividad, su desgana y la falta de brillo en la mirada, revelaban un tipo de personalidad que a las mujeres del servicio les inspiraba rechazo, y a los hombres, en cambio, una vaga e indefinible piedad.

Doña Paola —como ya la llamaban— llevaba más de un mes instalada en el palacete de la calle Galiano y no había mostrado el menor interés en recorrer los hermosos recovecos de La Habana, y ni siquiera la constante visita de modistas y costureras, dedicadas a confeccionarle un espléndido ajuar, había conseguido arrancarle una sonrisa o un destello de entusiasmo. Su semblante —aclaró la cocinera Dominga, una mulata vieja que siempre olía a jabón y ropa limpia— sólo pareció alterarse dos veces. Una, frente a la inmensa pajarera del patio; la otra, cuando la perra guardiana parió cuatro hermosas crías achocolatadas y vivaces. Nadie tenía una explicación bien fundada para su curiosidad ante los pájaros, pero para explicar la ternura con que acarició a la perra y a las crías, Lucy, la doncella de cámara, sí fue capaz de elaborar una teoría convincente: la señorita estaba encinta. Y ella podía saberlo mejor que el resto del servicio, porque en los treinta y tantos días que llevaba a cargo de la habitación y la ropa de la nueva ama, ni una sola vez había recogido paños manchados ni se los había pedido limpios. Sin embargo, las muestras de afecto entre el amo y doña Paola no eran excesivas. Desde el primer día la señorita había preferido

instalarse en una habitación grande y soleada, pero al extremo del pasillo donde también estaba la recámara principal de la casa, obviamente ocupada por don Víctor y, en otros tiempos, por el amo y la difunta doña Elvira, que Dios tenga en la gloria.

Paola paseó la mirada por el cielo raso y sus ojos se clavaron, por centésima vez, en el mismo querubín rubio, situado en medio de una ingenua corte celestial, pintado al fresco en el techo de la habitación, con rasgos sin duda torpemente imitados del maestro Murillo.

Era una triste ironía que de toda la casa hubiera seleccionado como aposento personal la habitación que Víctor y su primera mujer un día decoraron para el hijo que nunca había llegado, y ahora la ironía se tornaba en sarcasmo, cuando no le cabía la menor duda de que estaba embarazada, aunque todavía no se lo había comunicado a Víctor, quizá porque pensaba que esa noticia le produciría alguna alegría, y era conveniente postergar los buenos momentos hasta que los tiempos fueran menos rencorosos.

La muerte de Louis todavía le parecía un hecho falso. Como esos órganos amputados que continúan doliendo fantasmagóricamente a quienes los poseyeron, el amor que sentía por su hijo seguía siendo un sentimiento entre vivos. Un cariño cálido e inmediato, como si el niño estuviera a punto de aparecerse en la habitación a mirarla con sus grandes ojos soñadores. Pero Louis estaba muerto. Con cierta racionalidad, durante los breves períodos en que podía pensar analíticamente, se enfrentaba con esa odiosa circunstancia y, por unos segundos, se decía a sí misma que, a pesar de todo, tenía que vivir, porque la vida de ella no había terminado con la muerte de su hijo, pero a los pocos instantes ese razonamiento se le antojaba como una especie de oscura deslealtad. Tenía que sufrir. Y tenía que sufrir siempre, porque cualquier fragilidad de su dolor sería una mezquina forma de enmascarar la traición, y ella nunca, jamás, traicionaría a Louis.

Víctor Rey, con aire cansado, se sentó en un taburete de la modesta casa de Armando Forrestal y hundió la barbilla en el pecho. El mulato dejó sobre el suelo las redes de pesca que reparaba y se incorporó para calentar un poco de caté.

—Supongo que sigue igual, ¿no? —dijo mientras disolvía el azúcar en el jarro de metal.

—Sigue igual. A veces parece animarse un poco, pero enseguida se encierra en su habitación a llorar.

—Sí, perder un hijo es terrible.

Víctor pensó en los que había perdido Forrestal: cuatro. Y también a su mujer, una mulata china que apenas sobrevivió tres meses a la muerte del último de los varones, arrebatados todos por la tuberculosis. De la familia sólo quedaba, además del mulato, una bella niña, Marcela, de apenas cinco años, que no se separaba de su padre ni cuando salía a pescar, y que ahora dormía, plácidamente, en una hamaca con mosquitero, artefacto muy confortable pese a su aspecto pavoroso.

—Me culpa a mí de la muerte de su hijo —dijo Víctor, precediendo la frase con una especie de resoplido.

Forrestal hizo un gesto como de censura irónica a lo que oía.

—A lo mejor le conviene dar un paseo por las afueras de la ciudad. Hay cadáveres por todas partes. Todo el país está lleno de muertos por la guerra y por esa malvada idea de internar a los campesinos en campos de concentración para que no ayuden a los rebeldes. Ayer vi unos niños esqueléticos, con ojos que se les querían salir de la cara. Algo espantoso. Tal vez Paola se calme si comprueba que su tragedia no es mayor que la del resto del pueblo.

Forrestal decía “malvado” en lugar de *malo* e “internar” en vez de *meter*. Siempre había utilizado un vocabulario poco usual para un mulato pescador.

—¿Ya no escribes versos? —preguntó distraídamente Víctor.

—No. Escribir versos, tallar esculturas, todas ésas fueron bobadas juveniles.

Víctor recordó, en la otra guerra, los poemas heroicos que Forrestal solía escribir por las madrugadas, cuando aguardaban emboscados las columnas españolas.

—¿Ya no tienes vocación?

Forrestal le alargó una taza de café y le contestó, con cierta brusquedad:

—Nunca la tuve. Escribía y tallaba para que me aceptaran entre los blancos.

Víctor comenzó a sorber lentamente el café, dispuesto a ignorar una confesión tan íntima y penosa, como si no la hubiera oído, o como si fuera el comentario más natural del mundo.

—Castillo sigue dando duro y muy cerca de La Habana. Hace pocos días atacó Güines y descarriló el tren a Guanabacoa—dijo Forrestal y se incorporó para mirar a través del mosquitero a su hija dormida. Después se sentó en otro taburete.

Víctor pensó en el valor tremendo de Adolfo del Castillo, Baldomero Acosta y otros jefes insurrectos que estaban operando en La Habana, a pocos kilómetros del cuartel general de Weyler.

—Vi pasar las tropas españolas. Los soldados estaban blanquitos. Se les veía que acababan de llegar— añadió Forrestal.

—Los mambises están haciendo mucho ruido, pero desgraciadamente no van a ganar— aseguró Víctor con un gesto de desaliento.

—Eso no podemos saberlo ni tú ni yo —contradijo Forrestal.

—No van a ganar porque Weyler está dispuesto a matar a cuantas personas sean necesarias. Esto va a ser una carnicería infinita.

—Hay unos cuantos compañeros que quieren alzarse y abandonar nuestro grupo —Forrestal se puso tenso para hacer esta confesión. Le molestaba transmitirle a Víctor esta clase de noticia, pero ninguno de los muchachos se atrevía a enfrentarse con él y decirle que la lucha clandestina era inútil.

A Víctor Rey no le tomó de sorpresa la revelación. La esperaba. Para la docena de hombres de acción que él había congregado, la oferta de una aventura guerrillera en el monte cercano constituía una inaguantable tentación, frontal y constante. No era suficiente la guerra de operaciones esporádicas y anónimas que él podía ofrecer precedidas por largos períodos de inactividad, y dentro de una ciudad llena de delatores.

—¿Cuántos quieren alzarse? —preguntó Víctor resignado.

Forrestal sé quedó callado por un buen rato. Al fin se decidió a decirlo francamente:

—Todos. Los diez. No te dijeron nada en la reunión de ayer porque te vieron muy abatido, pero están decididos a sumarse a la guerrilla. Se volvieron locos de alegría y a la vez de impotencia cuando Néstor Aranguren atacó Guanabacoa. Desde aquí se veían las columnas de humo.

—¿Y qué vas a hacer tú? —preguntó Víctor esperando también la desertión de Forrestal.

El mulato se quedó callado otra vez, recostó el taburete en la pared y miró directamente a los ojos de Víctor.

—Yo me quedo contigo. Algo podremos hacer en esta maldita ciudad para ayudar a la insurrección. No quiero irme al monte y entregarle a Marcela a unos desconocidos —concluyó mirando hacia la hamaca de la niña.

Víctor sintió un íntimo alivio. No sería mucho lo que dos hombres pudieran hacer contra España en La Habana de Valeriano Weyler, pero siempre había repetido una frase aprendida en los papeles de Marat: “el genio del revolucionario radica en descubrir las debilidades del enemigo y entonces concentrar ahí el mayor daño posible”.

—Creo que no vale la pena intentar retener a esos muchachos. Dale los revólveres, los fusiles y mil tiros a cada uno. Así los mambises los van a recibir con los brazos abiertos. Reserva para nosotros unas cuantas armas, los explosivos y los detonadores. Esto siempre es lo más difícil de conseguir.

Se despidieron con un abrazo. Dos horas más tarde, en el muelle de Regla, mientras esperaba la lancha que cruzaba la bahía, rodeado de mendigos harapientos y de niños semidesnudos que imploraban dinero para comer, Víctor Rey tuvo la clarísima sensación del fracaso. En su palacete lo aguardaba una mujer derruida y como loca, casi impasible frente a los estímulos exteriores, a la que la muerte de su hijo le había robado el fuego de la vida, pero a la que él amaba aún en ese estado lamentable. Su causa política parecía no necesitarlo, y los pocos discípulos a los que había conseguido conquistar para su guerra secreta, desertaban a la otra estrategia. Su mundo, como le había ocurrido casi siempre, era un perfecto fracaso.

LA HABANA
9 de mayo de 1897

A Víctor Rey, aun antes de abrir el portón de su casa, le extrañó oír una alegre contradanza tocada en el piano de cola que había hecho instalar para Paola en el salón principal. Era la primera vez que alguien ponía sus manos en las teclas, lo que tal vez explicaba la curiosidad de los vecinos agolpados ante las enormes ventanas por las que el sonido se escapaba con cierta nitidez.

Entró y apresuradamente llegó a la habitación. Era Paola. Más arreglada que de costumbre. Seria y triste, pero compuesta. Fue ella quien comenzó la conversación.

—Tengo que hablarte.

Víctor le notó en la mirada un fulgor vital que creía perdido para siempre.

—¿Aquí mismo?

Paola abandonó la banqueta del piano y se dirigió a un pequeño sofá de dos piezas a pocos metros de donde estaba.

—Sí, aquí estará bien. Sentémonos.

Víctor percibió algo extraño que le sobrecogió.

—Hoy se movió —dijo Paola.

—¿Quién se movió?

—Louis. Fue como una onda. Como un líquido que se desplaza de vasija.

Víctor se quedó pensativo.

—¿Y dónde está Louis?

—Está aquí —dijo Paola poniendo sus dos manos sobre el vientre . Ha vuelto.

—¿Estás embarazada? —preguntó Víctor con cierto contenido júbilo.

—No. Louis ha vuelto.

Lo decía con firmeza. No era un juego metafórico ni una expresión lírica de la afectividad. Para Paola era totalmente obvio que llevaba a Louis otra vez en sus entrañas. Víctor se dio cuenta que era inútil intentar que razonase.

—¿Y cuánto tiempo lleva Louis ahí? —preguntó con la mayor naturalidad posible.

—Más de cuatro meses.

—¿Y cómo sabes que es Louis?

—Él me lo ha dicho.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Anoche. Fue un extraño sueño. Yo era muy joven y estaba en un sitio que me resultaba familiar, pero de una forma indefinida. Había muebles muy antiguos, como los que teníamos en el batey durante mi niñez y, sin embargo, yo tenía la sensación de estar en Chicago. Había una cuna vacía y yo cantaba canciones infantiles con la bandurria de mi padre. Me daba mucho miedo mirar la cuna, porque ahí debía estar Louis pequeño, y no estaba. Tenía ganas de llorar, pero de pronto advertí que Louis, ya crecido, se balanceaba en silencio en una mecedora, en un rincón de la habitación. Y él fue quien me lo dijo. “Estoy otra vez en tu vientre, madre. He vuelto a tu vientre. Soy yo de nuevo”.

Víctor sintió una especie de sudor frío que le recorría la espalda. Con gran ternura —ahora teñida de compasión— comenzó a acariciarle la cabeza a Paola, y por primera vez, desde que llegaron a la Isla, no recibió un rechazo inmediato, sino una sonrisa benévola.

—¿Estás totalmente segura de que es Louis quien está en tu vientre? — insistió Víctor buscando un resquicio de razón.

—Totalmente segura de que es él. Lleva más de cuatro meses. Por eso se ha movido hoy. Me ha saludado. No sabes lo feliz que me siento, Víctor.

Y mientras hablaba, Paola lo abrazó con fuerza. Tanto que no le pudo ver los ojos llorosos y enrojecidos de dolor a Víctor Rey.

Mientras se acercaba a la puerta de “El Louvre”, a Víctor Rey le sorprendió divisar en la acera, bajo un sol de mil demonios, a Fitzhugh Lee junto a otras dos personas. El cónsul americano le había citado a las doce meridiano, aclarando que la puntualidad debía de ser sajona y no cubana, pero sin advertirle que habría compañía.

Lee abrió los brazos efusivamente, pero luego redujo el afecto a un apretón de mano cordial y prolongado, mientras pasaba directamente a la presentación de los inesperados acompañantes:

—Éste es mi amigo Víctor Rey, Conde de Santa Marta, y capitán rebelde de la Guerra de los Diez Años. Es uno de los hombres más enterados de lo que ocurre en Cuba, pero, además, tiene una gran cabeza política. Éste —se ladeó hacia un joven delgado, de gafas, que sudaba copiosamente bajo la chaqueta y el chaleco oscuro—, este caballero se llama Bruce Day y es un brillante periodista de *The World*, el periódico de Pulitzer en New York. Y este otro caballero de mi derecha —señaló a un pelirrojo de unos cuarenta años, exageradamente diminuto y enclenque— es Stephen Bird, reportero estrella de *The Journal*, el periódico de Randolph Hearst, lo que quiere decir, amigo Rey, que he deseado presentarle a dos adversarios de la Prensa, para que usted converse con ellos sobre la situación cubana. Y he procurado que los dos estuvieran juntos para que ambos comprueben mi absoluta imparcialidad.

Tras el intercambio de saludos y sonrisas, Víctor propuso pasar al interior del café, pero Fitzhugh Lee tenía otra idea mejor:

—No. Ahí hay demasiadas *orejas*. Vamos a pasear en mi coche y conversaremos mientras estos amigos recorren La Habana.

A Víctor le pareció que, dada la temperatura, podía ser un espantoso martirio, pero nada dijo porque comprendía que hablar en “El Louvre” hubiera sido una imprudencia.

—Cochero —dijo Lee en un español difícilmente comprensible—, tome usted el Paseo de Isabel II hasta la Fuente de la India. Luego dele la vuelta al

Campo de Marte y a la Plaza del Vapor. Siga hasta la Calzada de Galiano y recórrala hasta llegar a San Lázaro. Mientras más despacio vayan los caballos, mejor para todos.

Una vez acomodados dentro del carruaje, los dos periodistas, libreta en mano, comenzaron a preguntar. Rompió a hablar el señor Day, de *The World*:

—En líneas generales, ¿cómo ve usted el curso de la guerra?

Víctor se recostó cómodamente antes de comenzar a responder.

—Creo que está ocurriendo una de las peores situaciones, y es que ninguno de los dos bandos, ni el español ni el cubano, parecen tener fuerzas para ganar, con lo cual se prolonga la agonía de toda la sociedad.

—¿Cuántos muertos ha habido hasta la fecha? —ahora preguntó el señor Bird.

—Entre los cubanos insurrectos, quizás cinco o seis mil, pero entre las tropas españolas, diez veces esa cantidad.

—¿Quiere usted decir que los cubanos consiguen matar diez españoles por cada hombre que pierden? —Bird, con toda franqueza, hizo patente su irónica incredulidad.

—No. Los cubanos producen tantas bajas como las que sufren. Probablemente por cada rebelde muerto, un español también queda fuera de combate. Pero los otros nueve mueren de enfermedades tropicales. Malaria, fiebre amarilla, disentería.

—Si me permiten —interrumpió Fitzhugh Lee—, puedo aclararle un poco este aspecto. Los insurrectos cubanos cuentan con la Naturaleza para derrotar a Madrid. El general Gómez, el caudillo militar de los cubanos, que es un hombre aún mayor que yo, creo que tiene más de setenta años —aclaró—, ha desarrollado un estilo de lucha encaminado a exponer a las tropas españolas a los peligros de las zonas más inhóspitas del país. Los ataca con pequeñas partidas de día y de noche. No los deja dormir. Los debilita y hace que lo persigan por zonas pantanosas. Ahí los enjambres de mosquitos y el agua

pútrida diezman las tropas enemigas. Me ha llegado un informe en el que se dice que Gómez afirma que sus mejores generales son Junio, Julio y Agosto, y el más eficaz de todos, el general *Mosquito*. Según el mismo informe las bajas españolas ya pasan de las cincuenta mil, y las nueve décimas partes se deben a problemas sanitarios. Imagínense: cincuenta mil muertos en un ejército de doscientos mil hombres, el mayor que jamás había cruzado el Atlántico, y todos esos efectivos concentrados en una Isla menor que el estado de Florida.

—¿Diferencian los mosquitos a los españoles de los cubanos? —protestó con sorna el periodista Bird.

—No los diferencian, pero los españoles no están aclimatados a estas tierras. Hace unos cuantos años, un médico cubano, un tal Finlay, señaló que el mosquito transmitía la fiebre amarilla.

—¿Pueden ganar los cubanos? —preguntó ahora Day.

Víctor Rey se quedó unos instantes pensativo y luego contestó:

—No lo creo. El ejército rebelde no pasa de veinticinco mil hombres. Es verdad que las tropas españolas han sido devastadas, pero la sociedad cubana tampoco puede aguantar el castigo de la *Reconcentración* que Weyler ha impuesto. Esos miles de campesinos hacinados en los campos de concentración también están condenados a desaparecer por hambre y enfermedades. Es probable que haya más de cien mil muertos en la población civil, y eso es casi un diez por ciento del censo completo del país. Si ustedes consiguen entrar en los campamentos de reconcentrados, podrán ver el espectáculo de niños y niñas de quince años que parecen tener ocho por la desnutrición y las plagas.

—¿Qué efecto económico ha tenido la estrategia de los rebeldes de quemar las plantaciones de caña y aun la maquinaria azucarera? Tengo entendido que su propia plantación, en Camagüey, fue destruida por los insurrectos —preguntó Bird.

—Económicamente el país está destrozado, pero principalmente en la mitad oriental. Weyler intenta concentrar sus fuerzas en Occidente y —por supuesto—

en La Habana, que es el corazón económico y administrativo de la Isla. Esto puede traer como resultado que se haga incosteable el sostenimiento de la guerra, pero también puede acabar por crear una gran hostilidad contra los rebeldes por los propios cubanos que vean afectados sus intereses.

—¿Usted, por ejemplo? —volvió a preguntar en tono irónico el corresponsal de *The Journal*.

Víctor lo miró por unos segundos, como evaluando realmente el efecto de los sabotajes económicos sobre su percepción del conflicto.

—No. A mí no me importaría en absoluto que mi ingenio desapareciera bajo las llamas si con eso se consiguiese la libertad de Cuba —hizo una larga pausa y aclaró—: Tampoco piensen que es un gesto totalmente romántico. Mi padre hizo inversiones en París y en Londres, y yo puedo prescindir de las rentas de mis propiedades en Cuba.

—¿Cuál es el fin previsible de esta guerra?

—Hay varias posibilidades, pero todas están sujetas a contingencias y a sucesos impredecibles. Por ejemplo, si la guerra se prolonga mucho tiempo, es posible que los rebeldes se desmoralicen, como ocurrió en la de 1868. A los diez años, sencillamente, estábamos agotados. Pero si los españoles emplean hoy la táctica que entonces utilizaron, que consistió en bajar la guardia y ofrecer medidas generosas de amnistía y reinserción, es probable que ellos salgan derrotados, porque la única oportunidad que tiene España de ganar militarmente esta guerra es emplear a fondo la estrategia de Weyler. Desde el punto de vista humano Weyler es un monstruo; pero desde el punto de vista militar tiene razón.

—¿Y qué ocurriría si el gobierno español les ofrece a los cubanos un gobierno autónomo? ¿Se debilitarían los rebeldes independentistas?

—Seguramente, pero la autonomía ya no es posible. España tuvo toda la década de los ochenta para adelantarse a lo que hoy ha ocurrido, pero no quiso o no supo darle al país una forma de autogobierno que evitara la insurrección.

La Metrópoli no supo hacer en Cuba lo que Inglaterra hizo en Canadá y Australia. Ahora el odio es muy grande. Los españoles que viven en la Isla, y los cubanos que se sienten españoles, son intensamente odiados por los cubanos independentistas.

—¿Si ganaran los cubanos tomarían represalias contra los españoles derrotados?

Víctor meditó la respuesta.

—Yo creo que sí. La *Reconcentración* ha sembrado demasiado rencor. En mil tertulias ya he oído repetir el encabezamiento de las proclamas de Bolívar en Sudamérica, cuando se alzó contra la Corona hace más de setenta años: “Españoles, contad con la muerte aunque seáis indiferentes”. Creo que, en el mejor de los casos, miles de hombres y mujeres serían expulsados rumbo a España.

—Pero eso arruinaría todo el comercio de la Isla —intervino Day.

—Sí, lo aniquilaría, pero las guerras coloniales suelen traer estas consecuencias.

—¿Qué ocurriría con los intereses norteamericanos? —preguntó Bird.

Víctor Rey se enjugó el sudor, tal vez porque tenía la frente empapada, pero probablemente para medir mejor sus palabras antes de responder:

—También se verán afectados durante la guerra, pero cualquiera que sea el bando que gane, estarían garantizados. Sin embargo, para los inversionistas norteamericanos es preferible la victoria cubana.

—¿Por qué? —indagó Bird otra vez.

—Porque los españoles son profundamente antinorteamericanos y los cubanos, en cambio, admiran a los Estados Unidos. Esta misma parte de la ciudad que ahora recorreremos —Rey señaló con la mano—, habitada por la burguesía cubana, tiene mucha mayor influencia norteamericana que los barrios netamente españoles. Si ustedes visitan La Habana Vieja, junto a los muelles, dentro de las antiguas murallas, estarán en un rincón de España, pero

si salen a los barrios criollos, a veces les parecerá que están en Estados Unidos. Tampoco se puede olvidar que el isleño adinerado educa a sus hijos en Filadelfia y New York, mientras los españoles mandan a sus hijos a Madrid.

—Bien, señores —dijo Lee dirigiéndose a los dos periodistas—, como les advertí, el señor Rey es una fuente inagotable para entender lo que sucede en Cuba, pero antes de regresar al “Hotel Inglaterra” los invito a dar un paseo a pie, abandonando este horrible coche.

—Todavía no —dijo Víctor con una sonrisa—. Ahora me gustaría a mí interrogar a los periodistas.

—Adelante —aceptó Bird.

—¿Cuál es la percepción americana de este conflicto? ¿Qué dice eso que ustedes llaman la “opinión pública”?

Los tres norteamericanos, al unísono, emitieron diversas clases de ruidos y exclamaciones un tanto infantiles, como evidenciando lo difícil de la pregunta, pero el señor Day, tras aclararse la garganta, comenzó a hablar.

—Bien, es muy difícil precisar lo que cree la opinión pública americana, pero sí puedo asegurarle que Cuba es el mayor foco de atención exterior en este momento. En todas las grandes ciudades hay comités de apoyo a los insurrectos y nadie ignora las atrocidades de Weyler. Las fotos de los campos de concentración han causado pavor en los Estados Unidos.

—En febrero —terció Bird—, un dibujo de Frederic Remington, nuestro mejor caricaturista, que hasta hace poco tiempo estaba en La Habana como corresponsal gráfico, estremeció a la nación. Mostraba a tres muchachas cubanas que con motivo de un ilegal registro efectuado en un barco norteamericano, habían sido obligadas a desnudarse por la Policía española. No fue difícil estimular el patriotismo de los americanos preguntándoles si se sentían bien actuando como cómplices de España.

—¿Creen ustedes que es posible una intervención de los Estados Unidos?

Mr. Day no dio tiempo a que el otro corresponsal diera su opinión:

—Tal vez quien mejor puede contestarle a esa pregunta es el señor Lee. Por algo es nuestro cónsul.

Lee se recostó, echó una ojeada al exterior, y mientras trataba de concretar su respuesta miró sin interés a una negra descomunal que daba de mamar a su hijo en un portal.

—Es cierto que la opinión pública americana aborrece a España y simpatiza con los cubanos en esta guerra, pero eso no es suficiente. El presidente McKinley está decidido a no intervenir, salvo que ocurra algún hecho imponderable. Es uno de estos hombres fríos del norte, sin grandes pasiones políticas, torturado por devociones religiosas. Tampoco está seguro de su poder, como lo estuvo Cleveland, porque McKinley le debe la presidencia a la camarilla republicana, en especial, al señor Mark Hanna, mientras Cleveland era un líder por su propio peso.

—¿Y no habrá elementos dentro del gobierno americano que quieran intervenir para apoderarse de Cuba y convertir la Isla en un estado más? — preguntó Rey con preocupación.

—Los hay, pero son pocos y no tienen mucha fuerza. El furor imperial norteamericano, amigo Rey, se calmó con la guerra de México. Cuba era apetecible cuando había esclavitud, pero eso ya se acabó en los dos países, y en Estados Unidos no mucha gente tiene interés en absorber un territorio con medio millón de negros dentro. Podríamos indigestarnos.

Cuando los cuatro viajeros decidieron continuar el paseo a pie, siguieron la línea de la costa, en el malecón, y recorrieron admirados los muelles de La Habana, llenos de barcos de diferentes banderas. Entraban y salían de ellos, como hormigas laboriosas, un ejército de disciplinados estibadores que entregaban azúcar, café y tabaco, los productos de la tierra, a cambio de mil mercancías adquiridas en los cinco continentes. Era una tarde soleada y apacible. Nadie diría que la nación estaba en guerra.

PARÍS

22 de julio de 1897

Al portero del lujoso edificio del Quai Bourbon, frente al Sena, le pareció sospechoso el aspecto mugriento del extranjero que preguntaba por el piso del doctor Betances, pero ya estaba acostumbrado al extraño desfile de gente misteriosa por la vivienda de aquel curioso anciano, mitad sabio y mitad conspirador romántico. El doctor Betances debía de llevar mucho tiempo en París, porque hablaba el francés a la perfección, había estudiado medicina en La Sorbona, y solía contar anécdotas de la revolución de 1848, en cuyas barricadas, supuestamente, se estrenó como revolucionario. Alguna vez le oyó decir que había nacido en Puerto Rico, una pequeña isla del Caribe, posesión española, y que de allí lo habían expulsado por independentista. Debía de ser cierto, porque su aspecto, con aquel cutis atezado, como de árabe, y la cabellera rizada, no era el de un europeo, sino el de un mestizo de esas tierras remotas, aun cuando su figura magra y estilizada recordara vagamente al popular Don Quijote que Gustavo Doré había ideado para la edición francesa del famoso libro español que luego circulara en folletones.

“Sin embargo —pensó el portero mientras oía resonar en la escalera de madera pulida los pasos del nuevo visitante—, la característica más intrigante del doctor Betances era esa falta de instinto aristocrático que le llevaba a mezclarse sin ningún escrúpulo con toda clase de gente”. Es verdad que por su tertulia pasaban ilustres catedráticos, como el doctor Morin, de la Facultad de Medicina, pero la atenta policía le había pedido que siempre tuviera el ojo alerta, porque también solían visitar aquella casa anarquistas como Tarrida del Mármol, Eliseo Reclus y Carlos Malato. Sin duda alguna, el nuevo visitante pertenecía a la sombría calaña del segundo grupo.

—Adelante, adelante, joven, sin cumplidos —dijo con entusiasmo Betances desde el fondo del salón, cuando la criada abrió la puerta—. Lo estaba esperando.

El visitante se quitó la humilde boina y avanzó tímidamente unos pasos. El doctor Betances se puso de pie, fue en su busca y le extendió la mano.

—Soy el doctor Ramón Betances y usted debe sentirse como en su casa.

—Muchas gracias. Me llamo Miguel Angiolillo —dijo el recién llegado en un francés talado sin misericordia por el acento italiano—. Me manda Doménico Toste.

—¡Ah!, el *signore* Doménico Toste. Los anarquistas italianos son los más lúcidos y valientes del mundo. Ahí tiene a uno de mis ídolos —dijo y señaló a un gran retrato que mostraba un hombre de bellos rasgos mediterráneos—. ¿Sabe quién es?

Miguel Angiolillo se quedó mirando por un buen rato y luego, como con vergüenza, aceptó su ignorancia.

—No señor, no sé.

—Pero siéntese. Usted es mi huésped —Betances hizo una pausa un tanto teatral y aclaró la duda—. Ese hombre es Felipe Orsini, el compatriota suyo que en 1857 trató de matar a Napoleón III para cambiar los destinos de Francia. No lo logró, pero su intento aceleró el fin del Imperio. Esos otros dos sí sabe quiénes son, ¿verdad?

Miguel Angiolillo, un poco molesto por el extraño examen a que lo estaban sometiendo, comprobó, con alegría, que ambos rostros sí le eran familiares.

—El de la izquierda es Garibaldi y el de la derecha Abraham Lincoln.

—¡Exacto, mi querido amigo! exclamó Betances con un júbilo casi infantil que hizo sentirse muy confortado al joven italiano—. Garibaldi, el más grande revolucionario de este siglo. Su marcha sobre Sicilia y Nápoles al frente de los Camisas Rojas es un canto a la libertad. Su único error fue no deponer luego al rey Víctor Manuel. No hacerlo ejecutar. ¿Y hay otro americano más grande que

Lincoln? De un plumazo liberó a millones de negros. ¿Sabe, Angiolillo, qué tenía que hacer yo en mi juventud para liberar a los esclavos? Tenía que comprarlos. Los compraba y los ponía en libertad. No había otro modo. ¿Qué le doy de tomar?

El visitante notó que el doctor Betances hablaba atropelladamente, saltando de un tema a otro, sin más vinculación que su tono enérgico y apasionado.

—Nada, señor —dijo Angiolillo con un recrudescido sentimiento de humildad ante aquel hombre elocuente y explosivo que lo apabullaba con referencias históricas.

—Yo tomaré ron. Me lo hago traer de Saint Thomas.

La criada, una señora lenta, negra y gruesa, apareció fantasmagóricamente, sin ser llamada, con una pequeña copa de ron y se la entregó al doctor con una total impasibilidad. Angiolillo se percató entonces de un bello rostro de muchacha esculpido en un busto de mármol blanco situado sobre la chimenea.

—¿Otra anarquista? —se atrevió a preguntar.

A Betances le cambió el semblante, como si una nube lo hubiera ensombrecido. Tardó en responder.

—No. Fue mi mujer. Se llamaba María del Carmen y murió antes de cumplir los diecinueve años.

Miguel Angiolillo maldijo el arranque de audacia que le había impulsado a formular su estúpida pregunta, pero Betances, súbitamente, recuperó la energía.

—En fin, Doménico Toste me escribió sobre el motivo de su visita, y yo estoy aquí para ayudarlo.

—Sí, señor. El compañero Toste había recibido una carta de Cerrutti, un viejo amigo anarquista, para que consiguiera alguien dispuesto a una tarea revolucionaria. Y yo me he ofrecido.

—Lo que no entiendo muy bien es por qué Doménico no lo envía a usted directamente a ver al señor Cerrutti.

—Parece ser que Cerrutti ha muerto, pero antes de morir logró comunicarle a Toste lo que exactamente quería: el ajusticiamiento de Cánovas del Castillo.

Betances sintió un ligero estremecimiento, pero no dejó que el menor gesto delatara su conmoción.

—¿Y usted está dispuesto? —preguntó sin alterarse.

—Yo estoy dispuesto, pero me parece inútil. Prefiero ajusticiar al rey o a la reina regente, porque Cánovas no es más que un político y tras su muerte será reemplazado con otro jefe político. Hay que descabezar al estado, no al gobierno.

A Betances le gustó la fiereza con que el joven italiano pronunció la última frase y la fuerza homicida que se le veía en los ojos al acentuar la palabra *estado*.

—Amigo Angiolillo —comenzó Betances en actitud comprensiva y benevolente—, el caso de España es diferente al de otras monarquías europeas. Allí el jefe de gobierno no le debe su cargo al rey, sino es el rey el que le debe su cargo al jefe de gobierno. Cánovas es el arquitecto de la monarquía y la cabeza política que logró restaurar la institución. Matarlo es también eliminar al rey o a la reina regente. La Corona no puede durar mucho tiempo sin un hombre como Cánovas capaz de sostenerla. Sin él, Alfonso XIII, ese niño, será el último rey de España.

—Pero es más importante matar al rey —protestó débilmente Angiolillo.

—No en ese país. El rey Alfonso XIII es un chiquillo de diez años, sin peso alguno en la historia de la nación. Ejecutarlo no será un regicidio sino un vil infanticidio, y matar a su madre, María Cristina, la regente, un gran error, porque esa mujer es el mejor monarca que ha tenido ese pueblo en todo el siglo XIX, probablemente por no tener sangre borbónica en sus venas. ¿Se imagina usted, Angiolillo, que los Borbones le han dado siete reyes a España y sólo uno, sólo uno —repitió con énfasis—, Carlos III, ha servido para algo? Esa dinastía está podrida, amigo mío, y hay que golpear en otra parte, que es, en realidad donde está el poder.

—Pero, según me dijo Toste el objeto real de matar a Cánovas no era crear el caos en España, sino en Cuba, cosa que, en realidad, no acabo de entender — dijo Angiolillo.

—En efecto, esta tarea revolucionaria es un servicio a Cuba. La guerra de los cubanos contra España no se puede ganar mientras el general Weyler continúe mandando en Cuba, y la persona que sostiene en La Habana a este cruel militar es Cánovas del Castillo. Hay que matar a Cánovas para que su sucesor reemplace a Weyler con un militar menos terrible.

—Un plan un poco retorcido, ¿no? —afirmó Angiolillo con escepticismo.

—Eso exactamente es lo genial —dijo Betances con un brillo de alegría en sus ojos pequeños y vivaces—. Los españoles no encontrarán jamás la causa directa de la ejecución.

—¿Y si me capturan? —preguntó Angiolillo sin emoción.

—Ahora bien. Supongamos que usted consigue quitar de en medio a Cánovas. El objeto de ese acto de justicia —Betances estuvo a punto de pronunciar la palabra “crimen”, pero se contuvo a tiempo— es ayudar a la causa cubana. Eso quiere decir que si a usted lo capturan, nunca, bajo ningún concepto, pueden relacionar los hechos con la guerra de Cuba, y —por supuesto— tampoco debe mencionar mi nombre. Yo soy el representante de los insurrectos cubanos en París, y usted no debe decir que me ha visto.

Angiolillo sonrió débilmente, como advirtiendo que quien lo enviaba a la muerte no estaba dispuesto a correr el menor riesgo, pero Betances tomó cuenta del gesto y no vaciló en salirle al paso.

—No. No me malinterprete. De lo que se trata es de ser útil a la causa. Si los españoles vinculan la muerte de Cánovas a una conspiración cubana van a redoblar sus atrocidades en la Isla. Yo no tengo el menor temor personal, y a mis setenta años estoy dispuesto a empuñar las armas por Cuba o Puerto Rico, pero la principal responsabilidad de los revolucionarios es ser eficaces en la lucha, y eso, usted, como anarquista, debe saberlo.

—¿Y qué tengo que decir si me capturan? —preguntó Angiolillo más vencido que convencido.

—Puede decir, por ejemplo, que ha matado a Cánovas porque odia a todas las tiranías. No, eso es muy vago —corrigió Betances—. También puede alegar que ha venido a vengar la matanza de los anarquistas en Barcelona y las torturas a que los sometieron. Usted sabe que a los últimos libertarios, antes de matarlos, los hacían caminar día y noche dentro de la celda, y cuando caían desfallecidos los levantaban a golpes de vergajo y cubos de agua. Hubo un infeliz al que obligaron a caminar ocho días con sus noches antes de darle garrote vil. Hubo otro al que le arrancaron las uñas para que confesara. Y recuerdo a uno que le aplastaron la cabeza con una prensa. Usted puede decir que con la desaparición de Cánovas los estaba vengando a todos. Lo que nunca debe revelar es que detrás de su sacrificio está la mano cubana. Eso es básico.

Angiolillo notó que la respiración de Betances se había agitado tras el emotivo inventario de torturas y le pareció oportuno interrumpirlo.

—¿Le dijo Toste el otro propósito de mi visita?

Betances, con una sonrisa, se golpeó la frente. Era el ademán universal de quien súbitamente recuerda algún detalle olvidado.

—¡Por supuesto que sí! Voy a entregarle mil francos. ¿Tiene usted arma?

—Tengo un revólver. Me bastará. Y quinientos francos serán suficientes.

SEIS

TAMPA

3 de agosto de 1897

Marcus aprovechó el largo viaje en tren entre New York y Tampa, con sus diecinueve paradas y sus interminables cambios de máquina, para reconstruir los últimos meses de su vida. La larga carta de Paola, en la que le explicaba los contratiempos con la Policía debidos a la visita de *Trama*, y la necesidad que ella y el niño habían tenido de buscar refugio en Tampa bajo otra identidad, no le habían sorprendido tanto como el silencio posterior y la falta de respuesta a la correspondencia que él le enviara al cuidado del señor Fernández O'Halloran, aparentemente el empresario que le había dado trabajo.

Inoportunamente, la carta de Paola llegó a sus manos en Alemania el mismo día en que su madre había expirado. Aunque tal vez fuera una bondadosa coincidencia, porque la inmensa preocupación que le causara este nuevo contratiempo sirvió para aminorar el impacto emocional que le había producido la muerte de la anciana en sus brazos. De manera que los ritos funerales, el entierro y el grave saludo a los viejos y consternados amigos, se le hicieron menos dolorosos al fragmentar los períodos de atención entre sombríos apretones de mano y la intermitente idea de que Paola y Louis estaban en peligro y necesitaban su ayuda urgentemente.

Por supuesto, esta nueva situación lo obligaba a renovar la cautela. Ya no sería prudente regresar a los Estados Unidos bajo el apellido Cohen y, obviamente, tampoco sería conveniente recuperar el Stein original, porque era muy posible que la Policía, a esas alturas, hubiera conseguido establecer la relación entre ambas personalidades y los sucesos de Chicago. De manera que lo razonable era asumir una nueva identidad y entrar en Norteamérica como si se tratara de la primera vez.

En Alemania, por aquellos tiempos, esos documentos se conseguían con dinero, y afortunadamente Marcus había logrado reunir cierta cantidad de la forma más inesperada: su madre, poco antes de morir, le había entregado un pequeño cofre lleno de monedas de oro, explicándole que se trataba de los ahorros de toda una vida de sacrificios, conservados en metálico, porque David —el padre de Marcus— vivió y murió atemorizado por la absurda idea de que algún día el odio antijudío lo obligaría a abandonar su país.

La venta de las monedas le produjo a Marcus nada menos que ocho mil dólares. Una cifra más que suficiente para comprar una casa soleada en Tampa, o en cualquier lugar de los Estados Unidos, y dedicar el resto del dinero a montar un pequeño negocio que fuera grato para él y Paola, y que le permitiera mantener y educar decorosamente a Louis, quizás, incluso, en Harvard, universidad que comenzaba a aceptar hijos de inmigrantes judíos sin poner excesivos obstáculos.

Lo que más ilusión le producía era iniciar una modesta y selecta librería con la que se pudiera vivir rodeado de montañas de libros de todas clases. Paola podría trabajar por las tardes y él por las mañanas. O acaso podrían trabajar juntos, como más de una vez habían soñado.

Lo importante era que esta vez no comenzarían de cero una nueva etapa de sus vidas. Había un respaldo económico que llegaba, precisamente, en el momento en que la madurez los alcanzaba a ambos. Por lo menos esa extraña alegría —la de emprender una nueva aventura junto a la mujer que amaba— era la que sentía cuando abordó el vapor para iniciar el viaje de regreso a América, ahora con unos papeles que habían tardado hasta la desesperación y que lo acreditaban como “Günter Schwartz, comerciante”.

Sin embargo, la llegada a New York comenzó a llenarlo de amargos presagios... Cablegrafió a la empresa en la que supuestamente trabajaba Paola y no obtuvo respuesta. Luego fue a visitar a Cerrutti y supo por los vecinos que a los pocos días de la llegada de Paola y Louis, y del arribo de un misterioso

viajero “que se había robado un coche”, el viejo italiano se había pegado un balazo la mañana en que la Policía pretendió detenerlo.

La muerte de Cerrutti le entristeció profundamente, porque a lo largo de su vida nadie había sido tan sistemáticamente generoso con él. Nunca le dio la espalda. Ni cuando llegó a los Estados Unidos sin un céntimo y sin apenas saber inglés. Ni cuando necesitó esconderse y cambiar de vida tras los sucesos de Chicago. Ni cuando su hijo Louis nació sietemesino y al borde de la muerte, en la increíble casa de Paterson. Ni cuando tuvo que empezar a vivir en New York bajo otra identidad. Nunca.

En ningún momento lo abandonó. Pero además —ahora lo comprendía con más claridad— tal vez fue aquel anciano quien primero lo enseñara a amar a Louis, porque en los meses que siguieron al parto pudo contemplar la ternura con que el viejo anarquista solía cargar al recién nacido cuando Paola desfallecía de cansancio, y escuchar las viejas canciones infantiles, que entonaba en italiano, transformando su potente vozarrón en un arrullo melódico de tenor almibarado, sonido que ejercía sobre el pequeño un increíble efecto sedante. En ese período Marcus descubrió que se aprende a querer por mimetismo, y que a veces basta un ejemplo venerable para despertar el instinto de protección —eso que llaman amor—, un sentimiento que mucha gente, especialmente los varones, mantienen alejado del pecho, sin percibir que no amar, no proteger, es una cruel manera de privarse de una honda satisfacción personal.

A Fernández O'Halloran le pareció extraño que a esas horas de la tarde, casi al anochecer, un desconocido, un tal Günther Schwartz, preguntara por él en la entrada de la tabaquería, pero lo mandó pasar porque nunca se sabe cuándo un buen negocio se echa a perder por ser demasiado riguroso con las normas de visita comerciales. Eso sí, quien quiera que fuese tendría que exponer rápidamente su problema, pues esa noche, a la luz de los faroles, en el patio del

“guajiro” Villar, previo soborno de la Policía, se había concertado una pelea de gallos que no estaba dispuesto a perderse por nada del mundo.

—Y bien, usted dirá —dijo Fernández indicándole con un gesto al visitante que se sentara.

Marcus intentó ocultarlo, pero era evidente que estaba profundamente nervioso.

—Hace unas pocas semanas mi esposa estuvo aquí y usted le ofreció trabajo.

Fernández recordó en seguida de quién se trataba.

—Por supuesto que sí: Paola Henríquez. Al poco rato de estar conversando descubrimos que nos conocíamos de Cuba.

Era cierto. Paola se lo había relatado a Marcus en su larga carta. Y también le había dicho que Fernández O’Halloran parecía una buena persona.

—¿Dónde está? —preguntó abruptamente Marcus, sin poder contener su ansiedad.

—¿Dónde está *su mujer*, quiere usted decir? —precisó Fernández para estar completamente seguro de la pregunta.

—Exacto. ¿Dónde está mi mujer?

Fernández se sintió muy incómodo por la indagación.

—Pues no sé. Me pidió trabajo. Me dijo que quería quedarse en Tampa y hasta fijamos el sueldo: cuarenta dólares. Se fue y nunca más volví a saber de ella.

Marcus sintió una pena mordiente, implacable.

—Pero ella me dijo que le escribiera a esta dirección y a su cuidado.

—Puede ser. Pero algo sucedió que la hizo cambiar de opinión y marcharse.

—¿Conoció usted al señor *Trama*?

—¿*Trama*? ¿La persona que viajaba con ella y con el niño?

—Sí.

—No dijo ese apellido. El nombre que utilizó, muy familiar por cierto, fue Miguel Ibor.

Marcus, al descender del tren, había visto el nombre de la pequeña ciudad tabaquera “Ibor City” inscrito en un letrero de la estación.

—El nombre no importa. ¿Se fueron juntos?

Fernández O’Halloran comenzó a sentirse incómodo. Le molestaba verse en medio de un asunto personal tan íntimo y desagradable. Podía tratarse de un vulgar adulterio, aunque ésa no fue la impresión que le dejó Paola cuando fue a visitarlo. En cualquier caso, no era de su incumbencia juzgar los hechos, pero advirtió que ya comenzaba a sentir esa carga de desprecio que los maridos burlados suscitan entre los hombres, mientras que a las mujeres, a la inversa, suele brindárseles solidaridad ante el engaño.

—Creo que sí, que se fueron juntos. A mí me extrañó que su esposa no volviera y pasé por el hotel a averiguar. Me dijeron que se habían marchado precipitadamente.

—¿Sabe usted a qué ciudad?

—No lo sé. No dejaron señas.

Marcus se sintió demolido. En realidad no le preocupaba la posible relación amorosa entre Paola y el tal *Trama*, porque estaba seguro de la fidelidad de su mujer, o hasta del dudoso valor de eso a lo que llamaban fidelidad, pero lo atormentaba desconocer el sitio en que pudieran estar escondidos, y el lugar en el que se encontraba su hijo, ese niño al que cada vez se sentía más profundamente unido.

—Pero yo le escribí...

—En efecto: aquí están sus cartas —Fernández abrió un cajón del escritorio y sacó un paquete de sobres sin abrir y un telegrama—. Esperaba que alguien apareciera por aquí a reclamarlas.

Marcus alargó la mano desmayadamente, y se guardó las cartas en el bolsillo de la chaqueta. Después hizo un prolongado silencio, mirando hacia el suelo, y cuando levantó la vista ya era un hombre totalmente roto.

—Le voy a dejar la dirección de un amigo en New York. Si por casualidad usted recibe noticias del destino de mi esposa y de mi hijo, por favor, le ruego, *le ruego* —repitió con más fuerza— que me escriba. No es lo que usted piensa. Mi mujer y yo nos adoramos. Es algo terrible y complicado. Por favor, no me olvide si algo le cuentan.

Cuando Fernández vio alejarse al visitante con el paso lento y la cabeza hundida, pensó que valía la pena ayudar a aquel infeliz. Sin embargo, esa noche había otra cosa más urgente que averiguar: si los gallos del “guajiro” Villar eran tan feroces como se decía, o si sólo se trataba de otra exageración del más viejo y mañoso gallero de Tampa.

LA HABANA

10 de agosto de 1897

Víctor Rey se levantó temprano, se vistió y salió a recorrer las calles de La Habana para palpar personalmente el efecto de la noticia que dos días antes había sacudido al país: Cánovas del Castillo había sido asesinado en un hotel de Santa Águeda, cerca de San Sebastián, en el norte de España, por un obrero ferroviario italiano, imprecisamente llamado Miguel Angiolillo, o Anguiolillo, porque la Prensa todavía vacilaba en la ortografía del apellido. ¿Había sido el resultado de su gestión con Cerrutti? ¿Sería una coincidencia? Le halagaba pensar que la muerte de Cánovas era la consecuencia de la iniciativa con el viejo italiano, pero no había indicio alguno en ese sentido.

Según relataba el *Diario de la Marina*, en un reportaje sorprendentemente extenso dada la proximidad de los hechos, el joven italiano de procedencia y formación anarquistas, había actuado con increíble sangre fría. Primero estuvo varios días en una pensión de Madrid sin otro objetivo que averiguar el destino de Cánovas durante las vacaciones de verano, dato que encontró en la Prensa con gran facilidad. El jefe de gobierno veraneaba en San Sebastián, cerca de la reina regente, María Cristina, quien también solía elegir esa ciudad costera para los meses estivales.

La “operación” fue muy sencilla. Angiolillo entró en el hotel, preguntó dónde se encontraba el jefe de gobierno y le informaron que a esas horas solía leer el periódico en un jardinillo interior. Se presentó, sacó su revólver y disparó varias veces. Cánovas no tuvo tiempo de precisar lo que ocurría. Cayó al suelo prácticamente muerto, en medio de un reguero de papel de periódico ensangrentado.

“Cánovas —pensó Rey— era un hombre contradictorio. Había tenido la astucia y la flexibilidad para terminar con el caos político español, instaurando un estable sistema bipartidista articulado en torno a la monarquía, pero no

había sabido advertir que la única forma que tenía España de conservar alguna vinculación con sus colonias —Cuba, Puerto Rico, Filipinas— era concediéndoles un grado muy amplio de autogobierno, incluso con la puerta abierta para una eventual independencia.

Aquel hombre culto e inteligente, cuyas pasiones —al margen de la política— eran los estudios históricos y la literatura, aquel tranquilo estadista que se sosegaba cultivando flores en el jardín de su casa, había dicho una cosa tan estúpida, como que “España emplearía en Cuba hasta el último hombre y hasta la última peseta”, reteniendo para ello en la Isla, contra la horrorizada opinión pública de las naciones civilizadas, como ejecutor de ese absurdo empeñamiento, a la única persona con la dureza necesaria para ganar la guerra: Valeriano Weyler.

Por eso la prisa de Víctor Rey esa mañana por leer la Prensa. Su cálculo político le había hecho apostar porque la muerte de Cánovas traería la destitución de Weyler, pero esto no se sabría hasta que la reina regente designara al nuevo primer ministro, aunque en los corrillos políticos de Madrid ya se indicaba el nombre del sucesor: Sagasta. Un liberal de mucho menos peso intelectual que su antecesor, y con una debilidad muy conveniente para los insurrectos cubanos: no percibía sobre sus hombros la historia de España. No se sentía responsable del estado español sino sólo del manejo de los problemas inmediatos. No era víctima —como Cánovas— de fantasmas y abstracciones fabricados en su vasta cultura. Era un servidor público de trámites urgentes y limitados. Era el tipo de político al que se le podían arrancar concesiones y, sin duda alguna, la primera sería la destitución de Weyler. A medio plazo, esto haría inevitable la libertad de Cuba. Cánovas había muerto. Víctor Rey quiso sentir que había hecho un buen trabajo.

—Hoy deseo salir a pasear en coche —dijo Paola en un tono alegre.

Víctor, ya acostumbrado a los súbitos cambios anímicos de Paola, le respondió con cautela.

—Me parece muy bien. Daremos una vuelta por el Prado y por el Paseo de Isabel II.

Paola, con la maternidad, había añadido a la belleza interior —ese fulgor que se les atribuye a las embarazadas— una extraña lozanía que parecía totalmente marchita desde la muerte de su hijo. El cabello, todavía negro, recogido en un solo haz sobre la nuca, le daba un aspecto juvenil. Rezumaba vitalidad. Sólo sus ojos —esa mirada larga e impertinente— revelaban un cierto grado de locura.

Pero se trataba de una locura peculiar y concreta: Paola estaba convencida de que otra vez llevaba a Louis en su vientre. El resto de la realidad era perfectamente percibida. No tenía la menor duda sobre el espacio y el tiempo en que vivía. Recordaba con toda precisión su pasado, incluso el episodio de la muerte de Louis —que contaba sin el menor asomo de dolor—. Razonaba, como siempre, dándole a cada suceso o a cada idea su exacto valor, sin mostrar un solo signo externo de alienación, salvo en el asunto de su embarazo.

“Pero ese rasgo de irracionalidad —pensaba Víctor— debía ser algo más que la ruptura en un punto de su equilibrio síquico”. Era —para Paola— la única fórmula de poder vivir en un mundo insoportablemente doloroso. La otra opción suponía la muerte: no creer en la resurrección de Louis era el suicidio. Nadie puede vivir sufriendo permanentemente. Y Paola había encontrado un modo de escapar del sufrimiento permanente: hacerle una concesión a la locura, sólo una, para poder agarrarse a la vida con las uñas.

—También me gustaría ir a Guanabacoa. Dicen que hay un toque de santos por estas fechas. Me gustaría ver uno.

Víctor sonrió sorprendido.

—Las señoras blancas y de buena sociedad no van a los toques de santo — dijo en un tono irónico.

—Parece que las señoras blancas y de buena sociedad no van a ningún sitio en esta ciudad —añadió Paola sonriente—. Andan siempre en coche o dentro de su casa. Deben de padecer atrofia muscular.

—Exacto. No padecen atrofia muscular porque bailan mucho, pero no caminan. Es la tradición española. O árabe-española. No olvides que la reina de España devolvió un cargamento de medias que le habían regalado “porque las reinas de España no tienen piernas”.

Paola rió con una fresca carcajada. Víctor se aproximó y comenzó a acariciarle la cara y la cabeza con ambas manos. Era más una expresión de ternura que de deseo sexual.

—¿Cómo está Louis? —preguntó.

Paola lo miró con gratitud. La complacía que Víctor compartiera su secreto.

—Louis está maravillosamente bien. Cada vez se mueve más.

Víctor se quedó un rato callado. No le importaba ser el cómplice cuerdo de Paola en esa rara expresión de la demencia. Al fin y al cabo, ¿qué daño había en soñar esa reencarnación humilde y deseada si con ello la mujer a la que tanto amaba recobraba la paz?

—Dime, Paola, ¿quién es el padre de Louis? —se atrevió a preguntar.

Paola echó la cabeza hacia atrás y volvió a reír a carcajadas.

—¡Qué cosas dices! Tú eres el padre de Louis.

—Pero Marcus era el padre de Louis —dijo Víctor suavemente.

—Sí, pero eso no tiene la menor importancia. Louis es Louis por mí y no por su padre. Él siempre sería Louis, quienquiera que lo engendrara, porque son mi vientre y mi carne los que le dan vida. Marcus y tú pusieron un poco de placer. Yo he puesto todo lo demás.

Fue una gloria ver a Paola recorriendo en coche la ciudad, inquisitiva, interesada en todos los rincones y en todas las personas. Apenada por la

muchedumbre de mendigos, sorprendida por la corta estatura de los españoles y por la belleza de las pocas criollas que alcanzó a divisar.

Por la noche, vestida de blanco, acompañada por Víctor y por Forrestal, pudo ver por fin en Guanabacoa, en medio de una muchedumbre de negros que se movían incesantemente, un toque de santo en el que el enervante repiquetear de los tambores, el aguardiente y el humo del tabaco provocaron en varias mujeres esos estados de aguda excitación nerviosa que suelen culminar en convulsiones. Pero lo que más le impresionó fue la voz carrasposa de la negra vieja que le puso la mano en el vientre y le dijo, en medio de un espantoso aliento alcohólico, “saldrá bien y serás feliz”. Y luego se alejó.

LA HABANA

29 de noviembre de 1897

Cuando Paola calculó que sólo le faltaban unos días para el parto, lo comunicó con el entusiasmo de quien invita a una fiesta. Continuaba radiante, para sorpresa de Víctor, que durante todo el embarazo había temido que la súbita recuperación de la lucidez pudiera devolverla a la depresión y a la amargura.

Pero no sucedió: a partir del primer movimiento de la criatura, ocurrido cinco meses antes, Paola había decretado el regreso a su vientre del hijo muerto y se había mantenido fiel a esta superstición, sin mostrar la menor duda, ni aun en los momentos en que Víctor, con toda delicadeza, le hacía preguntas embarazosas cuyas respuestas, implícitamente, deshacían el absurdo.

Sin embargo, ese rasgo de locura, o esa “enmascarada forma del instinto vital”, como Víctor solía calificarlo, también había traído sus consecuencias benévolas. Poco a poco Paola había vuelto a aceptarlo en su lecho. Primero fueron unos besos prolongados, luego unas caricias furtivas y —por último—, la entrega frecuente y enamorada, repetida hasta pocas semanas antes de la

previsible fecha del parto. Esta normalización de las relaciones era vista por Víctor como algo sumamente conveniente, dado que la presencia de Paola en su casa ya era conocida por toda la sociedad habanera, o lo que quedaba de ella en medio de la agónica guerra civil que estremecía al país.

Casi todos los días, a las cinco, hora de recibir, se presentaba la señora de algún honesto comerciante, un miembro de la familia de cualquiera de los trece títulos nobiliarios que había en la Isla, y hasta algún funcionario español convencido de que aquel adinerado criollo, de regreso de sus locuras juveniles, no respaldaba a los insurrectos en esta terrible guerra. Y a todos, cuando discretamente preguntaban por la naturaleza de las relaciones entre los anfitriones, se les explicaba, con estudiada vaguedad, que se habían conocido en Camagüey a principios de año y, como ambos eran viudos, se habían casado inmeditadamente y sin ninguna ceremonia.

La explicación dejaba muchos puntos sin aclarar, pero era suficiente para calmar la ansiosa curiosidad de la minúscula sociedad habanera. En todo caso, la inteligencia de Paola, su sentido del humor, su habilidad para tocar el piano y —sobre todo— su notoria formación intelectual, conseguida en la lectura de centenares de libros, la habían situado en un lugar preferente entre las damas cubanas. Se había ganado también la admiración de los amigos de Víctor, quienes veían con agrado que el abatido viudo hubiera recuperado la alegría de vivir junto a esa espléndida mujer, misteriosamente encontrada en la otra punta de la Isla, y de la que nadie había oído hablar nunca.

No obstante, para Víctor el éxito social de las relaciones con Paola era un aspecto insignificante de su vida. Jamás tomó muy en cuenta a las clases altas de la Isla, y ni siquiera a la burguesía laboriosa. Su interés por la política y su vocación revolucionaria tenían en él mucho más peso que los vínculos clasistas. Nunca había sido más feliz que en los años mozos, cuando, en su condición de capitán rebelde, mandaba un pelotón de cincuenta hombres temerarios. Y nunca había sentido con más ímpetu la fuerza de la vida que en los segundos

que precedían a las cargas de machete, instante en el que él mismo, transformado en una especie de animal hambriento, daba el grito terrible de “¡A degüello!” y se lanzaba, machete en mano, contra las tropas españolas.

Tenía que recuperar ese mundo. No ahora, que Paola estaba a punto de dar a luz, sino cuando pasaran unos meses y la criatura estuviera fuerte y fuera de peligro. Tenía que volver al monte, a dormir a la intemperie, en esa negra bóveda de grillos, estrellas y canto de pájaros que es la prodigiosa noche tropical. A fin de cuentas —y ya lo había discutido ampliamente con Forrestal— su presencia en La Habana y su frustrada estrategia de guerra urbana no tenían mucha razón de ser. Como había previsto, el asesinato de Cánovas tuvo como inmediata consecuencia el relevo de Weyler. Ahora mandaba en la Isla, o pretendía mandar, el general Blanco, un hombre bueno y débil, que no entendía la naturaleza de la guerra, y que había llegado a Cuba dispuesto a humanizar los métodos de Weyler, con lo cual había desmoralizado a sus propios partidarios, mientras los insurrectos cada vez ganaban más terreno, hombres y apoyo.

Sin embargo, cuatro días antes, exactamente el 25 de noviembre, la reina regente había firmado un peligroso decreto de autonomía para la Isla, que podía ser un serio obstáculo para obtener la total independencia de España. Los autonomistas, esos cubanos moderados que querían para Cuba una fórmula política de compromiso, como la que Inglaterra concedía dentro de la Commonwealth, podían consolidarse en el poder y arrastrar la buena voluntad de unas masas que detestaban a España, pero que se sentían extenuadas por los horrores de la guerra.

—Ya, señorito, ya —gritó corriendo por toda la casa la cocinera Dominga. Víctor la oyó desde su habitación, donde leía los periódicos del día, y en seguida supo exactamente de qué se trataba. Paola tenía los dolores de parto. No habría problema. Desde la semana anterior, una experta comadrona había sido contratada y trasladada a la calle Galiano para asistir a uno de los más

eminentes médicos del país, el doctor Dacosta, un voluminoso personaje, graduado con honores en la universidad norteamericana de John Hopkins.

Víctor entró sin llamar en la habitación de su mujer —como ya se refería a Paola pública y frecuentemente— y se acercó al lecho.

—Ya viene, ya viene —le dijo Paola con una relumbrante mirada mientras le apretaba la mano.

—Avisale en seguida al doctor Dacosta —le pidió Víctor nerviosamente a Dominga.

Una vez solos en la habitación, Víctor pensó que era el momento de volver sobre el espinoso tema de Louis.

—A veces, Paola —comenzó a decirle con nerviosismo—, las personas confunden los deseos con las realidades. No tenemos ningún indicio de que ese niño que va a nacer sea Louis.

Paola lo miró extrañada, y con cierto sobresalto.

—¿Por qué me dices eso ahora? Siempre estuviste a mi lado.

—Estoy a tu lado, Paola —dijo Víctor y le acarició la cabeza cariñosamente—. No se trata de eso, Louis fue un niño maravilloso y ojalá que este que va a nacer se le parezca, pero es otra persona, es otro ser humano.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes traicionarme así, y ahora, cuando estoy a punto de parir? —preguntó Paola con rabia en los ojos—. ¿Por qué siempre me traicionas?

La última palabra fue dicha junto a una enérgica contracción del vientre. Las voces y los pasos en la escalera evidenciaban la llegada del doctor Dacosta.

—Adelante, adelante —dijo Víctor, nervioso.

—Bueno, llegó el momento —afirmó el médico con una sonrisa—. ¿Cada cuánto tiempo siente las contracciones?

—No sé, quizá cada quince minutos —afirmó Paola sin dejar de mirar con cierta firmeza a los ojos de Víctor.

—Puede ser un parto largo, como de primeriza, aunque tengo entendido que usted perdió un hijo de su primer matrimonio.

—¡No lo he perdido! —gritó Paola desencajada—. Está aquí. Ha vuelto. ¿No ven ustedes que ha vuelto?

El doctor Dacosta se dio cuenta de que Paola estaba fuera de sí y miró a Víctor con expresión cómplice. Vaciló un momento, pero en seguida recuperó el tono jovial.

—Muy bien, pues vamos a verlo pronto. Lo importante es que usted coopere conmigo. Cuando sienta que sobreviene la contracción, apriéteme la mano. Yo voy a empujar con el codo sobre su bajo vientre. A esto en Estados Unidos le llamamos la maniobra de Kristeler. En los hospitales americanos suelen hacerlo.

—¿Sentiré mucho dolor? —preguntó Paola desarmada, depositando en el médico toda la confianza que acababa de retirarle a Víctor.

—No se puede predecir. Por si acaso, tenemos éter y gasas. Si le doliera incontrolablemente yo le pondría sobre la nariz una mascarilla de gasa y poco a poco dejaríamos caer unas gotas de éter. Es mucho menos dañino que el cloroformo. Yo no creo en la máxima “parirás con dolor” —el doctor Dacosta hizo una pausa y luego agregó—: La reina Victoria siempre parió con la ayuda de anestesia. Usted no va a ser menos, ¿no? —Sonrió y le dio una cariñosa cachetada en la mejilla.

Víctor Rey decidió esperar en un salón contiguo. Fueron casi seis horas interminables de pasos rápidos y murmullos ininteligibles. Venía en posición pelviana. Primero salieron las nalgas y las piernas. La cabeza quedó dentro del canal de parto con el cordón umbilical enredado en el cuello. El doctor Dacosta —luego lo sabría— con una enorme habilidad introdujo los dedos en la boca de la criatura y fue impulsándola hacia la salida. Al fin el recién nacido rompió a gritar y lo pusieron sobre el vientre de Paola.

—Es una niña preciosa —dijo satisfecho el médico.

—¿Una niña? —preguntó Paola adormilada por el éter—. ¿Seguro que es una niña?

—Sí, es una hermosa niña —volvió a decir el médico—. Tenga cuidado con el movimiento de las piernas. Le he dado unos cuantos puntos.

—¡Dios mío, Dios mío! —gritó Paola con voz desgarrada—. ¿Dónde está mi Louis, dónde está mi Louis?

A Víctor Rey se le nubló la mirada. La niña, su hija, también lloraba y temblaba de frío. Sin poder explicárselo, en ese momento sintió que amaba mucho a su mujer, pero no hizo ningún ademán que pudiera revelarlo.

LA HABANA
24 de enero de 1898

“Venga, debo hablar urgentemente con usted”, fue el lacónico mensaje de Fitzhugh Lee recibido por Víctor Rey mediante el habitual recadero del cónsul americano. La letra rápida y el tono imperioso revelaban la seriedad del tema.

Se lo esperaba. Víctor Rey oteaba cierta crisis en el ambiente. En los primeros días del año, tras la instauración de un gobierno autonómico controlado por los cubanos, se habían sucedido desórdenes en La Habana, y el general Blanco —el representante de España— no alcanzaba a imponer su autoridad. Curiosamente, esta vez los problemas no surgían de los cubanos simpatizantes de la independencia, sino de los españoles intransigentes, partidarios de Weyler y enemigos de cualquier forma de autonomía que pusiera en manos criollas el gobierno de la Isla.

Por otra parte, la situación económica y social se degradaba cada vez más rápidamente. En Matanzas, muy cerca de La Habana, un batallón de mujeres hambrientas, con sus hijos colgados del pecho, habían saqueado las tiendas de víveres, enfrentándose con el Ejército a pedradas y arañazos.

En su trayecto hacia la plaza de la catedral —el punto donde se habían dado cita— Víctor Rey vio más mendigos, más niños desamparados y más mujeres desnutridas que a lo largo de los meses anteriores. Tantos, que no le sorprendió descubrir a la entrada de la iglesia que el ejército, asustado por el panorama de miseria general, repartía cucharones de algo así como una espesa sopa de frijoles y desperdicios de res.

—Primero, ¿cómo se encuentran su mujer y su hija? Me alegro de que estén bien —dijo Lee sin esperar el menor indicio de respuesta, y luego siguió en tono grave—: Lo he llamado porque quiero su consejo y su evaluación de la situación actual. ¿Cree usted que peligran los intereses de Estados Unidos en Cuba? ¿Cree usted que corren riesgos los norteamericanos en La Habana?

Tengo diez telegramas del Departamento de Estado haciéndome estas preguntas.

Víctor Rey meditó la respuesta. El cónsul americano se veía realmente preocupado. El clima general era de odio. Varios periódicos moderados o procubanos habían sido asaltados por las turbas de integristas fanáticos. Eran constantes las provocaciones personales y los insultos entre grupos. Todas las noches se oían explosiones de origen impreciso y circulaban tenebrosos rumores de linchamientos y venganzas terribles.

—Yo creo, amigo Lee, que aquí corre peligro todo el mundo, incluyendo sus compatriotas.

—Exacto. Ésa es mi opinión, pero a veces creo que contra nosotros hay un odio especial.

Víctor sonrió benévolamente.

—Lo hay. No puede olvidarse que los Estados Unidos, para los españoles, son un país de protestantes y comerciantes, dos categorías humanas que repugnan a todo peninsular que se sienta católico e hidalgo, es decir, a casi toda la población.

—¿Pero cree usted que España, como gobierno, intente algo contra nosotros?

Víctor se detuvo y repartió unas monedas entre el enjambre de chiquillos negros que no cesaban de molestarlos. Desde la esquina de la catedral, para ahuyentar a los niños, un policía de enormes bigotes hizo sonar su porra contra los adoquines.

—Eso es más difícil. Yo creo que España está aterrorizada. El problema no es el gobierno en Madrid, ni tampoco el de La Habana. La cuestión básica radica en los miles de elementos incontrolados que odian a los cubanos y también detestan a los norteamericanos porque los creen sus cómplices.

Lee, con gran trabajo, se agachó a recoger el sombrero de jipijapa volado por el fuerte viento de enero. Su ordenada cabellera blanca, partida al medio por una raya implacable y milimétrica, se convirtió en un frenético torbellino.

—Hace un momento le notifiqué al gobierno de la Isla que mañana llegará un barco nuestro.

—¿Un barco? —preguntó intrigado Rey.

—Un buque de guerra. Lo he pedido porque quiero estar seguro de que esos incontrolados se sientan intimidados. Nos querían enviar un crucero, mucho más pequeño, pero en la noche zarpará rumbo a La Habana un acorazado. Ya usted lo conocerá, porque lo invitaré a bordo.

—¿Y cómo han reaccionado las autoridades españolas?

—Al principio mal, pero luego entendieron que la presencia de ese barco no sólo garantiza la seguridad de los americanos, sino también la estabilidad del gobierno español. El general Blanco teme que los desórdenes puedan convertirse en una conspiración contra su autoridad. Tampoco tiene el control de todos los mandos militares. Se asustó mucho cuando supo que en los asaltos a los periódicos y en los ataques a ciudadanos indefensos habían participado numerosos soldados y oficiales. Weyler sigue siendo el ídolo de la tropa y Blanco se siente muy inseguro.

—¿No habrán pensado los españoles que ese barco viene en son de guerra? —preguntó Víctor.

—No, saben que no. Incluso les hemos pedido que envíen una nave española de visita a New York. El presidente McKinley no quiere la guerra con España. Esto se lo he explicado personalmente al general Blanco. Creo que fui hasta imprudente. Le dije que todo el Ejército norteamericano apenas llegaba a veinticinco mil hombres, mientras que los españoles, solamente en la Isla, tienen un cuarto de millón. ¿Se imagina usted la movilización que habría que llevar a cabo en mi país para poder enfrentarnos a España?

—¿Y lo creyeron?

—Supongo que sí. Incluso el general Blanco me contó que hace unos días, el 17, la reina María Cristina se reunió con nuestro embajador en Madrid y quedó convencida de que Washington no tiene intenciones de atacar a España, aunque el maldito asunto de Cuba se ha convertido en el principal problema de la política exterior norteamericana.

—¿Y usted quisiera que su país atacara a España? —preguntó Víctor con cierta malicia en la mirada.

Lee se quedó pensando antes de responder.

—Mire, Rey, yo soy un viejo militar y la tendencia de los viejos militares es recurrir a la guerra, pero, en realidad, ésa no es hoy mi preferencia. Mejor sería que todo se arreglara mediante un acuerdo pacífico. Yo quisiera que España abandonara Cuba, pero no al precio de una guerra con mi país. Ésta es una hermosa y riquísima isla y hay muchas oportunidades de ganar dinero. Ahora mismo estudio con otros amigos algo que pudiera ser un magnífico negocio.

—¿Se va usted a meter a comerciante a estas alturas? —dijo Víctor con cierta irónica jovialidad.

—Los americanos somos primero negociantes y luego todo lo demás —dijo Lee, añadiendo en seguida, con malicia, una frase de complicidad—: Exactamente igual que los cubanos.

—Yo creía que ésas eran actitudes de los yanquis y no de los caballeros sureños —insistió Víctor en el mismo tono malicioso.

—No crea, Rey. En eso todos somos yanquis. No olvide que la Guerra Civil fue en defensa de un gran negocio, el negocio de la esclavitud.

—¿Y qué empresa quiere usted montar en Cuba? —preguntó rutinariamente Víctor, sin el menor interés real en conocer la respuesta.

—Tranvías. Esta ciudad, casi plana, es perfecta para instalarle un gran sistema de tranvías eléctricos.

—Puede ser. Pero dígame, ¿cuándo arriba su barco?

—Mañana. No le prometo que podamos visitarlo enseguida, pero será pronto. El capitán trae órdenes de confraternizar con cubanos y españoles. Como le dije, viene en son de paz.

10 de febrero de 1898

Fue un buen síntoma que Paola se negara a que un ama de cría le diera el pecho a su hija. Ella misma, amorosamente, comenzó a amamantarla desde el primer día. Era una bonita niña de ojos casi verdes, o casi amarillos, que apenas lloraba y que se agarraba con fuerzas a los dedos de los adultos.

Paola quiso llamarla Ruth, como la moabita de la Biblia, y Víctor no mostró el menor inconveniente. Ambos rehuían el tema de Louis, pero para Víctor resultaba evidente que el nacimiento de la niña había disuelto la fantasía de la resurrección de Louis y le había dado a Paola un sólido argumento para continuar viviendo.

Era curioso —reflexionaba Víctor— cómo aquella persona inteligente y luchadora, capaz de valerse por sí misma en las peores circunstancias, necesitaba de otro ser humano salido de su vientre para poder encontrar un aceptable grado de felicidad. Podía ser un fenómeno estrictamente biológico — esa necesidad que tienen las mujeres de parir, lactar y continuar la especie—, pero con el agravante de que Paola estaba sola en el mundo, y el instinto, si era eso lo que la impulsaba a la maternidad, multiplicaba sin tregua esa misteriosa urgencia vital.

Fuera lo que fuese, no había duda de que Paola, al fin, había aceptado la muerte de Louis y se aferraba al cuerpecito de Ruth, quien probablemente jamás llegaría a saber que mientras mamaba del pecho de su madre no sólo tomaba vida, sino también la daba.

—Esta tarde voy con Lee a visitar el barco americano —anunció Víctor.

—Dicen que es muy grande —dijo Paola sin dejar de mecer a su hija.

—Parece mayor por el diseño, pero sólo tiene 319 pies.

—¿Cómo se llama? —preguntó Paola distraída.

—Se llama *Maine* —Víctor se acercó a la mecedora y se arrodilló junto a la niña—. ¿Cómo está Ruth?

—Está muy bien —dijo Paola con una sonrisa—. ¿Cuándo volverás?

—Regresaré tarde. La cita es a las dos y media, pero el capitán está orgulloso de su nave y quiere mostrármela completa. Al anochecer estaré de vuelta.

El acorazado *Maine* estaba amarrado a una boya en la bahía, tan próximo a los muelles como lo permitía su calado. Víctor Rey y Fitzhugh Lee se fueron acercando a la escalerilla del buque en una de las lanchas pequeñas del práctico del puerto. Con su casco y botes salvavidas blancos, los palos y las chimeneas en ocre y los pavorosos cañones en negro, ofrecía una imagen que causaba tanto miedo como admiración.

Desde cubierta un hombre alto, vestido de blanco, con un bien cuidado bigote claro, saludó con la mano. “Es Charles Sigsbee, el capitán”, le aclaró Lee a Rey mientras contestaba el saludo. Y luego añadió: “Es un tipo competente. Peleó junto a los yanquis en la guerra, como todos los cabrones de la marina, pero es una persona respetable”.

Una vez a bordo sus visitantes, Sigsbee mostró cierta inquietud por la presencia de *otro cubano* en su barco.

—Me he cuidado mucho de no invitar demasiados cubanos a visitar el *Maine*. No quiero irritar a las autoridades españoles. Usted sabe —dijo mirando a Lee a los ojos— que nos acusan de estar de parte de los criollos.

—No tema. Mi amigo Víctor Rey es un hombre de extrema confianza. En cierta forma es mi analista político. Suelo pedirle que me interprete lo que ocurre en la Isla.

A Víctor, tanto como las palabras del capitán Sigsbee, comenzó a interesarle la forma resuelta y sin vacilaciones con que daba sus órdenes, y la habilidad

extrema con que sostenía el monóculo cada vez que algún edecán, mientras paseaban por el buque, le acercaba un papel escrito.

—Este acorazado se construyó en el arsenal de New York en siete años y es prácticamente nuevo.

—¿Lo ha estrenado usted? —preguntó Lee.

—No —contestó Sigsbee—. Yo soy el segundo capitán, y afirman que eso trae mala suerte.

Esto lo dijo sonriendo y con el inequívoco gesto de quien no cree en esa clase de supercherías.

—¿Cuán vulnerable es este barco frente a la marina española? —preguntó Víctor.

Sigsbee dudó antes de contestar. Se atusó el enorme bigote y dijo:

—La marina española tiene algunas naves más veloces que ésta, que sólo hace 17 nudos, pero su poder de fuego es menor. Cuando los cuatro cañones de 10 pulgadas de este barco, y los siete de 6 pulgadas disparan simultáneamente, o en cadena, parece que el mundo se acaba. Es un verdadero infierno.

Víctor advirtió que los marinos hacían guardia con bayoneta y en zafarrancho de guerra.

—¿Por qué llevan la bayoneta calada?

—He tomado todas las precauciones, incluso he previsto abordaje por parte de una turba. Tengo instrucciones de ser muy cauteloso. Cuidado con esa escalera —le advirtió a Lee.

—¿Y el riesgo de torpedo? —ahora era Lee el que preguntaba.

—Es lo más peligroso, aunque el *Maine* lleva un excelente blindaje. Las torres van protegidas por 10 pulgadas de acero y a todo lo largo de la línea de flotación tiene un escudo de 12 pulgadas de espesor. Incluso más, si se tiene en cuenta que los pañoles de proa, donde van los proyectiles y torpedos, están protegidos por los depósitos de carbón. Es muy difícil hundir un barco como éste.

A Víctor Rey le interesó el dato: los pañoles de munición estaban a proa junto a los almacenes de carbón.

—Por lo visto necesitan una gran tripulación —dijo al cruzarse con seis jóvenes marinos cerca de la toldilla.

—Sí, la dotación es de 354 hombres, pero dese cuenta de la complejidad y el tamaño del barco. Solamente de manga tiene 57 pies.

—En fin, una maravilla ¿no? —dijo Lee para poner fin a la pedante exposición de datos, especialmente porque era la tercera vez que subía a bordo y por tres veces Charles Sigsbee, sin la menor compasión, le había repetido la cantinela.

—No. Desgraciadamente, no —dijo el capitán con un suspiro de desaliento—. La Marina lo ha clasificado como acorazado de segunda, y tiene razón. La técnica de fabricación de barcos, de blindaje y de forja de cañones avanzó más rápidamente que la construcción del *Maine*. Cuando se le puso la quilla era un barco moderno. Cuando se terminó ya estaba anticuado. Es una pena.

Esto último lo dijo con un exagerado gesto de congoja y una simultánea caída del monóculo, perfectamente atado a su camisa blanca y almidonada de oficial de la Marina americana.

Luego siguió una breve disertación en torno a la moderna guerra marítima, que culminó en una viva discusión entre Lee y Sigsbee sobre el efecto real del bloqueo naval impuesto por el Norte a los estados del Sur durante la Guerra Civil. Curiosamente, Sigsbee pensaba que las consecuencias del bloqueo fueron mínimas —lo que disminuía el papel de la Marina—, mientras Lee opinaba que fue un factor fundamental en la derrota del Sur, puesto que impedía la exportación de algodón para hacerle frente al costo de las armas y vituallas que se necesitaban para contrarrestar la creciente masa militar que los yanquis eran capaces de poner en el frente de batalla. Ambos adversarios decidieron seguir la discusión durante la cena, en el camarote del capitán. Una cena muy temprana

para Rey, y probablemente desabrida, pero lo que más alarmó al cubano fue algo que Lee le preguntara al desgaire cuando descendían por la escalerilla, mientras Sigsbee los guiaba con agilidad poco usual para un hombre de su edad.

—Víctor, ¿conoce usted a un tal *Trama*? El día 14 llega a La Habana un detective de la Agencia Pinkerton llamado Byron Connors. Lo recibiré el 15 según instrucciones que tengo. Por lo pronto me han pedido que intente averiguar quién es un cabecilla cubano llamado *Trama*. En realidad no se me ocurre quién pueda ser.

Víctor Rey tragó en seco, hizo su mejor esfuerzo por parecer inmutable, y le prometió a Lee que intentaría buscar información sobre el misterioso personaje, aunque le aclaró que no iba a ser sencillo. Mientras tanto se dispuso a cenar y a continuar siendo testigo de los últimos e inacabables episodios de la Guerra Civil norteamericana. Las batallas verbales entre los sureños y los “yanquis de mierda”, como solía llamarlos Fitzhugh Lee cuando no había ninguno delante, o cuando Charles Sigsbee se apartaba lo suficiente en busca de otra botella de Saint Emilion, vino al que el viejo marino se había aficionado mientras escribía un tratado sobre el dragado de puertos.

A Dominga, la cocinera, le molestaba que Lucy no abriera la puerta, como era su deber, pero su decisión de resistir impávida los aldabonazos se desmoronó en el golpe número quince. “Ya va, ya va”, fue rezongando a lo largo del pasillo. Cuando abrió se encontró con un desconocido razonablemente elegante, de gafas, cabello castaño y mirada limpia.

—¿Qué desea? —preguntó Dominga.

—Ver a la señora Paola Henríquez —le dijo el desconocido en un español imperfecto, moldeado por la entonación alemana.

—¿A quién anuncio?

—Dígale que mi nombre es Marcus Stein.

—Pase.

Marcus entró al vestíbulo y se admiró de la escalera de mármol, de los tapices, y de los lienzos con caballeros graves, retratados junto a libros, espadas o cruces impresionantes.

No había sido fácil dar con Paola. Unos cuantos meses después de su visita a Tampa, cuando más solo y entristecido se encontraba en New York, recibió un telegrama de Fernández O'Halloran citándolo para una nueva entrevista. Volvió a Tampa y Fernández lo remitió a Jacksonville. Allí habló con Fritot, quien a su vez lo puso en contacto con Johnny *Dinamita*, el hombre que en el *Three Friends* había trasladado a la Isla a Paola, a Louis y a *Trama*.

Johnny *Dinamita* le contó el contratiempo de la navegación, el accidente de Louis y las circunstancias en que alcanzaron tierra firme con el niño herido y delirando por culpa de la altísima fiebre que padecía. Pero sólo conocía la historia hasta este punto. Ignoraba quién era *Trama* o en qué parte de La Habana podían encontrarse su mujer y su hijo.

Para averiguarlo todo —o casi todo— Marcus tuvo que aguardar varios meses más instalado en un hotel de Jacksonville. Al fin pudo tener las pistas básicas en su mano, cuando algunos hombres vinculados a *Trama* lo abandonaron y se sumaron a la tropa del coronel Baldomero Acosta, un jefe rebelde que peleaba en las inmediaciones de La Habana. Poco a poco, por medio de los secretos vasos comunicantes que unían a los insurrectos con la emigración, se conoció en Jacksonville que *Trama* era, en realidad, el capitán Víctor Rey, conde de Santa Marta y veterano de la Guerra de los Diez Años, quien había intentado infructuosamente crear en La Habana una organización clandestina. Se supo que el niño había muerto a consecuencia de un accidente a poco de llegar a Cuba y se tuvo noticia de que la madre del niño vivía en la capital, en el palacete que Rey tenía en la calle Galiano.

Marcus subió las escaleras nerviosamente. Ansiaba y temía ver a Paola. La noticia de la desaparición de Louis lo había devastado hasta ponerlo al borde

del suicidio, pero era difícil precisar si el dolor de esa muerte absurda lo había herido aún más que la certeza de que su mujer lo había abandonado por un antiguo amante, mezquina comparación entre desgarramientos que le repugnaba establecer, pero a la que inevitablemente llegaba cada vez que hurtaba en sus sentimientos más lacerados.

—Déjenos solos y cierre la puerta —le ordenó Paola a Dominga.

Marcus temblaba. Paola estaba en medio de la habitación, vestida con una bata blanca de hilo que la hacía parecer aún más hermosa. Tenía en sus brazos a la niña, una criatura con la que él no contaba.

—Buenas tardes —dijo Marcus con una terrible sensación de melancolía. Había preparado mil ácidas preguntas. Había previsto cien maneras diferentes de comenzar el diálogo con Paola, pero nunca se imaginó que la primera frase que brotaría de sus labios sería un desmayado “buenas tardes”, como si estuviera en presencia de una persona extraña y apenas conocida.

Paola se sintió paralizada. Tenía frente a sí al hombre al que había amado, o al que todavía amaba, porque a veces, cuando lo recordaba, sentía la demoledora tristeza de haber perdido su sonrisa cálida y solidaria, su afecto lleno de bondad e inteligencia. Sin embargo, algo se había roto entre ellos.

—¿Ya sabes lo de Louis? —fue la primera pregunta que le hizo.

Marcus asintió con la cabeza.

—Fue terrible —siguió diciendo Paola.

Marcus la interrumpió con un gesto con el que le imploraba la piedad del silencio.

—Lo sé todo. Hablé con el capitán que os trajo. Me lo contó todo.

Paola notó que a Marcus se le entristecían los ojos.

—¿Por qué te fuiste? —preguntó Marcus ahora en un tono que tenía más de ruego que de censura.

Ella le explicó el incidente de las armas en New York, la persecución de la Policía, el terror que le entró al verse sola con Louis, y el peligro de ser

arrestada. Nada fue premeditado. No quería huir con Víctor. No deseaba volver a Cuba, pero las circunstancias la fueron empujando y luego la mala suerte se fue cebando en ella.

—Comenzaste a engañarme en New York —aseveró Marcus en tono de reproche, señalando a la niña con la mirada.

Era cierto, admitió Paola; pero le aclaró que había tenido relaciones con Víctor en New York sólo con la intención de que fuera una aventura inocua y pasajera, sin consecuencias para nadie, basada en la suposición de que a los pocos días Víctor Rey regresaría a Cuba y nunca volvería a verlo. Todo había conspirado en su contra: la soledad en la que se encontraba, la curiosidad ante la reaparición de su primer y único amante, tantos años después de haberlo perdido de vista, su propia edad, casi cuarenta años, llena de inseguridades, y entre ellas, la de no saber si todavía era capaz de inspirar una pasión genuina.

—Ya no me amabas —dijo Marcus moviendo la cabeza desesperadamente.

Paola le explicó que sí lo amaba, y mucho, pero él mismo siempre había sostenido que todo se debilita: las relaciones humanas, la voracidad intelectual, los amores, hasta los metales. “Porque la vida, tú lo decías, Marcus, tiende al caos y a la dispersión. Tiende a la muerte. Yo te amaba, pero mi amor estaba fatigado por la rutina y encanallado por la mecánica repetición de las caricias”.

—Vuelve conmigo —dijo por fin Marcus, mirándola a los ojos.

Paola se quedó un buen rato en silencio. No, no podían empezar otra vez. Y no podían, porque la ausencia de Louis serviría para desunirlos con la misma intensidad con que su presencia los había mantenido antes juntos. No podían comenzar de nuevo, porque había nacido Ruth, y era hija de Víctor, y la maternidad significa, en primer término, responsabilidad. Esa niña era ahora el centro de su vida, como lo había sido Louis mientras vivió, y aun después de muerto, durante los meses en que se negó a aceptar la realidad brutal de su desaparición.

Fue una larga y tensa conversación. Se sentaron en el sofá, caminaron por la habitación gesticulando mientras la voz bajaba o subía gobernada por las emociones. Lloraron. Se secaron las lágrimas. Se estrecharon las manos. A veces se dieron la espalda aplastados por las recriminaciones. Al final se abrazaron larga y apretadamente, ante la muda presencia de Ruth.

Marcus se iría. Regresaría a New York bajo el nombre de Günter Schwartz, pero no se resignaba a perderla. Tal vez volviese algún día. O quizá Paola quisiera reencontrarlo alguna vez. Él estaría siempre dispuesto a empezar.

—¿Puedo darte un beso? —preguntó a punto de partir.

Paola asintió. Fue un beso largo y cálido. Luego Marcus se acercó a Ruth, la cargó amorosamente y la besó en la frente.

—Me alegra que le hayas puesto un nombre judío —fue lo último que dijo.

—Lo hice como un secreto homenaje al hombre que más he querido —le respondió Paola.

A la cocinera Dominga le extrañó el rostro desencajado y triste con que el visitante abandonó el palacete de la calle Galiano. Tanto que lo siguió con la mirada, llena de temores, hasta que se perdió en la noche del amable invierno habanero.

LA HABANA

11 de febrero de 1898

Víctor Rey llegó a la casa de Armando Forrestal antes de las diez de la mañana con rostro de no haber dormido excesivamente. La noche anterior, cuando terminó la cena en el *Maine* y regresó a su domicilio, Paola le relató la visita de Marcus, la conversación que habían tenido y el desgarramiento que sentía. Pero el insomnio de Víctor no se lo produjo esa historia dolorosa, sino dos ideas obsesivas que le habían surgido tras la noticia de que un detective de la Agencia Pinkerton pronto llegaría a Cuba siguiendo los pasos de *Trama*. La primera, era que no podían prolongar mucho tiempo su estancia en La Habana. Si los detectives de la Pinkerton lograban averiguar la verdadera identidad de *Trama*, estaba perdido, de manera que había llegado el momento de unirse a las tropas rebeldes. La segunda obsesión era más excitante: antes de alzarse podía ejecutar el hecho que precipitaría el fin de la guerra en Cuba: volar el *Maine* en la bahía de La Habana y acaso provocar la intervención de los Estados Unidos para sacar de una vez a los españoles de la Isla.

La conversación con Forrestal fue larga y apasionada. Al mulato le parecía razonable tomar el camino de la lucha guerrillera, pero no estaba seguro de que fuera posible volar un barco de las características del *Maine*, y mucho menos de que esa acción repercutiera favorablemente en la causa de los cubanos.

—Supongamos que tenemos éxito —dijo Forrestal tratando de reflexionar— ¿por qué los norteamericanos van a atacar a España si son los rebeldes cubanos los que vuelan el acorazado?

—Porque nadie sabrá nunca quién voló el barco. Ése es un secreto que tú y yo tenemos que guardar para siempre. Los norteamericanos pensarán que fueron los españoles.

—Muy bien, pero los norteamericanos no son tontos. Ellos saben que a España no le interesa una cosa así. Si Madrid está haciendo todo lo posible por

evitar una guerra con los Estados Unidos, e incluso acepta toda clase de humillaciones, ¿por qué va a hacer un acto de esta naturaleza?

—Los norteamericanos saben o pueden presumir que el gobierno español no va a realizar un acto tan brutal, pero el gobierno español no son todos los españoles. Los norteamericanos también saben que en la Isla hay muchos elementos incontrolados. Los mismos que asaltaban periódicos o que en Madrid piden que se le declare la guerra a los “salchicheros de Chicago”, como les llaman despectivamente en la Prensa. Si las autoridades españolas en Cuba no pueden controlar a los fanáticos de la Isla, también son responsables de lo que aquí ocurra.

Forrestal, con un movimiento de la cabeza, admitió la validez del razonamiento. Víctor, ya dueño de la discusión, agregó:

—Además, la opinión pública norteamericana, que ve a los españoles como unos asesinos sangrientos, siempre pensará que España es culpable. Ese barco ha llegado a La Habana porque las autoridades en Washington temen por la seguridad de sus intereses. Si vuela en pedazos va a ser muy difícil que no se culpe a España, con razón o sin ella, porque España es ya culpable a los ojos de los norteamericanos.

—Pero hay peligro de que los Estados Unidos se apoderen de Cuba —dijo Forrestal con expresión severa.

—Lo hay, pero es muy remoto. Ya la Isla tiene un gobierno autónomo concedido por España. El congreso americano ha declarado que Cuba debe ser libre e independiente. Es casi imposible que se echen atrás.

Al cabo de un buen rato, Forrestal quedó convencido. Hicieron entre ellos dos un pacto de caballeros. Nunca revelarían la verdad. Tras la acción, tuviera o no éxito, ambos se alzarían, pero no en las inmediaciones de La Habana, sino en Oriente, donde habían peleado en la guerra anterior. Y mientras durara el conflicto, Marcela, la hija de Forrestal, quedaría, en La Habana, a cargo de

Paola, quien se ocuparía de educarla en caso de que su padre muriera combatiendo.

Afortunadamente los dos sabían bastante de explosivos. Habían aprendido durante la guerra. Ahora sólo faltaba el plan de actuación. Debían preparar una bomba poderosa, con la mayor cantidad posible de cordita, para poder penetrar el blindaje y conseguir que las municiones del *Maine* estallaran por simpatía. Los pañoles de las municiones —Rey lo había oído de los labios de Sigsbee— estaban a proa y era ahí donde debía colocarse la carga.

Pensaron fabricar un torpedo, pero era algo demasiado complicado y tomaría demasiado tiempo. En este caso lo más sencillo era lo más aconsejable. Un simple tonel de vino, de los mayores, impermeabilizado y pintado de negro, capaz de flotar con ochenta libras de cordita en su interior, podía ser una mina formidable. Sólo había que adherirle varios detonadores conectados a un reloj y dos anclas pequeñas sujetas a los extremos para que el artefacto se mantuviera estabilizado junto al costado del barco.

Quedaba por fijar la fecha y la hora y no había mucho margen. La noche del quince de febrero fue la elegida. Tendrían apenas tres días para confeccionar la bomba y hacerse con un pequeño bote de remos en el cual atravesar la bahía desde el pueblo de Regla. Después de la operación partirían en una goleta rumbo a Oriente, con el objeto de unirse a las tropas de Calixto García, aquel viejo terrible que unos meses antes, —al frente de cuatro mil hombres—, había tomado el pueblo de Victoria de las Tunas barriendo a cañonazos la defensa de los españoles.

LA HABANA

15 de febrero de 1898

A la cocinera Dominga, aunque, por supuesto, no se atrevía a decirlo, no le gustaba que su amo trajese invitados a comer sin avisarle, y mucho menos que sentara a la mesa a un mulato pobre y no muy bien vestido, pero no era la primera vez que Armando Forrestal visitaba la casa, aunque nunca, como ahora, había venido acompañado por su hija, una niña preciosa y achinada que respondía al nombre de Marcela.

Después del almuerzo, Paola, Víctor y Forrestal se quedaron conversando un buen rato en la biblioteca. Algo grave ocurría, pero los criados no alcanzaron a averiguarlo, quizá por las gruesas puertas de caoba, o tal vez porque en las partes clave de la conversación los amos bajaban notablemente el tono de voz. Lo único que se alcanzó a saber en la cocina fue que en el vestíbulo de la casa el señor y la señora se dieron un fuerte abrazo como de despedida, mientras Forrestal alzaba y besaba intensamente a la pequeña Marcela. Luego los dos hombres se fueron a toda prisa en el coche.

A las siete ya había oscurecido bastante, pero Forrestal opinó que debían aguardar un poco más. A las siete y cuarenta y cinco, los dos estuvieron de acuerdo en que era el momento de ponerse en marcha. Fuera de la casa esperaba una carreta de heno tirada por una mula. Bajo el pienso, bien escondido, iba el tonel pintado de negro y lleno de explosivos, junto con dos revólveres y un rifle "Máuser" como los que usaba el Ejército.

La víspera, Forrestal había comprado un pequeño bote de remos, llamado *Yarita*, que en sus tiempos había servido como salvavidas en el *Cipalón*, un hermoso yate perteneciente a una poderosa familia azucarera. La embarcación apenas tenía catorce pies, era muy manejable y su color azul oscuro lo hacía prácticamente invisible en las noches oscuras. El *Yarita* aguardaba fondeado junto a un apartado muelle de madera, en el extremo de Regla.

El trayecto en la carreta no duró más de veinte minutos. Llegados al punto de embarque, Forrestal bajó al bote, mientras Víctor, desde arriba, le fue pasando el tonel de madera, las anclas y las armas. La parte trasera se hundió casi hasta la horquilla con el peso de los dos hombres y del material, pero se trataba de una barca bien construida. Víctor saltó a la proa y soltó amarras. Forrestal comenzó a remar. Los dos hombres iban vestidos de negro. Víctor, incluso, se había embadurnado la cara antes de subir a la embarcación.

El capitán Sigsbee subió a cubierta a echar un último vistazo. Afortunadamente la visita del *Maine* había resultado sin incidentes hasta el momento. Era probable que pronto, tal vez dos días más tarde, lo destinaran a New Orleans. Tampoco era seguro. En el Departamento de Estado había quien opinaba que era preferible dejar el *Maine* en La Habana hasta que otra gran embarcación lo reemplazara, puesto que así las autoridades españolas se acostumbrarían a una disuasiva presencia norteamericana. La noche estaba sorprendentemente quieta. Tanto, que desde los bares del puerto se podían oír las orquestas de una ciudad que no era capaz de dejar de bailar ni siquiera en medio de una espantosa matanza.

¿Sería cierto que había una guerra civil tan cruenta como la que contaban los periódicos? En las tres semanas que llevaba en La Habana no había visto un solo síntoma de conflicto. Ni siquiera el puerto principal del país mostraba signos de algo que no fuera el normal desenvolvimiento de una ciudad cosmopolita, con la excepción, quizá, del crucero *Alfonso XII*, fondeado a menos de 300 yardas del *Maine*, pero con los cañones enfundados, como si no temiera la menor agresión del acorazado vecino. El resto de los barcos eran cargueros europeos atestados de mercancías y un vapor alemán de pasajeros. Todo estaba en calma y en orden. Exactamente como lo aprobaría un oficial de la Marina norteamericana

Cuando llegaron a la proximidad del *Maine*, Forrestal sudaba copiosamente. Desde la cubierta un soldado barrió el mar con un potente reflector alimentado por los poderosos motores del acorazado. Víctor y Forrestal se agacharon y el haz de luz lamió el bote sin descubrirlo. Fue Víctor quien se deslizó en el agua. Desde el bote, Forrestal hizo rodar el tonel y conservó las cadenas con las anclas. Mientras se impulsaba con las piernas, Víctor fue empujando el gran barril casi hasta el casco del *Maine*. Dos marinos se acercaron a la borda. Víctor pudo oír perfectamente lo que hablaban. Se quejaban de la fealdad de las putas habaneras. Uno de ellos se sentía estafado. Le habían dicho que las cubanas eran hermosas, pero en el prostíbulo sólo había viejas horribles y sin dientes. El otro se rió y tiró un cigarrillo encendido que describió una parábola y vino a caer a pocos centímetros de Víctor. Forrestal se acercó y le dio a su cómplice las cadenas con las pequeñas anclas. Fueron colocadas en las argollas practicadas en los bordes del tonel. Cuando las soltaron, el barril pareció estabilizarse. Víctor regresó junto al bote. “Dame los detonadores”, musitó. Agarrándose con una mano al costado de la embarcación, comprobó que el mecanismo estaba funcionando y lo colocó en la redecilla del tonel. Acaso faltaba media hora todavía. Sería suficiente para salir de la bahía y bordear la costa en dirección de Cojímar. Ahí les esperaba una pequeña goleta.

Charles Sigsbee entró en su camarote, se quitó la blanca chaqueta almidonada y la colocó en su percha. En el espejo del armario notó con desaliento que había engordado unas cuantas libras, pero se juró a sí mismo que no tardaría en bajarlas. Su mujer le había encarecido que se cuidara la boca, pero a veces no era fácil hacerle caso, y mucho menos aceptando invitaciones a las autoridades de la Isla, sin tener en cuenta esa maldita costumbre que tienen los españoles de devorar tres y hasta cuatro platos cocinados en aceite de oliva. ¿Cómo puede ganar una guerra un ejército cuyos oficiales, en una sentada, comen carne, pescado, ave, verduras, patatas y postre? Por eso los oficiales

españoles eran desmesuradamente obesos, aunque la tropa se veía escuálida y mal alimentada.

Charles Sigsbee tomó papel, pluma y tintero. Era el momento ideal para contarle a su mujer estas reflexiones y para decirle que nada temiera, porque La Habana estaba en calma. De súbito, oyó primero una explosión sorda que sacudió el barco e hizo parpadear las luces, y en seguida un terrible estallido que lo lanzó contra la pared del camarote.

SANTIAGO DE CUBA

20 de julio de 1898

Tras la rendición de las tropas españolas, ocurrida cuatro días antes, al capitán Víctor Rey, vestido con la chamarreta blanca de dril de los rebeldes, lo asignaron como intérprete a la alcaldía de Santiago de Cuba. Allí estaban acantonados los Rough Riders bajo la jefatura del coronel Theodore Roosevelt, el único líder político norteamericano que se alistó como voluntario para pelear contra España, aunque se rumoreaba que William Jennings Bryan, el eterno candidato a presidente del partido demócrata, intentó sin éxito inscribirse en el Ejército.

A Rey le había simpatizado el joven oficial yanqui, tan miope y tan risueño, rodeado de aquella extraña corte de aventureros y jugadores de polo, tropa mucho más cerca de los espectáculos circenses que de las Fuerzas Armadas como acreditaba la presencia de Buffalo Bill y algún otro estrafalario personaje.

Roosevelt no podía decir una frase coherente en español, pero en esa lengua le gustaba decir constantemente “gracias” y “buenos días”. A Rey no le fue difícil congeniar con el joven y educado neoyorquino, así que no tardaron en pasar de las traducciones a las largas parrafadas.

—¿Sabe, señor Rey? —le dijo Roosevelt en tono confidencial—. Mi vinculación con la lucha de los cubanos no es de ahora. Hace un par de años, cuando dirigía la Policía de New York, me pidieron que detuviera a unos conspiradores cubanos. A un tal Drama o Trama, yo no recuerdo, pero más bien me decidí a ayudarlo. Me siento orgulloso de haberle sido útil a esta causa.

A Víctor se le iluminó la expresión, como si descifrara un viejo misterio, pero se limitó a decir algo que pareció una simple cortesía:

—A lo mejor un día los cubanos, o hasta ese tal Drama o Trama, puede que le devuelvan el favor.

Y los dos hombres rieron con camaradería.

Meses después comenzaron a borrarse las claves de esta historia, hasta que la envolvieron el tiempo y el silencio.

EPÍLOGOS

- Paola Henríquez vivió hasta 1936. Éste no era su nombre, aunque sí son tuyas las circunstancias personales. Parece que después del establecimiento de la república consiguió tener una apacible vida matrimonial junto a Víctor Rey, sólo ensombrecida por su empeño de viajar a New York. Estuvo muy activa en las luchas cívicas y encabezó varios grupos sufragistas. Mantuvo hasta los últimos días su pasión por la literatura y la música.

- Víctor Rey, conde de Santa Marta, se apartó de toda actividad política en Cuba, aunque no dejó de realizar misteriosos viajes a Paterson, Michigan e Italia. Ni su nombre, ni su título nobiliario son los que aquí aparecen, pero sí le pertenecen las aventuras relatadas. Vivió cómodamente de las rentas de su inmensa fortuna personal, y murió de un infarto, muchos años más tarde, en agosto de 1925, cuando regresaba del entierro de Armando André, uno de sus compañeros de lucha y cómplice en el atentado dinamitero contra Valeriano Weyler. A André lo asesinaron los sicarios del dictador Machado, general de la Guerra de Independencia y antiguo amigo de ambos. Las últimas palabras de Rey, mientras apretaba las manos de su mujer fueron crípticas: “A pesar de todo, no ha sido inútil”, y murió sin aclarar a qué se refería.

- Marcus Stein (a) Günter Cohen (a) Günter Schwartz, consiguió rehacer su vida con otra mujer, y llegó a tener una pequeña librería cerca del Hudson en New York. Sólo una vez más —le confesó a un amigo— logró ver a Paola. Muy al principio de siglo, cuando su ex esposa viajó a New York con un contingente de educadores cubanos. Estuvieron juntos una tarde que Marcus calificaría de inolvidable. Murió en 1921 mientras cortaba el césped de su jardín. No dejó descendencia.

- Ruth Rey —naturalmente, ése no es su apellido— murió en 1958. Probablemente vivió sin saber la fascinante historia de sus padres, aunque cabe la posibilidad de que haya sido una mujer extraordinariamente discreta. Se casó con un arquitecto inteligente y culto, formó parte del Liceo, protegió las artes, especialmente el ballet, y dejó dos hijos que hoy viven en Cuba como oscuros funcionarios de una empresa estatal.

- Byron Connors se retiró en 1904 de toda actividad policíaca. La noche del 15 de febrero, cuando el *Maine* voló en pedazos, cenaba con Fitzhugh Lee en el “Hotel Inglaterra”. “Es la conspiración anarquista”, gritó, pero el cónsul americano no le hizo el menor caso y se dirigió corriendo a los muelles de La Habana. Dos días después de la explosión regresó desconsolado a los Estados Unidos. Cuando se jubiló, sus compañeros le regalaron una leontina de oro. El discurso de despedida estuvo a cargo de su amigo Andrew Silverman

- Charles Sigsbee salió airoso de las investigaciones que se hicieron sobre su presunta responsabilidad en la voladura del *Maine*. Las dos veces que los expertos analizaron los restos del buque —en 1898 y en 1911— concluyeron que se trataba de una explosión de afuera hacia dentro, causada probablemente por una mina. Mandó otros barcos y fue retirado con honores.

- Fitzhugh Lee abandonó Cuba también convencido de que el *Maine* había sido volado por una mina y dolido porque nunca más recibió la visita de su amigo Víctor Rey. Dedicó sus últimos años a escribir una espléndida biografía de su tío Robert E. Lee, y a explicar cómo se podía haber derrotado a los “cabrones yanquis”.

- John O’Brien (a) Johnny *Dinamita*, después del triunfo cubano se trasladó a la Isla y se convirtió en práctico del puerto de La Habana. En 1911, cuando los

restos del *Maine* fueron arrastrados hacia alta mar, acompañó la comitiva en su barco y, mientras lloraba, saludó militarmente el hundimiento definitivo de lo que quedaba del acorazado. Bebió hasta el último día de su vida, pero jamás encalló un barco guiado por su mano.

- Ramón E. Betances murió en París en 1898 antes de conocer el fin de la guerra. Los puertorriqueños —con razón— lo veneran como el más ilustre hijo de la patria, aunque generalmente ignoran su meditada responsabilidad en el asesinato de Cánovas del Castillo, y, por consiguiente, en el relevo de Weyler y el fin de la guerra.

- León Czolgosza (pronúnciese Cholgosh) (a) Fred Nieman fue muy útil a la causa de Roosevelt. En setiembre de 1901, en Búfalo, disparó contra el presidente McKinley. Pocos días más tarde el atónito vicepresidente, Theodore Roosevelt, se convertía en el jefe de gobierno más joven de la historia del país. En el juicio no salieron a relucir las vinculaciones de León Czolgosza con los cubanos ni el posible contacto que tuvo con Víctor Rey, quien, sospechosamente, por esas fechas se encontraba en los Estados Unidos. Czolgosza fue ejecutado en la silla eléctrica.

- Armando Forrestal: en los pocos meses que para él duró la guerra alcanzó el grado de capitán, pero cuando llegó la paz fue licenciado con honores... y sin destino. Tuvo una existencia precaria, como tantos veteranos de color, y se unió a un partido que propugnaba la creación de una república negra en el oriente de la Isla. Murió en 1912 como consecuencia de las heridas sufridas en la “Guerra de los Negros”, en la que más de cinco mil personas de su raza fueron aniquiladas por las tropas del Ejército Nacional cubano. En *articulo mortis* violó su compromiso con Víctor Rey y le relató a su hija Marcela, tal vez la más bella

mulata de La Habana, la historia de la voladura del *Maine* y las peripecias de Rey, persona por la que siempre mantuvo una especial devoción.

- Marcela Forrestal vivió hasta mediados de la década de los sesenta en La Habana Vieja. Tuvo una vida azarosa llena de amores fallidos, intentos de suicidio y amargas frustraciones. Al final de su existencia se alcoholizó terriblemente. En los años cincuenta, en el anfiteatro de La Habana, frente al mar, no muy lejos de donde el *Maine* fue volado en pedazos, solía reunir a los muchachos del barrio para contarnos la historia de Paola, Víctor Rey y de su padre. Casi nadie la creía. Yo, en cambio, estaba casi seguro de que nunca había dicho una mentira, pero acabé de convencerme de su sinceridad la tarde en que me llevó a su habitación, en una cuartería de la calle Peña Pobre, y me regaló un viejo y raído papel en el que se veía un bote junto a un enorme barco de guerra, y la simple leyenda “yo lo volé”. Lo había pintado su padre con manos temblorosas pocas horas antes de morir. Me lo regaló. Durante muchos años conservé el dibujo como un curioso tesoro.